Carson McCullers

Reloj sin manecillas



J. T. Malone, un hombre común, un farmacéutico de una ciudad sureña, a los cuarenta años de edad descubre súbitamente que le queda poco tiempo de vida. Todo le parece gris y sin sentido. El tiempo pierde todo su valor. Es como mirar un reloj sin manecillas. Malone solo es capaz de confiarse a un viejo y admirado conocido, un ex legislador fanático, el juez Fox Clane, que está obsesionado por la descabellada idea de restaurar todo el prestigio y grandeza al viejo Sur. Escrita a página diaria, en plena parálisis que llevaría a la autora a una muerte prematura, Reloj sin manecillas (1961) es la última de las novelas escritas por Carson McCullers sobre ese mítico Sur de sus fábulas anteriores, metáfora del aislamiento espiritual, la alienación y la soledad universales. A diferencia de sus otras obras, esta es la única que se ocupa específicamente de un asunto público: el fanatismo racista.

Carson McCullers

Reloj sin manecillas

Título original: *Clock without Hands*
Carson McCullers, 2011
Traducción: Mariano Antolín Rato

Para la doctora *Mary E. Mercer*

Capítulo 1

LA muerte siempre es la misma, pero cada hombre muere a su modo. Para J. T. Malone empezó de un modo tan sencillo y vulgar que durante un tiempo confundió el final de la vida con el comienzo de una nueva estación. El invierno de sus cuarenta años había sido inusualmente frío para la ciudad sureña —con gélidos días claros y noches claras—. La primavera llegó violentamente a mediados de marzo aquel año 1953, y Malone estaba decaído y macilento durante aquellos días de tempranos brotes y cielos borrascosos. Era farmacéutico y, diagnosticando fiebre primaveral, se recetó un tónico de hígado y hierro. Aunque se cansaba con facilidad, continuó con su rutina habitual. Iba caminando al trabajo y su farmacia era uno de los primeros establecimientos abiertos de la calle principal y cerraba a las seis. Comía en un restaurante del centro y cenaba en casa con su familia. Pero tenía poco apetito y perdía peso sin parar. Cuando cambió su traje de invierno por uno más ligero de entretiempo, los pantalones colgaban en pliegues alrededor de su figura alta y consumida. Las sienes se le habían hundido tanto que el pulso de las venas era visible cuando masticaba o tragaba, y la nuez se agitaba en su delgado cuello. Pero Malone no veía motivo de alarma. Su fiebre primaveral era inusualmente fuerte y añadió al tónico la anticuada fórmula de azufre y melaza, pues a fin de cuentas los viejos remedios eran los mejores. Esa idea le debió consolar porque en seguida se sintió un poco mejor y pudo empezar a plantar su huerta de todos los años. Entonces, un día en que

estaba preparando una receta, se tambaleó y perdió el sentido. Después de eso visitó a un médico y se hizo unos análisis en el hospital de la ciudad. Todavía no estaba demasiado preocupado; tenía fiebre primaveral y esa enfermedad debilita, y un día caluroso se había desmayado; una cosa corriente, incluso natural. Malone nunca había pensado en su propia muerte más que como en algo vago, crepuscular, futuro, o en términos del seguro de vida. Era un hombre normal y corriente y su propia muerte era una anormalidad.

El doctor Kenneth Hayden era un buen cliente y amigo que tenía su consulta en el piso de encima de la farmacia, y el día previsto para el resultado de los análisis Malone subió a las dos en punto. Una vez que estuvo solo con el médico sintió una amenaza indefinida. El médico no le miraba de frente, de modo que su pálido rostro familiar parecía no tener ojos. Su voz, cuando saludó a Malone, era extrañamente solemne. Silencioso, sentado detrás de su escritorio, jugueteaba con un abrecartas que miraba atentamente mientras lo iba pasando de una mano a la otra. El extraño silencio puso a Malone en guardia y, sin poder resistirlo más, balbuceó:

—Han llegado los análisis… ¿estoy bien?

El médico esquivó la mirada azul y ansiosa de Malone, luego sus inquietos ojos pasaron a la ventana abierta y se quedaron fijos allí.

—Lo hemos revisado cuidadosamente todo y al parecer hay algo raro en la química de la sangre —dijo el médico por fin arrastrando las palabras con voz suave.

Una mosca zumbó en la aséptica habitación tan siniestra y había un ligero olor a éter. Malone ahora ya estaba seguro de que pasaba algo importante e, incapaz de soportar el silencio o la voz poco natural del médico, se puso a hablar atropelladamente en contra de la verdad:

—Ya me parecía que ibas a encontrar algo de anemia. Sabes que también estudié algo de medicina y me preguntaba si mi recuento sanguíneo estaría algo bajo.

El doctor Hayden seguía mirando el abrecartas con el que jugueteaba sobre el escritorio. Su párpado derecho temblaba.

—En ese caso podemos hablar del asunto en términos médicos —su voz bajó de tono y dijo precipitadamente las siguientes palabras —: El recuento de glóbulos rojos solo da 2 millones 150 mil, conque estamos ante una anemia perniciosa. Pero eso no es lo más importante. Hay un incremento anormal de glóbulos blancos…, el recuento da 208 mil —el médico hizo una pausa y se tocó el párpado que le temblaba—. Probablemente ya sepas lo que eso significa.

Malone no lo sabía. La sorpresa le había aturdido y la habitación de pronto le pareció fría. Solo sabía que algo extraño y terrible le estaba pasando a él en la fría y oscilante habitación. Estaba hipnotizado por el abrecartas al que el médico daba vueltas con sus cortos dedos regordetes. Un recuerdo largamente olvidado se reavivó en él, de modo que fue consciente de algo vergonzoso que había olvidado, aunque el recuerdo mismo aún le resultaba poco claro. Así que sufría una angustia doble: el miedo y la tensión por las palabras del médico, y la misteriosa y mal recordada vergüenza. Las manos del médico eran blancas y peludas y Malone no podía soportar verle juguetear con el abrecartas que, sin embargo, atraía misteriosamente su atención.

—No consigo recordar —dijo indefenso—. Hace ya mucho tiempo y no terminé medicina.

El médico apartó el abrecartas y le tendió un termómetro.

—¿Quieres ponértelo debajo de la lengua? —dijo, y miró su reloj. Se acercó a la ventana donde se quedó mirando hacia fuera con las manos a la espalda y los pies separados. Añadió—: El análisis revela un aumento patógeno de los glóbulos blancos y una anemia perniciosa. Hay una preponderancia de leucocitos de tipo juvenil. En resumen… —el médico hizo una pausa, volvió a cogerse las manos y durante un momento se mantuvo de puntillas—. Sin rodeos, estamos ante un caso de leucemia. —De pronto se volvió, le quitó el termómetro y lo miró rápidamente.

Malone estaba sentado tenso y a la expectativa, una pierna enroscada alrededor de la otra y la nuez agitándose en su garganta delgada.

—Ya notaba un poco de fiebre, pero pensaba que solo era fiebre primaveral —dijo.

—Me gustaría reconocerte. ¿Te importaría quitarte la ropa y tumbarte un momento en la mesa?

Malone se tendió sobre la mesa, flaco y pálido en su desnudez, y avergonzado.

—El bazo está muy dilatado. ¿Has tenido problemas de hinchazones o bultos?

—No —respondió—. Estoy tratando de recordar lo que sé de leucemia. Recuerdo a una niña en los periódicos y que sus padres celebraron la Navidad en septiembre porque se esperaba que muriese pronto. —Malone miró despreocupadamente una grieta del techo. En una oficina contigua se oyó llorar a un niño y la voz, medio estrangulada por el miedo y las protestas, no parecía venir desde una cierta distancia, sino formar parte de su propia agonía cuando preguntó—: ¿Moriré de esta… leucemia?

La respuesta era clara para Malone, aunque el médico no dijera nada. En la habitación de al lado el niño soltó un chillido largo y brutal que duró casi un minuto entero. Cuando concluyó el reconocimiento, Malone se sentó tembloroso en el borde de la mesa, asqueado de su propia debilidad y angustia. Sus delgados pies con los juanetes le resultaban especialmente repulsivos y lo primero que se puso fueron los calcetines grises. El médico se lavaba las manos en el lavabo del rincón y por algún motivo aquello molestó a Malone. Se vistió y volvió a la silla pegada al escritorio. Cuando se sentó pasándose la mano por su escaso y áspero pelo, con el labio superior cuidadosamente apoyado en el tembloroso labio inferior, los ojos febriles y aterrados, Malone ya tenía el aspecto sumiso y neutro de los incurables.

El médico había reanudado su jugueteo con el abrecartas, y Malone otra vez estaba fascinado y vagamente angustiado; los movimientos de la mano y el abrecartas formaban parte de la enfermedad y de alguna misteriosa vergüenza recordada a medias. Tragó saliva y reafirmó la voz para hablar:

—Bien, ¿cuánto tiempo me das, doctor?

Por primera vez la mirada del médico se cruzó con la suya y le contempló fijamente durante unos momentos. Después sus ojos se dirigieron hacia la fotografía de su mujer y de sus dos hijitos que tenía frente a él en el escritorio.

—Los dos somos padres de familia y si yo estuviera en tu lugar también querría saber la verdad. Trataría de poner todas mis cosas en orden.

Malone casi no podía hablar, pero cuando las palabras surgieron eran ruidosas e irritadas.

—¿Cuánto?

El zumbido de una mosca y el ruido del tráfico en la calle parecían acentuar el silencio y la tensión de la siniestra habitación.

—Creo que podemos contar con un año o quince meses…, es difícil calcularlo con exactitud.

Las blancas manos del médico estaban cubiertas de largos pelos negros y jugueteaban incansablemente con el abrecartas de marfil, y aunque su visión a Malone le resultaba terrible, no podía apartar la atención. Empezó a hablar rápidamente:

—Es una cosa curiosa. Hasta este invierno siempre había tenido un seguro de vida sencillo, normal y corriente. Pero este invierno lo convertí en una póliza de esas que te proporcionan un retiro… Habrás visto los anuncios en las revistas. A los 65 años empiezas a cobrar doscientos dólares mensuales y sigue así toda tu vida. Resulta divertido pensar en eso ahora. —Tras una risa ahogada, añadió—: La compañía tendrá que volver a convertirlo en lo que era…, un simple seguro de vida. La Metropolitan es una buena compañía y he tenido seguro de vida durante cerca de veinte años… Lo dejé un poco durante la depresión y volví a continuarlo en cuanto pude. En los anuncios del plan de retiro siempre había una fotografía de una pareja de edad madura en un sitio soleado… quizá Florida o California. Pero mi mujer y yo teníamos una idea distinta. Habíamos pensado en un sitio pequeño de Vermont o Maine. Vivir tan al sur durante toda la vida hace que uno se canse de sol y luz…

De pronto, la pantalla de palabras se hundió e, indefenso ante su destino, Malone se echó a llorar. Se tapó la cara con las grandes manos manchadas de ácido y se esforzó por controlar su entrecortada respiración.

El doctor parecía como si buscara consejo en la fotografía de su mujer y dio unas suaves palmaditas en la rodilla de Malone.

—En estos tiempos no hay nada imposible. La ciencia descubre todos los meses una nueva arma contra la enfermedad. Tal vez encuentre pronto un nuevo modo de controlar las células enfermas. Y entretanto, se hará todo lo posible por prolongar tu vida y aliviarte. Hay algo bueno en esta enfermedad, si se puede llamar bueno a algo en esta situación, y es que no causa muchos dolores. Y lo intentaremos todo. Me gustaría que ingresaras en el hospital lo más pronto posible para que te hagamos unas transfusiones y probemos con rayos X. Podría conseguirse que te sintieras mucho mejor.

Malone se había recuperado y se pasaba el pañuelo por la cara. Después echó aliento a sus gafas, las limpió, y se las volvió a poner.

—Perdóname, supongo que estoy débil y fuera de quicio. Iré al hospital en cuanto quieras.

Malone ingresó en el hospital a primera hora de la mañana siguiente y se quedó allí tres días. La primera noche le dieron un sedante y soñó con las manos del doctor Hayden y con el abrecartas que movía por encima del escritorio. Cuando despertó recordó la vergüenza dormida que le había inquietado el día anterior y fue consciente del origen de la tenebrosa angustia que había sentido en la consulta del médico. También se dio cuenta por primera vez de que el doctor Hayden era judío. Surgió el recuerdo y era tan doloroso que el olvido constituía una necesidad. El recuerdo se refería a la época en que le suspendieron en segundo curso de Medicina. Era una facultad del norte y en su curso había muchos judíos empollones. Subían el nivel medio tanto que un estudiante normal y corriente no tenía ninguna oportunidad. Aquellos judíos empollones habían echado a J. T. Malone de la Facultad de Medicina

y desbaratado su carrera como médico… así que tuvo que pasar a Farmacia. Al otro lado del pasillo se sentaba un judío llamado Levy que jugueteaba con una navaja de hoja afilada y le distraía de las clases. Un judío empollón que siempre sacaba sobresalientes y estudiaba en la biblioteca todas las tardes hasta la hora de cerrar. A Malone le parecía que de vez en cuando su párpado también temblaba. Darse cuenta de que el doctor Hayden era judío le pareció de tal importancia que Malone se preguntaba cómo lo había podido ignorar durante tanto tiempo. Hayden era un buen cliente y un amigo…, habían trabajado en el mismo edificio durante muchos años y se veían diariamente. ¿Por qué no se había dado cuenta? Quizá el nombre que había adoptado el médico le había engañado… Kenneth Hale. Malone se dijo que no tenía prejuicios, pero cuando los judíos usaban aquellos viejos nombres anglosajones y sureños le parecía que no todo estaba bien. Recordó que los hijos de Hayden tenían la nariz ganchuda y recordó que en una ocasión había visto a la familia en las escaleras de la sinagoga un sábado. Cuando el doctor Hayden venía a visitarlo, Malone le observaba con miedo…, aunque durante años había sido su cliente y amigo. Y no era tanto que Kenneth Hale Hayden fuera judío, como el hecho de que estaba vivo y seguiría estándolo —él y los de su calaña—, mientras que J. T. Malone tenía una enfermedad incurable y moriría dentro de un año o de quince meses. Malone a veces lloraba cuando estaba solo. También dormía mucho y leía novelas policíacas sin parar. Cuando salió del hospital, el bazo había disminuido mucho de tamaño, aunque los glóbulos blancos apenas habían cambiado. Era incapaz de pensar en los meses siguientes e imaginar su muerte.

A partir de entonces estuvo rodeado por un halo de soledad, aunque su vida cotidiana no varió mucho. No le habló a su mujer de la enfermedad porque quizá con la tragedia pudiera renacer la intimidad; las pasiones conyugales hacía tiempo que se habían aplacado ante las preocupaciones de la paternidad. Aquel año Ellen estaba ya en el tercer curso de la escuela superior y Tommy tenía ocho años. Martha Malone era una mujer enérgica cuyo cabello

empezaba a ponerse gris —una buena madre, que además contribuía a los ingresos familiares—. Durante la depresión había hecho tartas de encargo y en aquellos momentos a él le había parecido justo y adecuado. Siguió con el asunto de las tartas después de que la farmacia saliera de deudas y hasta surtía a varias tiendas de sándwiches cuidadosamente envueltos con su nombre impreso en el papel. Ganaba bastante y facilitaba las cosas a los chicos, incluso adquirió varias acciones de Coca-Cola. Malone consideró que aquello era ir demasiado lejos; temía que se dijera que no era un buen padre de familia y su orgullo se resintió. Puso los puntos sobre las íes en una cosa: no haría entregas a domicilio, y prohibió a sus hijos y mujer que las hicieran. La señora de Malone conducía hasta la casa del cliente y la criada —las criadas de los Malone siempre eran demasiado jóvenes o demasiado viejas y cobraban menos de lo corriente— salía del automóvil con las tartas y los sándwiches. Malone no conseguía entender el cambio que se había producido en su mujer. Se había casado con una chica vestida de organdí que una vez se desmayó cuando le pasó un ratón por encima del zapato, y misteriosamente se había convertido en un ama de casa de pelo gris con negocio propio y unas cuantas acciones de la Coca-Cola. Y ahora vivía en un curioso vacío, rodeado por los problemas familiares —los comentarios sobre los bailes de la escuela, el recital de violín de Tommy, y una tarta de boda de siete pisos— y por las actividades cotidianas que revoloteaban a su alrededor como hojas secas formando círculos en el centro de un torbellino, dejándole extrañamente insensible.

A pesar de lo débil que se sentía a causa de la enfermedad, Malone estaba inquieto. Callejeaba sin rumbo por el pueblo, por los barrios bajos, miserables y abarrotados que rodeaban la fábrica de algodón, o por los barrios de negros, y por las calles de la clase media de casas rodeadas por un cuidado césped. En estos paseos tenía la mirada ausente de una persona abstraída que busca algo pero ha olvidado ya lo que ha perdido. A menudo, y sin motivo, extendía la mano y tocaba un objeto cualquiera; se desviaba de su

camino para tocar una farola o para poner las manos encima de una pared de ladrillos. Luego se quedaba quieto, como estupefacto y abstraído. Y de nuevo se ponía a examinar con enfermiza atención un olmo de hojas verdes mientras arrancaba un trozo de corteza ennegrecida. La farola, la pared, el árbol existirían después de su muerte y esa idea a Malone le resultaba detestable. La confusión iba más lejos: era incapaz de aceptar la realidad de su próxima muerte. A veces, de modo oscuro, Malone sentía que andaba a trompicones por un mundo de incongruencias en el que no existía orden ni concierto concebibles.

Malone buscó consuelo en la iglesia. Cuando le atormentaba la irrealidad de la vida y de la muerte, le ayudaba saber que la Iglesia Baptista era algo muy real. La iglesia mayor de la ciudad ocupaba la mitad de una manzana cerca de la calle principal, y la propiedad se valoraba en unos dos millones de dólares. Una iglesia como aquella tenía que ser la auténtica. Los pilares de la iglesia eran hombres de peso y ciudadanos importantes. Butch Henderson, el corredor de fincas y uno de los comerciantes más astutos del pueblo, era uno de los diáconos y no se perdía un oficio en todo el año… ¿Y acaso Butch Henderson era un hombre capaz de perder el tiempo y tener problemas por algo que no fuera real como la tierra? Los demás diáconos eran del mismo calibre: el presidente de la fábrica de fibras de nilón, el director de los ferrocarriles, el dueño de las galerías comerciales más importantes. Todos hombres responsables y sagaces negociantes cuyo buen juicio era infalible. Y todos creían en la iglesia y en un más allá después de la muerte. Hasta T. C. Wedwell, uno de los fundadores de la Coca-Cola, un tipo multimillonario, había dejado 500.000 dólares a la iglesia para edificar el ala derecha. T. C. Wedwell había tenido la vista de depositar su fe en la Coca-Cola, y T. C. Wedwell creía en la iglesia y en el más allá a razón de una donación de medio millón de dólares. Él, que jamás había hecho una mala inversión, había invertido así en la eternidad. Y, por último, Fox Clane era otro de los miembros. El anciano juez y antiguo congresista —una gloria del estado y del Sur

— acudía a menudo cuando estaba en la ciudad y se sonaba la nariz emocionado cuando entonaban alguno de sus himnos favoritos. Fox Clane era hombre de iglesia y creyente, y Malone estaba dispuesto a seguir al anciano juez en esto como le había seguido en política. Conque Malone iba fielmente a la iglesia.

Un domingo de primeros de abril, el doctor Watson pronunció un sermón que impresionó profundamente a Malone. Era un predicador popular que hacía frecuentes comparaciones con el mundo de los deportes y de los negocios. El sermón de ese domingo era sobre la salvación que arruina a la muerte. La voz resonaba en la bóveda de la iglesia y las vidrieras de colores bañaban a la congregación con un rico resplandor. Malone se sentaba tieso escuchando y esperaba en cualquier momento una revelación personal. Pero, aunque el sermón fue largo, la muerte siguió siendo un misterio y, tras el primer arrebato, al dejar la iglesia se sentía un tanto defraudado. ¿Cómo se iba a poder arruinar a la muerte? Era como hacer negocios con el cielo. Malone contempló el cielo azul y sin nubes hasta que le dolió el cuello. Luego se apresuró hacia la farmacia.

Aquel día Malone tuvo un encuentro que le trastornó de un modo extraño, aunque en apariencia era un acontecimiento normal y corriente. La zona comercial estaba desierta, pero oyó unos pasos tras él y, cuando dobló una esquina, los pasos todavía le seguían. Cuando cogió una calleja sin pavimentar los pasos dejaron de sonar, pero tenía la inquietante sensación de que era seguido y distinguió una sombra en la pared. Se volvió tan súbitamente que chocó con el que le seguía. Era un muchacho de color al que Malone conocía de vista y con quien le parecía que siempre se tropezaba durante sus paseos. O tal vez simplemente era que se había fijado en él debido a su aspecto extraño. El chico era de mediana estatura con un cuerpo musculoso y una cara que en reposo resultaba tétrica. Excepto sus ojos, se parecía a cualquier otro muchacho de color. Pero sus ojos eran de un gris azulado y en aquella cara oscura miraban de modo frío y violento. Una vez que se veían aquellos ojos, el resto del cuerpo también parecía extraño y desproporcionado. Los brazos eran

demasiado largos, el pecho demasiado ancho, y su expresión pasaba de una sensibilidad emotiva a una deliberada adustez. La impresión que le hizo a Malone fue tal que no pensó en él en los términos inocuos de *chico de color*; su mente utilizó automáticamente la dura expresión de *maldito negro*, aunque el tipo le resultaba desconocido y en principio era tolerante en ese tipo de cuestiones. Cuando Malone se volvió y chocaron, el negro se estiró pero no se movió, y fue Malone quien retrocedió un paso. Permanecieron en la angosta calleja mirándose fijamente. Los ojos de ambos eran del mismo gris azulado y al principio aquello parecía un concurso para ver quién resistía más sin pestañear. Los ojos que le miraban eran fríos y destellaban en el oscuro rostro; a Malone le pareció que el destello se apagaba y la mirada se convertía en otra de extraña comprensión. Tuvo la sensación de que aquellos ojos tan raros sabían que iba a morir pronto. La emoción fue tan repentina y sorprendente que Malone se estremeció y dio media vuelta. La mirada no había durado más de un minuto y no parecía que tuviera consecuencia alguna, pero Malone sintió que algo importante y terrible había sucedido. Recorrió inquieto lo que quedaba de la calleja y se sintió aliviado al encontrar caras desconocidas y amistosas al llegar al final. Se sintió aliviado cuando dejó la calleja y entró en su segura, conocida y familiar farmacia.

El anciano juez se dejaba caer por la farmacia muchos domingos para tomar un trago antes de comer, y Malone se alegró al ver que ya estaba allí, dirigiéndose a un grupo de compinches que estaban de pie ante el mostrador. Malone saludó distraídamente a sus parroquianos pero no se detuvo. Los ventiladores eléctricos del techo mezclaban los olores del establecimiento, olores dulces de los refrescos con aromas amargos de la rebotica.

—Estaré contigo en un minuto, J. T. —le dijo el anciano juez cuando Malone pasó a su lado hacia la trastienda. Era un hombre enorme de cara roja y una aureola de pelo encrespado rubio que blanqueaba. Llevaba un arrugado traje de lino blanco, una camisa malva, y una corbata adornada con un alfiler de perla y manchada

de café. Su mano izquierda había sufrido una parálisis y la apoyaba cuidadosamente en el borde del mostrador. Aquella mano estaba limpia y ligeramente hinchada a causa de la falta de uso, mientras que la derecha, que usaba continuamente al hablar, tenía sucias las uñas y lucía un zafiro en el dedo anular. Llevaba un bastón de ébano con puño curvo de plata. El juez terminó con su arenga contra el gobierno federal y se unió a Malone en la rebotica.

Era una habitación muy pequeña, separada del resto del establecimiento por una pared con frascos de medicinas. Había el sitio justo para una mecedora y una mesa para preparar las recetas. Malone había sacado una botella de *bourbon* y abrió una silla plegable que estaba en un rincón. El juez llenó la habitación hasta acomodarse cuidadosamente en la mecedora. El olor a sudor de su enorme cuerpo se mezcló con el olor a aceite de ricino y a desinfectante. El *whisky* salpicó ligeramente al chocar contra el fondo de la los vasos cuando Malone lo sirvió.

—Nada es tan musical como el sonido del *bourbon* que se sirve para el primer trago de un domingo por la mañana. Ni Bach ni Schubert, ni todos esos grandes maestros que toca mi nieto… —y el juez cantó—: El *whisky* es la vida del hombre… ¡Oh, *whisky*! ¡Oh, Johnny!

Bebió despacio, haciendo una pausa después de cada trago para relamerse y tomar otro pequeño sorbo. Malone bebía tan de prisa que el alcohol parecía florecer en su barriga como una rosa.

—J. T. ¿Te has parado a pensar en que el Sur está al borde de una revolución casi tan desastrosa como la guerra entre los estados? —Malone no lo había pensado, pero inclinó la cabeza a un lado y asintió gravemente mientras el juez continuaba—: El viento de la revolución se levanta para destruir los auténticos cimientos sobre los que se construyó el Sur. Los impuestos para votar pronto se abolirán y podrá votar cualquier negro ignorante. Igualdad de derechos en la escuela será lo siguiente. Imagínate un futuro en el que delicadas jovencitas blancas tengan que compartir sus pupitres con negros como el carbón si quieren aprender a leer y escribir. Y una ley de

salarios mínimos tan altos que supondrán el toque de muerte para el Sur si nos la imponen. Imagínate que hubiera que pagar a un rebaño de braceros inútiles por horas. Los proyectos federales de vivienda ya son la ruina de los dueños de fincas. Lo llaman saneamiento de los barrios bajos… pero ¿quién creó esos barrios bajos? A ver si me respondes. Los que viven en los barrios bajos crean esos mismos barrios bajos con su descuido. Y fíjate en lo que te digo, esas mismas viviendas federales (por muy modernas y del Norte que sean), en diez años se convertirán en barrios bajos.

Malone le escuchaba con atención idéntica a la que había prestado al sermón de la iglesia. Su amistad con el juez era uno de sus grandes orgullos. Conocía al juez desde que había llegado a Milan, y en la temporada de caza había ido a menudo a cazar a sus tierras; pasó allí el sábado y domingo anteriores a la muerte del único hijo del juez. Pero había brotado una intimidad especial desde la enfermedad del juez; cuando durante cierto tiempo pareció que el viejo congresista estaba políticamente acabado. Malone visitaba los domingos al juez llevándole un surtido de nabos tiernos de su huerta o cierta clase de harina de maíz molida en molino de agua que le gustaba al juez. A veces jugaban al póquer, pero habitualmente el juez hablaba y Malone escuchaba. En esas ocasiones Malone se sentía cerca del centro del poder, casi como si también él fuera congresista. Cuando el juez se restableció, iba casi todos los domingos por la mañana a la farmacia y tomaban un trago juntos en la rebotica. Si Malone había juzgado mal las ideas del juez en alguna ocasión, lo dejó de hacer de inmediato. ¿Quién era él, un ciudadano normal y corriente, para compararse con un congresista? Y si el anciano juez no tenía razón, ¿quién podía tenerla? Y ahora que el juez hablaba otra vez de presentarse para el Congreso, Malone consideraba que la responsabilidad estaba donde debía y se sentía satisfecho.

Al segundo vaso, el juez sacó su caja de puros y Malone encendió los de ambos a causa del defecto del juez. El humo subía en líneas verticales hacia el techo, bajo, y se esparcía allí. La puerta

de la calle estaba abierta y un rayo de sol daba al humo tonalidades opalescentes.

—Tengo que pedirle algo muy importante —dijo Malone—. Quiero que redacte mi testamento.

—Siempre a tu disposición, J. T. ¿Es algo especial?

—Oh, no, lo normal…, pero quiero que lo haga en cuanto pueda —y añadió con voz apagada—: Los médicos dicen que no me queda mucho tiempo de vida.

El juez dejó de mecerse y soltó el vaso.

—¡Pero qué dices! ¿Qué es lo que te pasa, J. T.?

Malone hablaba de su enfermedad por primera vez y las palabras por alguna razón le aliviaban.

—Parece que tengo una enfermedad en la sangre.

—¡Una enfermedad en la *sangre*! Pero, si eso es ridículo…, tienes una de las mejores sangres del estado. Recuerdo bien a tu padre que tenía un almacén de farmacia en la esquina de la Doce con Mulberry, en Macon. Y recuerdo a tu madre también…, era una Wheelwright. Llevas la mejor sangre de este estado en tus venas, J. T., no lo olvides nunca.

Malone sintió un leve estremecimiento de placer y orgullo que cesó inmediatamente.

—Los médicos…

—Ya, los médicos, pocas veces creo en nada de lo que dicen. No dejes que te intimiden. Hace algunos años cuando tuve aquel pequeño ataque, mi médico, el doctor Tatum, de Flowering Branch, empezó con sus alarmas. Nada de alcohol, ni puros, ni siquiera pitillos. Parecía que lo mejor que podía hacer era aprender a tocar el arpa o a manejar una pala de carbón para alimentar las calderas del infierno. —La mano derecha del juez tocaba unas cuerdas imaginarias e hizo gesto de coger una pala—. Pero le dije un par de cosas y seguí mis propios instintos. El instinto es lo único que debe seguir un hombre. Y aquí estoy lo más sano y salvo que puede estar un hombre de mi edad. Y el pobre doctor, ironías…, en su entierro, tuve que ayudar a llevar una cinta. La ironía mayor fue que el doctor

era un abstemio declarado y nunca fumaba, aunque ocasionalmente mascase tabaco. Un gran tipo y una gloria de la profesión médica, pero como todos ellos, alarmista y en absoluto infalible. No dejes que te asusten, J. T.

Malone se sentía reconfortado y cuando dio otro trago empezó a considerar la posibilidad de que Hayden y los demás médicos se hubieran equivocado en el diagnóstico.

—El análisis dijo que era leucemia. Y el recuento sanguíneo mostró un aumento terrible de leucocitos.

—¿Leucocitos? —preguntó el juez—. ¿Qué es eso?

—Glóbulos blancos.

—Jamás he oído hablar de eso.

—Pero están ahí.

El juez acariciaba el puño de plata de su bastón.

—Si fuera el corazón o el hígado, o incluso los riñones, comprendería tu alarma. Pero un insignificante desarreglo como tener demasiados leucocitos me parece un poco rebuscado. Yo he vivido durante más de ochenta años sin haberme preocupado jamás de si tenía leucocitos o no. —Los dedos del juez se curvaron con un movimiento reflexivo, y cuando los volvió a estirar miró a Malone con unos ojos azules inquisitivos—. En cualquier caso, la verdad es que pareces algo decaído estos últimos días. El hígado es magnífico para la sangre. Debieras tomar hígado de ternera fresco y también hígado de vaca encebollado. Es algo delicioso, además de un remedio natural. Y el sol es un depurativo de la sangre. Apuesto a que no tienes nada que la vida tranquila y el verano de Milan no puedan curar. —El juez cogió el vaso—. Y este es el mejor de los tónicos, estimula el apetito y relaja los nervios. J. T. solo pasa que estás tenso y asustado.

—Juez Clane.

Grown Boy había entrado en la habitación y se quedó esperando. Era el sobrino de Verily, la mujer de color que trabajaba para el juez, y era un muchacho alto y grueso de dieciséis años que no estaba del todo en sus cabales. Llevaba un traje azul claro que le quedaba

pequeño y unos estrechos zapatos puntiagudos que le hacían caminar de un modo raro, como si fuera tullido. Estaba resfriado y, aunque por el bolsillo superior de la chaqueta asomaba un pañuelo, se limpió los mocos con el dorso de la mano.

—Es domingo —dijo.

El juez se llevó la mano al bolsillo y le dio una moneda.

Mientras Grown Boy se alejaba cojeando vivamente en dirección al mostrador, se volvió y dijo con voz suave:

—Muy agradecido, juez Clane.

El juez lanzaba miradas furtivas y apenadas a Malone, pero cuando el farmacéutico se volvió hacia él, evitó sus ojos y volvió a acariciar el puño de su bastón.

—A cada hora que pasa toda alma humana se acerca más a la muerte, pero ¿cuántas veces pensamos en ello? Aquí estamos sentados tomándonos este *whisky* y fumando unos puros y a cada hora nos acercamos más a nuestro último término. Grown Boy come su helado sin haberse preguntado nunca nada. Aquí estoy sentado, yo, un anciano miserable, con quien la muerte tuvo una escaramuza y la escaramuza terminó en un punto muerto. Soy un herido en el campo de batalla de la muerte. Desde la muerte de mi hijo, hace diecisiete años, estoy esperando. «Oh, muerte, ¿dónde está la victoria?» La victoria se obtuvo aquella tarde de Navidad en que mi hijo se quitó la vida.

—Pienso a menudo en él —dijo Malone—. Y he sufrido por usted.

—¿Y por qué? ¿Por qué lo hizo? Un hijo tan guapo y que prometía tanto…, todavía no tenía veinticinco años y se había graduado *summa cum laude* en la universidad. Ya era abogado y ante él se abría una gran carrera. Y con una mujer joven y guapa y un hijo en camino. Tenía una posición desahogada, era incluso rico, constituía el cénit de mi destino. Como regalo de licenciatura le di Sereno, por el que había pagado cuarenta mil dólares el año anterior…, casi mil acres de la mejor tierra para cultivar melocotón. Era hijo de un hombre rico, mimado por la suerte, afortunado en todos los sentidos, en el umbral de una brillante carrera. El chico

podría haber sido presidente…, podría haber sido todo lo que quisiera. ¿Por qué tenía que morir?

—Tal vez fue un ataque de melancolía —dijo Malone cautelosamente.

—La noche en que nació vi una asombrosa estrella fugaz. Era una noche radiante y la estrella describió un arco en aquel cielo de enero. Miss Missy había pasado ocho horas con dolores y yo había estado arrastrándome a los pies de su cama, rezando y llorando. Entonces, el doctor Tatum me cogió por el cuello y me empujó hasta la puerta diciendo: «Sal de aquí, viejo ruidoso y molesto…, emborráchate en la despensa o sal al patio.» Y cuando salí al patio y miré al cielo, vi aquella estrella fugaz y justo entonces fue cuando nació mi hijo Johnny.

—Sin duda fue profético —dijo Malone.

—Después entré apresuradamente en la cocina…, eran las cuatro en punto, y preparé un par de codornices y un poco de sémola para el doctor. Siempre tuve buena mano para preparar codornices. —El juez hizo una pausa y luego añadió tímidamente—: J. T., ¿quieres saber algo terrible?

Malone observó la expresión de tristeza del juez y no respondió.

—Aquella Navidad cenamos codorniz en vez del acostumbrado pavo. Johnny, mi hijo, había ido de caza el domingo anterior. ¡Ah, los caminos de la vida!

Para consolar al juez, Malone dijo:

—Quizá se tratara de un accidente. A lo mejor Johnny estaba limpiando su escopeta.

—No era su escopeta. Era mi pistola.

—Yo estaba de caza en Sereno aquel domingo anterior a Navidad. Probablemente fuera una depresión fugaz.

—A veces pienso que… —el juez se paró, pues si hubiera dicho otra palabra se habría echado a llorar. Malone le dio unas palmaditas en el brazo y el juez se contuvo, y continuó—: A veces pienso que lo hizo para molestarme.

—Oh, no. Seguro que no, señor. Fue una depresión que nadie podía haber notado, ni evitado.

—Podría ser —dijo el juez—, pero aquel mismo día habíamos discutido.

—¿Y qué más da? Todas las familias discuten.

—Mi hijo trataba de contradecir un axioma.

—¿Un axioma? ¿Qué tipo de axioma?

—Era algo de poca importancia. El caso de un hombre negro al que yo estaba obligado a condenar.

—Se está culpando a sí mismo sin necesidad —dijo Malone.

—Estábamos sentados a la mesa tomando café y coñac francés y fumándonos unos puros, las señoras estaban en la sala, y Johnny se fue excitando más y más y por fin me gritó algo y corrió escaleras arriba. Oímos el disparo pocos minutos después.

—Siempre fue muy impetuoso.

—Hoy en día ninguno de los jóvenes quiere consultar a sus mayores. Mi hijo se casó después de un baile. Nos despertó a su madre y a mí y dijo: «Mirabelle y yo estamos casados.» Se habían fugado a ver a un juez de paz, imagínate. Fue un gran golpe para su madre…, aunque más tarde resultó una bendición disfrazada.

—Su nieto es la viva imagen de su padre —dijo Malone.

—La viva imagen. ¿Has visto alguna vez dos chicos más espléndidos?

—Debe ser un gran consuelo para usted.

El juez dio una chupada a su puro antes de responder:

—Consuelo…, ansiedad…, es todo lo que me queda.

—¿Estudiará Derecho y se dedicará a la política?

—¡No! —dijo violentamente el juez—. No quiero que el chico estudie Derecho ni se ocupe de política.

—Jester es un muchacho que podrá hacer carrera en lo que quiera —dijo Malone.

—La muerte —dijo el anciano juez—, es la mayor de las traiciones. J. T., tú supones que los médicos creen que tienes una enfermedad mortal. Yo no lo creo. Con todos los debidos respetos a

la profesión médica, los médicos no saben lo que es la muerte…, ¿y quién puede saberlo? Ni siquiera el doctor Tatum. Yo, un anciano, llevo esperando la muerte quince años. Pero la muerte es demasiado astuta. Cuando la esperas y al fin le haces cara, nunca llega. Se te acerca por la espalda. Mata tanto al incauto como al que la espera. ¿Por qué, J. T.? ¿Qué le pasó a mi maravilloso hijo?

—Míster Clane —preguntó Malone—, ¿cree usted en la vida eterna?

—Creo en la idea de eternidad que puedo abarcar. Sé que mi hijo vivirá siempre dentro de mí, y mi nieto dentro de él y dentro de mí. Pero ¿qué es la eternidad?

—En la iglesia —dijo Malone—, el doctor Watson soltó un sermón sobre la salvación que arruina a la muerte.

—Una frase bonita…, me gustaría haberla dicho yo. Pero no tiene sentido. —Finalmente añadió—: No, yo no creo en la eternidad en sentido religioso. Creo en las cosas que conozco y en los descendientes que vienen detrás de mí. Creo en mis antepasados también. ¿Llamas eternidad a eso?

—¿Ha visto alguna vez a un negro de ojos azules? —preguntó súbitamente Malone.

—¿A un negro con los ojos azules, quieres decir?

—No me refiero a los ojos azules y débiles de los viejos de color —dijo Malone—. Me refiero a los gris azulado de un chico negro. Hay uno así en el pueblo y hoy me ha asustado.

Los ojos del juez parecían burbujas azules y terminó su vaso antes de hablar:

—Conozco al negro que dices.

—¿Quién es?

—Solo un negro que anda por el pueblo y que no me interesa nada. Da masajes y hace recados…, un chico para todo. También es buen cantante.

—Me lo tropecé en una calleja de detrás de la farmacia y me dio un buen susto —dijo Malone.

—Sherman Pew, así se llama ese negro —dijo el juez con un énfasis que en aquel momento a Malone le pareció extraño—. Sin embargo, estoy pensando en contratarlo de criado debido a la escasez de servicio.

—Nunca había visto unos ojos tan raros —dijo Malone.

—Un potro salvaje —dijo al juez—; algo fue mal entre las sábanas. Lo dejaron abandonado en la iglesia de la Sagrada Ascensión.

Malone notó que el juez había dejado algo sin contar, pero estaba lejos de su intención hurgar en los múltiples asuntos de un hombre tan importante.

—Jester…, hablando del rey de Roma…

John Jester Clane había entrado en la habitación y estaba de espaldas a la luz del sol que venía de la calle. Era un muchacho delgado y flexible de diecisiete años, pelirrojo y con una piel tan blanca que las pecas de su nariz respingona eran como canela esparcida sobre nata. El reflejo encendía su pelo, pero su cara quedaba en la sombra y se protegía los ojos de color castaño con la mano. Llevaba pantalones vaqueros y un jersey a rayas, cuyas mangas estaban remangadas hasta los delicados codos.

—Quieto, Tige —dijo Jester.

El perro era un *boxer* atigrado, el único de esta raza del pueblo. Y era un animal de aspecto tan fiero que cuando se lo encontraba solo en la calle, Malone le tenía miedo.

—Lo he hecho solo, abuelo —dijo Jester con una voz entrecortada por la excitación. Luego, viendo a Malone, añadió educadamente—: Hola, míster Malone, ¿cómo se encuentra hoy?

Lágrimas de añoranza, orgullo y alcohol brotaron de los débiles ojos del juez.

—¿Lo has hecho solo, cariño? ¿Y qué has sentido?

Jester reflexionó durante un momento.

—No sentí lo que esperaba. Esperaba sentirme solo y un poco orgulloso. Pero me parece que solo he controlado los mandos. Supongo que me he sentido responsable.

—Imagínate, J. T. —dijo el juez—, hace unos meses este bribón me dijo que estaba tomando lecciones de vuelo en el aeropuerto. Había ahorrado dinero y ya lo había preparado todo para seguir el curso. Pero lo dijo así por las buenas. Simplemente anunció: «Abuelo, estoy tomando lecciones de vuelo» —el juez dio un golpecito en el muslo de Jester—. ¿No fue así, corderito?

El chico apretó una pierna contra la otra.

—Es de lo más fácil. Todo el mundo debería aprender a volar.

—¿Qué autoridad empuja a los jóvenes de estos tiempos a actuar de acuerdo con esas ideas descabelladas? No era así en nuestros tiempos, J. T. ¿Comprendes ahora por qué tengo tanto miedo?

La voz del juez era lastimera y Jester hábilmente le quitó el vaso y lo escondió en un estante del rincón. Malone lo notó y se sintió ofendido en nombre del juez.

—Es hora de comer, abuelo. El coche está un poco más abajo.

El juez se levantó cuidadosamente apoyándose en su bastón y el perro se dirigió a la puerta.

—Cuando quieras, corderito —dijo. En la puerta se volvió hacia Malone—: No dejes que los médicos te intimiden, J. T. La muerte es un gran jugador con la manga llena de trucos. Tú y yo a lo mejor morimos juntos mientras seguimos el entierro de una niña de doce años —dio a Malone una palmada en la cara y salió a la calle.

Malone fue a la parte delantera del establecimiento para cerrar la puerta principal y desde allí oyó una conversación.

—Abuelo, me fastidia decírtelo, pero me gustaría que no me llamaras «corderito» ni «cariño» delante de extraños.

En ese momento Malone detestó a Jester. Le molestaba el término «extraño», y el calor que había caldeado su espíritu en presencia del juez se apagó de inmediato. En los viejos tiempos, la hospitalidad se basaba en la habilidad para hacer que todos, hasta los más vulgares participantes en una barbacoa, se sintieran cómodos. Pero hoy en día la hospitalidad había desaparecido y solo existía el aislamiento. Jester era el verdadero «extraño»…, nunca había sido como los otros chicos de Milan. Era arrogante y al mismo

tiempo excesivamente educado. Había algo oculto en el chico, y su finura, su brillantez parecían peligrosas…, era algo así como un cuchillo en una vaina de seda.

El juez no pareció oír sus palabras.

—Pobre J. T. —dijo mientras le abrían la portezuela del coche—, es algo realmente asombroso.

Malone cerró rápidamente la puerta de delante y volvió a la rebotica.

Estaba solo. Se sentó en la mecedora con el almirez en la mano. El almirez estaba gris y pulido por el uso. Lo había comprado con los demás aparatos de la farmacia cuando la había abierto hacía veinte años. Antes había pertenecido a míster Greenlove…, ¿cuándo fue la última vez que le había recordado? A su muerte sus herederos vendieron el establecimiento. ¿Cuánto tiempo había trabajado míster Greenlove con aquel almirez? ¿Y quién lo habría usado antes que él? El almirez era viejo, viejo e indestructible. Malone se preguntaba si no sería una reliquia de la época india. Aunque era antiguo, ¿cuánto duraría todavía? La piedra se burlaba de Malone.

Se estremeció. Fue como si una corriente de aire le hubiera dado frío, aunque notó que el humo del puro no se había movido. Al pensar en el anciano juez, un humor elegiaco suavizó su miedo. Se acordó de Johnny Clane y de los viejos tiempos en Sereno. No era ningún extraño —muchas veces había estado de invitado en Sereno durante la temporada de caza— y en una ocasión se había quedado a pasar la noche allí. Había dormido con Johnny en una gran cama con dosel y a las cinco de la mañana bajaron a la cocina, y todavía recordaba el aroma a huevas de pescado y a bollos calientes y el olor a perro mojado mientras desayunaban antes de salir de caza. Sí, había cazado muchísimas veces con Johnny Clane y le había invitado a Sereno y estaba allí el domingo anterior a la Navidad en que murió Johnny. Y miss Missy iba a veces, aunque principalmente era un sitio para cazar, solo para hombres y muchachos. Y el juez, cuando disparaba mal, lo que pasaba casi todas las veces, se quejaba de que había tanto cielo y tan pocos pájaros. Siempre hubo

algo misterioso alrededor de Sereno, incluso en aquellos días…, pero ¿no sería el misterio que siempre siente frente al lujo un chico nacido en la miseria? Cuando Malone recordaba los viejos tiempos y pensaba en el juez de ahora —en su sabiduría y fama y en su inconsolable pena— su corazón cantaba con un amor tan grave y sombrío como la música de órgano de la iglesia.

Mientras miraba fijamente el almirez, sus ojos brillaban de fiebre y miedo y, abstraído, no se dio cuenta de que desde el sótano llegaba el ruido de unos golpes. Hasta aquella primavera siempre había mantenido que la vida y la muerte se atenían al ritmo bíblico de tres veces veinte y luego diez. Pero ahora se encontraba con las muertes inexplicables. Pensaba en los niños, perfectos y delicados como joyas en sus ataúdes de seda blanca. Y pensaba en aquella preciosa profesora de canto que se tragó una espina de pescado y murió una hora después. Y en Johnny Clane, y en los muchachos de Milan que habían muerto en la primera guerra y en la última. ¿Y cuántos otros? ¿Cómo? ¿Por qué? Se dio cuenta de los golpes del sótano. Era una rata —la semana anterior una rata había derramado un frasco de líquido antiespasmódico y durante unos días el sótano apestaba tanto que el mancebo se negó a trabajar allí abajo—. No había ritmo en la muerte; solo el ritmo de la rata, y el hedor de la corrupción. Y la preciosa profesora de canto, la rubia carne joven de Johnny Clane, los niños parecidos a joyas…, todos terminaban convertidos en un cadáver descompuesto dentro de un ataúd apestoso. Contempló el almirez con sorpresa porque la piedra era lo único que quedaba.

Hubo unos pasos en la puerta y Malone se llevó tal susto que dejó caer el almirez. El negro de ojos azules estaba de pie allí delante llevando algo en la mano que brillaba con el sol. Miró de nuevo dentro de aquellos ojos llameantes y de nuevo advirtió aquella extraña mirada de comprensión y sintió que aquellos ojos sabían que iba a morir pronto.

—He encontrado esto junto a la puerta —dijo el negro.

La visión de Malone había quedado cegada por el sobresalto y durante un momento creyó que se trataba del abrecartas del doctor Hayden, luego vio que era un manojo de llaves en un llavero de plata.

—No son mías —dijo Malone.

—He visto por ahí al juez Clane y a su nieto. Tal vez sean suyas.

El negro dejó las llaves en la mesa. Luego recogió el almirez y se lo tendió a Malone.

—Muy agradecido —dijo este—, averiguaré lo de las llaves.

El chico salió y Malone le vio cruzar la calle. Sentía frío a causa del desprecio y el odio.

Cuando se sentó con el almirez en la mano todavía le quedaba la suficiente compostura para sorprenderse ante aquellas emociones tan extrañas que habían hecho cambiar de un modo violento su corazón en otro tiempo tan tierno. Estaba atrapado entre el amor y el odio; pero no estaba claro qué era lo que amaba y lo que odiaba. Por primera vez *sabía* que la muerte estaba cerca de él. Pero el terror que le ahogaba no era causado por el conocimiento de su propia muerte. El terror se refería a un misterioso drama que se estaba desarrollando…, aunque Malone no sabía de qué drama se trataba. El terror se refería a lo que iba a suceder en aquellos meses…, ¿cuánto tiempo?…, que devorarían sus días contados. Era un hombre que miraba un reloj sin manecillas.

Seguía el ritmo de la rata.

—Padre, padre, ayúdame —dijo Malone en voz alta.

Pero su padre llevaba muchos años muerto. Cuando sonó el teléfono, Malone le dijo a su mujer por primera vez que estaba enfermo y le pidió que fuera a buscarle con el coche a la farmacia para llevarle a casa. Luego se quedó sentado acariciando el almirez de piedra como si buscara una especie de consuelo mientras esperaba.

Capítulo 2

EL juez mantenía el horario antiguo de comidas y la de los domingos era a las dos. Poco antes de que sonara la campanilla que llamaba a comer, Verily, la cocinera, abrió las contraventanas del comedor que habían estado cerradas toda la mañana para protegerlo del sol. El calor y la luz de pleno verano batían contra las ventanas, y más allá de ellas se extendía el césped abrasado y bordeado de flores de intensos colores. Había unos olmos al final del césped, oscuros y sin brisa en la resplandeciente tarde nacarada. El perro de Jester fue el primero en responder a la llamada a comer; se escurrió lentamente debajo de la mesa, dejando que el largo mantel de damasco le acariciara el lomo. Luego apareció Jester y se quedó esperando de pie detrás de la silla de su abuelo. Cuando entró el anciano juez, le ayudó cuidadosamente a sentarse y luego ocupó su propio sitio en la mesa. La comida se inició como siempre y con la habitual sopa de verduras de primer plato. Con la sopa se servían dos tipos de pan; pan sin levadura y bastoncillos de maíz. El anciano juez comía ávidamente, bebiendo leche árida entre bocado y bocado de pan. Jester solo fue capaz de tomar unas pocas cucharadas de la caliente sopa y bebía té helado y, de vez en cuando, se apoyaba el vaso frío contra la mejilla y la frente. De acuerdo con las costumbres de la casa, no hubo conversación alguna mientras tomaban la sopa exceptuando el comentario habitual del juez de todos los domingos.

—Verily, Verily, en verdad[1], te digo: morarás en la casa del Señor para siempre. —Y añadió su chiste dominical—: Si sigues

cocinando así de bien.

Verily no dijo nada; solo hizo un mohín con sus arrugados labios amoratados.

—Malone siempre ha sido uno de mis electores más fieles y de los que más me han apoyado —dijo el juez cuando trajeron el pollo y Jester se levantó a trincharlo—. El hígado es para ti, hijo, debes tomar hígado al menos una vez por semana.

—Sí, abuelo.

Hasta entonces la comida marchaba de acuerdo con los hábitos y costumbres de la casa. Pero más tarde se produjo una extraña disonancia, un sobresalto en la armonía habitual, una sensación de intenciones opuestas, y la comunicación se cortó. Ni el juez ni su nieto se dieron cuenta de lo que había sucedido en aquel momento, pero al terminar la larga y calurosa comida de costumbre, ambos notaron que algo había cambiado, de modo que su relación ya no volvería a ser igual.

—El *Atlanta Constitution* de hoy se refería a mí como a un reaccionario —dijo el juez.

—Lo siento —respondió Jester suavemente.

—¡Lo sientes! —exclamó el anciano juez—. No es nada que se deba sentir. ¡A mí me alegra!

Los ojos pardos de Jester intercambiaron una mirada larga e inquisitiva con su abuelo.

—En estos tiempos debes tomar la palabra «reaccionario» literalmente. Un reaccionario es un ciudadano que *reacciona* cuando los seculares principios del Sur están amenazados. Cuando los derechos de los Estados son pisoteados por el Gobierno Federal, entonces la reacción es un deber para el ciudadano del Sur. En caso contrario los nobles principios del Sur serían traicionados.

—¿Qué nobles principios? —preguntó Jester.

—Mira, muchacho, usa la cabeza. Los nobles principios de nuestra manera de vivir, las instituciones tradicionales del Sur.

Jester no dijo nada pero su mirada era escéptica y el anciano juez, sensible a todas las reacciones de su nieto, lo notó.

—El Gobierno Federal está tratando de poner en duda la legalidad de la democracia primaria, de modo que todo el equilibrio de la civilización del Sur se verá perjudicado.

—¿Cómo? —preguntó Jester.

—Mira, muchacho, me estoy refiriendo a la segregación racial.

—¿Por qué siempre insistes en la segregación?

—Pero, Jester, estás bromeando.

—No, no lo estoy —y Jester se había puesto serio de repente.

El juez estaba confundido.

—Puede llegar el momento en que tu generación, espero no encontrarme aquí entonces, en que el propio sistema educativo sea mixto…, sin barreras de color. ¿Qué te parecería eso?

Jester no respondió.

—¿Qué te parecería ver a un tosco negro compartiendo el pupitre con una delicada muchachita blanca?

El juez no podía creer en esa posibilidad; quería asombrar a Jester con la gravedad de la situación. Sus ojos desafiaban a su nieto empujándole a reaccionar con el espíritu de un caballero del Sur.

—¿Qué te parecería ver a una tosca niña blanca compartiendo el pupitre con un delicado muchachito negro?

—¿Cómo?

Jester no repitió sus palabras, ni tampoco el anciano juez quería volver a oír unas palabras que tanto le alarmaban. Era como si su nieto hubiera cometido algún acto de locura incipiente, y siempre da miedo reconocer la proximidad de la locura en alguien querido. Da tanto miedo que el anciano juez prefirió no confiar en sus oídos, aunque el sonido de la voz de Jester aún retumbaba en sus tímpanos. Trató de interpretar las palabras a su modo.

—Tienes razón, corderito, cada vez que leo algo de esas ideas comunistas me doy cuenta de que son impensables. Algunas cosas resultan demasiado descabelladas para tomarlas en consideración.

—No quería decir eso —dijo Jester muy despacio. Mecánicamente miró para ver si Verily estaba en la habitación—. No comprendo por

qué las personas blancas y los de color no puedan mezclarse como ciudadanos.

—¡Oh, hijo! —Fue un grito lastimero, desvalido, y de horror. Años atrás, cuando Jester era niño, había padecido ocasionales ataques de vómitos en la mesa. Luego, la ternura había superado el desagrado, y a partir de entonces el juez se había sentido mareado también por simpatía hacia él. Ahora al anciano juez reaccionaba ante aquella súbita situación de la misma manera. Se llevó su mano sana hasta el oído como si sintiera dolor en él y dejó de comer.

Jester se dio cuenta de la inquietud del juez y sintió un estremecimiento de piedad.

—Abuelo, todos tenemos nuestras propias ideas.

—Algunas ideas no se pueden tener. Después de todo, ¿qué son las ideas? Solo son lo que uno piensa. Y tú eres demasiado joven. Estás molestando a tu abuelo con palabras necias.

La sensación de piedad que había sentido Jester desapareció. Miraba fijamente un cuadro situado encima de la repisa de la chimenea. El cuadro era un paisaje sureño con una huerta de melocotoneros y una cabaña de negros y un cielo nuboso.

—Abuelo, ¿qué ves en ese cuadro?

El juez se sintió tan aliviado que se relajó y soltó una risita.

—El Señor sabe que debería recordar esa tontería. Perdí una pequeña fortuna con esos hermosos melocotoneros. Tu tía abuela lo pintó el año de su muerte. E inmediatamente después, el mercado de melocotones tocó fondo.

—Me refiero a lo que de verdad se ve en el cuadro.

—Pues, hay una huerta y nubes y una cabaña de negros.

—¿No ves entre la cabaña y los árboles una mula rosa?

—*¿Una mula rosa?* —los ojos azules del juez salieron de las órbitas alarmados—. Naturalmente que no.

—Es una nube —dijo Jester—. Y a mí me parece exactamente una mula color rosa con unas bridas grises. Ahora que veo el cuadro así, ya no lo puedo ver de otra manera.

—Yo no lo veo.

—Es muy fácil, galopa hacia arriba…, todo un cielo de mulas rosas.

Verily entró con una fuente de budín de maíz.

—Pero, hagan el favor, ¿qué les pasa? Casi no han tocado la comida.

—Toda mi vida he visto el cuadro tal y como lo hizo tía Sara. Y ahora, este verano, no puedo ver lo que se supone que debiera ver. Intento recordar cómo lo solía ver, pero es inútil. Continúo viendo la mula rosa.

—¿Estás mareado, corderito?

—En absoluto. Solo trataba de explicarte que ese cuadro es una especie de… símbolo… supongo que debería decir. Toda la vida he visto las cosas tal y como tú y la familia queríais que las viese. Y ahora, este verano, no veo las cosas como antes… y tengo sensaciones distintas, pienso de modo distinto.

—Es algo muy natural, hijo —la voz del juez era tranquilizadora, pero en sus ojos seguía habiendo ansia.

—Un símbolo —dijo Jester. Repitió la palabra porque era la primera vez que la usaba en una conversación, aunque era una de sus palabras favoritas en las redacciones escolares—. Un símbolo de este verano. Antes tenía las mismas ideas que los demás. Y ahora tengo mis propias ideas.

—¿Tales como…?

Durante un momento Jester no respondió. Y cuando habló su voz de adolescente se quebró por la tensión.

—Por ejemplo, pongo en duda la justicia de la supremacía blanca.

El desafío era tan claro como si hubiera arrojado sobre la mesa una pistola cargada. Pero el juez no lo podía aceptar; tenía la garganta seca y le dolía; tragó con dificultad.

—Sé que para ti esto supone un golpe, abuelo. Pero tenía que decirlo, de otro modo al mejor creías que seguía siendo igual.

—A lo mejor —corrigió el juez—. No *al mejor*. ¿Con qué clase de extremistas salvajes has andado últimamente?

—Con ninguno. Este verano he estado… —Jester iba a decir *he estado muy solo*, pero no podía aceptar esta verdad.

—Bueno, lo único que te tengo que decir es que todas esas tonterías sobre la mezcla de razas y las mulas rosas del cuadro son indudablemente… anormales.

La palabra le sentó a Jester como un puñetazo en pleno estómago y enrojeció violentamente. El dolor le hizo devolver el golpe:

—Toda mi vida te he querido…, hasta te he adorado, abuelo. Creía que eras el hombre más listo, más bueno de la tierra. Escuchaba todo lo que decías como si fuera la Biblia. He guardado todo lo que se publicaba sobre ti. El álbum de recortes tuyos lo empecé en cuanto supe leer. Siempre creí que deberías ser… presidente.

El juez ignoró el uso del pasado y la vanidad calentó la sangre de sus venas. Como una imagen en un espejo, se reflejaron sus propios sentimientos hacia su nieto; el hijo hermoso y adolescente de su hermoso hijo condenado. El amor y el recuerdo dejaron su corazón abierto y desprevenido.

—Aquella vez, cuando me enteré de lo del negro cubano que habló en la Cámara, me sentí orgulloso de ti. Cuando los demás congresistas se levantaron y tú te arrellanaste en el sillón y pusiste los pies encima de la mesa y encendiste un puro, creí que hacías algo maravilloso. Estaba muy orgulloso de ti. Pero ahora lo veo de otro modo. Fue algo grosero y de mala educación. Me avergüenzo de ti cuando lo recuerdo. Cuando pienso en el pasado y cuánto te adoraba…

Jester no pudo terminar pues la angustia del anciano juez era evidente. Su brazo paralítico se tensó y la mano se retorció en un espasmo mientras el codo se curvaba de forma incontrolable. El choque producido por las palabras de Jester hizo reacción con su enfermedad de modo que se le soltaron lágrimas de emoción y dolor físico. Se sonó la nariz y dijo tras unos momentos de silencio:

—Más afilado que el colmillo de una serpiente es un hijo desagradecido.

Pero a Jester le molestó que su abuelo fuera tan vulnerable.

—Pero abuelo, siempre has dicho todo lo que te apetecía. Y yo te he escuchado y creído. Y ahora que tengo algunas opiniones propias, no las aguantas y te pones a citar la Biblia. Eso no es justo porque automáticamente lo sitúa a uno en el error.

—No es de la Biblia…, es de Shakespeare.

—En cualquier caso no soy tu hijo. Soy tu nieto y el hijo de mi padre.

El ventilador giraba en la sofocante tarde y el sol brillaba sobre la mesa del comedor con la bandeja de pollo trinchado y la mantequilla derretida en la mantequera. Jester se llevó el vaso de té frío a la mejilla y lo acarició antes de hablar.

—A veces me pregunto si no estoy empezando a sospechar por qué hizo mi padre… lo que hizo.

Los muertos todavía vivían en la aparatosa casa victoriana con sus pesados muebles. El vestidor de la esposa del juez seguía igual que cuando ella vivía, con el juego de tocador de plata encima de la coqueta y el armario con su ropa que nunca se tocaba a no ser para quitarle ocasionalmente el polvo. Y Jester creció entre fotografías de su padre, y en la biblioteca colgaba su título de abogado en un marco. Pero aunque por toda la casa había recuerdos de las vidas de los muertos, las circunstancias concretas de sus muertes nunca se mencionaban, ni siquiera se insinuaban.

—¿Qué quieres decir con eso? —preguntó el juez con aprensión.

—Nada —respondió Jester—. Excepto que, dadas las circunstancias, parece normal que me pregunte por la muerte de mi padre.

El juez hizo sonar la campanilla y el sonido pareció concentrar la tensión de la habitación.

—Verily, trae una botella de aquel vino de saúco que me regaló míster Malone por mi cumpleaños.

—¿Ahora mismo? ¿Hoy, señor? —preguntó la sirvienta, pues el vino solo se servía en la comida del día de Acción de Gracias y en Navidad. Sacó las copas de vino del aparador y les quitó el polvo con el mandil. Al fijarse en la fuente de comida sin tocar, se preguntó si no habría un pelo o una mosca en la salsa o en los boniatos dulces.

—¿Hay algo que no les gusta en la comida?

—Está deliciosa. Creo que tengo una ligera indigestión.

Era cierto que cuando Jester hablaba de la mezcla de razas el estómago se le revolvía y perdía todo apetito. Abrió la botella y sirvió, cosa extraordinaria, aquel vino; luego bebió tan formalmente como si estuviera en un velatorio. Pues la ruptura de la comprensión, de la simpatía, de hecho es una forma de muerte. El juez estaba dolido y apenado. Y cuando el daño lo ha infligido un ser querido, solo un ser querido puede consolar.

Lentamente tendió por encima de la mesa la mano a su nieto, y al cabo de unos instantes Jester colocó la palma de su mano encima de la de su abuelo. Pero el juez no estaba satisfecho. Dado que las palabras eran lo que le había herido, el consuelo estaba en ellas. Apretó la mano de Jester con desesperación.

—¿Ya no quieres a tu viejo abuelo?

Jester soltó la mano y bebió unos traguitos de vino.

—Claro que sí, abuelo, pero…

Y aunque el juez esperó, Jester no terminó la frase y la emoción quedó definida en la tensa atmósfera de la habitación. La mano del juez permaneció extendida y sus dedos se movieron un poco.

—Hijo, ¿se te ha ocurrido alguna vez que ya no soy un hombre rico? He sufrido muchas pérdidas y nuestros antepasados también las sufrieron. Jester, estoy preocupado por tu educación y tu futuro.

—No te preocupes. Puedo arreglármelas.

—Ya conoces el viejo dicho de que las mejores cosas de la vida son las gratuitas. Es falso y verdadero como todas las generalizaciones. Pero una cosa es cierta: en este país puedes conseguir la mejor formación y gratis por completo. West Point es gratuito y podría conseguir que te admitieran.

—Pero yo no quiero ser oficial del ejército.

—¿Qué es lo que quieres ser?

—No lo sé exactamente. Me gusta la música y me gusta volar —dijo Jester, inseguro y vacilante.

—Pues vete a West Point y entra en las fuerzas aéreas. Debes aprovechar todo lo que te ofrezca el Gobierno Federal. Dios sabe que ese Gobierno Federal ha hecho bastante daño al Sur.

—No tengo que decidir sobre mi futuro hasta el año que viene cuando me gradúe en la escuela superior.

—Lo que te quería decir, hijo, es que mis finanzas ya no son lo que eran. Pero si mis planes se materializan, entonces un día serás un hombre rico. —El juez a menudo hacía vagas referencias a su riqueza futura. Jester nunca había prestado mucha atención a esas alusiones, pero ahora preguntó:

—¿Qué planes, abuelo?

—Hijo, me pregunto si eres lo bastante mayor para comprender la estrategia —el juez se aclaró la garganta—. Eres joven y el sueño es muy grande.

—¿De qué se trata?

—Es un plan para enmendar entuertos y compensar al Sur.

—¿Cómo?

—Es el sueño de un estadista…, no una treta política barata. Es un plan para reparar una inmensa injusticia histórica.

Les habían servido helado y Jester lo estaba tomando, pero el juez lo dejaba derretirse en su plato.

—Piensa, hijo. En cualquier guerra entre naciones civilizadas, ¿qué pasa con la moneda del país que no gana? Piensa en la Primera y la Segunda Guerra Mundial. ¿Qué le pasó al marco alemán después del armisticio? ¿Quemaron su dinero los alemanes? ¿Y el yen japonés? ¿Hicieron los japoneses hogueras con su moneda después de la derrota? ¿Lo hicieron, hijo?

—No —dijo Jester aturdido por la vehemencia de la voz del anciano.

—¿Qué ocurre en cualquier nación civilizada una vez que callan los cañones y los campos de batalla quedan en silencio? El vencedor concede un descanso al derrotado para que restaure los intereses económicos comunes. La moneda de una nación vencida siempre se vuelve a cotizar, devaluada, pero en definitiva rehecha. Rehecha: fíjate en lo que está pasando ahora mismo en Alemania…, en el Japón. El Gobierno Federal ha rehabilitado la moneda enemiga y ha ayudado al vencido a recuperarse. Desde tiempos inmemoriales la moneda de una nación vencida ha seguido en circulación. Y la lira en Italia…, ¿confiscó el Gobierno Federal la lira? La lira, el yen, el marco… todas fueron rehabilitadas.

El juez se doblaba encima de la mesa y su corbata rozaba el plato de helado derretido, pero él no lo notaba.

—Sin embargo, ¿qué sucedió después de la guerra entre los Estados? El Gobierno Federal de los Estados Unidos no solo liberó a los esclavos que eran el *sine qua non* de nuestra economía algodonera; de modo que los auténticos recursos de la nación se los llevó el viento. Nunca se escribió una historia más cierta que *Lo que el viento se llevó*. ¿Te acuerdas cuánto lloramos viendo la película?

—Yo no lloré —dijo Jester.

—Claro que lloraste —respondió el juez—. Me gustaría haber escrito ese libro.

Jester no hizo ningún comentario.

—Pero volvamos al asunto. No solo se destruyó deliberadamente la economía de la nación, sino que encima el Gobierno Federal invalidó por completo toda la moneda de los Estados Confederados. No pudo recuperarse ni un solo centavo de la riqueza de la Confederación entera. He oído decir que se usaron billetes confederados para encender el fuego.

—Había un baúl entero lleno de billetes confederados en el desván. Me pregunto qué habrá sido de ellos.

—Están en la biblioteca, dentro de mi caja fuerte.

—¿Por qué? ¿No carecen de valor?

El juez no respondió; en vez de eso, sacó de un bolsillo de su chaleco un billete confederado de mil dólares. Jester lo examinó con el mismo asombro que sentía cuando jugaba de niño en el desván. El billete era tan auténtico, tan verde y convincente… Pero el asombro solo le iluminó el rostro unos pocos instantes, luego se apagó. Jester devolvió el billete a su abuelo.

—Sería mucho dinero si fuese de verdad.

—Cualquier día de estos puede ser «de verdad», como tú dices. Lo será, si mi energía y esfuerzo y agudeza pueden conseguir que lo sea.

Jester interrogó a su abuelo con sus fríos ojos claros. Luego dijo:

—Ese dinero casi tiene más de cien años.

—Y piensa en los cientos de millones de dólares derrochados por el Gobierno Federal durante esos cien años. Piensa en las guerras que han financiado y en el gasto público. Piensa en las otras monedas rehabilitadas y puestas en circulación de nuevo. El marco, la lira, el yen…, todas monedas extranjeras. Y el Sur, después de todo, era de la misma sangre y debiera haber sido tratado como un hermano. La moneda se debió rehabilitar y *no* devaluar. ¿No te das cuenta, corderito?

—Bueno, pero no se hizo y ahora es demasiado tarde.

La conversación ponía incómodo a Jester que quería levantarse de la mesa e irse. Pero su abuelo le retuvo con un gesto.

—Espera un momento. Nunca es tarde para rectificar un error. Y yo voy a contribuir a que se le permita al Gobierno Federal rectificar ese monumental error histórico —manifestó el juez pontificalmente —. Voy a hacer que se eleve una propuesta a la Cámara de Representantes, si gano las próximas elecciones, que rehabilitará el dinero confederado, ajustándolo según el aumento del coste de la vida en estos tiempos. Seré para el Sur lo que Roosevelt pretendía con su *New Deal*. Revolucionaré la economía del Sur. Y tú, Jester, serás un joven rico. Hay diez millones de dólares en esa caja fuerte. ¿Qué dices a todo eso?

—¿Cómo se amontonó tanto dinero confederado?

—En nuestra familia hemos tenido antepasados con mucha visión…, recuérdalo, Jester. Mi abuela, tu tatarabuela, era una gran señora y una mujer sagaz. Cuando terminó la guerra comerció con dinero confederado, obteniéndolo de vez en cuando a cambio de huevos y cosas así…; recuerdo haberle oído contar una vez que incluso cambió una gallina ponedora por tres millones de dólares. Todos pasaban hambre en aquellos días y todos habían perdido la fe. Todos excepto tu tatarabuela. Nunca olvidaré que decía: «Volverá, tiene que volver.»

—Pero no ha sido así —dijo Jester.

—Hasta ahora… pero espera y verás. Será un *New Deal* para la economía del Sur y beneficiará a la nación entera. Hasta el Gobierno Federal se beneficiará.

—¿Cómo? —preguntó Jester.

—Lo que beneficia a una parte beneficia al todo —respondió el juez sosegadamente—. Es fácil de entender; si yo tuviera unos cuantos millones, invertiría, emplearía a muchísima gente y estimularía el comercio local. Y yo soy precisamente uno de los individuos cuyo dinero será rehabilitado.

—Otra cosa —dijo Jester—. De eso hace ya cien años. ¿Cómo se podrá encontrar el dinero?

—Eso no nos preocupa nada —la voz del juez era triunfante—. Cuando el Departamento del Tesoro anuncie que se ha rehabilitado el dinero confederado, se encontrará el dinero. Los billetes confederados aparecerán en desvanes y en establos de todo el Sur. Aparecerán por toda la nación e incluso en Canadá.

—¿Y de qué servirá que aparezca dinero en Canadá?

—Es un modo de hablar…, una figura retórica —dijo el juez con dignidad. Miró esperanzado a su nieto—. Pero ¿qué opinas de mi idea en conjunto?

Jester evitó los ojos de su abuelo y no respondió. El juez, que buscaba desesperadamente su aprobación, insistió:

—¿Qué, corderito? Es la gran visión de un gran estadista. —Y añadió con mayor firmeza—: El *Journal* se ha referido muchas veces

a mí como a un «gran estadista», y el *Courier* siempre me llama el ciudadano más importante de Milan. Una vez escribieron que yo era «una de las estrellas fijas del glorioso firmamento de los estadistas del Sur». ¿No admites que soy un gran estadista?

La pregunta no era solo una petición de confianza; era además una desesperada petición de fortalecimiento emocional. Jester no pudo responder. Por primera vez se preguntaba si la capacidad de razonamiento de su abuelo había sido afectada por el ataque. Y su corazón oscilaba entre la piedad y el instinto natural que separa a los locos de los cuerdos.

Las venas, viejas y exaltadas, se marcaron en las sienes del juez y su rostro enrojeció. En toda su vida solo en dos ocasiones había sufrido el rechazo; una, cuando fue derrotado en unas elecciones para el Congreso, y otra cuando envió un largo relato al *Saturday Evening Post* y se lo devolvieron con una carta formulario. El juez no podía creer que se lo hubieran rechazado. Volvió a leer el relato y lo encontró mucho mejor que todos los que publicaba el *Post*. Luego, sospechando que no lo habían leído detenidamente, pegó entre sí algunas páginas del manuscrito y como se lo devolvieron otra vez no volvió a leer el *Post*, y tampoco volvió a escribir un cuento. Ahora no podía creer que la separación entre él y su nieto fuera realidad.

—¿Te acuerdas de que cuando eras pequeño me llamabas abuelito?

Jester no se conmovió por el recuerdo y las lágrimas de los ojos de su abuelo le irritaron.

—Me acuerdo de todo —dijo, y se levantó colocándose detrás de la silla del juez, pero su abuelo no se levantaba ni le dejaba marcharse. Agarró la mano de Jester y se la llevó a la mejilla. Jester se mantenía tenso; estaba avergonzado, y su mano no respondía a las caricias.

—Nunca creí que oiría a un nieto mío hablar como tú lo has hecho. Has dicho que no entendías por qué no se debían mezclar las razas. Piensa en las consecuencias lógicas. Llevaría a matrimonios mixtos. ¿Qué te parecería eso?

¿Dejarías que una hermana tuya se casara con un patán negro, si tuvieras una hermana?

—No pensaba en eso. Pensaba en la justicia racial.

—Pero si lo que tú llamas «justicia racial» conduce a los matrimonios mixtos, como ocurrirá según las leyes de la lógica, ¿te casarías con una negra? Sé sincero.

Involuntariamente Jester se encontró pensando en Verily y en las otras cocineras y lavanderas que habían trabajado en la casa, y en tía Jemima, la de los anuncios de tortitas. Su rostro enrojeció y sus pecas se oscurecieron. No pudo contestar de inmediato de lo mucho que le había asustado la imagen.

—Ya ves —dijo el juez—. Solo hablas de la boca para afuera en favor de los del Norte, solo eso.

—Sigo pensando que tú, como juez, juzgas un delito de dos diferentes maneras…, según lo haya cometido un negro o un blanco —dijo Jester.

—Naturalmente. Son dos cosas distintas. Lo blanco es blanco y lo negro es negro… y nunca se mezclarán si yo puedo evitarlo.

El juez se rio y retuvo la mano de Jester cuando este intentó otra vez desasirse.

—Toda mi vida me he preocupado de los problemas de la justicia. Y después de la muerte de tu padre comprendí que la justicia misma es una quimera, una ilusión. La justicia no es una cinta métrica, aplicable con igual medida en todos los casos. Después de la muerte de tu padre comprendí que había una cualidad más importante que la justicia.

La atención de Jester siempre era atraída por cualquier referencia a su padre y a su muerte.

—¿Qué es eso más importante, abuelo?

—La pasión —dijo el juez—. La pasión es más importante que la justicia.

—¿La pasión? —Jester se puso aún más tenso debido a la vergüenza—. ¿Tenía pasiones mi padre?

—Los jóvenes de tu generación no tienen pasiones —dijo el juez evadiendo la pregunta—. Se han apartado de los ideales de sus mayores y niegan la herencia de la sangre. Una vez, cuando estuve en Nueva York, vi a un negro sentado a una mesa con una chica blanca y algo se revolvió en mi sangre. Mi indignación no tenía nada que ver con la justicia…, pero cuando los vi a los dos riéndose juntos y comiendo en la misma mesa, mi sangre… Me marché de Nueva York aquel mismo día y nunca volví a esa Babel, ni lo haré en lo que me quede de vida.

—A mí no me hubiera importado —dijo Jester—. Y, sin duda, pienso ir a Nueva York en cuanto pueda.

—A eso me refería. Desconoces la pasión.

—No veo por qué… —las palabras habían afectado violentamente a Jester; temblaba y había enrojecido.

—Uno de estos días sentirás esa pasión. Y cuando llegue, esas estúpidas ideas que tienes de lo que llamas justicia, desaparecerán. Y entonces serás un hombre y mi nieto…, del que me enorgulleceré.

Jester sostuvo la silla mientras el juez se levantaba pesadamente de la mesa con ayuda del bastón y se mantenía erguido durante un rato frente al cuadro que colgaba encima de la repisa de la chimenea.

—Espera un momento, corderito —buscaba desesperado alguna palabra que superara el abismo que se había abierto en las dos últimas horas. Finalmente dijo—: ¿Sabes, Jester? Veo la mula de que hablabas… allí en el cielo, encima de la huerta y la cabaña.

La concesión no alteraba nada y ambos lo sabían. El juez andaba despacio y Jester iba a su lado dispuesto a sostenerlo si era necesario. La lástima se mezclaba con remordimiento y él odiaba la lástima y el remordimiento. Cuando su abuelo se hubo instalado en el sofá de la biblioteca, dijo:

—Me alegro de que sepas lo que pienso. Me alegro de habértelo dicho —pero las lágrimas de los ojos de su abuelo le desarmaron de modo que se vio forzado a añadir—: En cualquier caso, te quiero, abuelito. —Pero cuando el juez le abrazó, el olor a sudor y la

sensiblería le resultaron tan desagradables que, cuando pudo librarse del abrazo, se sintió derrotado.

Salió corriendo de la habitación y subió las escaleras de tres en tres. Al final de la escalera había una vidriera de colores que encendió el pelo rojizo de Jester, pero dio un tono amarillento a su rostro jadeante. Cerró la puerta de su cuarto y se arrojó sobre la cama.

Era verdad que no sentía pasión. La vergüenza por las palabras de su abuelo latía en su cuerpo y notó que el anciano sabía que era virgen. Sus firmes manos de adolescente abrieron la bragueta y tocaron los genitales buscando consuelo. Otros chicos que conocía presumían de sus aventuras amorosas y hasta iban a una casa que llevaba una mujer llamada Reba. Aquel sitio fascinaba a Jester; exteriormente era una casa normal y corriente, con un enrejado en el porche y una enredadera. La misma vulgaridad de la casa le fascinaba y atraía. Solía dar vueltas a la manzana y su corazón se sentía desafiado y derrotado al mismo tiempo. Una vez, al caer la tarde, vio a una mujer salir de la casa y la observó. Era una mujer vulgar y llevaba un vestido azul y los labios embadurnados de carmín. Hubiera debido mostrarse apasionado. Pero cuando ella le miró distraídamente, la vergüenza de su derrota le hizo apretar una pierna contra otra y quedarse allí, quieto, hasta que la mujer apartó la mirada. Luego corrió seis manzanas hasta su casa y se arrojó encima de la misma cama donde yacía ahora.

No, no tenía pasiones, pero había sentido amor. A veces duraba un día, otras una semana, un mes, y en una ocasión todo un año. El amor de ese año entero fue Ted Hopkins que era el mejor atleta del colegio. Jester buscaba la mirada de Ted por los pasillos y, aunque se le alteraba el pulso, solo hablaron dos veces en todo aquel año.

Una vez fue cuando entraron en el vestíbulo juntos un día lluvioso y Ted dijo:

—Vaya tiempo asqueroso.

—Asqueroso —respondió Jester con voz débil.

La otra conversación fue más larga y menos impersonal, pero absolutamente humillante. Como Jester amaba a Ted, deseaba más que nada en el mundo regalarle algo e impresionarle en su favor. Al comenzar la temporada de *rugby*, vio en el escaparate de una joyería un pequeño balón de oro. Lo compró pero tardó cuatro días en dárselo a Ted. Tenían que estar a solas para entregárselo y, tras varios días de seguirle, se lo encontró en los vestuarios de la sección de Ted. Jester extendió el balón con mano temblorosa y Ted preguntó:

—¿Qué es eso?

Jester supo que en algún sentido había cometido un error. Apresuradamente, explicó:

—Lo encontré.

—¿Y por qué me lo quieres dar?

Jester estaba mareado de vergüenza.

—Solo porque a mí no me sirve de nada y se me ocurrió regalártelo.

Mientras los ojos azules de Ted le miraban burlones y llenos de sospechas, Jester enrojeció con ese rubor intenso de las personas de tez clara, y sus pecas se oscurecieron.

—Bueno, pues gracias —dijo Ted, y se metió el balón de oro en el bolsillo del pantalón.

Ted era hijo de un oficial del ejército que estaba destinado en un pueblo a quince millas de Milan, así que sobre aquel amor se cernía la sombra de que podían trasladarlo. Y sus sentimientos, furtivos y secretos como eran, se intensificaban con la amenaza de separación y el aura de la distancia y la aventura.

Jester evitó a Ted a partir del incidente del balón y en adelante no podía pensar en el *rugby* o en las palabras «tiempo asqueroso» sin una intensa vergüenza.

También había amado a miss Pafford que enseñaba inglés y llevaba flequillo pero no se pintaba los labios.

La pintura de labios repugnaba a Jester, y no podía entender que alguien besara a una mujer que llevara aquella pintura pegajosa.

Pero como casi todas las chicas y mujeres se pintaban los labios, los amores de Jester estaban severamente limitados.

Cálida, amorfa y vacía, la tarde se abría ante él. Y como las tardes de domingo son las más largas de todas, Jester se fue al aeropuerto y no volvió hasta la hora de cenar. Después de la cena seguía sintiéndose vacío, deprimido. Subió a su cuarto y se echó encima de la cama como había hecho después de comer.

Cuando yacía allí sudando y desconsolado, un súbito estremecimiento le animó. Oía una canción que llegaba desde muy lejos interpretada al piano, y a una voz oscura que cantaba, aunque ignoraba de qué canción se trataba y de dónde provenía. Se irguió apoyándose en un codo, escuchando y contemplando la noche. Era un *blues*, voluptuoso y lleno de quejas. La música procedía de la calleja de detrás de los terrenos del juez donde vivían los negros. Mientras el muchacho escuchaba, la tristeza del *jazz* floreció pero no estalló.

Jester se levantó y bajó la escalera. Su abuelo estaba en la biblioteca y se escurrió en la noche sin que lo viera. La música procedía de la tercera casa de la calleja, y cuando Jester llamó por segunda vez, la música cesó y se abrió la puerta.

No había pensado en lo que iba a decir, y se quedó callado en el umbral, sabiendo solo que algo abrumador estaba a punto de ocurrirle. Se encontró cara a cara por primera vez con el negro de ojos azules y tembló. La música todavía palpitaba en su cuerpo y Jester se acobardó al enfrentarse con aquellos ojos azules. Eran fríos y relucían en la oscura y hosca hora. Le recordaban algo que le hacía temblar con repentina vergüenza. Se preguntaba sin palabras qué era aquella sensación abrumadora. ¿Era miedo? ¿Era amor? ¿O era… por fin… pasión? La tristeza del *jazz* explotó.

Capítulo 3

TODAVÍA sin saber lo que pasaba, Jester entró en la habitación y cerró la puerta.

Aquella misma tarde de pleno verano, mientras el aroma de la madreselva persistía en el aire, J. T. Malone hizo una visita inesperada a casa del anciano juez. El juez se acostaba temprano y se levantaba a primera hora; a las nueve de la noche chapoteaba vigorosamente en su baño nocturno y a las cuatro de la mañana hacía lo mismo. Y no era que le gustase. Hubiera querido permanecer a salvo en los brazos de Morfeo hasta las seis o incluso hasta las siete como los demás. Pero la costumbre de madrugar le dominaba y no podía romperla. El juez mantenía que una persona tan corpulenta y que sudaba tanto como él, necesitaba dos baños diarios, y los que le rodeaban estaban de acuerdo. Así que a esa hora del crepúsculo el anciano juez se encontraba chapoteando, resoplando y cantando —sus canciones favoritas para el baño eran «Por el camino del pino solitario» y «Soy una ruina andante de Georgia Tech»—. Aquella noche no cantaba con la satisfacción habitual —la conversación con su nieto le había preocupado—, ni se puso agua de colonia detrás de las orejas como podría haber hecho. Había subido hasta la habitación de Jester antes del baño, pero el chico no estaba allí, ni respondió a su llamada desde el porche. El juez llevaba un blanco camisón de algodón e iba a ponerse la bata cuando llamaron a la puerta. Esperando que fuera su nieto, bajó la escalera y cruzó el vestíbulo descalzo y con la bata colgando

descuidadamente del brazo. Los dos amigos se sorprendieron de verse uno al otro. Malone trataba de no mirar los pies descalzos y demasiado pequeños del obeso juez, mientras este se esforzaba por ponerse la bata.

—¿Qué te trae por aquí a estas horas de la noche? —preguntó el juez con un tono de voz como si ya hubiera pasado la medianoche.

—Había salido a pasear y se me ocurrió pasar por aquí un momento —respondió Malone que parecía desesperado y asustado y no engañó al juez con sus palabras.

—Como ves acabo de bañarme. Sube y tomaremos el último trago. Siempre estoy más cómodo en mi habitación a partir de las ocho. Me meteré en la cama y tú puedes sentarte en el sofá… o viceversa. ¿Qué te preocupa? Parece como si te persiguiera un fantasma, J. T.

—Eso es precisamente lo que siento —dijo Malone. Incapaz de soportar la verdad solo, aquella noche le había hablado a Martha de su leucemia. Había escapado de su propia casa aterrorizado y alarmado, buscando consuelo y apoyo en donde fuera. Había temido por adelantado la intimidad que la tragedia podía provocar en la distante cotidianidad de su vida matrimonial, pero la realidad de aquella suave tarde de verano fue peor de lo que había temido. Martha había llorado, insistido en bañarle la cara con colonia y hablado del futuro de sus hijos. De hecho, su mujer no había dudado del diagnóstico médico y se había comportado como si creyera que su marido estaba incurablemente enfermo y fuera de hecho un hombre que se iba muriendo poco a poco. Esta pena y credulidad exasperó y horrorizó a Malone. A medida que pasaban las horas la escena empeoraba. Martha habló de su luna de miel en Blowing Rock, Carolina del Norte, y del nacimiento de sus hijos y de los viajes que habían hecho y de los cambios inesperados que se producían en la vida. Hasta mencionó, en relación con la educación de sus hijos, sus acciones de la Coca-Cola. Una dama modesta, victoriana, casi asexuada le había parecido a veces a Malone. Aquella falta de interés por el sexo a menudo le había hecho sentirse

grosero, poco delicado, casi tosco. El horror final de la tarde se produjo cuando Martha, inesperadamente, demasiado inesperadamente, se refirió al sexo.

Martha abrazaba al desmadejado Malone cuando gritó:

—¿Qué puedo hacer yo? —y usó la frase que no había pronunciado desde hacía años y años. Era la frase que usaba para referirse al acto del amor. Tenía su origen en la época en que Ellen era pequeña y observaba a los niños mayores dando volteretas en el jardín de los Malone. La pequeña Ellen le gritaba a su padre cuando volvía del trabajo:

—¿Quieres que te haga una voltereta, papá?

Y esa frase de atardeceres de verano, césped húmedo, y niñez, había sido la palabra con que designaban el acto sexual cuando eran jóvenes. Y ahora, después de veinte años de casada, Martha había utilizado aquella palabra; con la dentadura postiza cuidadosamente metida dentro de un vaso de agua. Malone se horrorizó al saber que no solo iba a morir, sino que alguna parte de él había muerto ya sin que él se diera cuenta. Conque apresuradamente, sin decir ni una palabra, salió corriendo y se hundió en la noche.

El anciano juez iba delante y sus rosados pies descalzos se destacaban sobre la alfombra azul. Malone le seguía. Ambos estaban contentos del consuelo de la mutua compañía.

—Se lo conté a mi mujer —dijo Malone—, lo de esa… leucemia.

Pasaron a la habitación del juez donde había una inmensa cama con dosel y almohadones de pluma. Los cortinajes eran lujosos y anticuados y, junto a la ventana, había un sofá que el juez señaló a Malone antes de concentrar su atención en el *whisky* y llenar los vasos.

—J. T., ¿te has fijado en que cuando alguien tiene un defecto, ese defecto es el primero y principal que atribuye a los demás? Pongamos que un hombre sea avaro…, de avaricia es de lo primero que acusa a los demás; o en el caso de la tacañería…, es el primer defecto que reconoce un hombre tacaño. —Entusiasmado con el tema el juez casi gritó las siguientes palabras—.

Y hace falta un ladrón para coger a otro ladrón…, un ladrón para coger a otro ladrón.

—Ya lo sé —replicó Malone, en cierto modo perdido sin conseguir saber de qué hablaba—. Pero no veo…

—Ya llegaré a eso —dijo el juez con autoridad—. Hace unos meses me hablaste del doctor Hayden y de esas cosas raras de la sangre.

—Sí —dijo Malone todavía confuso.

—Bien, pues esta misma mañana mientras Jester y yo volvíamos a casa de la farmacia, casualmente vi al doctor Hayden y nunca me había llevado una sorpresa mayor.

—¿Por qué?

—Ese hombre está enfermo —dijo el juez—. Jamás había visto a un hombre que tuviera un bajón así.

—¿Quiere decir…? —Malone intentaba digerir la insinuación que barruntaba.

La voz del juez era tranquila y firme.

—Quiero decir que si el doctor Hayden tiene una enfermedad especial en la sangre, lo más probable es que te la diagnostique a ti en vez de a sí mismo. —Malone reflexionó sobre aquel razonamiento fantástico, preguntándose si había algo en él a lo que agarrarse—. Después de todo, J. T., tengo grandes reservas de experiencia médica; estuve en el Johns Hopkins cerca de tres meses.

Malone recordaba las manos y brazos del médico.

—Es verdad, el doctor Hayden tiene los brazos muy delgados y peludos.

El juez casi soltó un resoplido.

—No seas tonto, J. T. El pelo no tiene nada que ver con esto. —Malone, avergonzado, se mostró más dispuesto a escuchar el razonamiento del juez—. El médico no te lo dijo para molestarte o por despecho —continuó el juez—. Simplemente es el modo lógico y humano de librarse uno de los males, contagiándoselos a los demás. Hoy le vi un momento y me di cuenta de lo que había sucedido. Reconocí en él la mirada de un hombre mortalmente enfermo…,

miraba de reojo, sus ojos me evitaron como si estuviera avergonzado. He visto esa misma mirada muchas veces en el Johns Hopkins donde me encontraba en calidad de paciente perfectamente sano que podía moverse a su albedrío, y conocía muy bien a todos los hospitalizados —dijo el juez sinceramente—. En cambio tus ojos miran directamente, aunque estás delgado y deberías comer hígado. Inyecciones de hígado —dijo casi gritando—. ¿No hay unas cosas llamadas inyecciones de hígado para las enfermedades de la sangre?

Malone miró al juez con unos ojos que oscilaban entre la confusión y la esperanza.

—No sabía que hubiera estado usted en el Johns Hopkins —dijo suavemente—. Supongo que no lo diría por aquí debido a su carrera política.

—Hace diez años yo pesaba ciento quince kilos.

—Siempre ha llevado bien su peso. Nunca le he considerado un hombre gordo.

—Un hombre gordo: claro que no. Solo era robusto y corpulento…, lo que pasaba era que sufría desmayos. Eso tenía preocupada a miss Missy —dijo lanzando una mirada al retrato de su mujer que estaba en la pared de enfrente—. Siempre estaba hablándome de médicos…, de hecho, hasta me regañaba. Nunca había ido al médico desde que me convertí en adulto; sentía instintivamente que el médico significaba el bisturí o, algo igual de malo, la dieta. Era amigo íntimo del doctor Tatum, que solía pescar y cazar conmigo, pero era un ser aparte…, en fin, que dejaba a los médicos en paz y esperaba que ellos también me dejaran a mí en paz. Aparte de los desmayos gozaba de una salud perfecta. Cuando murió el doctor Tatum padecí un dolor de muelas terrible…, creo que era psicosomático, así que fui al hermano de Tatum, que era el mejor médico de mulas del condado. Yo bebía.

—¡Médico de mulas! —Su fe en los razonamientos del juez se desvaneció con consternación y asco. El anciano juez no pareció notarlo.

—Naturalmente, eso pasó la semana del funeral del doctor, y con el velatorio y el entierro y todo lo demás, las muelas me dolían como si me pasase una corriente eléctrica…, así que Poke, el hermano del médico, me sacó la muela… con la misma cocaína y antibióticos que usa para las mulas, ya que tienen los dientes fuertes y son muy testarudas, y muy sensibles en lo que se refiere a que les anden hurgando en la boca.

Malone asentía asombrado, y como la desilusión todavía le duraba, cambió bruscamente de tema.

—Ese retrato es la viva imagen de miss Missy.

—A veces eso pienso yo —dijo el juez complacido, pues era una de esas personas que consideran que todo lo que tienen es mucho mejor que lo que tienen los demás… aunque sea idéntico. Añadió reflexivamente—: A veces, cuando me siento triste y pesimista, creo que Sara cometió un grave error con el pie izquierdo…, en mis peores momentos a veces hasta me parece un extraño rabo.

—Yo no lo veo así en absoluto, señor —dijo Malone consolándole —. Además es la cara, la expresión, lo que importa.

—De todos modos —dijo apasionadamente el juez—, me gustaría que el retrato de mi mujer lo hubiera pintado sir Joshua Reynolds o uno de los grandes maestros.

—Bueno, eso ya es otra historia —dijo Malone contemplando el retrato bastante mal pintado por la hermana mayor del juez.

—He aprendido a no conformarme con lo barato, con las cosas hechas en casa…, en especial cuando se trata de arte. Pero en aquella época nunca imaginé que miss Missy iba a morir y dejarme.

Unas lágrimas hicieron brillar sus viejos ojos apagados y se quedó callado, pues el locuaz anciano nunca había sido capaz de hablar de la muerte de su mujer. Malone también estaba callado, recordando. La mujer del juez había muerto de cáncer y fue Malone quien despachaba las recetas del médico durante la larga enfermedad. La visitaba con frecuencia…, a veces le llevaba flores de su jardín o un frasco de colonia como si así suavizara el hecho de que le traía morfina. El juez deambulaba a menudo por la casa,

atontado, pues pasaba con su mujer el mayor tiempo posible, incluso a juicio de Malone, en detrimento de su carrera política. Miss Missy había tenido cáncer en un pecho y se lo habían extirpado. La pena del juez no tuvo límites. Rondaba por los pasillos del hospital de la ciudad acosando incluso a los médicos que no tenían nada que ver con el caso, sollozando, preguntando. Organizó rogativas en la Primera Iglesia Baptista y daba cien dólares de limosna todos los domingos. Cuando su mujer volvió a casa, aparentemente restablecida, su alegría y optimismo fueron ilimitados; además, compró un Rolls Royce y contrató un «mecánico seguro, de color» para sus paseos diarios. Cuando su mujer supo que estaba otra vez enferma, quiso ocultarle la verdad a su marido, y durante un tiempo él continuó con sus alegres y extravagantes costumbres. Cuando ya resultó evidente que su mujer había recaído, no quiso darse por enterado y trató de engañarse y engañarla a ella.

Evitando a los médicos y sin hacer preguntas, aceptó el hecho de que una enfermera especializada se hubiera convertido en miembro de la familia. Enseñó a su mujer a jugar al póquer y jugaban con frecuencia cuando esta se encontraba lo bastante bien. Cuando era evidente que su mujer tenía dolores, el juez iba sigilosamente de puntillas a la nevera y comía sin saborear lo que tomaba, pensando exclusivamente en que su mujer había estado muy enferma y se estaba recuperando de una seria operación. De este modo se mantenía firme frente a su secreto dolor cotidiano, y trataba de no enterarse de lo que sucedía.

El día que ella murió era un helado día de diciembre, con un cielo azul sin nubes y el tañido de las campanas navideñas resonando en el gélido aire. El juez, demasiado aturdido y cansado para llorar de veras, tuvo un terrible ataque de hipo que cedió, gracias a Dios, durante el funeral. A última hora de aquel día de invierno, cuando la ceremonia hubo terminado y los asistentes se hubieron marchado, fue solo en el Rolls Royce al cementerio (vendió el coche a la semana siguiente). Allí, mientras iban apareciendo las primeras estrellas indiferentes, hurgó en el cemento reciente de la tumba con

un bastón, valoró la destreza del trabajo, y muy lentamente regresó al coche conducido por el «mecánico seguro, de color», y allí, exhausto, se durmió.

El juez echó una última mirada al retrato antes de apartar los ojos empañados de lágrimas. Jamás había existido mujer más pura.

Después del adecuado período de luto, Malone y el resto de la ciudad esperaban que el juez se volviera a casar; y hasta él mismo, solitario y apenado mientras erraba por la enorme casa, tenía la sensación de que esperaba algo desconocido. Los domingos, vestido cuidadosamente, acudía a la iglesia donde se sentaba gravemente en el segundo banco, con la mirada fija en el coro. Su mujer había cantado en el coro y le gustaba mirar las gargantas y pechos de las mujeres cuando cantaban. Había algunas damas encantadoras en el coro de la Primera Iglesia Baptista, en especial una soprano a la que el juez miraba constantemente. Pero había otros coros en las iglesias de la ciudad. Con la sensación de cometer una herejía, el juez fue a la iglesia presbiteriana donde había una cantora rubia —su mujer era rubia—, cuyo pecho y garganta le fascinaban, aunque las otras cosas no fueran de su gusto. Así, vestido de gala y sentándose en uno de los primeros bancos, el juez visitó las diversas iglesias de la ciudad y examinó y valoró los coros, a pesar de que tenía muy poco oído para la música y siempre cantaba desentonado y demasiado alto. Nadie le preguntó por aquel constante cambio de iglesia, pero debía sentirse un poco culpable porque a menudo declaraba en voz alta:

—Me gusta estar informado de lo que pasa en las distintas religiones y credos. Mi mujer y yo siempre hemos sido de mentalidad abierta.

El juez nunca pensó conscientemente en casarse otra vez; de hecho, a menudo hablaba de su mujer como si todavía estuviese viva. Pero existía aquel vacío angustioso que trataba de llenar con la comida, el alcohol o mirando a damas del coro. Y había iniciado una búsqueda velada, inconsciente, de su esposa muerta. Miss Missy había sido una mujer pura, y automáticamente solo tuvo en cuenta a las mujeres puras. Cantora del coro, solo las cantoras de coro le

atraían. Estos requisitos no eran difíciles de reunir. Pero miss Missy también había sido excelente jugadora de póquer, y las solteras que canten en un coro y que además sean astutas jugadoras de póquer son más bien escasas. Una tarde, a los dos años de la muerte de miss Missy, el juez invitó a miss Kate Spinner a cenar con él aquella noche de sábado. También invitó a su anciana tía como carabina y preparó el menú con la misma premeditación que hubiera tenido su mujer. La cena empezó con ostras. Siguió un plato de pollo con salsa de tomate, grosella y almendras, todo guisado junto, que era uno de los favoritos de miss Missy cuando tenía invitados. Se sirvió vino con cada plato y tomaron *brandy* después del helado. El juez dedicó varios días a los preparativos y se preocupó de que se usara la mejor porcelana y la cubertería de plata. La cena en sí ya fue un gran error. Para empezar, miss Kate nunca había comido ostras y tenía un miedo mortal a verse obligada a tomar una cuando el juez trató de convencerla. La falta de costumbre de tomar vino, hizo que miss Kate riera de un modo que al juez le pareció insinuante y que le molestaba sin saber por qué. Por otro lado, la vieja tía solterona dijo que ella no había probado el alcohol en su vida y que le sorprendía ver a su sobrina tomarlo. Al final de la triste cena, el juez, menguadas sus esperanzas pero no desaparecidas, sacó una baraja nueva de cartas para jugar con las señoras. Pensaba en los estilizados dedos de su mujer con los diamantes que él le había regalado. Pero la realidad era que miss Kate no había tenido en sus manos una baraja en toda su vida, y su anciana tía añadió que, para ella, las cartas eran la entrada al reino del demonio. La sobremesa se terminó temprano y el juez acabó con la botella de *brandy* antes de irse a la cama. Echó la culpa a que las Spinner eran luteranas y no se podía esperar que pertenecieran a la misma clase que las personas que frecuentaban la Primera Iglesia Baptista. Así logró consolarse.

Sin embargo, no fue muy lejos en su amplitud de miras acerca de sectas y credos. Miss Missy había nacido en el seno de la Iglesia Episcopaliana, y se había convertido a la Primera Baptista al casarse.

Miss Hettie Peaver cantaba en el coro episcopaliano y la garganta le latía y vibraba al cantar. En Navidad los fieles se ponían de pie al llegar el Aleluya; año tras año le encantaba aquel pasaje y se quedaba sentado como un idiota hasta que se daba cuenta de que todo el mundo se había puesto de pie y entonces trataba se arreglarlo cantando más alto que nadie…, pero aquella Navidad la parte del Aleluya llegó y al juez le pasó inadvertida mirando la garganta de miss Hettie Peaver. Al salir, restregó los pies en el suelo y la invitó a ella y a su madre, ya de edad, a cenar con él el sábado de la semana siguiente. Otra vez se angustió con los preparativos. Miss Hettie era una mujer baja y robusta, de buena familia; ya no era una pollita y el juez lo sabía perfectamente, pero tampoco lo era él que ya rozaba los setenta. Y naturalmente, no era cuestión de casarse, pues miss Hettie era viuda. (El juez, en su búsqueda inconsciente de amor, había excluido automáticamente a las viudas, y claro está, a las divorciadas, pues siempre había mantenido que las segundas nupcias eran impropias de una mujer.)

Aquella segunda cena fue completamente diferente de la luterana. Resultó que a miss Hettie le encantaban las ostras y trató de reunir el valor suficiente para tragarse una entera. Su anciana madre contó que una vez había preparado una cena solo a base de ostras —ostras crudas, ostras empanadas y un largo etcétera que la vieja dama explicó con todo detalle— en honor del socio de Percy, «mi querido maridito», y resultó que el socio no podía ni probar las ostras. A medida que la señora bebía vino, sus relatos se hacían más largos y más aburridos y su hija trataba de cambiar de tema con poco éxito. Después de cenar, cuando el juez sacó la baraja, la anciana dijo que ya veía demasiado mal para jugar y que se sentiría completamente a gusto terminando su oporto y mirando el fuego. El juez enseñó a miss Hettie a jugar al *blackjack* y descubrió que era una alumna aventajada. Pero echó en falta las delicadas manos de miss Missy y sus sortijas de brillantes. Y otra cosa: miss Hettie era algo gorda para su gusto y no podía evitar comparar el busto pequeño de su mujer con aquellas formas voluminosas. Su mujer

había tenido unos pechos muy delicados, y nunca olvidaba que le habían extirpado uno.

El día de San Valentín, enfermo por aquella sensación de vacío, compró una caja de dos kilos y medio de caramelos en forma de corazón con gran satisfacción de J. T. Malone, que hizo la venta cuando iba camino de la casa de miss Hettie reconsideró las cosas juiciosamente y volvió lentamente a la suya. Se comió él mismo los caramelos. Tardó dos meses. Al final, después de otros pequeños episodios como aquel, que no llegaron a nada, el juez se dedicó exclusivamente a su nieto y al afecto que le tenía.

El juez mimaba a su nieto más allá de lo razonable. Era uno de los chistes de la ciudad el que una vez, en una merienda campestre organizada por la iglesia, el juez hubiera apartado cuidadosamente los granos de pimienta de la comida de su nietecito, pues al niño no le gustaba la pimienta. Cuando el niño cumplió los cuatro años ya sabía recitar el Padrenuestro y el Salmo Veintitrés, gracias a la paciente instrucción de su abuelo, y para el anciano era una delicia cuando la gente se reunía en torno suyo para oír aquel prodigio. Absorto en su nieto, disminuyó el vacío de su pena, y también su fascinación por las señoras del coro. A pesar de su avanzada edad, que por cierto el juez no admitía, iba muy temprano a su oficina del juzgado; por la mañana hacía el camino a pie y al mediodía lo traían en coche y tras disfrutar de una larga comida volvían a llevarlo a trabajar en coche. Discutía a voces en el patio del juzgado y en el *drugstore* de Malone. Los sábados por la noche jugaba al póquer en un cuarto trasero del Café Nueva York.

Durante todos aquellos años el lema del juez había sido: «Mens sana in corpore sano.» Su «ataque» no lo alteró tanto como se hubiera podido suponer. Tras una inquieta convalecencia, volvió a sus costumbres habituales; aunque solo iba a la oficina por la mañana y hacía poco más que abrir su menguado correo y leer el *Milan Courier*, el *Flowering Branch Ledger* y, los domingos, el *Atlanta Constitution*, que le enfurecía. El juez se había caído en el cuarto de baño y había estado allí tendido durante horas hasta que Jester,

sumido en el sueño pesado de los jóvenes, había por fin oído los gritos de su abuelo. El «pequeño agarrotamiento» se había producido instantáneamente de modo que el juez, al principio, esperaba que su recuperación llegaría con la misma rapidez. No quería admitir que era un auténtico ataque —hablaba de «un ligero caso de polio», «un pequeño agarrotamiento», etc.—. Cuando ya se levantaba, declaró que usaba el bastón porque le gustaba y que el «pequeño ataque» probablemente le había beneficiado, pues su mente se había agudizado gracias a la contemplación y «nuevos estudios».

El anciano esperaba inquieto oír el ruido de la puerta.

—Jester se retrasa —dijo con una nota de queja—. Habitualmente es un muchacho tan considerado que me dice donde va cuando sale de noche. Antes de bañarme, cuando oí una música no muy lejana, pensé que habría salido al patio a escuchar. Pero la música cesó y cuando le llamé solo hubo silencio, y aunque ha pasado la hora en que se acuesta, no ha vuelto a casa.

Malone apoyó su carnoso labio superior contra el de abajo, pues no le gustaba Jester, pero solo dijo suavemente:

—Bueno, los chicos son los chicos.

—Este chico me ha preocupado a menudo; criado en una casa de aflicción. Esta lo es donde las haya. A veces creo que por eso le gusta tanto la música triste, aunque también su madre estaba muy a favor de la música —siguió el juez, olvidando que se había saltado una generación—. Me refiero a su abuela, claro —se corrigió—. La madre de Jester solo estuvo con nosotros en aquella época de violencia, tristeza y confusión…, tanto es así, que casi pasó por la familia inadvertida, hasta tal punto que ahora casi no puedo recordar su rostro. Pelo claro, ojos castaños, una voz agradable…; aunque su padre era un notorio contrabandista de ron. A pesar de nuestros sentimientos fue una bendición disfrazada de mujer… si alguna vez la hubo.

»Lo malo fue que quedó intercalada entre la muerte de Johnny, el nacimiento de Jester, y la segunda recaída de miss Missy. Hubiera necesitado una personalidad más fuerte para no quedar desdibujado ante todo aquello y Mirabelle no era enérgica.

De hecho, el único recuerdo que destacaba era la comida de un domingo cuando la gentil forastera dijo:

—Adoro las tartas heladas —y el juez se encargó de corregirla.

—Mirabelle —dijo gravemente—, me adoras a mí. Adoras el recuerdo de tu marido. Adoras a miss Missy. Pero no puedes adorar las tartas heladas, ¿entiendes? —Señaló con una mirada casi amorosa el trozo que estaba cortando—. Te gustan las tartas heladas. ¿Ves la diferencia, niña?

La veía, pero se había quedado sin apetito.

—Sí, señor —dijo mientras dejaba caer el tenedor.

El juez, sintiéndose culpable, dijo enfadado:

—Come, niña. En tu estado debes comer.

Pero la idea de estar en su estado la hizo llorar, y se levantó de la mesa.

Miss Missy, con una mirada de reproche a su marido, la siguió inmediatamente, y le dejó solo comiendo, enfurecido. Como castigo, las tuvo privadas de su presencia durante la mayor parte de la tarde, haciendo solitarios en la biblioteca con la puerta cerrada con llave. Sintió una gran satisfacción cuando el picaporte se movió, pero se negó a moverse o responder. Llevó la cosa tan lejos que hasta fue al cementerio solo en lugar de ir escoltando a su mujer y a su nuera en la acostumbrada visita de los domingos a la tumba de Johnny. El paseo al cementerio le devolvió su habitual buen humor. Tras dar una vuelta a la luz crepuscular de aquella tarde de abril, fue hasta el Pizzalatti que siempre estaba abierto y compró bolsas de caramelos, mandarinas, e incluso un coco, que la familia disfrutó después de la cena.

—Mirabelle —le dijo a Malone—. Si la hubiéramos internado en el Johns Hopkins para el alumbramiento… Pero los Clane siempre han nacido en casa, y quién podía imaginar que las cosas fueran a ir así.

Además, siempre es más fácil juzgar el pasado que prever el futuro —concluyó, dejando el tema de su nuera que había muerto en el parto.

—¡Fue muy triste lo de Mirabelle! —exclamó Malone, solo por decir algo—. En estos tiempos las mujeres mueren pocas veces en el parto, y cuando sucede es especialmente triste. Solía venir al *drugstore* todas las tardes a comprar un helado de cucurucho.

—Le gustaban las cosas dulces —dijo el juez con especial satisfacción, pues se había aprovechado de aquella circunstancia para decir a menudo: «A Mirabelle le apetece tarta de fresa y nata», o cualquier otra exquisitez, atribuyendo sus propios deseos al embarazo de su nuera. Con tacto, pero con firmeza, su mujer, mientras vivió, había mantenido al juez en los cien kilos de peso, aunque las palabras caloría o régimen no se usaban jamás. Leía a escondidas las tablas de calorías y disponía las comidas de acuerdo con ellas, sin que lo supiera el juez.

»Hacia el final consultamos a todos los especialistas de niños de la ciudad —continuó el juez casi a la defensiva, como si le reprocharan el no ocuparse de los suyos—. Pero era alguna rara complicación que no pudo preverse. Hasta el día en que me muera lamentaré el no haberla llevado al Johns Hopkins desde un principio. Están especializados en complicaciones y enfermedades raras. Si no hubiera sido por el Johns Hopkins yo también estaría ahora bajo tierra.

Malone, que encontraba consuelo en aquella conversación sobre las enfermedades de los demás, preguntó delicadamente:

—¿Fue complicada y rara la enfermedad suya?

—No tanto complicada y rara, como curiosa —dijo el juez complacido—. Cuando mi querida esposa murió, me sentí tan desgraciado que empecé a cavar mi propia fosa con los dientes.

Malone se estremeció: durante un instante tuvo una vivida imagen de su amigo masticando la sucia tierra del cementerio, llorando con desesperación. Su propia enfermedad le había dejado indefenso frente a aquel tipo de imágenes impensadas, súbitas, por

muy repelentes que fueran. La subjetividad de su enfermedad era tan intensa que Malone reaccionaba violentamente a los temas más sosegados y objetivos. Por ejemplo, la mera mención de algo tan normal y corriente como la Coca-Cola, le sugería la vergüenza y la desgracia de que no le creyeran un buen padre de familia, solo porque su mujer poseía algunas acciones de Coca-Cola compradas con su propio dinero y guardadas en una caja de seguridad del Banco de Milan. Malone apenas percibía estas reacciones, primitivas e involuntarias, pues poseían el vigor fugaz y la gracia de lo inconsciente.

—Llegó un momento en que cuando me pesaba en tu *drugstore*, pesaba ciento quince kilos. Pero aquello no me inquietaba especialmente; solo me molestaban los desmayos. Tenía que pasar algo disparatado antes de que los tomase en serio. Y por fin, sucedió.

—¿El qué? —preguntó Malone.

—Fue cuando Jester tenía siete años —el juez interrumpió su relato para quejarse de aquellos años—. Oh, los problemas que tiene un hombre para criar a un niño sin madre; y no solo para criarlo, para educarlo. Oh, aquellas papillas Clapp, los inesperados dolores de oído por la noche que yo curaba con paregórico con azúcar y unas gotas de aceite en sus oídos. Claro está que su niñera, Cleopatra, hacía la mayor parte del trabajo, pero mi nieto era responsabilidad mía, y eso era incuestionable —suspiró antes de continuar con su relato—. En cualquier caso, cuando Jester todavía era un crío decidí enseñarle a jugar al golf, conque un sábado por la tarde fuimos al golf del Club de Campo. Yo jugaba y le enseñaba a Jester las distintas posturas y golpes. Llegamos a ese estanque…, el que está cerca del bosque…, ya sabes cuál digo, J. T.

Malone, que nunca había jugado al golf ni era socio del Club de Campo, asintió con cierto orgullo.

—Bien, acababa de dar un golpe cuando de repente tuve uno de aquellos desmayos. Y me caí en pleno estanque. Me ahogaba y solo había un niño de siete años y el pequeño *caddy* de color para

salvarme. Me arrastraron fuera, ¿cómo?, no lo sé, pues estaba demasiado empapado y confuso para valerme por mí mismo. Debió de costarles trabajo, con mis ciento y pico kilos, pero aquel caddy de color era listo y astuto, y al final me encontré a salvo. Sin embargo, aquel desmayo hizo que pensara seriamente en ir al médico. Como ningún médico de Milan me gustaba ni me fiaba de ninguno, tuve una inspiración divina: al Johns Hopkins. Sabía que trataban enfermedades raras y poco corrientes como la mía. Al caddy que me había salvado le regalé un reloj de oro con una inscripción en latín.

—¿En latín?

—*Mens sana in corpore sano* —dijo el juez serenamente; era lo único que sabía en latín.

—De lo más apropiado —dijo Malone que tampoco sabía latín.

—Aunque no lo supiera entonces, existía una relación que se podría considerar trágica entre el chico de color y yo —dijo el juez lentamente; y cerró los ojos como si fueran una especie de telón que caía sobre el tema, dejando insatisfecha la curiosidad de Malone —. Con todo —continuó— le voy a contratar como ayuda de cámara. —El anticuado término sorprendió a Malone.

»Cuando me caí al estanque quedé lo suficientemente alarmado como para ir al Johns Hopkins; sabía que estudiaban enfermedades raras y curiosas. Llevé conmigo al pequeño Jester para que ampliase su educación y como premio por haber ayudado a aquel caddy a salvarme —el juez no admitía jamás que no hubiera sido capaz de enfrentarse con una experiencia tan dura como la de un hospital sin su nieto de siete años—. Conque llegó el día en que me encontré cara a cara con el doctor Hume.

Malone palideció ante la imagen inconsciente de la consulta de un médico, oliendo a éter, con lloriqueo de niño, el abrecartas del doctor Hayden y la mesa de reconocimientos.

—Cuando el doctor Hume me preguntó si comía demasiado, le aseguré que comía lo normal. Luego hiló más fino en sus preguntas. Me preguntó, por ejemplo, cuántas rebanadas de pan tomaba en una comida, y yo dije: «La cantidad normal.» Concretó todavía más,

tal y como hacen los médicos, y me preguntó cuánto era la «cantidad normal». Cuando le dije: «Solo una docena o dos», comprendí que había llegado mi Waterloo.

Como un relámpago Malone vio panecillos remojados, desgracia, Napoleón.

—El médico dijo que tenía dos posibilidades: o bien seguir viviendo como hasta entonces, lo que no sería por mucho tiempo, o bien ponerme a régimen. Me asusté, lo admito. Y le dije que se trataba de una cuestión demasiado seria para decidir de improviso. Le dije que me dejara doce horas para pensarlo antes de tomar la decisión definitiva. «No encontraremos demasiado difícil el régimen, señor juez.» ¿No te parece asqueroso el que los médicos utilicen la palabra «nosotros» cuando solo le atañe a uno? El podía ir a casa y engullir cincuenta panecillos y diez tartas heladas, mientras que yo me moría de hambre con el régimen, así que me puse a pensar lleno de indignación.

—Odio ese «nosotros» que usan los médicos —asintió Malone, pues de rebote revivió asqueado sus propias emociones en la consulta del doctor Hayden y las palabras fatales «estamos ante un caso de leucemia».

—Es más —añadió el juez—, odio, ¡maldita sea!, cuando presumen de que dicen lo que ellos llaman la verdad. Me enfadé tanto pensando en el problema del régimen que casi sufro allí mismo y en aquel momento un ataque —el juez se corrigió inmediatamente —. Un ataque al corazón o un «pequeño agarrotamiento».

—No, no está bien —asintió Malone. El había pedido que le dijeran la verdad, pero al hacerlo solo buscaba que le tranquilizaran. ¿Cómo iba a pensar que un caso de fiebre primaveral normal y corriente resultara una enfermedad mortal? Quería simpatía y aliento, y consiguió una condena a muerte—. Los médicos, ¡santo Dios!, siempre se lavan las manos, miran a la ventana, juguetean con cosas espantosas mientras uno está estirado encima de una mesa o medio desnudo en una silla. —Terminó con voz lastimera, a

causa de la debilidad y el enfado—. Me alegro de no haber acabado Medicina. No lo soportaría ni mi alma, ni mi conciencia.

—Me pasé pensando en ello doce horas enteritas como dije que haría. Una parte de mí mismo decía que me pusiera a régimen, mientras que otra decía que ¡al infierno!, solo se vive una vez. Me citaba a mí mismo a Shakespeare; «Ser o no ser», y meditaba tristemente. Luego, hacia el atardecer vino una enfermera a la habitación con una bandeja. En la bandeja había un filete el doble de grueso que mi mano, nabos tiernos, ensalada de tomate y lechuga. Miré a la enfermera. Tenía un busto agradable y un cuello encantador…, no estaba mal para ser enfermera. Le conté mi problema y le pregunté sinceramente en qué consistía el régimen. Me quedé de piedra cuando me respondió: «Esto, señor juez, es el régimen.» Cuando me aseguré de que no era una broma, mandé aviso al doctor Hume de que ya había empezado el régimen. Había olvidado mencionar el alcohol y los ponchecitos. Conseguí arreglármelas.

—¿Cómo? —preguntó Malone que conocía las pequeñas debilidades del juez.

—A veces el Señor elige caminos extraños. Cuando saqué a Jester del colegio para que me acompañara al hospital, todo el mundo pensó que hacía algo terriblemente raro. A veces yo también lo creía, pero íntimamente tenía miedo de morir allá en el Norte, en aquel hospital. No lo había planeado de antemano, pero un niño de siete años es perfecto para ir a la tienda de bebidas más cercana y comprarle una botellita a su abuelo enfermo.

»El truco de esta vida es convertir una experiencia desgraciada en una feliz. En cuanto se me encogió la barriga, me encontré muy bien en el Johns Hopkins y perdí quince kilos en tres meses.

El juez, viendo la mirada cansada y lánguida de Malone, se sintió súbitamente culpable por haber hablado demasiado de su propia salud.

—Quizá creas que todo marcha estupendamente, J. T., pero no es así, y voy a confiarte un secreto que no he revelado a nadie de

este mundo, un secreto serio, terrible.

—Pero ¿qué le pasa?

—Estaba contento de haber perdido tanto peso con el régimen, pero aquella dieta pasó a integrarse en mi organismo y justo un año después, durante mi visita anual al Johns Hopkins, me dijeron que tenía azúcar en la sangre y eso significa diabetes.

Malone, que llevaba años despachándole insulina no se sorprendió, pero no hizo ningún comentario.

—No era una enfermedad mortal pero requería un régimen. Maldije al doctor Hume y le amenacé con llevarle a los tribunales, pero razonó conmigo y, como soy un zorro viejo en el asunto, comprendí que no podría ganar el caso. Eso trajo algunos problemas. Ya lo sabes, J. T., aunque no se trata de una enfermedad mortal tienes que ponerte una inyección todos los días. No es nada contagioso, pero ya se me achacaban demasiadas enfermedades como para que aquella fuera del dominio público. Todavía estoy en el cénit de mi carrera política, lo reconozcan los demás o no.

—No se lo diré a nadie, aunque no es una vergüenza —dijo Malone.

—La gordura, aquel pequeño ataque, y además, encima de todo eso, diabetes…, demasiadas cosas para un político. Aunque haya habido un paralítico en la Casa Blanca durante trece años.

—Tengo plena confianza en su astucia política, señor juez.

Eso dijo, pero aquella misma tarde extrañamente había perdido toda su fe en el juez. ¿Por qué? No lo sabía…, por lo menos la fe en sus opiniones médicas.

—Durante años he soportado que enfermeras particulares me pusieran la inyección y ahora la suerte me ha brindado otra solución. He encontrado a un muchacho que, además de cuidar de mí, me pondrá esas inyecciones. Es el mismo muchacho por el que me preguntaste en primavera.

—¿No será el negro ese de los ojos azules? —preguntó Malone recordando de repente.

—Lo es —dijo el juez.

—¿Y qué sabe usted de él? —inquirió Malone.

El juez estaba pensando en la tragedia de su vida y en cómo había formado parte de ella aquel muchacho. Pero solo le dijo a Malone:

—Era el caddy de color que me salvó la vida cuando caí al estanque.

Entonces los dos rompieron a reír con una risa trágica. La causa aparente era la imagen de un viejo de 110 kilos en el momento de ser sacado del estanque, y las histéricas carcajadas resonaron en la oscuridad de la noche. La risa de la tragedia no se interrumpe fácilmente, así que rieron durante largo rato, cada uno por su propia tragedia. El juez fue el primero en dejar de reír.

—En serio, quería encontrar a alguien en quien confiar, ¿y en quién iba a confiar más que en el muchacho que me salvó la vida? La insulina es muy delicada, una cosa misteriosa que debe ser administrada por alguien muy inteligente y concienzudo…, hay que hervir las agujas y todo eso.

Malone creía que el chico podía ser inteligente, pero ¿no es también peligroso un muchacho de color demasiado inteligente? Tuvo miedo por el juez, recordando aquellos ojos fríos y brillantes y asociándolos con el almirez, las ratas y la muerte.

—Yo no hubiera contratado a ese muchacho de color, pero quizá usted esté mejor enterado.

El juez volvió a sus propias preocupaciones.

—Jester no baila, tampoco bebe y ni tan siquiera sale con chicas, que yo sepa. ¿Dónde estará? Se hace tarde. J. T., ¿crees que debería llamar a la policía?

La idea de llamar a la policía y de tanto lío puso nervioso a Malone.

—¿Para qué? No es tan tarde como para preocuparse, pero creo que será mejor que vuelva a casa.

—J. T., coge un taxi a mi cargo y mañana hablaremos más sobre el Johns Hopkins porque, en serio, creo que deberías ir allí.

—Gracias —dijo Malone—, pero no necesito un taxi; el aire fresco me sentará bien. Y no se preocupe por Jester. Volverá pronto.

Aunque Malone había dicho que el paseo le sentaría bien, y aunque la noche era tibia, tenía frío y se sentía débil al dirigirse a su casa.

Sin hacer ruido, se metió en la cama que compartía con su mujer. Pero cuando las tibias nalgas de ella rozaron las suyas, asqueado por el recuerdo de vivencias pasadas, se apartó bruscamente, pues ¿cómo pueden seguir viviendo los vivos cuando ya está presente la muerte?

Capítulo 4

ERAN poco menos de las nueve cuando Jester y Sherman se encontraron por primera vez aquella noche de pleno verano y solo hablan pasado dos horas. Pero en la adolescencia dos horas pueden ser tan cruciales que desvíen o iluminen toda una vida, y una experiencia semejante fue la que vivió Jester Clane aquella noche. Cuando la emoción de la música y del primer encuentro se aplacó, Jester se puso a mirar la habitación. La planta verde que crecía en un rincón. Se calmó al darse cuenta de que el desconocido callaba. Sus ojos azules le desafiaban a que hablara, pero Jester seguía en silencio. Enrojeció y sus pecas se oscurecieron.

—Perdóname —dijo con voz temblorosa—. ¿Quién eres y qué era eso que cantabas?

El otro joven, que tenía la misma edad que Jester, dijo con una voz que trataba de sonar siniestra:

—Si quieres saber la verdad, no sé quién soy ni conozco mis antecedentes.

—¿Quieres decir que eres huérfano? —preguntó Jester—. ¡Pero si yo también lo soy! —añadió con entusiasmo—. ¿No te parece significativo?

—No. Tú sabes quién eres. ¿Te ha mandado tu abuelo?

Jester negó con la cabeza.

Al entrar Jester, Sherman había esperado algún recado, luego a medida que pasaba el tiempo, alguna jugarreta.

—Entonces, ¿por qué entraste violentamente aquí? —dijo Sherman.

—No entré violentamente. Llamé y dije «perdóname» y nos pusimos a hablar.

La mente desconfiada de Sherman se preguntaba a qué estaba jugando, y se mantenía en guardia.

—No nos hemos puesto a hablar.

—Me estabas contando que no conociste a tus padres. Los míos murieron. ¿Y los tuyos?

El muchacho negro de los ojos azules dijo:

—La pura verdad es que no sé nada de ellos. Me dejaron en un banco de la iglesia y por eso me llamaron Pew, banco de iglesia, según esa costumbre de los negros de poner nombres relacionados con algo real, propia de la raza de Nigeria. Mi nombre de pila es Sherman.

Cualquier persona menos sensible que Jester se hubiera dado cuenta de que el otro joven estaba siendo deliberadamente grosero. Sabía que debía volver a casa, pero parecía que los ojos azules de aquella cara negra le hipnotizaran. Luego, sin pronunciar palabra, Sherman empezó a tocar y a cantar. Era la canción que Jester había oído desde su habitación y le pareció que nunca se había emocionado tanto. Los fuertes dedos de Sherman parecían muy oscuros en el teclado de marfil y su poderoso cuello se estiraba hacia atrás cuando cantaba. Después de la primera estrofa de la canción, hizo un gesto con cabeza y cuello en dirección al sofá como indicándole a Jester que se sentara. Jester tomó asiento y escuchó.

Cuando la canción terminó, Sherman hizo una cabriola juguetona sobre el teclado antes de dirigirse a la cocina, en la habitación contigua, y volver con dos vasos ya llenos. Ofreció uno a Jester que le preguntó lo que era antes de cogerlo.

—Lord Calvert, precintado, 98 grados.

Aunque Sherman no lo dijo, había comprado aquel *whisky* el mismo año en que su edad ya le permitía legalmente beberlo, por causa del anuncio «El hombre distinguido». Intentaba vestir con la

misma elegancia descuidada del hombre del anuncio. Pero en él solo parecía desaliño, aunque se creía uno de los mejor vestidos de la ciudad. Tenía dos camisas Hathaway y llevaba un parche negro sobre un ojo, pero eso solo le hacía parecer patético en lugar de distinguido y tropezaba continuamente con las cosas.

—Lo mejor, lo más distinguido —dijo Sherman—. Yo no ofrezco porquerías a mis invitados. —Pero tenía la precaución de servir los vasos en la cocina por si algún borrachín se lo bebía todo. Además no servía Lord Calvert a los borrachines. Su visitante de aquella noche no era un borracho; en realidad, era la primera vez que probaba el *whisky*. Sherman empezó a pensar que no se trataba de una jugarreta del juez.

Jester le tendió un paquete de cigarrillos con mucha educación.

—Fumo como una chimenea —dijo—, y bebo vino prácticamente a diario.

—Yo solo bebo Lord Calvert —dijo Sherman con gran seguridad.

—¿Por qué has sido tan desagradable y grosero conmigo cuando he entrado? —preguntó Jester.

—Uno debe tener mucho cuidado con los esquizos en estos tiempos.

—¿Con los qué? —preguntó Jester sin saber de qué hablaba.

—Quiero decir esquizofrénicos.

—¿Pero eso no es una enfermedad médica?

—No, mental —dijo Sherman con autoridad—. Un esquizo es un loco. De hecho, conocí a uno.

—¿Quién era?

—Nadie que tú conozcas. Era un Nigeriano Dorado.

—¿Un qué?

—Es un club al que pertenecí. Empezó como una especie de club de protesta contra la discriminación racial y tenía fines muy elevados.

—¿Qué fines elevados? —preguntó Jester.

—Primero nos inscribimos corporativamente para votar y ya sabes que hace falta valor para eso en este país. Cada miembro

recibió un pequeño ataúd de cartón con su nombre grabado y una nota dentro. «Una advertencia para el votante.» Eso pasó de verdad —dijo Sherman con énfasis.

Posteriormente Jester aprendería el significado de esta última frase, pero no hasta que conoció a Sherman mejor y supo de las fantasías y acontecimientos de su vida.

—Hubiera deseado estar allí cuando os inscribisteis corporativamente —dijo Jester con envidia. La palabra «corporativamente» le atraía especialmente y lágrimas de heroísmo asomaron súbitamente a sus ojos.

La voz de Sherman fue brusca y fría.

—No te hubiera gustado. Habrías sido el primero en hacer el gallina. Además, no tienes edad de votar… ¡El primero en hacer el gallina!

—Me ofendes —dijo Jester—. ¿Tú qué sabes?

—Me lo ha dicho un pajarito.

Aunque Jester estaba dolido, admiró la respuesta y pensó en usarla él mismo muy pronto.

—¿Hicieron el gallina muchos miembros del club?

—Bueno —respondió Sherman vacilante—, dadas las circunstancias, con ataúdes de cartón apareciendo por debajo de las puertas…, continuamos nuestros estudios sobre el voto, nos aprendimos los nombres y fechas de todos los presidentes, nos aprendimos de memoria la Constitución y cosas así, pero nuestro objetivo era votar, no convertirnos en Juana de Arco, conque en aquellas circunstancias… —su voz se apagó. No le habló a Jester de los ataques y contraataques de los días anteriores a las elecciones, ni tampoco de que era menor y no hubiera podido votar en ningún caso. Aunque aquel día de otoño, y en aquellas circunstancias precisas e inolvidables, Sherman votó… y el asunto de las elecciones no se volvió a mencionar.

»Seguimos el procedimiento parlamentario y participamos activamente en el Club de Navidad que se encargaba de los

donativos para los niños pobres. Así fue como nos enteramos todos de que Happy Henderson era un esquizo.

—¿Y quién era ese Henderson? —preguntó Jester.

—Happy era el miembro más activo del club y se encargaba de los donativos de Navidad; se cepilló a una vieja el día de Nochebuena. Era un esquizo de verdad y no sabía lo que hacía.

—Me he preguntado a veces si los locos saben que están locos o no —dijo Jester suavemente.

—Happy no lo sabía, ni tampoco ninguno de los demás Nigerianos Dorados, de haberlo sabido no lo hubiéramos admitido en el club. ¡Cepillarse a una vieja en un ataque de locura!

—Siento una sincera simpatía por los locos —dijo Jester.

—Una profunda simpatía —corrigió Sherman—. Eso fue lo que pusimos en las flores…, quiero decir en la cinta de la corona que le mandamos a su familia cuando lo electrocutaron en Atlanta.

—¿Lo electrocutaron? —preguntó Jester asombrado.

—Pues claro. Se cargó a una vieja blanca el día de Nochebuena. Nos enteramos de que Happy se había pasado la mitad de su vida en manicomios. No tenía ningún motivo. Ni siquiera le robó el bolso después de atacarla. Sencillamente, perdió un tornillo y se volvió esquizo…, el abogado insistió en lo de los manicomios y en la pobreza y las presiones…, un abogado que contrató el Estado para que lo defendiera, quiero decir…, pero en cualquier caso frieron a Happy.

—Lo frieron —exclamó Jester horrorizado.

—Electrocutado en Atlanta, el seis de junio del mil novecientos cincuenta y uno.

—Creo que es horrible que te refieras a un amigo y compañero de club diciendo que «lo frieron».

—Bueno, pues eso pasó —dijo Sherman sencillamente—. Hablemos de algo más alegre. ¿Te gustaría que te enseñara la casa de Zippo Mullins?

Señaló con orgullo cada una de las piezas del mobiliario de aquella deprimente habitación abarrotada de cosas.

—Esta alfombra es Wilton puro y el sofá-cama costó ciento ocho dólares de segunda mano. Si es necesario pueden dormir en él hasta cuatro.

Jester echó un vistazo al estrecho sofá, preguntándose cómo podrían dormir en él cuatro personas. Sherman acariciaba un cocodrilo de hierro que tenía una bombilla en la boca abierta.

—Un regalo de una tía de Zippo, ni demasiado bonito, ni demasiado moderno o llamativo, pero lo que cuenta es la intención.

—Por supuesto —asintió Jester, animado ante cualquier muestra de humanidad de su nuevo amigo.

—Las mesitas rinconeras son auténticas antigüedades, como puedes ver. La planta fue un regalo de cumpleaños que le hicieron a Zippo —Sherman no señaló la lámpara roja con la pantalla rota, un par de sillas destrozadas y otras piezas de mobiliario muy estropeadas—. No me gustaría que le pasase nada a este aparta —(lo dijo en abreviatura)—, no has visto el resto del aparta…, sencillamente esplendoroso. —La voz de Sherman expresaba orgullo —. Cuando estoy solo aquí de noche casi nunca abro la puerta.

—¿Por qué?

—Tengo miedo de que me liquiden y se lleven los muebles de Zippo —añadió con una voz que rebosaba orgullo—. ¿Sabes? Soy un invitado de Zippo. —Hasta seis meses antes decía que estaba de pensión en casa de Zippo, pero entonces oyó la palabra «invitado» que le encantó y la usaba con frecuencia—. Vamos a ver el resto del aparta —dijo Sherman con aire de anfitrión—. Fíjate en la cocina —dijo en éxtasis—, tiene los aparatos más modernos. —Reverentemente abrió la puerta de la nevera para que la viera Jester —. El departamento de abajo es para las verduras: apio, zanahorias, lechuga, etc. —Abrió la puerta del departamento, pero solo había un cogollo de lechuga seco—. En esta parte solo guardamos el caviar —dijo como quien no quiere la cosa. Sherman señaló las otras partes de la nevera con un gesto. Jester solo vio un plato de judías congeladas en su propia salsa, pero Sherman dijo—: Las Navidades pasadas tuvimos champán frío en esta parte.

Jester, que rara vez abría su bien provista nevera, estaba asombrado.

—Tú debes tomar caviar y beber cubos de champán en casa de tu abuelo —dijo Sherman.

—No, jamás he probado el caviar, ni el champán tampoco.

—Nunca has tomado Lord Calvert, ni probado el champán, ni has comido caviar…, yo, por mi parte, me pongo morado —dijo Sherman, que había probado el champán una vez y se había preguntado para sus adentros por qué lo consideraban tan elegante—. Y mira —dijo entusiasmado—, una auténtica batidora eléctrica…, se enchufa aquí. —Sherman enchufó la batidora y esta se puso a girar furiosamente —. Un regalo de Navidad para Zippo, de un servidor. La compré a plazos. Tengo un gran crédito en esta ciudad y puedo comprar lo que quiera.

Jester se aburría allí de pie, en la cocina enana y abarrotada, y Sherman se dio cuenta en seguida, aunque su orgullo no se resintió; así que entraron al dormitorio. Sherman señaló un baúl que había contra la pared.

—Ese es el baúl —dijo indiferente— donde guardamos nuestros valores. —Luego añadió—: No debería habértelo dicho.

A Jester naturalmente le ofendió esta última observación, pero no dijo nada.

En la habitación había dos camas iguales, y sobre cada una de ellas una colcha de color rosa. Sherman acarició apreciativamente la colcha y dijo:

—Rayón de seda pura.

Había fotografías encima de cada una de las camas; una de una anciana de color, la otra de una chica negra.

—La madre y la hermana de Zippo. —Sherman seguía acariciando la colcha y su mano negra contrastaba con el color rosa de tal modo que Jester sintió una inexplicable emoción que le ponía la carne de gallina. Pero no se atrevió a tocar la seda y pensó que si su mano tocaba la colcha experimentaría una descarga eléctrica como las de las anguilas, así que colocó ambas manos en el cabezal.

—La hermana de Zippo es una chica bastante guapa —comentó Jester, pues notaba que Sherman estaba esperando algún comentario suyo sobre la familia de su amigo.

—Jester Clane —dijo Sherman, y aunque su voz era dura, Jester volvió a sentir la misma sensación de antes solo con oír su nombre —. Si alguna vez —continuó Sherman con voz cortante—, si alguna vez dedicas el más mínimo pensamiento lascivo a Cinderella Mullins, te colgaré de los pies, te ataré las manos, prenderé fuego a tu cara y me quedaré allí viendo cómo te asas.

La súbita furia del ataque hizo que Jester se agarrara firmemente al cabezal de la cama.

—Yo solo he dicho…

—A callar —gritó Sherman. Y añadió en voz baja pero dura—: Cuando miraste la foto no me gustó la expresión de tu jeta.

—¿Qué expresión? —preguntó Jester desconcertado—. Me enseñaste el retrato y yo lo miré. ¿Qué otra cosa podía hacer? ¿Llorar?

—Como sigas haciéndote el listillo, te colgaré y te freiré a fuego lento, y sofocaré las llamas para que dure más el calor.

—No entiendo por qué hablas de modo tan repugnante, sobre todo a alguien que acabas de conocer.

—Cuando se trata de la virtud de Cinderella Mullins, hablo como me apetece.

—¿Estás enamorado de Cinderella Mullins? Apasionadamente, quiero decir.

—Más preguntas personales y hago que te frían en Atlanta.

—¡Qué tontería! —dijo Jester—. ¿Cómo ibas a hacerlo? Es una cuestión de legalidad.

Ambos muchachos quedaron impresionados ante esta última frase, pero Sherman se limitó a murmurar:

—Yo mismo encenderé el fuego y haré que sea lento.

—Me parece que toda esta conversación sobre electrocuciones y freír a la gente es infantil. —Jester hizo una pausa para lanzar sus

palabras más hirientes—. En realidad, creo que se debe a lo limitado de tu vocabulario.

Sherman se molestó.

—¡Limitado vocabulario! —gritó con un estremecimiento de rabia. Luego se quedó callado un largo rato antes de preguntar de modo beligerante—: ¿Y qué significa la palabra estigio?

Tras pensarlo un rato, Jester tuvo que admitir:

—No lo sé.

—… Y equizoótico y patologínico —siguió Sherman, inventando palabras falsas como un loco.

—¿Patologínico no tiene algo que ver con estar enfermo?

—No —dijo Sherman—. Acabo de inventarla.

—¡Inventarla! —dijo Jester asombrado—. Es injusto inventar palabras cuando se está poniendo a prueba el vocabulario de una persona.

—En cualquier caso —concluyó Sherman—, tienes un vocabulario pestilente y muy limitado.

Jester había quedado en la situación incómoda de tener que poner a prueba su vocabulario; trató en vano de inventar unas cuantas palabras difíciles, pero no se le ocurrió nada con sentido.

—¡Por el amor de Dios! —dijo Sherman—, cambiemos de tema. ¿Quieres que te endulce el Calvert?

—¿Endulzarlo?

—Sí, tonto.

Jester probó el *whisky* y se atragantó.

—Está un poco amargo y pica.

—Cuando he dicho endulzarlo, ¿has creído que iba a añadir azúcar al *whisky* Calvert? Cada vez me pregunto más si no vendrás de Marte.

Fue otra expresión que Jester pensó en usar a partir de aquel momento.

—¡Qué noche tan nocturna! —exclamó Jester para demostrar su riqueza de vocabulario—. Sin duda eres afortunado —añadió.

—¿Te refieres al aparta de Zippo?

—No, solo pensaba…, meditaba se podría decir…, en lo afortunado que es el que sabe lo que va a hacer en la vida. Si yo tuviera una voz como la tuya nunca volvería a preocuparme de todo ese lío. Lo sepas o no, tienes una voz de oro, mientras que yo no tengo ningún talento especial…, no sé cantar ni bailar, y lo único que sé dibujar es un árbol de Navidad.

—Hay otras cosas —dijo Sherman con tono de superioridad, pues los halagos de Jester habían sonado dulces a sus oídos.

—… No soy bueno en matemáticas, así que la física nuclear queda excluida.

—Supongo que siempre podrás trabajar en la construcción.

—Eso supongo —dijo Jester tristemente. Luego añadió en un tono súbitamente alegre—: Pero no importa, este verano estoy tomando lecciones de vuelo. Ahora que solo es una afición. Creo que todas las personas deberían aprender a volar.

—No estoy de acuerdo contigo —dijo Sherman, a quien le asustaban las alturas.

—Imagínate que tu hijo se estuviera muriendo, como uno de esos niños azules de que hablan los periódicos, y tuvieras que volar para verle antes de su muerte; o supón que tu madre paralítica estuviera enferma y quisiera verte antes de morir; además, volar es divertido y yo considero que aprender a volar es una especie de obligación moral que tiene todo el mundo.

—No estoy de acuerdo contigo —repitió Sherman que estaba molesto por tener que hablar de algo que no era capaz de hacer.

—Da lo mismo —siguió Jester—. ¿Cuál era la canción que cantabas antes?

—Antes cantaba sencillamente *jazz*, pero esta tarde ensayé un auténtico Germán Heder.

—¿Qué es eso?

—Sabía que lo preguntarías —el ego de Sherman se alegraba de poder hablar sobre el tema—. Lieder, so idiota, significa canción en alemán, y Germán significa alemán, como en inglés. —Empezó a

tocar y a cantar suavemente, y la música, tan extraña, vibraba en el cuerpo de Jester y le hacía temblar.

—Es alemán —fanfarroneó Sherman—. Dicen que no tengo ni pizca de acento cuando hablo en alemán —mintió.

—¿Qué significa eso en inglés?

—Es una especie de canción de amor. Un joven que le canta a su amada…, dice algo así: «Los ojos azules de mi amada, nunca he visto nada que los iguale.»

—Tienes los ojos azules. Suena a canción de amor dedicada a ti mismo; de hecho, desde que sé la letra, la canción me da escalofríos.

—Los lieder alemanes siempre dan escalofríos. Por eso me especializo en ellos.

—¿Qué otro tipo de música te gusta? Personalmente, yo adoro la música, apasionadamente. El invierno pasado aprendí el estudio «Winter Wind».

—Apuesto a que no —dijo Sherman que no quería compartir sus laureles musicales con nadie.

—¿Crees que sería capaz de estar aquí sentado tranquilamente y decirte una mentira acerca de «Winter Wind»? —dijo Jester que no mentía en ninguna circunstancia.

—¿Y cómo lo voy a saber yo? —respondió Sherman que era uno de los mayores mentirosos del mundo.

—Hace tiempo que no practico.

Mientras Jester se acercaba al piano, Sherman lo observaba intensamente deseando que no supiera tocar.

El estudio «Winter Wind» resonó con fuerza y furia en la habitación. Cuando, después de los primeros compases, los dedos de Jester que tocaban furiosamente, vacilaron, se interrumpió.

—Una vez que te despistas en el «Winter Wind» es difícil seguir.

Sherman, que había estado escuchando con envidia, se sintió aliviado cuando se paró. Jester volvió a atacar furiosamente el estudio desde el principio.

—¡Déjalo! —gritó Sherman, pero Jester siguió tocando; los gritos de Sherman puntuaban frenéticamente la música.

—Bueno, no está tan mal —dijo Sherman al terminar el estudio —. Sin embargo, estás fuera de tono.

—¿No te dije que lo sabía tocar?

—Hay muchas maneras de tocar música. A mí, personalmente, no me gusta la tuya.

—Ya sé que solo se trata de una afición, pero me gusta.

—Estás en tu derecho.

—Me gusta más como tocas *jazz* que como tocas los lieder alemanes —dijo Jester.

—Cuando era joven —dijo Sherman—, durante un tiempo toqué en cierta orquesta. Teníamos unas sesiones tremendas. El líder era Bix Beiderbecke y tocaba una trompeta mágica.

—¡Bix Beiderbecke! ¡Eso es imposible!

Sherman trató torpemente de corregir su mentira:

—No, se llamaba Rix Hiederhorn. De todos modos, lo que de verdad quería yo era cantar *Tristán* en el Metropolitan Opera House, pero el papel no me va. En realidad, la mayoría de los papeles del Metropolitan están severamente limitados para la gente de mi raza; en realidad, el único papel que se me ocurre así de repente es el de Otelo, que era un moro negro. Me gusta la música pero por otra parte no capto sus sentimientos. ¿Cómo va a sentirse celoso de una mujer blanca? Pienso en Desdémona…, en mí… Desdémona… ¿y yo? No, no lo puedo entender… —se puso a cantar—. ¡Oh!, adiós para siempre ánimo tranquilo.

—Debes sentirte extraño por no saber quién era tu madre.

—En absoluto —dijo Sherman que se había pasado toda su infancia tratando de encontrar a su madre. Solía elegir, una tras otra, mujeres que tuvieran la voz y el gesto cariñoso. ¿Será esta mi madre?, se preguntaba en un estado de expectación silenciosa, que acababa siempre en tristeza—. Una vez que te acostumbras a ello, ya no te molesta nada —lo dijo porque nunca se había

acostumbrado—. Quería mucho a mistress Stevens, pero en seguida me dijo que yo no era hijo suyo.

—¿Quién es mistress Stevens?

—Una señora con la que viví cinco años. Fue míster Stevens el que me forzó.

—¿Qué quieres decir?

—Un asalto sexual, tonto. Me asaltaron sexualmente cuando tenía once años.

Jester se quedó sin habla hasta que finalmente dijo:

—No sabía que hubiera nadie capaz de asaltar sexualmente a un niño.

—Pues hay gente que hace eso, y a mí me pasó.

Jester, que siempre había sufrido ataques de vómitos, de repente se puso a vomitar.

—¡La alfombra Wilton de Zippo! —gritó Sherman y se quitó la camisa para frotar la alfombra—. Trae trapos de la cocina —dijo a Jester que seguía vomitando—, o sal de esta casa.

Jester, que todavía vomitaba, salió a trompicones. Se sentó en el porche hasta que dejó de vomitar, luego volvió a entrar para ayudar a Sherman a arreglar el estropicio, aunque el olor de sus propios vómitos volvió a marearlo.

—Me estaba preguntando —dijo— que como no sabes quién es tu madre, y como tienes una buena voz, a lo mejor tu madre es Marian Anderson.

Por primera vez, Sherman, que absorbía los halagos como una esponja, dado que recibía muy pocos, estaba realmente impresionado. En toda la búsqueda de su madre, nunca se le había ocurrido pensar en Marian Anderson.

—Toscanini ha dicho que tiene la voz del siglo.

Sherman, que consideraba que aquello era demasiado bueno para ser verdad, quería pensarlo a solas y, guardar muy escondida esa idea en su intimidad. Cambió bruscamente de tema.

—Cuando míster Stevens me forzó —Jester se puso pálido y tragó saliva—, no pude contárselo a nadie. Mistress Stevens me

preguntaba por qué estaba siempre insultando a míster Stevens. No se lo podía contar. Es esa clase de cosas que no se pueden contar a una dama, conque por entonces empecé a tartamudear.

—No comprendo cómo puedes soportar el hablar de ello —dijo Jester.

—Bueno, pasó y yo solo tenía once años.

—¡Qué cosa tan rara! —dijo Jester que seguía limpiando el cocodrilo de metal.

—Mañana pediré prestada una aspiradora y limpiaré esta alfombra —dijo Sherman que aún estaba preocupado por el mobiliario. Le tiró un trapo a Jester—. Si notas que te va a pasar de nuevo, haz el favor de usar esto… Como tartamudeaba y siempre insultaba a míster Stevens, un día me habló el reverendo Wilson. Al principio no me quería creer, pues míster Stevens era diácono en la iglesia y yo ya me había inventado otras muchas cosas.

—¿Qué otras cosas?

—Mentiras que contaba a la gente sobre mi madre. —Volvió a pensar en Marian Anderson y deseó que Jester se fuera a su casa para poder reflexionar sobre ello—. ¿Cuándo piensas irte a casa? —preguntó.

Jester, que todavía sentía pena por Sherman, no se dio por aludido.

—¿Has oído a Marian Anderson cantar «Estabas allí cuando crucificaron a Nuestro Señor»? —preguntó.

—Los espirituales, esa es otra de las cosas que me hacen perder los estribos.

—Me parece que pierdes los estribos con demasiada facilidad.

—¿Y a ti qué te importa?

—Simplemente estaba comentando que me gusta cómo canta Marian Anderson «Estabas allí cuando crucificaron a Nuestro Señor». Siempre que lo oigo estoy a punto de llorar.

—Pues llora si quieres, estás en tu derecho.

—… En realidad, la mayoría de los espirituales me hacen llorar.

—Pues yo no pierdo el tiempo con esas cosas. Sin embargo, Marian Anderson canta el Heder alemán de una manera muy emotiva.

—Yo lloro cuando canta espirituales.

—Puedes llorar todo lo que quieras.

—No entiendo tu punto de vista.

Los espirituales siempre hablan ofendido a Sherman. Primero, porque le hacían llorar y comportarse como un tonto, cosa que le molestaba profundamente; segundo, porque siempre había dicho en son de amarga crítica, que era música de negros, pero ¿cómo podía decir eso si Marian Anderson era su auténtica madre?

—¿Cómo se te ha ocurrido lo de Marian Anderson? —Dado que aquel fastidioso Jester no se daba por aludido y se largaba a su casa para dejarle fantasear en paz, decidió hablar de ella.

—Debido a vuestras voces. Dos voces de oro, únicas en este siglo; es demasiada coincidencia.

—Bueno, ¿y entonces por qué me abandonó? Leí en alguna parte que adora a su anciana madre —añadió cínicamente, incapaz de renunciar a su maravilloso sueño.

—Puede que se enamorara, apasionadamente, quiero decir, de un príncipe blanco —dijo Jester entusiasmado con el relato.

—Jester Clane —la voz de Sherman era tranquila pero firme—, no digas jamás «blanco» en ese plan.

—¿Por qué?

—Di caucasiano, si no, es como si te refirieras a mi raza como de color o incluso negra, cuando el nombre adecuado es nigeriana o abisinia.

Jester se limitó a asentir con la cabeza y a tragar saliva.

—… En caso contrario podrías herir los sentimientos de la gente, y como eres un mariquita de corazón tierno sé que no te gustaría hacerlo.

—Me molesta que me llames mariquita de corazón tierno.

—Pues lo eres.

—¿Cómo lo sabes?

—Me lo ha dicho un pajarito.

La admiración de Jester ante esta respuesta no disminuyó porque ya la hubiera oído antes.

—Aunque se hubiera enamorado de ese caucasiano, me pregunto por qué me dejó en el banco de la iglesia de la Sagrada Ascensión de Milan, Georgia, y no en otra parte.

Jester, que no podía comprender la ansiosa y fallida búsqueda que había llenado toda la infancia de Sherman, estaba molesto de que una sugerencia casual suya se hubiera convertido en certeza. Dijo gravemente:

—Quizá no fuera exactamente Marian Anderson; y si lo fue, probablemente se consideró atada a su carrera. Con todo, fue bastante miserable por su parte y no puedo creer que Marian Anderson sea miserable, ni un poco. En realidad, la adoro. Apasionadamente, quiero decir.

—¿Por qué estás utilizando siempre la palabra «apasionadamente»?

Jester, que estaba borracho aquella noche y apasionado por primera vez, no pudo responder. Pues la pasión de la primera juventud, aunque no tiene raíces profundas, es fuerte. Surge y toma forma al oír una canción en la noche, al oír una voz, al ver a un desconocido. La pasión hace que uno fantasee; le impide concentrarse en las matemáticas y, en los momentos en que uno desea estar más ingenioso, le deja a uno en ridículo. En la primera juventud, el amor a primera vista, ese epítome de la pasión, le convierte a uno en un zombi, de modo que no sabe si está sentado o tumbado y tampoco, aunque dependa de ello su vida, recuerda lo que acaba de comer. Jester, que estaba iniciándose en la pasión, estaba muy asustado. Nunca había estado borracho y no deseaba estarlo nunca. Era un chico que sacaba sobresalientes en el instituto, exceptuados algunos esporádicos notables en geometría y química, y solo fantaseaba cuando estaba en la cama y jamás se permitía fantasear por la mañana una vez que había sonado el despertador, aunque a veces le hubiera gustado hacerlo. Una persona así, claro

está, se asustaba ante el amor a primera vista. Jester consideraba que si tocaba a Sherman cometería un pecado mortal, aunque ignoraba de qué tipo de pecado se trataba. Sencillamente evitó con sumo cuidado el tocarlo y le contemplaba con ojos de zombi debido a la pasión.

De pronto, Sherman se puso a aporrear el do medio, una y otra vez.

—¿Qué es eso? —preguntó Jester—, ¿solo el do medio?

—¿Cuántas vibraciones hay en el sobreagudo?

—¿De qué vibraciones hablas?

—De las mínimas resonancias infinitesimales que vibran cuando tocas el do medio u otra nota cualquiera.

—No lo sabía.

—Bien, yo te lo estoy enseñando.

Sherman volvió a aporrear el do medio, primero con el dedo índice de la mano derecha, luego con el de la izquierda.

—¿Cuántas vibraciones oyes en el bajo?

—Ninguna —dijo Jester.

—Hay sesenta y cuatro vibraciones en el sobreagudo y otras sesenta y cuatro en el bajo —dijo Sherman, magníficamente ignorante de su propio desconocimiento.

—¿Y qué?

—Simplemente te estoy diciendo que oigo cada minúscula vibración de la escala diatónica, desde aquí —Sherman tocó la nota más baja— hasta aquí —se oyó la más aguda.

—¿Por qué me cuentas todo esto? ¿Es que eres afinador de pianos?

—Para que te fijes, ya que eres tan listo. Pero yo no hablo de pianos.

—Entonces, ¿de qué demonios estás hablando?

—De mi raza y de cómo registro cada una de las vibraciones que les afectan a los de mi raza. Lo llamo mi lista negra.

—¿Lista negra?… Ya veo, hablas del piano como de una especie de símbolo —dijo Jester, encantado de usar una palabra tan

intelectual.

—Símbolo —repitió Sherman que había leído la palabra pero nunca la usaba—. Sí, hombre, eso es…, cuando tenía catorce años una pandilla de los míos montó en cólera contra los anuncios de Tía Jemima, conque decidimos arrancarlos. Raspamos y martilleamos para arrancar el anuncio. Y de repente, inesperadamente, la bofia nos atrapó en pleno trabajo y los cuatro de la pandilla fueron enviados a la cárcel, condenados a dos años de trabajos forzados por destrucción de la propiedad pública. A mí no me cogieron porque estaba sobre aviso, pero lo que pasó está en mi lista negra. Uno de los tíos murió por exceso de trabajo, otro salió convertido en un zombi. ¿Has oído hablar de los nigerianos de aquella cantera de Atlanta que se rompieron las piernas con los mazos para no morir a causa del trabajo? Uno de ellos era de los que cogieron cuando lo de los anuncios de Tía Jemima.

—Lo leí en el periódico y me asqueó, pero ¿estás contándome la verdad? ¿Era uno de aquellos Nigerianos Dorados amigos tuyos?

—No he dicho que fuera un Nigeriano Dorado, solo dije que era un conocido mío, y a eso me refiero cuando hablo de vibraciones. Yo vibro con cada una de las injusticias que les han hecho a los de mi raza. Vibrar… vibrar… vibrar… ¿entiendes?

—Yo también lo haría… si fuera de tu raza.

—No lo harías, gallina, mariquita de corazón tierno.

—Eso me molesta.

—Pues que te moleste…, enfádate… enfádate. ¿Cuándo te vas a ir a tu casa?

—¿No quieres que esté aquí?

—No. Por última vez, no…, no… No —y añadió con voz queda y desafiante—: Fatuo, niño bonito, pelirrojo. Fatuo —dijo Sherman, utilizando una palabra que le había lanzado para insultarle un chico inteligente de gran riqueza de vocabulario.

Jester se pasó la mano automáticamente por el torso.

—No soy un «fatty».

—No he dicho «fatty»…, he dicho fatuo. Como tienes un vocabulario tan terrible y limitado…, eso significa idiota… idiota… idiota.

Jester levantó la mano como si se defendiera de un golpe mientras retrocedía hacia la puerta.

—A palabras necias, oídos sordos —gritó mientras se alejaba corriendo.

Corrió todo el camino hasta casa de Reba y cuando llegó a la puerta llamó con mano tensa por la ira.

El interior de la casa no era como había imaginado. Era una casa normal y corriente, y una de las encargadas de las putas le preguntó:

—¿Cuántos años tienes, chico?

Y Jester, que nunca mentía, dijo desesperadamente:

—Veintiuno.

—¿Qué quieres beber?

—Nada, nada en absoluto, un millón de gracias, esta noche tengo prisa.

Fue todo tan fácil que no tembló cuando la encargada le llevó escaleras arriba, ni tampoco cuando se encontró en la cama con una mujer de pelo color naranja y dientes de oro. Cerró los ojos, y pensando en una cara negra con unos brillantes ojos azules, fue capaz de convertirse en hombre.

Entretanto, Sherman Pew escribía una carta con sobria y brillante tinta negra; la carta comenzaba: «Querida señora Anderson.»

Capítulo 5

AUNQUE la noche anterior el juez se había quedado levantado hasta mucho más tarde de la hora en que acostumbraba acostarse, se despertó a las cuatro en punto de la mañana como siempre. Después de chapotear en la bañera con tal estrépito que despertó a su nieto, que también había pasado una noche agitada, se secó y se vistió lentamente utilizando fundamentalmente su mano derecha, debido a su enfermedad… No pudo arreglárselas con los cordones de los zapatos, así que se los dejó sin atar… y, bañado, vestido y dueño de sí mismo, bajó de puntillas a la cocina. Prometía ser un buen día; el gris del cielo al amanecer iba transformándose en rosa y amarillo con la salida del sol. Canturreando, puso el café al fuego y empezó a prepararse el desayuno. Escogió los dos huevos más morenos de la nevera pues estaba convencido de que los huevos morenos eran más alimenticios que los blancos. Tras meses de práctica, después de numerosos fracasos, había aprendido a cascar un huevo y a colocarlo cuidadosamente en el escalfador. Mientras los huevos se escalfaban, untó un poco de mantequilla en el pan y lo metió en el horno pues no le gustaba tostarlo en el tostador. Por último, extendió un mantel amarillo sobre la mesa y colocó encima un salero y un pimentero. Aunque desayunara solo, el juez no quería que la cosa resultara triste. Cuando estuvo preparado el desayuno, llevó una por una todas las cosas a la mesa, utilizando solo su mano sana. Entretanto, el café se filtraba alegremente. Como toque final, sacó mayonesa de la nevera y puso una cuidadosa cucharada sobre

cada uno de los huevos escalfados. La mayonesa estaba hecha con aceite mineral y, gracias a Dios, tenía pocas calorías. El juez había encontrado un libro maravilloso: *Adelgace sin esfuerzo*, que leía constantemente. El único problema era que el aceite mineral era laxante y había que tener cuidado de no tomar demasiado por miedo a súbitos accidentes de cuarto de baño que, como sabía, eran poco dignos de un magistrado…, especialmente si tenían lugar en el edificio del juzgado, como ya había ocurrido un par de veces. Al ser tan sensible con respecto a su propia dignidad, el juez tuvo cuidado con la ración que tomaba de aquella deliciosa mayonesa baja en calorías.

El pequeño mantel amarillo y los demás del mismo tamaño que usaba y a los que tenía gran cariño, y que hacía lavar cuidadosamente a mano, eran los que se habían utilizado para cubrir las bandejas en que diariamente él mismo le subía el desayuno a su mujer. El salero y pimentero azules también eran los de ella, y lo mismo la cafetera de plata que el juez usaba para su propio desayuno. En los viejos tiempos, cuando poco a poco se fue acostumbrando a levantarse cada vez más temprano, se preparaba su desayuno, luego preparaba amorosamente la bandeja de su mujer, y salía con frecuencia al jardín para coger unas florecillas con las que adornar la bandeja. Después, subía sigilosamente, llevando el desayuno, y si su mujer todavía dormía, la despertaba a besos, pues odiaba empezar el día sin su agradable voz y alentadora sonrisa antes de partir hacia el juzgado. (Pero cuando enfermó ya no la despertaba; y como no podía empezar el día sin haberla visto, a veces, ya hacia el final, no iba a su despacho hasta la tarde.)

Pero rodeado por lo que había poseído su mujer, la pena fue disminuyendo con el paso de los años, y el juez raramente pensaba de modo consciente en miss Missy, en especial a la hora del desayuno. Se limitaba a utilizar sus cosas y a veces miraba fijamente el salero y el pimentero azules con el aturdimiento de la pena reflejado en sus ojos.

La ansiedad siempre aguzaba el apetito del juez y aquella mañana estaba especialmente hambriento. Cuando su nieto regresó a casa la noche anterior casi era la una, se fue directamente a la cama, y cuando el juez le siguió, el muchacho había dicho con voz fría, enfadada, casi gritando:

—No me molestes, por el amor de Dios, no me molestes. ¿Es que nunca me puedes dejar en paz?

Aquella explosión fue tan estrepitosa y repentina que, calladamente, casi con humildad, el juez se retiró descalzo con sus pies rosados y su camisón de cotonía. Incluso cuando oyó a Jester sollozar en la oscuridad la timidez le impidió acercarse a su habitación.

Conque debido a estas sobradas y buenas razones, el juez estaba muy hambriento esta mañana. Primero se comió las claras de los huevos…, la parte menos deliciosa del desayuno…, luego aplastó cuidadosamente las yemas sazonadas con pimienta y mayonesa y las extendió cuidadosamente sobre las tostadas. Comió paladeando cuidadosamente con su mano paralítica, rodeando aquella comida racionada como para defenderla de algún posible agresor. Terminados los huevos y las tostadas, se volvió hacia el café, que había vertido cuidadosamente en la cafetera de plata de su mujer. Endulzó el café con sacarina, sopló un poco para enfriarlo, y lo fue tomando lenta, muy lentamente. Después de la primera taza, preparó el primer puro de la mañana. Ya eran casi las siete y el cielo tenía ese suave color azul que anunciaba un buen día. Amorosamente, el juez alternaba su atención entre el café y su primer puro. Cuando tuvo aquel pequeño ataque y el doctor le prohibió los puros y el *whisky*, el juez se preocupó mucho al principio. Se escondía a fumar en el cuarto de baño y bebía en la despensa. Discutía con el médico, y entonces se produjo la ironía de la muerte del médico; un abstemio reconocido que jamás fumaba y que solo en raras ocasiones mascaba tabaco. Aunque el juez estaba anonadado por la pena y lloró inconsolablemente en el velatorio, cuando la sorpresa por su muerte se aplacó, sintió un alivio secreto,

tan secreto que fue casi inconsciente de que lo sentía y nunca llegó a reconocerlo. Pero al mes de la muerte del médico, fumaba puros y bebía *whisky* en público como antes, aunque prudentemente bajó a siete puros al día y medio litro de *bourbon*.

Terminado el desayuno, el anciano juez seguía con hambre. Cogió *Adelgace sin esfuerzo*, que estaba en un estante de la cocina y se puso a leerlo con intensidad, afanosamente. Casi le consoló saber que las anchoas, de buen tamaño, solo tenían veinte calorías y un espárrago cinco, y que una manzana mediana cien. Pero aunque saber esto casi le consoló, no se calmó del todo, pues lo que quería eran más tostadas, untadas de mantequilla y de la mermelada de grosella casera que hacía Verily. Podía ver con la imaginación la tostada deliciosamente dorada, y sentía en su boca los dulces granos de la grosella. Aunque no tenía intención de cavarse su propia tumba, la ansiedad que aguzaba su apetito, había debilitado al mismo tiempo su voluntad; iba sigilosamente cojeando hacia el armario, cuando un débil ruido de su estómago le hizo detenerse con la mano extendida hacia la cesta del pan, y dirigirse al cuarto de baño que habían instalado para él después del «pequeño ataque». Se desvió un poco para coger *Adelgace sin esfuerzo* por si acaso tenía que esperar.

Después de bajarse precipitadamente los pantalones, mantuvo el equilibrio con la mano sana y se sentó cuidadosamente en la taza del retrete; después, cuando estuvo seguro de sí mismo, relajó sus enormes nalgas y se arrellanó en el asiento. No tuvo que esperar mucho; solo tuvo tiempo de leer la receta de una tarta de limón (solo noventa y seis calorías si se hacía con sacarina) pensando con satisfacción que haría que Verily se la preparara aquel mediodía. También se sintió satisfecho cuando sus intestinos se abrieron sin ruido, y pensando en «mens sana in corpore sano» sonrió un poco. Al aumentar el olor del cuarto de baño, no se sintió molesto; al contrario, como le complacía cualquier cosa procedente de él, y sus heces no eran excepción, el olor más bien le gustaba. Así estuvo allí sentado, relajado y meditativo, satisfecho de sí mismo. Cuando oyó

un ruido en la cocina, se limpió rápidamente y se arregló antes de salir del cuarto de baño.

Su corazón, de pronto ligero y volátil como el de un muchacho, esperaba que fuera Jester. Pero cuando, todavía luchando con su cinturón, llegó a la cocina, no habla nadie. Solo oyó a Verily haciendo la limpieza de los lunes en la parte delantera de la casa. Algo decepcionado (podía haberse quedado algo más de tiempo en el cuarto de baño) contempló el cielo que ahora tenía todo el resplandor de la mañana. Ninguna nube rompía su azul, y a través de la ventana abierta olió el suave aroma de las flores de estío. El anciano juez lamentó que la rutina del desayuno y de los intestinos se hubiera terminado porque ya no tenía nada que hacer salvo esperar el *Milan Courier*.

Como esperar es tan tedioso en la vejez como en la infancia, buscó sus gafas de la cocina (tenía gafas en la biblioteca, en el dormitorio, además de las del juzgado) y se puso a leer el *Ladies' Home Journal*. No para leerlo, en realidad, sino para mirar las fotos. Allí, por ejemplo, había una foto maravillosa de un pastel de chocolate, y en la página siguiente una foto de un pastel de coco hecho con leche condensada que hacía la boca agua. Fotografía tras fotografía, el juez miraba con añoranza. Después, como avergonzado de su glotonería, se recordó a sí mismo que la verdad era que, además de por sus fotos, el *Ladies' Home Journal* era una revista muy superior (mucho, muy superior al terrible *Saturday Evening Post*, cuyos inútiles editores habían leído el relato que les mandara). Había artículos serios sobre el embarazo y el parto de los que disfrutaba; también inteligentes trabajos sobre la educación de los niños, que el juez reconocía como inteligentes debido a su propia experiencia. También artículos sobre el matrimonio y el divorcio que habrían podido serle útiles como magistrado si su mente no hubiera estado ocupada por los planes de un gran estadista. Por último, en el *Ladies' Home Journal* había frases breves, encuadradas e incluidas entre los relatos: citas de Emerson, de Lin Yu-tang, y de los más

grandes sabios del mundo. Unos meses atrás había leído una de ellas:

«¿Cómo puede ser cierto que los muertos mueran si siguen viviendo en mi corazón?»

Era de una vieja leyenda india y el juez no la podía olvidar. Había visto con la imaginación a un indio descalzo y cobrizo caminando silenciosamente por el bosque y había oído el callado rumor de una canoa. Nunca lloraba por la muerte de su mujer, ni tan siquiera lloraba ya por su régimen. Cuando su sistema nervioso y los lagrimales le obligaban a llorar, pensaba en su hermano Beau y Beau actuaba como un pararrayos que canalizaba sus lágrimas sin peligro. Beau era dos años mayor que él y había muerto a los dieciocho años. De joven, Fox Clane había adorado a su hermano; sí, había venerado el terreno que pisaba. Beau era actor, rapsoda, era presidente del Club de Teatro Aficionado de Milan. Beau podía haber sido cualquier cosa. Entonces, una noche llegó a casa con dolor de garganta. A la mañana siguiente deliraba. Tenía infección en la garganta, y murmuraba:

«Me estoy muriendo, Egipto, muriendo, la marea púrpura de la vida decae.» Luego se puso a cantar: «Me siento, me siento, me siento como el lucero del alba. Fuera, mosca, no me molestes, fuera, mosca, no me molestes.»

Al final Beau empezó a reírse, pero no era risa de verdad. El joven Fox temblaba tan violentamente que su madre le había mandado al cuarto trasero. Era una lúgubre habitación vacía donde los niños habían pasado el sarampión, las paperas y otras enfermedades infantiles, y donde tenían libertad para jugar y armar jaleo cuando estaban buenos. El juez recordaba un viejo caballito con balancín, y que a sus dieciséis años había rodeado con los brazos el caballo de madera y había llorado… y a sus ochenta y cinco años lloraba cuanto quisiera solo con pensar en aquella pena temprana. El indio caminaba silenciosamente por el bosque y el callado rumor de la canoa…

«¿Cómo puede ser cierto que los muertos mueran cuando siguen viviendo en mi corazón?»

Jester bajaba ruidosamente las escaleras. Abrió la nevera y se sirvió un poco de zumo de naranja. Al mismo tiempo, Verily entró en la cocina y se puso a prepararle el desayuno.

—Esta mañana quiero tres huevos —dijo Jester—. Hola, abuelo.

—¿Cómo te encuentras hoy, hijo? ¿Bien?

—Claro.

El juez no mencionó el llanto de la noche y tampoco lo hizo Jester. El juez incluso se guardó de preguntarle dónde había estado la noche anterior. Pero cuando estuvo servido el desayuno de Jester, su fuerza de voluntad se vino abajo y cogió una dorada tostada de pan moreno, le puso mantequilla y la untó de mermelada de grosella. La prohibida tostada extra debilitó aún más su voluntad, conque preguntó:

—¿Dónde estuviste anoche? —sabiendo, nada más formular la pregunta, que no debería de haberla hecho.

—A lo mejor no te has enterado, pero ahora ya soy mayor —dijo Jester con una voz un tanto chillona—. Y existe una cosa llamada sexo.

El juez, que era muy pudoroso en esos temas, se sintió aliviado cuando Verily le sirvió una taza de café. Bebió en silencio sin saber qué decir.

—Abuelo, ¿has leído el *Informe Kinsey*?

El anciano juez había leído el libro con lascivo placer, pero antes había sustituido la sobrecubierta por la de *Decadencia y caída del Imperio Romano*.

—Está lleno de tonterías y de suciedad.

—Es un informe científico.

—De científico, nada. Llevo observando la naturaleza y las debilidades humanas cerca de noventa años y nunca había visto nada como eso.

—Tal vez debieras ponerte las gafas.

—¿Cómo te atreves a replicarme, John Jester Clane? Cerca de noventa años —repitió el juez, pues ahora coqueteaba un poco con su avanzada edad—, llevo observando los pecados humanos como magistrado y la naturaleza humana con la curiosidad natural de cualquier hombre.

—Un audaz informe científico de incalculable valor —dijo Jester, citando una crítica del libro.

—Marranadas pornográficas.

—Un informe científico de la actividad sexual en el macho humano.

—La obra de un viejo verde impotente —dijo el anciano juez que había disfrutado del libro oculto tras la sobrecubierta de *Decadencia y caída del Imperio Romano*, libro que nunca había leído pero que tenía en la librería de su bufete para exhibirlo.

—Demuestra que los chicos de mi edad mantienen relaciones sexuales, incluso chicos más jóvenes, aunque a mi edad ya es una necesidad… si se es apasionado, quiero decir.

Jester había leído el libro en la biblioteca circulante y se había asustado. Lo leyó por segunda vez y se preocupó terriblemente. Tenía miedo…, tanto miedo… de no ser normal, y el miedo le corroía por dentro. No importaba la de veces que había rondado cerca de casa de Reba: nunca había sentido un impulso sexual normal y su corazón latía asustado de sí mismo, pues lo que más deseaba era ser exactamente igual que los demás. Había leído las palabras «ramera de ojos relucientes», que tenían una hermosa resonancia que aguzaba sus sentidos; pero los ojos de la mujer que había visto salir de casa de Reba aquella tarde de primavera no eran «relucientes», sino apagados y ojerosos, y aunque ansiaba el deseo y ser normal, solo veía el carmín pegajoso y la sonrisa vacía. Y la mujer de pelo anaranjado con la que se había acostado la noche anterior no tenía en absoluto los «ojos relucientes». En secreto, Jester pensaba que el sexo era una farsa, pero esta mañana, ahora que ya era hombre, se sentía seguro y libre.

—Todo eso está muy bien —dijo el juez—, pero en mi juventud íbamos a la iglesia y asistíamos a las reuniones del B. Y. P. U. y lo pasábamos muy bien. Cortejábamos y bailábamos. Me creas o no, hijo, en aquellos tiempos yo era uno de los que mejor bailaban de Flowering Branch; flexible como un junco y el mismo espíritu de la gracia. El vals estaba de moda por aquellos días. Bailábamos «Leyendas de los bosques de Viena», «La viuda alegre», los «Cuentos de Hoffmann»… —El anciano y gordo juez se puso a mover las manos a ritmo de vals y empezó a cantar en tono monocorde que imaginaba melodioso:

«Hermosa noche, oh, he-e-ermosa noche.»

—No eres nada introvertido —dijo Jester cuando su abuelo bajó las manos que estaba moviendo y dejó de cantar.

El juez, a quien le pareció que el comentario era una crítica, dijo:

—Hijo, todo el mundo tiene derecho a cantar. Todos los mortales tienen derecho a cantar.

«Hermosa noche, oh, he-e-ermosa noche.»

Era la única melodía hermosa que podía recordar.

—Yo bailaba como un junco y cantaba como un ángel.

—Puede ser.

—Nada de que puede ser. En mi juventud era tan esbelto y tan guapo como tú y tu padre, hasta que las capas de gordura empezaron a sujetarme, pero cantaba y bailaba y lo pasaba la mar de bien. Nunca perdía el tiempo leyendo libros asquerosos a escondidas.

—Es justo lo que yo digo. Eres un extrovertido de nacimiento —añadió Jester—. Además yo no leí el *Informe Kinsey* a escondidas.

—Hice que se prohibiera en la biblioteca pública.

—¿Por qué?

—Porque no solo soy el ciudadano más importante de Milan, sino el más responsable. Me siento responsable de que un libro así

ofenda a ojos inocentes y altere conciencias tranquilas.

—Cuanto más te oigo, más me pregunto si vienes de Marte.

—¿De Marte? —El anciano juez quedó desconcertado y Jester lo dejó estar.

—Si fueras más introvertido me entenderías mejor.

—¿Por qué te gusta tanto esa palabra?

Jester, que había leído la palabra y nunca la había usado, lamentó profundamente no haberla utilizado la noche anterior.

«Hermosa noche, oh, he-e-ermosa noche.»

Al no ser introvertido, su abuelo nunca se había preguntado si era normal o no. Jamás se había planteado, en su mentalidad de bailarín y cantante, si era normal o marica.

Si resultaba ser homosexual como los hombres del *Informe Kinsey*, Jester había jurado que se mataría. No, su abuelo decididamente no era un introvertido, y Jester deseó haber utilizado la palabra la noche anterior. Extrovertido, esa era la palabra opuesta… mientras que él era introvertido. ¿Y Sherman? En cualquier caso usaría ambas palabras.

—Yo mismo podría haber escrito ese libro.

—¿Tú?

—Pues claro. La verdad es, Jester, que pude haber sido un gran, un grandísimo escritor, si me hubiera puesto a ello.

—¿Tú?

—No te quedes ahí sentado diciendo «¿Tú? ¿Tú?» como un imbécil, hijo. Para ser un escritor todo lo que se necesita es aplicación, imaginación y el don de la lengua.

—Imaginación desde luego que la tienes, abuelo.

El juez pensaba en *Lo que el viento se llevó*, cuyo autor podría haber sido perfectamente él. No hubiera dejado que Bonnie muriera y hubiese cambiado a Rhett Butler; habría escrito un libro mejor. Podría haber escrito *Para siempre Amber* con el pie izquierdo…, un libro mucho mejor, más refinado. También podría haber escrito *La*

feria de las vanidades; pues entendía perfectamente a aquella Becky. Pudo haber escrito como Tolstoi, pues aunque en realidad no había leído sus libros, había visto las películas. ¿Y Shakespeare? Había leído a Shakespeare en la facultad de Derecho y había visto *Hamlet* en Atlanta. Una compañía inglesa, con acento inglés, naturalmente. Fue el primer año de casados y miss Missy había lucido sus perlas y las primeras sortijas de casada. Después de tres representaciones del Festival Shakespeare de Atlanta, miss Missy había disfrutado tanto y estaba tan impresionada que cogió un acento inglés que le duró hasta un mes después de su vuelta a Milan. Pero ¿podría habérsele ocurrido «Ser o no ser»? A veces, cuando consideraba el asunto creía que sí, y otras creía que no; pues, después de todo, ni siquiera un genio podía abarcarlo todo y, en definitiva, Shakespeare no había sido congresista.

—Ha habido muchas discusiones eruditas sobre la autoría de las obras de Shakespeare. Se argumentó que un comediante inculto y vagabundo nunca podría haber escrito poesía como esa. Algunos dicen que fue Ben Jonson el que escribió las obras de teatro. Sé perfectamente que yo podría haber escrito: «Bríndame solo con tus ojos y yo beberé con los míos.» Estoy seguro de que podría haberlo escrito yo.

—Desde luego, puedes hacer maravillas y comer muchas tortillas —murmuró Jester.

—¿Qué dices?

—Nada.

—… Y si Ben Jonson escribió: «Bríndame solo con tus ojos» y además escribió lo de Shakespeare, entonces… —y, tras un gran salto de la imaginación, el juez se quedó meditando.

—¿Quieres decir que te estás comparando con Shakespeare?

—Bueno, quizá no al Bardo propiamente dicho, pero después de todo Ben Jonson también fue mortal. —La inmortalidad, eso era lo que preocupaba al juez. No podía concebir que fuera a morirse de verdad. Podría vivir hasta los cien si mantenía la dieta y se controlaba…, lamentó profundamente su tostada extra. No quería

limitar su tiempo a solo cien años, ¿no hablaba el periódico de un indio sudamericano que vivió hasta los ciento cincuenta?… ¿Serían ciento cincuenta bastantes? No. Lo que quería era la inmortalidad. Inmortalidad como Shakespeare, y si no quedaba otro remedio, incluso como Ben Jonson. En cualquier caso no quería cenizas y polvo para Fox Clane.

—Siempre he sabido que eras el mayor egoísta del mundo, pero ni en mis peores pesadillas se me llegó a ocurrir que podrías compararte a Shakespeare o a Ben Jonson.

—No me estaba comparando al propio Bardo; en realidad, tengo la humildad adecuada. En cualquier caso, nunca me propuse ser escritor y uno no puede serlo todo.

Jester, que había sido cruelmente herido la noche anterior, era cruel con su abuelo, ignorando deliberadamente el hecho de que era viejo.

—Sí, cuanto más te oigo, más me pregunto si vienes de Marte —dijo Jester y se levantó de la mesa casi sin haber tocado el desayuno.

El juez siguió a su nieto.

—Marte —repitió—, ¿es que crees que soy de otro planeta? —Su voz se tornó súbitamente aguda, casi chillona—. Bien, entonces deja que te diga esto, John Jester Clane, no soy de otro planeta, estoy exactamente en esta tierra a la que pertenezco y donde quiero estar. Tengo raíces en el mismísimo centro de la tierra. Puede ser que todavía no sea inmortal, pero espera y verás. Mi nombre será igual al de George Washington o Abraham Lincoln…, más querido que el de Lincoln, pues soy el que reparará los errores cometidos con mi país…

—¡Ya! El dinero confederado…, me tengo que ir.

—Espera, hijo, ese muchacho de color vendrá hoy y pensaba que podrías tantearlo conmigo.

—Ya lo sé —dijo Jester. No quería estar allí cuando llegara Sherman.

—Es un chico responsable, lo conozco bien, y me ayudará con el régimen, me pondrá las inyecciones, me abrirá el correo y será mi amanuense. Representará un consuelo para mí.

—Si ese Sherman Pew te sirve de consuelo, házmelo saber.

—Me leerá…, un muchacho educado…, poesía inmortal. —Su voz de pronto era chillona—. No sucia basura como ese libro que prohibí en la biblioteca pública. Tuve que prohibirlo porque como hombre responsable que soy estoy decidido a que haya orden en las cosas de esta ciudad y este estado, y en este país también, y en el mundo entero si puedo lograrlo.

Jester salió de la casa dando un portazo.

Aunque no había puesto el despertador y podía haber soñado despierto durante largo rato antes de saltar de la cama, el impulso de energía y vida se agitaba violentamente en él aquella mañana. El dorado verano estaba de su parte y todavía era libre. Aunque salió dando un portazo, Jester no corrió sino que caminó con lentitud, pues después de todo eran las vacaciones de verano y no iba a apagar ningún fuego. Podía detenerse a contemplar el mundo, podía imaginar, podía mirar, con la libertad de las vacaciones del verano, las matas de verbena que bordeaban el camino a la casa. Incluso se agachó y examinó una flor de vivos colores y la alegría le embargó. Jester iba vestido aquella mañana con sus mejores galas, llevaba un traje blanco e incluso chaqueta. Solo deseaba que su barba diera un estirón y creciera para poder afeitarse. Pero ¿y si la barba no le crecía nunca? ¿Qué pensaría la gente de él? Durante un momento la alegría de las vacaciones quedó oscurecida hasta que se puso a pensar en otra cosa.

Se había vestido de punta en blanco porque sabía que vendría Sherman, y se marchó dando un portazo porque no quería encontrarse con Sherman así. La noche anterior no estuvo en absoluto ingenioso ni brillante; en realidad, estuvo hecho un idiota, y no quería encontrarse con Sherman hasta sentirse ingenioso y brillante. Ignoraba cómo lo iba a conseguir aquella mañana, pero hablaría de introvertidos y extrovertidos…, ¿adónde le llevarían esas

conversaciones?, se preguntaba. A pesar de que Sherman estaba en total desacuerdo con él acerca de sus teorías sobre la aviación y no le habían impresionado los vuelos de Jester, se encaminó automáticamente hacia la farmacia de J. T. Malone y se quedó en la esquina esperando el autobús que iba al aeropuerto. Feliz, confiado, libre, levantó los brazos un momento como si fuera a volar.

J. T. Malone, que vio el gesto a través del escaparate de la farmacia, se preguntó si, después de todo, el chico no sería imbécil.

Jester intentaba ser ingenioso y brillante y pensaba que estar solo en la avioneta le ayudaría a serlo. Era la sexta vez que volaba solo. Gran parte de sus pensamientos estaban concentrados en el manejo de los instrumentos. En el cielo azul y luminoso su ánimo se levantó, pero de eso a estar brillante en una conversación… no lo sabía. Claro que eso dependía en gran parte de lo que el propio Sherman dijera, de modo que tendría que estar atento a la conversación y deseaba profundamente parecer ingenioso y brillante.

Jester volaba en una *Moth* abierta y el viento le echaba hacia atrás el cabello pelirrojo despejándole la frente. No se había puesto el casco adrede porque le agradaba la sensación del viento y del sol. Se pondría el casco cuando volviera a casa y se encontrase con Sherman. Adoptaría un aire despreocupado, distraído, de aviador con casco. Tras una media hora de viento azul cobalto y de sol, empezó a pensar en aterrizar. Al planear cuidadosamente, haciendo círculos para alcanzar la altura adecuada, no había sitio en sus pensamientos para Sherman, pues era responsable de su propia vida y de la avioneta de entrenamiento. El aterrizaje se produjo con algunas sacudidas, pero cuando se puso el casco y saltó fuera con cuidada elegancia, deseó que le estuviera contemplando alguien.

El trayecto de vuelta en el autobús del aeropuerto siempre lo hacía sentirse aplastado, y el propio autobús era viejo, lento y terriblemente limitado comparado con el aire; y cuanto más volaba, más convencido estaba de que todos los adultos tenían la obligación moral de volar, sin importarle la opinión de Sherman al respecto.

Se apeó del autobús en la esquina del *drugstore* de J. T. Malone, que estaba en el centro del pueblo. Contempló la ciudad. En la manzana siguiente estaban las hilanderías de Wedwell. Desde la abierta ventana del sótano el calor de las cubas de los tintes hacía ondear el sofocante aire. Para estirar las piernas, callejeó por la zona comercial de la ciudad. Los peatones se mantenían debajo de los toldos; era esa hora de la mañana en que sus sombras se proyectaban apaisadas sobre la acera refulgente como si fueran enanos. La chaqueta, a la que no estaba acostumbrado, le daba mucho calor mientras paseaba por la ciudad, saludando a la gente conocida y ruborizándose sorprendido y orgulloso cuando Hamilton Breedlove, del First National Bank, le saludó con el sombrero…, seguramente porque llevaba chaqueta. Jester dio la vuelta hacia el *drugstore* de Malone pensando en una Coca-Cola granizada con sirope de cereza. En la esquina, cerca de donde había esperado el autobús, un tipo característico de la ciudad que se llamaba Wagon estaba sentado a la sombra del toldo con la gorra colocada en la acera a su lado. Wagon, un negro de piel algo clara que había perdido ambas piernas en un accidente en la serrería, era arrastrado en su carrito por Grown Boy hasta las tiendas con toldos donde podía pedir limosna. Luego, cuando cerraban las tiendas, Crown Boy lo empujaba de vuelta a casa en su carrito. Cuando Jester dejó caer cinco centavos en la gorra, se fijó en que había bastantes monedas, e incluso una pieza de cincuenta centavos. La pieza de cincuenta centavos era falsa, y Wagon siempre la usaba como cebo esperando estimular la generosidad de los que pasaban.

—¿Cómo está hoy, compadre?

—Vamos tirando.

Grown Boy, que solía presentarse a la hora de comer, estaba allí quieto, mirando. Hoy Wagon tenía pollo frito en lugar de su habitual bocadillo de carne de segunda. Comía el pollo con la lánguida y delicada gracia con la que las personas de color comen el pollo.

—¿Por qué no me das un poco de pollo? —preguntó Grown Boy, aunque ya había comido.

—Largo de aquí, negro.

—O unas galletas con melaza.

—A ti no te debo nada.

—¿Y cinco centavos para un helado?

—Largo de aquí, negro. Eres más pesado que las moscas.

Así seguiría la cosa, sabía Jester. El muchacho de color, grandullón y bobalicón, mendigando del mendigo. Sombreros panamá echados hacia atrás, las fuentes separadas para los blancos y los de color de la plaza del juzgado, el abrevadero y el poste para atar las mulas, muselina y lino blanco, y monos raídos. Milan. Milan. Milan.

Cuando Jester entró en el mal iluminado *drugstore* que olía a ventilador, se encaró con míster Malone que estaba detrás del mostrador en mangas de camisa.

—¿Me da una Coca-Cola, señor?

Rebuscado y excesivamente refinado era el muchacho, y Malone recordó la manera tonta en que había agitado los brazos cuando esperaba el autobús del aeropuerto.

Mientras míster Malone le preparaba la Coca-Cola, Jester se acercó a la báscula y se pesó.

—Esa báscula no funciona —dijo míster Malone.

—Lo siento —dijo Jester.

Malone observó asombrado a Jester. ¿Por qué había dicho aquello? Realmente era una cosa de lo más tonta disculparse porque la báscula de la farmacia no funcionara. Un idiota, seguro que lo era.

Milan. Algunas personas se contentaban con vivir y morir en Milan con solo breves visitas a parientes y cosas así de Flowering Branch, Goat Rock, y otros pueblos cercanos. Algunos se contentaban con vivir sus vidas mortales allí y morir y ser enterrados luego en Milan. Jester Clane no era de esos. Tal vez fuera el único, pero decididamente *no* era de ellos. Se paseaba irritado mientras esperaba y Malone le observaba.

La Coca-Cola tenía pequeñas gotas heladas, allí sobre el mostrador, y Malone dijo:

—Aquí lo tienes.

—Gracias, señor.

Cuando Malone entró en la rebotica, Jester sorbió su Coca-Cola helada, pensando todavía en Milan. Era la estación tórrida en la que todos iban en mangas de camisa, excepto los que, escrupulosos con la etiqueta, se ponían chaqueta para ir a almorzar al Salón de té *Cricket* o al Café Nueva York. Con la Coca-Cola aún en la mano, Jester se acercó distraídamente a la puerta abierta.

Los momentos siguientes quedarían grabados para siempre en su mente. Fueron unos momentos caleidoscópicos, de pesadilla, demasiado rápidos y violentos para ser totalmente comprendidos entonces. Más tarde, Jester supo que era responsable del asesinato y este conocimiento de los hechos trajo consigo más responsabilidades. Fueron momentos en que el impulso y la inocencia se manchan, momentos en que algo tocaba a su fin, y que, meses más tarde, lo salvarían de cometer otro asesinato… y, a decir verdad, salvarían su alma.

Entretanto, Jester, Coca-Cola en mano, contemplaba el cielo azul y brillante y el sol abrasador de mediodía. El sonido de la sirena de las doce llegó desde la fábrica Wedwell. Los obreros salían cansinamente a comer. «La escoria emocional de la tierra», los llamaba su abuelo, aunque poseía una buena cantidad de acciones de la Fábrica de hilos Wedwell, que habían subido muy satisfactoriamente. Los salarios habían subido, así que los obreros en lugar de llevarse cestas con la comida, podían permitirse almorzar en un restaurante económico. De niño, Jester había temido y aborrecido la fábrica, espantado por la miseria que veía en el barrio obrero. Incluso ahora seguían sin gustarle aquellos hombres de mono azul que mascaban tabaco.

Entretanto, a Wagon solo le quedaban dos trozos de pollo frito: el pescuezo y el espinazo. Con amorosa delicadeza atacó el pescuezo, que tiene tantos hilos como cuerdas un banjo y es igual de dulce.

—Solo un poquito —mendigaba Grown Boy.

Miraba ansiosamente el espinazo y su mano crispada y negra se acercó un poco a él. Wagon tragó rápidamente y escupió sobre el espinazo para asegurarse que seria para él. El escupitajo sobre la piel churruscante del pollo enfureció a Grown. Mientras J ester le miraba, vio sus oscuros ojos codiciosos clavados fijamente en las monedas de la gorra del mendigo. Un súbito presentimiento le hizo gritar:

—¡No hagas eso, no lo hagas! —pero la advertencia se perdió ahogada por el sonido de las campanadas del reloj del pueblo que daba las doce.

Tuvo la confusa sensación de un resplandor y unas campanadas metálicas y la resonancia del estático mediodía; luego, todo sucedió tan instantánea, tan violentamente, que Jester no alcanzaba a comprenderlo. Grown Boy agarró las monedas de la gorra del mendigo y huyó.

—¡Cógelo, cógelo! —chilló Wagon, y se alzó sobre sus piernas serradas con ayuda de los «zapatos» de cuero que las protegían, saltando sobre una pierna y después sobre otra, con la furia del indefenso.

Entretanto, Jester perseguía a Grown. Y los obreros de la fábrica viendo a un blanco de chaqueta impecable corriendo detrás de un negro, se unieron a la persecución. El policía del cruce de la Doce y la Ancha vio la conmoción y entró rápidamente en escena. Cuando Jester agarró a Grown por el cuello y luchaba por arrebatarle el dinero del puño cerrado, más de media docena de personas se habían unido ya a la escaramuza, aunque ninguna de ellas sabía de qué iba la cosa.

—¡Coge al negro! ¡Coge a ese hijoputa negro!

El policía deshizo la *mêlée* con ayuda de su porra y, por fin, golpeó a Grown Boy en la cabeza mientras este se debatía aterrado. Pocos oyeron el golpe, pero Grown Boy se desplomó en el acto. La multitud se apartó y lo miró. Solo se veía un hilo de sangre en el cuero cabelludo del negro, pero Grown Boy estaba muerto. El avaricioso muchacho, vivaracho e indigente, que nunca había estado

en su sano juicio, yacía sobre la acera de Milan… inmóvil para siempre.

Jester se arrodilló sobre el muchacho negro.

—¡Grown! —suplicó.

—Está muerto —dijo alguien entre la muchedumbre.

—¿Muerto?

—Sí —dijo el policía al cabo de unos minutos—. Circulen, circulen. —Y cumpliendo con su deber, entró a la farmacia para telefonear y llamó a una ambulancia, aunque ya conocía aquella mirada de la muerte. Cuando regresó al lugar del hecho, la gente se había resguardado otra vez bajo los toldos y solamente Jester permanecía junto al cuerpo.

—¿Está muerto de verdad? —preguntó Jester, y tocó la cara que todavía estaba caliente.

—No lo toques —dijo el policía.

El policía interrogó a Jester sobre lo que había pasado y sacó un cuaderno de notas y un lápiz. Jester inició un confuso resumen. Sentía como si su cabeza fuera un globo lleno de gas.

La sirena chillona de la ambulancia resonó en la quietud de la tarde. Un interno de bata blanca se bajó de un salto y acercó el estetoscopio al pecho de Grown Boy.

—¿Muerto? —preguntó el policía.

—Completamente muerto —dijo el interno.

—¿Está seguro? —preguntó Jester.

El interno miró a Jester y se fijó en el sombrero panamá que estaba en el suelo.

—¿Es suyo este sombrero?

Jester cogió el sombrero, que ahora estaba sucio.

Los internos de bata blanca llevaron el cuerpo a la ambulancia. Todo fue tan cruel y tan rápido como un sueño, y Jester se volvió lentamente hacia el *drugstore*, con la mano en la cabeza. El policía le siguió.

Wagon, que todavía comía el espinazo sobre el que había escupido, dijo:

—¿Qué ha pasado?

—¡Y yo qué sé! —dijo el policía.

Jester sentía que se le iba la cabeza. ¿Acaso se iba a desmayar?

—Me siento raro.

El policía, contento de poder hacer algo, le llevó hasta una silla de la farmacia y dijo:

—Siéntate aquí y pon la cabeza entre las piernas.

Jester lo hizo así y cuando la sangre volvió a regar su cerebro, levantó la cabeza, aunque todavía estaba muy pálido.

—Todo fue culpa mía. Si no le hubiera perseguido y aquella gente no se hubiera amontonado encima de nosotros… —se volvió hacia el policía—. ¿Por qué le pegó tan fuerte?

—Cuando uno deshace una aglomeración con la porra no sabe lo fuerte que pega. No me gusta la violencia más que a ti. Quizá no debí alistarme en la policía.

Entretanto, Malone había llamado al anciano juez para que viniera a recoger a su nieto y Jester lloraba por la impresión.

Cuando Sherman Pew llegó en el coche para llevarle a casa, Jester, que ya no pensaba en impresionar a Sherman, se dejó conducir hasta el coche mientras el policía trataba de explicar lo que había pasado. Después de escuchar, Sherman se limitó a comentar:

—Bueno, Grown Boy siempre ha sido anormal, y en mi caso, si yo fuera anormal, me alegraría de que me ocurriera una cosa así. Me pongo en el lugar de los demás.

—Preferiría que te callases —dijo Jester.

En casa del juez hubo lágrimas y lío cuando llegaron. Verily lloraba por su sobrino y el juez le daba palmaditas para consolarla. La mandaron a casa de los suyos para que llorara aquella repentina muerte ocurrida en pleno mediodía.

Antes de que llegaran las noticias, el juez había tenido una mañana feliz y fructífera. Había trabajado alegremente; aquel día no había padecido el tedio producto de la ociosidad, esa lentitud del paso del tiempo que resulta tan difícil de soportar en la vejez como en la primera infancia. Sherman Pew colmaba todas sus esperanzas.

No solo era un muchacho de color inteligente que entendía de insulina y de inyecciones y sabía guardar un secreto, además era imaginativo, hablaba de regímenes y sustitutos de las calorías, y de cosas así. Cuando el juez le insistió en que la diabetes no era contagiosa. Sherman había dicho:

—Conozco bien la diabetes. Mi hermano la tuvo. Teníamos que pesarle la comida en una balanza de precisión. Cada bocado que tomaba.

El juez, que de repente recordó que Sherman era huérfano, dudó un momento de aquella información, pero no dijo nada.

—También entiendo mucho de calorías, señor, debido a que soy invitado de Zippo Mullins y su hermana se puso a régimen. Yo aplastaba y batía las patatas para hacerle un puré ligero con leche descremada, y también le hacía gelatina con sacarina. Sí, señor, entiendo mucho de regímenes.

—¿Crees que sabrás ser un buen amanuense?

—¿Un buen qué, señor juez?

—Un amanuense, algo así como un secretario.

—¡Claro! Seré un secretario de primera —dijo Sherman emocionado—, me encantará.

—¡Ejem! —carraspeó el juez para disimular su satisfacción—. Recibo una correspondencia bastante voluminosa, una correspondencia seria, profunda, y algunas otras cartas sin importancia.

—Me encanta escribir cartas y tengo una letra preciosa.

—La letra es muy importante —dijo el juez, y añadió—: La caligrafía.

—¿Dónde están las cartas, señor?

—En mi archivo metálico del juzgado.

—¿Quiere que las vaya a buscar?

—No —dijo precipitadamente el juez, pues ya había contestado todas aquellas cartas; en realidad, aquella era su principal ocupación cuando iba a su despacho por las mañanas…, eso y la lectura del *Flowering Branch Ledger* y el *Milan Courier*. La semana anterior

hubo un día en que no recibió ninguna carta que contestar…, solo un anuncio de equipos de *camping* que, por otra parte, probablemente era para Jester. Fastidiado porque no tenía cartas que contestar, el juez había respondido al anuncio, planteando incisivas preguntas acerca de los sacos de dormir y la calidad de las sartenes. El apagado tedio de la vejez le atormentaba a menudo. Pero no hoy; esta mañana con la compañía de Sherman estaba muy animado, y su cabeza le rebosaba literalmente de planes.

—La noche pasada estuve escribiendo una carta hasta las tantas —dijo Sherman.

—No. —Sherman pensó en la carta que había echado al correo camino del trabajo. Al principio la dirección constituyó un problema, luego la había dirigido a: «Madame Anderson. Escaleras del Monumento a Lincoln». Si no se encontraba allí, se la mandarían. Madre…, Madre…, pensaba…, eres demasiado famosa para que no te encuentren.

—Mi querida esposa siempre decía que yo escribía las cartas de amor más maravillosas del mundo.

—Yo no pierdo el tiempo escribiendo cartas de amor. Esa carta tan larga que estuve escribiendo anoche era una carta de búsqueda.

—Escribir cartas es un auténtico arte.

—¿Qué clase de carta quiere que le escriba hoy? —añadió Sherman tímidamente—. No una carta de amor, supongo.

—Claro que no, tonto. Es una carta referente a mi nieto. Una carta de recomendación, se podría decir.

—¿De recomendación?

—Le voy a pedir a un viejo amigo y compañero del Congreso que recomiende a mi nieto para ingresar en West Point.

—Comprendo.

—Tengo que pensarla antes detenidamente. Estas son las cartas más delicadas de todas… Las cartas pidiendo una recomendación.

El juez cerró los ojos y se puso el pulgar y el índice sobre los párpados, reflexionando profundamente. Era un gesto casi de dolor, pero aquella mañana el juez no tenía ningún tipo de dolor; al

contrario, tras años de aburrimiento y de tiempo interminable, la inmensa alegría de tener importantes cartas que escribir y un auténtico amanuense a su disposición le infundía la vivacidad de un niño. Permaneció allí sentado e inmóvil: pasó tanto tiempo que Sherman se preocupó.

—¿Le duele la cabeza?

El juez se sobresaltó y se estiró.

—No, por suerte. Solo pensaba en la estructura de la carta. Pensaba en la persona a quien me dirijo y en las distintas circunstancias de su vida actual y pasada. Pienso sencillamente en el individuo al que voy a escribir.

—¿Quién es?

—El senador Thomas, de Georgia. Dirígela a Washington, D. C.

Sherman mojó la pluma en el tintero tres veces y dispuso cuidadosamente el papel, emocionado al pensar que escribía a un senador.

—Mi querido amigo y compañero, Tip Thomas.

Una vez más, Sherman mojó la pluma en el tintero y empezó a escribir con muchos adornos.

—Diga, señor.

—Cállate, estoy pensando… Sigue ahora.

Sherman estaba escribiendo aquello cuando el juez le detuvo.

—No escribas eso. Empieza de nuevo. Cuando yo diga «sigue» o cosas parecidas no las escribas.

—Solo escribía al dictado.

—Pero, por Dios, usa tu sentido común.

—Estoy usando el sentido común, pero cuando usted dicte palabras, naturalmente yo las escribo.

—Empecemos de nuevo por el principio. El encabezamiento dice: Mi querido amigo y compañero, Tip Thomas. ¿Lo entiendes?

—No debo escribir «lo entiendes», ¿verdad?

—Claro que no.

El juez se estaba preguntando si su amanuense era tan brillante como había supuesto al principio, y Sherman se preguntaba

interiormente si el viejo aquel estaba en sus cabales. Así que ambos se miraban entre sí con mutua desconfianza, sospechando que el otro padecía alguna insuficiencia mental. En sus comienzos las cosas no iban bien.

—No escribas esto en la carta. Solo quiero poner las cosas en claro contigo.

—Bien, pues póngalas en claro.

—El arte de un auténtico amanuense es escribirlo todo personalmente o, en otras palabras, aquellas cosas que se me ocurren que sean más o menos ajenas a lo que dice la carta. El problema conmigo, muchacho, es que mi mente trabaja demasiado de prisa y se me ocurren muchas ideas al azar que no son pertinentes a ningún modo determinado de pensar.

—Me hago cargo, señor —dijo Sherman, que estaba pensando que el trabajo no era lo que había imaginado.

—No son muchas las personas que me entienden —dijo el juez con sencillez.

—¿Quiere decir que debo leer sus pensamientos para enterarme de lo que debo poner en la carta y lo que no?

—No tienes que leer mis pensamientos —dijo el juez indignado—, sino deducir por medio de mi entonación lo que son únicamente comentarios personales y lo que no.

—Soy un adivinador del pensamiento maravilloso.

—¿Quieres decir que eres intuitivo? Porque yo también lo soy.

Sherman no sabía lo que significaba la palabra, pero pensaba que si seguía al lado del juez adquiriría un vocabulario magnífico.

—Volvamos a la carta —dijo el juez severamente—. Tras el encabezamiento escribe: «Ha llamado recientemente mi atención que…» —el juez se interrumpió y continuó hablando en tono más bajo; Sherman, que leía el pensamiento del juez, no siguió escribiendo—. ¿Cómo es de reciente «recientemente» muchacho? ¿Uno, dos…, tres años? Porque me parece que eso ya pasó hace diez años.

—Yo no diría recientemente en ese caso.

—Tienes toda la razón —decidió el juez con voz firme—. Habrá que empezar la cara con un enfoque totalmente distinto.

El reloj dorado de la biblioteca dio doce campanadas.

—Mediodía.

—Sí —dijo Sherman, esperando pluma en mano.

—Al mediodía interrumpo mi tarea para tomar el primer trago del día. Privilegios de un anciano.

—¿Quiere que se lo prepare yo?

—Eso sería muy amable por su parte, muchacho. ¿Te gustaría tomar un poco de *bourbon* con agua?

—¿*Bourbon* con agua?

—No soy un bebedor solitario. No me gusta beber solo.

De hecho, en los viejos tiempos el juez solía llamar al jardinero, a Verily o a cualquier otra persona para que viniera a beber con él. Como Verily no bebía y el jardinero había muerto, el juez se veía muchas veces forzado a beber solo, pero no le gustaba.

—Toma un traguito para acompañarme.

Aquella era la parte más agradable del trabajo, y Sherman no habla contado con ella.

—Con mucho gusto, señor. ¿Qué proporción de *bourbon* le gusta?

—Mitad y mitad, y no lo ahogues en agua.

Sherman se apresuró a entrar en la cocina para preparar las bebidas. Ya estaba preocupado por la comida. Si bebían juntos y se hacían amigos, le molestaría que le mandaran a la cocina a comer con la cocinera. Ensayó cuidadosamente lo que debía decir.

—Nunca como al mediodía —o bien—: He desayunado fuerte y no tengo hambre.

Llenó ambos vasos, mitad y mitad, y volvió a la biblioteca.

Después de beber el primer trago y tras chasquear la lengua con satisfacción, el juez dijo:

—Esto es ex cátedra.

—¿Cómo? —dijo Sherman.

—Es lo que dice el Papa cuando habla con franqueza. Quiero decir, que nada de lo que diga ahora mientras bebemos debe ponerse en la carta. Mi amigo Tip Thomas tomó una compañera…, quiero decir que tomó una segunda esposa. Por regla general, yo no apruebo los segundos matrimonios, pero cuando lo pienso, me digo sencillamente: «Vive y deja vivir.» ¿Entiendes, muchacho?

—No, señor. No exactamente, señor.

—Tal vez debiera dejar de lado las segundas nupcias y hablar de su primera mujer solamente. Alabar a su primera mujer y no mencionar a la segunda.

—¿Y por qué hablar de ninguna de ellas?

El juez echó la cabeza hacia atrás.

—El arte de escribir cartas consiste en lo siguiente: primero se hacen comentarios amables y personales sobre la salud y la mujer y esas cosas, y luego, cuando eso ya está, se va directamente al grano, tratando del verdadero motivo de la carta.

El juez bebía feliz. Mientras bebía tenía lugar un pequeño milagro.

Cuando sonó el teléfono, el juez de momento no consiguió entender lo que decían. Le hablaba J. T. Malone, pero lo que decía parecía no tener sentido.

—¿Grown Boy muerto en una pelea callejera… y Jester envuelto en la pelea? —repetía—. Mandaré a alguien al *drugstore* a recoger a Jester. —Se volvió hacia Sherman—. Sherman, ¿te gustaría coger el coche e ir al *drugstore* de míster Malone a recoger a mi nieto?

Sherman, que nunca había conducido un coche en su vida, asintió complacido. Había visto conducir a otros y creía que sabría hacerlo.

El juez dejó el vaso y fue a la cocina.

—Verily —comenzó—, tengo que darte una mala noticia.

Tras una breve mirada al rostro del juez, Verily dijo:

—¿Ha muerto alguien? —como el juez no respondía, añadió—: ¿Mi hermana Bula?

Cuando el juez le dijo que se trataba de Grown Boy, se echó el mandil por encima de la cabeza y se puso a llorar a gritos.

—Y en todos estos años siempre le ha faltado algún sentido —dijo esto como si la punzante verdad explicara el hecho irrazonable que la hacía sufrir.

El juez trató de consolarla con torpes palmaditas. Luego, volvió a la biblioteca, vació su vaso y el vaso que Sherman había dejado sin terminar, y después fue al porche delantero a esperar a Jester.

Entonces se dio cuenta del pequeño milagro que había sucedido. Todas las mañanas, durante los últimos quince años, había esperado aburrido la llegada del *Milan Courier*, en la cocina o en la biblioteca, y su corazón solía dar un brinco cuando lo oía caer. Pero hoy, después de todos aquellos años, había estado tan ocupado que ni siquiera había pensado en el periódico. Lleno de alegría, el anciano juez bajó cojeando las escaleras para recoger el *Milan Courier*.

Capítulo 6

ES indudable que la vida se compone de innumerables milagros cotidianos, la mayor parte de los cuales pasan inadvertidos, y Malone, en aquella estación llena de tristeza, se dio cuenta de un pequeño milagro que le asombró. Todas las mañanas de aquel verano se había despertado con un temor indefinido. ¿Cuál era aquella terrible cosa que le iba a suceder? ¿De qué se trataba? ¿Cuándo? ¿Dónde? Cuando al fin se despertaba del todo, aquello le resultaba tan cruel que no podía seguir en la cama; tenía que levantarse y moverse inquieto por el vestíbulo y la cocina, sin rumbo, simplemente moviéndose, esperando. ¿Esperando qué? Después de su conversación con el juez había llenado el congelador de la nevera de hígado de ternera y de hígado de vaca. Conque, mañana tras mañana, mientras la luz eléctrica luchaba con el amanecer, se freía un filete de horrible hígado. Siempre le había repugnado el hígado, incluso el higadillo del pollo de los domingos por el que los niños se peleaban. Después de frito, apestaba la casa entera como una bomba fétida y Malone se lo comía, bocado a bocado, con repugnancia. El mero hecho de que le resultara tan asqueroso le consolaba un poco. Incluso tragaba las partes llenas de nervios que las demás personas se sacaban de la boca y colocaban en el borde del plato. El aceite de ricino también tenía un sabor repugnante, y resultaba efectivo. Lo malo del doctor Hayden era que nunca le había indicado ningún remedio, repugnante o no, para aquella… leucemia. ¡Adjudicarle a un hombre una enfermedad mortal y no

recomendarle el más mínimo remedio! Malone se sentía ultrajado íntimamente. Farmacéutico desde hacía cerca de veinte años, había escuchado trillones de quejas y siempre había recetado algo para las enfermedades: estreñimiento, dolores de riñón, briznas en los ojos, y cosas así. Si honradamente consideraba que el caso le superaba, aconsejaba a su cliente que consultara a un médico; aunque eso no fuera lo más frecuente… Malone opinaba que él era tan bueno como cualquier médico de Milan, y había recetado remedios para trillones de dolencias. Buen paciente, a su vez, se administraba a sí mismo Sal Hepática, utilizaba Linimento Sloan cuando lo necesitaba, y ahora tragaba el repugnante hígado. Después esperaba en la bien iluminada cocina. ¿Esperar qué? ¿Y cuándo?

Una mañana, hacia el fin del verano, Malone se despertó y luchó por no desvelarse. Se esforzaba por recuperar el blando, el dulce limbo de los sueños, pero no podía lograrlo. Los estridentes pájaros estaban en contra suya haciendo trizas su suave y dulce sueño. Aquella mañana estaba exhausto. El terror a estar consciente embargaba todo su cuerpo cansado y su espíritu abatido. Se forzaría a volverse a dormir. Pensó en contar ovejas…, ovejas negras, ovejas blancas, ovejas rojas, todas muy saltarinas y con colas algodonosas. No pensar en nada, ¡oh, dulce, blando sueño! No se levantaría y encendería las luces, ni se movería inquieto por el vestíbulo y la cocina, esperando, temiendo. No freiría al amanecer aquel asqueroso hígado que apestaba toda la casa como una apestosa bomba fétida. No lo haría más. Nunca más. Malone encendió la lámpara de la mesilla de noche y abrió el cajón. Allí estaban las cápsulas de Tuinal que se había recetado. Había cuarenta, lo sabía. Sus dedos temblorosos se deslizaron entre las cápsulas rojas y verdes. Cuarenta, lo sabía. Ya no tendría que levantarse al amanecer y moverse inquieto por la casa, aterrorizado. Ya no tendría que ir a la farmacia simplemente porque siempre había ido, y porque así se ganaba la vida y se mantenía a sí mismo y a su familia. Si J. T. Malone no era su único sostén, debido a aquellas acciones de la Coca-Cola que su mujer había comprado con su propio dinero y

debido a las tres casas que había heredado de su madre —la querida señora Greenlove que había muerto hacía quince años—, si debido a los diversos recursos de su mujer no era el único y exclusivo sostén de su familia, la farmacia todavía era lo principal y él era un buen cabeza de familia, pensara lo que pensara la gente. La farmacia era el primer comercio que se abría en Milan y el último en cerrar. Al pie del cañón, oyendo quejas, despachando recetas, sirviendo Coca-Cola y helados…, ¡nunca más, nunca más! ¿Por qué llevaba haciéndolo tanto tiempo? Trabajando como una mula que da vueltas sin parar alrededor de una noria. Y volviendo a casa todas las noches. Y durmiendo en la misma cama que su mujer, a la que hacía mucho que había dejado de querer. ¿Por qué? ¿Porque no podía estar en otro sitio aparte de la farmacia? ¿Porque no podía dormir más que con una mujer? Trabajar en la farmacia, dormir con su mujer. ¡Se había acabado! Su monótona vida se extendía ante él mientras manoseaba el Tuinal que brillaba como una joya.

Malone se metió una cápsula en la boca y bebió medio vaso de agua. ¿Cuánta agua tendría que beber para tragarse las cuarenta cápsulas?

Después de la primera, tragó otra, luego una tercera. Entonces se detuvo y volvió a llenar el vaso de agua. Cuando volvió a la cama le apetecía un pitillo. Mientras lo fumaba le entró sueño. Mientras fumaba el segundo pitillo, se le resbaló por los dedos inertes pues, al fin, J. T. Malone se había vuelto a dormir.

Aquella mañana durmió hasta las siete, y los restantes miembros de la familia ya estaban levantados cuando entró en la cocina. Fue una de las pocas veces en su vida que no se bañó ni se afeitó por miedo a llegar tarde a la farmacia.

Aquella mañana vio con sus propios ojos el pequeño milagro, pero estaba demasiado excitado y preocupado para comprenderlo. Tomó el atajo y salió por el patio y la puerta de atrás. El milagro estaba allí, pero sus ojos estaban ciegos cuando se apresuraba a cruzar la puerta. Sin embargo, cuando llegó a la farmacia se preguntó por qué se había dado tanta prisa; todavía no había nadie.

Pero ya había iniciado su jornada. Bajó los toldos de golpe y enchufó el ventilador. Cuando entró el primer cliente, empezó su jornada, aunque el cliente solo era Herman Klein, el relojero de la puerta de al lado. Herman Klein se pasaba el día entero entrando y saliendo de la farmacia, tomando Coca-Cola. También guardaba una botella de licor en la rebotica, pues su mujer detestaba el alcohol y no lo permitía en su casa. Conque Herman Klein se pasaba el día entero en su joyería, reparando relojes y haciendo frecuentes visitas al *drugstore*. Herman Klein, al contrario que la mayoría de los hombres de negocios de Milan, no iba a su casa a comer al mediodía; tomaba un traguito y comía uno de los sándwiches de pollo esmeradamente envueltos que le preparaba mistress Malone. Después de atender a Herman Klein, entró una avalancha de clientes. Una madre vino con el problema de una niña que se orinaba en la cama, y Malone le vendió un Eurotone, un mecanismo que hace sonar una campanilla cuando la cama se moja. Había vendido Eurotones a muchos padres, pero en su interior dudaba de que la campanilla fuera de verdad efectiva. Interiormente se preguntaba si no asustaba demasiado al niño dormido, y qué beneficio se obtenía de que la casa entera se alarmara solo porque Johnny se hacía un poco de pis mientras dormía. Personalmente, opinaba que sería mejor dejar que Johnny se hiciera pis en paz. Malone aconsejaba sabiamente a las madres:

—He vendido muchísimos aparatos de estos, pero siempre he considerado que lo principal para que un niño se acostumbre a no mojar su cama es la colaboración del niño.

Malone examinó a la niña, una niña casi cuadrada que no tenía aspecto de querer colaborar. Le probó unas medias elásticas a una mujer que tenía varices. Oyó quejarse de dolores de cabeza, dolores de espalda y molestias intestinales. Examinó a cada cliente con cuidado, hizo su diagnóstico y vendió las medicinas. Nadie tenía leucemia, nadie se fue con las manos vacías.

Hacia la una, cuando el fastidioso, el calzonazos de Herman Klein entró a comer su sándwich, Malone estaba cansado. También meditaba. Se preguntaba si habría en todo el mundo alguien en peor

situación que él. Contempló al pequeño Herman Klein que comía el sándwich en el mostrador. Malone lo detestaba. Lo detestaba por ser tan débil, por trabajar tanto, porque no iba al Salón de té *Cricket* o al Café Nueva York como los demás hombres de negocios decentes que no iban a comer a casa. No sentía piedad por Herman Klein. Simplemente lo despreciaba.

Se puso la chaqueta para ir a comer a casa. Era un día bochornoso, con un cielo de blancura de relámpago. Caminó lentamente esta vez, notando el peso de su blanca chaqueta de lino o algún peso indefinido sobre los hombros. Siempre se tomaba su tiempo y comía buena comida casera. No como aquel raquítico de Herman Klein. Entró por la puerta de atrás y entonces, aunque estaba cansado, se dio cuenta del milagro. La huerta, que había sembrado con tan poco cuidado y que había olvidado en aquella angustiosa estación, había dado su fruto. Había lombardas, zanahorias de hojas rizadas, el verde verdor de las hojas de los nabos y de los tomates. Se quedó mirando la huerta. Entretanto, un grupo de niños había entrado por la puerta abierta. Eran los hijos de los Lank. Resultaba curioso lo de los Lank. Tenían un nacimiento múltiple tras otro. Gemelos, trillizos. Alquilaron una de las casas que había heredado su mujer; una casa en estado ruinoso y deteriorado, como era de esperar con todos aquellos niños. Sammy Lank era capataz de la fábrica de hilos Wedwell. Cuando a veces estaba en paro, Malone no le presionaba para que pagase la renta. La casa de Malone, que Martha también había heredado de su madre, bendita fuera, hacía esquina y daba a una calle muy respetable. Las otras tres casas, una al lado de otra, estaban a la vuelta de la esquina, pero aquella vecindad había bajado mucho. La casa de la familia Lank era la última, es decir, la última casa de la hilera de tres que había heredado mistress Malone. Así que Malone veía a los hijos de los Lank con frecuencia. Sucios, mocosos, la verdad es que siempre andaban sueltos porque no sabían qué hacer en casa. Un invierno especialmente frío cuando mistress Lank se encontraba en cama después de dar a luz a los gemelos, Malone le había mandado

carbón porque le gustaban los niños y sabía que pasaban frío. Los niños se llamaban Nip y Tuck, Cyril y Simón, y Rosemary, Rosamond y Rosa. Ahora los niños ya eran mayores. Los trillizos mayores, que ya estaban casados y tenían también hijos, habían nacido la misma noche que los quintillizos Dionne, y el *Milan Courier* les había dedicado un breve artículo titulado «Nuestro trío de Milan», que los Lank enmarcaron y colgaron en la sala de estar.

Malone volvió a contemplar la huerta.

—Cariño —llamó.

—Sí, querido —respondió mistress Malone.

—¿Has visto la huerta?

Malone entró en la casa.

—¿Qué huerta? —preguntó mistress Malone.

—Cuál va a ser, la nuestra, claro.

—Naturalmente que la he visto, cariño. Hemos comido cosas de ella durante todo el verano. ¿Qué te pasa?

Malone, que aquellos días no tenía ganas de comer y jamás recordaba lo que comía, no dijo nada, pero era realmente un milagro que aquella huerta, plantada con tan poco cuidado y jamás atendida, hubiera florecido. Las rizadas coles crecían como locas como suelen hacer las coles. Solo hay que plantar una col en una huerta y crece como loca, ahogando todas las demás plantas. Lo mismo que las hipomeas, una col o una hipomea, era lo mismo.

Hablaron poco durante la comida. Comieron filetes empanados y patatas guisadas, pero aunque la comida estaba bien cocinada, a Malone no le supo a nada.

—Vengo diciéndote todo el verano que las verduras son de nuestra huerta —dijo mistress Malone.

Malone oyó el comentario, pero no prestó atención y no respondió; durante años la voz de su mujer le parecía el zumbido de un moscardón; un ruido que se oye, pero al que no se presta atención.

Los jóvenes Ellen y Tommy se tragaron rápidamente la comida y ya estaban listos para salir corriendo.

—Debíais masticar, queridos. Si no, sabe Dios qué trastornos intestinales os esperan. Cuando yo era niña existía una cosa que llamaban la cura Fletcher, y consistía en masticar siete veces antes de tragar. Si seguís comiendo como rayos…

Pero los niños ya habían dicho «perdón», y salieron corriendo de la casa.

A partir de entonces la comida transcurrió en silencio, y ninguno de los dos expresó sus pensamientos. Mistress Malone pensaba en sus «Sándwiches mistress Malone», en los pollos bien cebados de los judíos (no importaba que fueran aves judías), en las gallinas del supermercado que pellizcaban cuidadosamente para comprobar su calidad, en los pavos enanos, en los pavos de siete kilos y medio. Llamaba a los sándwiches de pavo «Ensalada de pavo de mistress Malone», aunque resultaba asombroso la cantidad de gente que había que no notaba la diferencia de sabor entre la ensalada de pavo y la ensalada de pollo. Entretanto, Malone estaba ocupado con sus propias consideraciones profesionales; ¿había hecho bien en vender el Eurotone aquella mañana? Se le había olvidado que unos meses atrás una mujer se había quejado del Eurotone. Al parecer, su pequeño Eustis había dormido sin enterarse de la campanilla del Eurotone, pero toda la familia se habría despertado y rodeado al pequeño Eustis mientras este se meaba tranquilamente, y las campanillas del Eurotone sonaban como locas. Por fin, parece ser que el padre había arrancado al niño de la cama mojada y le había calentado el trasero delante de toda la familia. ¿Era eso justo? Malone reflexionó sobre el asunto y decidió que, desde luego, no era justo. El nunca había puesto la mano encima de sus hijos, jamás, tanto si lo merecían como si no. Mistress Malone era la que les pegaba, pues Malone opinaba que eso era obligación de la mujer; pero ella siempre lloraba cuando era evidente que debía zurrarlos. La única vez que Malone se sintió obligado a actuar de ese modo fue cuando la pequeña Ellen, de cuatro años, encendió una hoguera a escondidas bajo la cama de su abuela. ¡Cómo había llorado mistress Greenlove! Tanto por el miedo que había pasado, como por el hecho

de que tuvieran que pegar a su nieta favorita. Pero el jugar con fuego fue la única travesura en la que intervino Malone, pues se trataba de algo demasiado serio para confiar el castigo a una madre de corazón blando que invariablemente lloraba siempre que tenía que pegarles. Sí, en cuestiones de fuegos y cerillas prohibidos, fue en las únicas en que tuvo que intervenir. ¿Y el Eurotone? Aunque era un sistema recomendable, lamentaba haberlo vendido aquella mañana. Con un último y doloroso trago que obligó a la nuez de su débil garganta a subir y bajar, Malone se disculpó y se levantó de la mesa.

—Voy a llamar a míster Harris para que se encargue de la farmacia esta tarde.

Una expresión de ansiedad cruzó el plácido rostro de mistress Malone.

—¿No te encuentras bien, querido?

La indignación hizo que Malone apretara los puños hasta que los nudillos se le pusieron blancos. ¿Era raro que un hombre con leucemia no se sintiera bien? ¿Qué demonios se creía su mujer que tenía? ¿Sarampión o fiebre primaveral? Pero aunque sus nudillos estaban blancos de ira, solo dijo:

—No me siento ni mejor ni peor de lo que es de esperar.

—Trabajas demasiado, querido. En todos los sentidos, demasiado. Trabajas muchísimo.

—Sí, como una mula —añadió Malone—. Una mula que da vueltas sin parar alrededor de una noria.

—J. T., ¿quieres que te llene la bañera de agua tibia para que te des un baño?

—Ni mucho menos.

—No seas testarudo, querido. Solo trato de aliviarte.

—Puedo ser todo lo testarudo que quiera en mi propia casa —dijo obstinado Malone.

—Solo trataba de aliviarte, pero ya veo que no sirve de nada.

—De nada en absoluto.

Malone se dio una ducha de agua hirviendo, se lavó el pelo, se afeitó y dejó a oscuras la habitación. Pero estaba demasiado enfadado para descansar. Desde la cocina llegaban los ruidos que hacía mistress Malone, batiendo la masa de una de sus tartas nupciales, lo que le hizo enfadarse más aún. Salió a la resplandeciente tarde.

Aquel año había perdido el verano; las hortalizas habían crecido y las había comido sin enterarse. El terrible resplandor del verano le encogió el espíritu. El juez había insistido en que no tenía nada que un buen verano de Milan no pudiera curar. Pensando en el anciano juez, fue al porche trasero y encontró una bolsa de papel. Aunque ya tenía la tarde libre, no disfrutaba de la sensación de libertad. Con cansancio empezó a coger un manojo de vegetales para el juez; nabos y coles. Luego añadió el tomate más grande y se quedó sopesándolo un momento con la mano.

—Querido —llamó mistress Malone desde la ventana de la cocina —, ¿qué estás haciendo?

—¿Qué? ¿Qué?

—¿Qué haces ahí parado con el calor que hace esta tarde?

Desde luego, buenas están las cosas cuando un hombre tiene que justificarse solo por estar en su huerta. Pero aunque sus pensamientos eran violentos, solo respondió:

—Recogiendo unas verduras.

—Deberías ponerte un sombrero si vas a quedarte mucho bajo ese sol de justicia. Puedes coger una insolación, querido.

Malone se puso pálido cuando respondió:

—¿Y qué coño te importa a ti?

—No digas palabrotas, J. T., por el amor de Dios.

Conque Malone se quedó más tiempo bajo el sol abrasador, solo para llevarle la contraria a su mujer. Luego, sin sombrero y cargado con la bolsa de hortalizas, echó a andar lentamente camino de la casa del juez. El juez estaba en la biblioteca, casi a oscuras y el negro de los ojos azules estaba con él.

—Hola, J. T., hola, amigo mío. Eres justamente el hombre que necesitaba.

—¿Para qué? —Malone se sentía a la vez complacido y aliviado por el cordial recibimiento.

—Esta es la hora de la poesía inmortal. Mi amanuense me está leyendo.

—¿Su qué? —preguntó con voz chillona Malone, pues la palabra le sugería el Eurotone y las camas meadas.

—Aquí, mi secretario. Sherman Pew. Es un lector excelente, y la hora de la lectura es uno de los momentos más agradables del día. Hoy estamos leyendo a Longfellow. Continúa leyendo «MacDuff» —dijo el juez jovialmente.

—¿Qué?

—Solo citaba a Shakespeare, por decir algo.

—¿Shakespeare? —Sherman se sentía fuera de su elemento, torpe y estúpido. Odiaba a míster Malone por llegar a la hora de la poesía. ¿Por qué no estaba aquel viejo cascarrabias en el *drugstore*, como le correspondía?

—Empieza a leer por:

> A la orilla del Gitche Gumee
> Junto a las resplandecientes aguas del Gran Río
> A la puerta de su wigwam…

Los ojos del juez estaban cerrados y su cabeza marcaba débilmente el ritmo.

—Sigue, Sherman.

—No quiero —dijo enfadado Sherman. ¿Por qué iba a hacer el oso delante de aquel entrometido de míster Malone? Que lo colgaran si lo hacía.

El juez notó que algo iba mal.

—Bueno, pues entonces puedes recitar: «Disparé una flecha al aire.»

—No tengo ganas, señor.

Malone observaba y escuchaba la escena, con la bolsa de hortalizas aún en el regazo.

El juez, dándose cuenta de que algo iba muy mal, y deseando terminar el hermoso poema, continuó él mismo:

Nakomis, hija de la luna
Oscuro tras ella se alzaba el bosque
Se alzaban los negros y lúgubres pinos
Brillante ante ella latía el agua
Latía el agua clara y soleada
Latía el agua resplandeciente del gran río…

—Se me cansan los ojos en esta habitación tan oscura. ¿No puedes seguir tú, Sherman?

—No, señor.

Ewa, mi pequeña lechuza
Quién es esta que ilumina el wigwam
Con sus grandes ojos ilumina el wigwam…

—¡Oh, qué ternura! ¡Qué ritmo y qué ternura! ¿Cómo no lo sientes, Sherman? ¡Siempre lees la poesía inmortal tan bellamente!

Sherman apretó el trasero contra la Silla y no dijo nada.

Malone, todavía con la bolsa de hortalizas en el regazo, percibía la tensión de la habitación. Era evidente que aquel tipo de cosas pasaban todos los días. Se preguntaba quién sería el loco. ¿El juez? ¿El negro de los ojos azules? ¿El mismo? ¿Longfellow? Dijo con un tacto especial:

—Le he traído un manojo de nabos tiernos de mi huerta, y un manojo de coles.

Con arrogante descortesía, Sherman dijo:

—No las puede comer.

La voz del juez dijo desilusionada:

—Pero, Sherman, si adoro los nabos y las coles.

—No están en el régimen —insistió Sherman—. Hay que rehogarlas con tocino, un poco de carne magra y grasa. Y esas cosas

no están en el régimen.

—¿Y si se preparan con solo una pizca de carne magra y de grasa?

Sherman seguía enfadado porque míster Malone hubiera llegado a la hora de lectura, que tanto le gustaba, y aquel estúpido viejo del *drugstore* los había mirado como si fueran un par de lunáticos, estropeándoles la hora de la poesía inmortal. Sin embargo, no había leído en alto a Hiawata. No se había puesto en ridículo: eso lo dejó para el anciano juez al que no parecía importarle que la gente creyera que se había escapado del manicomio.

—Los yanquis comen la verdura con mantequilla o vinagre —dijo conciliadoramente Malone.

—Aunque, desde luego, yo no soy yanqui, probaré la verdura con vinagre. Durante nuestra luna de miel en Nueva Orleans comí caracoles. Un caracol —añadió el anciano juez.

Desde la sala llegó el sonido del piano. Jester tocaba «Lindenbaum». Sherman estaba furioso porque tocaba muy bien.

—Yo como caracoles con frecuencia. Cogí la costumbre cuando estuve en Francia.

—No sabía que hubiera estado en Francia —dijo Malone.

—Claro que he estado. Durante mi breve paso por el servicio. —Zippo Mullins había estado en el servicio, esa era la verdad, y le había contado muchas cosas a Sherman, la mayoría de las cuales Sherman sazonaba a su manera.

—J. T., estoy seguro de que necesitas tomar algo después de tu caminata con este calor. ¿Qué te parecería un poco de ginebra con agua de quinina?

—Eso sería realmente agradable, señor.

—¿Sherman, quieres prepararnos a míster Malone y a mí un poco de ginebra con agua de quinina?

—¿Quinina, juez? —su voz sonaba incrédula, pues incluso aunque aquel viejo Malone tuviese un *drugstore*, seguro que no le gustaba la amarga quinina en su día libre.

El juez dijo con voz autoritaria, como si se hallara resfriado:

—Está en la nevera. En la botella que dice «tónica».

Sherman se preguntaba por qué no había dicho eso desde el principio. Agua tónica no era lo mismo que quinina. Lo sabía porque había tomado algunos tragos desde que estaba con el juez.

—Ponle mucho hielo —dijo el juez.

Sherman estaba que saltaba, no solo porque les habían estropeado la hora de la lectura, sino porque le había dado órdenes como a un criado. Se apresuró a resarcirse con Jester.

—¿Es «Roackabye *Baby*» lo que estás tocando?

—No, es «Lindenbaum»; te lo he cogido prestado.

—Pues es la última maravilla en Heder alemán.

Jester, que había tocado con lágrimas de emoción en los ojos, dejó de tocar, para alegría de Sherman, porque lo había interpretado demasiado bien, sobre todo para ser la primera vez.

Sherman fue a la cocina y preparó las bebidas con muy poco hielo. ¿Quién se creían que eran ellos para darle órdenes de ese modo? ¿Y por qué aquel idiota de Jester sabía tocar tan bien auténticos Heder alemanes, sobre todo la primera vez?

Había hecho de todo para el anciano juez. La tarde que murió Grown Boy, preparó la cena él solo y sirvió la mesa. Sin embargo, no quiso probar lo que había preparado, ni siquiera en la mesa de la biblioteca. Les había buscado cocinera. Había encontrado a Cinderella Mullins que hacía de pinche mientras Verily no estaba.

Entretanto, el juez le contaba a su amigo Malone:

—Ese muchacho es una auténtica joya, un tesoro. Me escribe las cartas, me lee, y no hablemos de las inyecciones, y de cómo me hace seguir el régimen.

El escepticismo asomó al rostro de Malone.

—¿Cómo dio con ese dechado de virtudes?

—No di con él. Ha intervenido en mi vida incluso desde antes de nacer.

Malone no se atrevía ni a hacer conjeturas acerca de aquel misterioso comentario. ¿Acaso era aquel altivo negro de ojos azules hijo natural del juez? Parecía improbable, pero nunca se sabía.

—¿Pero no lo encontraron en el banco de una iglesia de negros?

—Así es.

—Entonces, ¿cómo afectó eso a su vida?

—No solo a mi propia vida, sino a mi propia sangre…, a mi propio hijo.

Malone trataba de imaginarse a Johnny manteniendo relaciones sexuales con una chica de color. El rubio y decente Johnny Clane con quien había cazado tantas veces en Sereno. Era altamente improbable, pero no le parecía imposible.

El juez pareció intuir la confusión de su mente. Con su mano sana apretó el bastón hasta que la mano se le puso morada.

—Si se te ha ocurrido, aunque solo sea por un momento, que mi Johnny se acostó alguna vez con una fulana negra o hizo algo así de inmoral… —La rabia no le dejó terminar.

—Jamás se me ha ocurrido algo así —dijo Malone en tono tranquilizador—. Solo que lo ha planteado usted tan misteriosamente…

—Es un misterio como no hay otro. Pero es un asunto tan feo que ni siquiera un viejo charlatán como yo puede discutirlo.

Sin embargo, Malone sabía que lo quería seguir discutiendo, pero en aquel momento Sherman Pew dando un golpe dejó dos vasos sobre la mesa de la biblioteca. Cuando Sherman hubo salido de la habitación, el juez continuó:

—Con todo, a mi edad ese muchacho es una mina de oro. Me escribe las cartas con caligrafía de ángel, me pone las inyecciones y me obliga a seguir el régimen. Y por las tardes me lee.

Malone no hizo comentario alguno acerca de que el chico no había querido leer aquella tarde, y que el juez había tenido que terminar por sí mismo el poema de Longfellow.

—¡Sherman lee a Dickens con tanto sentimiento que a veces me hace llorar sin parar!

—¿Llora él alguna vez?

—No, pero a menudo sonríe en los pasajes humorísticos.

Malone, intrigado, esperaba a que el juez dijera algo más concreto acerca del misterio que le había insinuado, pero solo dijo:

—Bueno, eso demuestra una vez más que «de entre las espinas del peligro, cogemos la flor de la salvación».

—Pero… ¿qué ha pasado? ¿Estaba usted en peligro?

—No exactamente en peligro, es solo la expresión del Poeta. Pero desde la muerte de mi mujer me he encontrado muy solo.

Malone no solo le intrigaba el juez, de pronto se sentía preocupado por él.

—¿Solo, señor? Tiene usted a su nieto, y es el ciudadano más respetado de todo Milan.

—Uno puede ser el ciudadano más respetado de la ciudad, o de todo el estado, y seguir sintiéndose solo. Y *estar* solo de verdad, ¡vive Dios!

—Pero ¿y su nieto, que es la niña de sus ojos?

—El egoísmo es algo propio de los jóvenes. Conozco perfectamente a los muchachos. Lo que le ocurre a Jester es solamente… la adolescencia. Poseo un profundo conocimiento de los jóvenes y lo único que les pasa es que son… egoístas, egoístas, egoístas.

A Malone le complacía oír que criticaba a Jester, pero muy educadamente no dijo nada. Se limitó a preguntar:

—¿Cuánto tiempo hace que tiene a ese muchacho de color a su servicio?

—Unos dos meses.

—Es muy poco tiempo para que se haya adaptado del todo a la casa…, adaptado de un modo familiar, quiero decir.

—Sherman no es familiar, a Dios gracias. Aunque sea un adolescente como mi nieto, mantenemos una relación completamente diferente.

A Malone le gustó oír eso, pero una vez más su discreción no le permitió hacer ningún comentario. Conocía los caprichos del juez, sus fugaces entusiasmos e instantáneas desilusiones, y se preguntaba cuánto duraría aquella situación.

—Una auténtica joya —decía el juez entusiasmado—. Un tesoro.

Entretanto, la «auténtica joya» leía una revista de cine y bebía ginebra con tónica y mucho hielo. Estaba solo en la cocina pues la vieja Verily limpiaba arriba. Aunque rodeado de cosas que deleitaban su gusto e imaginación —leía un artículo muy bueno sobre una de sus estrellas favoritas—, estaba muy, pero que muy enfadado. No solo le había estropeado la mejor hora del día el pelmazo de míster Malone, sino que hacía ya dos meses que vivía en suspenso, suspenso que, poco a poco, se había convertido en ansiedad. ¿Por qué no había respondido a su carta Marian Anderson? Si las señas no hubieran sido correctas, se la habrían devuelto, pues su madre era demasiado famosa para que no la lograran localizar. Cuando el perro de Jester, Tige, entró en la habitación, le dio una patada.

Verily bajó del piso de arriba y contempló a Sherman que leía la revista y tomaba ginebra con tónica. Iba a hacer algún comentario, pero la fiera mirada de los ojos de aquel rostro oscuro la enmudeció. Solo dijo:

—En mis tiempos no perdía el tiempo leyendo revistas y bebiendo alcohol.

—Probablemente naciste esclava, vieja. —Respondió Sherman.

—Yo no fui esclava, mi abuelo lo fue.

—Probablemente te hayan subastado en este mismo pueblo.

Verily se puso a lavar los platos, abriendo el grifo con mucha fuerza. Luego dijo:

—Si supiera quién era tu madre le diría que te pegara hasta ponerte morado.

Al no tener nada que hacer, Sherman volvió a la sala de estar para molestar un rato a Jester. Jester tocaba de nuevo, y a Sherman le hubiera gustado saber el nombre de la pieza. ¿Y si decía algo malo del compositor y se equivocaba de nombre? ¿Era Chopin, Beethoven, Schubert? Como no lo sabía no tenía seguridad suficiente para ofenderle. Supongamos que dijera: «¡Qué Beethoven tan malo estás tocando!», y Jester le respondía: «No es Beethoven, es Chopin.» Sherman se sentía desarmado y sin saber qué hacer.

Entonces oyó que la puerta delantera se abría y cerraba y comprendió que el majadero de míster Malone se había ido. Como había quedado en ridículo, entró manso como un corderito. Por propia iniciativa retomó la lectura de Longfellow, empezando por:

«Disparé una flecha al aire»

Malone nunca había sentido tanto calor como aquel verano. Mientras caminaba sentía pesar sobre sus hombros el cielo resplandeciente, el sol. Hombre práctico, normal y corriente, que raramente soñaba despierto, ahora fantaseaba que aquel otoño iría al norte, a Vermont o Maine donde volvería a ver la nieve. Iría solo, sin mistress Malone. Le pediría a míster Harris que se ocupara de la farmacia y pasaría un par de semanas o, quién sabe si un par de meses, solo y en paz. En su imaginación veía el encanto polar de la nieve y sentía su frescor. Estaría solo en un hotel, cosa que nunca había hecho antes, ¿o sería en una estación de esquí? Al pensar en la nieve se sentía liberado, pero un sentimiento de culpabilidad le embargaba al andar, con los hombros hundidos, bajo el terrible calor de la tarde. Una vez, y solo una vez, se había sentido culpable por su libertad. Doce años atrás, había mandado a su mujer y a la pequeña Ellen a Tallulah Falls a que pasaran unas vacaciones de verano frescas, y cuando estaban fuera se produjo el pecado de Malone. Al principio no pensaba que se tratara de un pecado en absoluto. Solo era una joven que había conocido en el *drugstore*. Había entrado con una carbonilla en el ojo y él le sacó cuidadosamente la carbonilla con su inmaculado pañuelo de lino. Recordaba su cuerpo tembloroso y las lágrimas en sus ojos negros mientras le sostenía la cabeza para sacarle la carbonilla. La chica se marchó y aquella noche pensó en ella, aunque parecía que el asunto se había terminado. Pero ocurrió que se volvieron a encontrar al día siguiente mientras pagaba una factura en una mercería. Estaba empleada allí y le había dicho:

—Fue usted muy amable conmigo ayer. Me pregunto si podría hacer algo por usted.

—Bien, ¿por qué no come conmigo mañana? —respondió Malone.

Ella aceptó. Una jovencita algo atolondrada que trabajaba en la mercería.

Comieron en el Salón de té *Cricket*, el local más respetable de la ciudad. Malone le habló de su familia y nunca hubiera podido imaginar que llegaran a más. Pero llegaron, y al cabo de dos semanas él había pecado y lo peor de todo era que se sentía alegre. Cantaba al afeitarse y se ponía sus mejores galas diariamente. Fueron al cine, y hasta la llevó a Atlanta en autobús para que viera el ciclorama. Fueron al hotel Henry Grady a cenar y ella pidió caviar. El se sentía extrañamente feliz por esta transgresión, aunque sabía que la cosa se terminaría en seguida. Terminó en septiembre cuando su mujer y su hija volvieron a la ciudad, y Lola fue muy comprensiva. Tal vez ya le hubiera sucedido algo parecido con anterioridad. Después de quince años todavía pensaba en ella, aunque había cambiado de mercería y nunca la volvió a ver. Cuando supo que se había casado se puso triste, pero en otro rincón de su alma se le quitó un peso de encima.

Pensar en la libertad era como pensar en la nieve. Sin duda, aquel otoño haría que míster Harris se ocupara de la farmacia y se tomaría unas vacaciones. Sentiría otra vez la secreta emoción de la nieve y sentiría su bendito frío. Así, Malone, caminó cansinamente hasta su casa.

—Cuando te tomas un descanso, querido, me parece que no se trata de un descanso de verdad, al menos con este calor y paseando por la ciudad.

—No pensaba en el calor, aunque este pueblo en verano es tan caliente como la antesala del infierno.

—Pues Ellen también ha sufrido lo suyo.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Malone, alarmado.

—Simplemente que ha llorado sin parar toda la tarde en su dormitorio.

Malone subió rápidamente a la habitación de Ellen y mistress Malone le siguió. Ellen estaba en su cama, en su bonita habitación de niña, azul y rosa, sollozando. Malone no podía soportar verla llorar, pues era su ojo derecho. Un estremecimiento recorrió su cuerpo cansado.

—Nena, nena, ¿qué te pasa?

Ellen volvió su cara hacia él.

—¡Oh, papaíto, estoy tan enamorada!

—Bueno, ¿y por qué hace llorar eso a la niña de mi corazón?

—Porque él ni se entera de que existo. Nos encontramos en la calle y en todas partes y solo me saluda con indiferencia y sigue su camino.

—Eso no importa, querida, uno de estos días, cuando ya seas mayor conocerás al hombre adecuado y todo terminará bien —dijo mistress Malone.

Ellen sollozó con más fuerza y Malone odió a su mujer por lo que había dicho, pues era la cosa más idiota que podía decir una madre.

—Nena, nena, ¿y quién es?

—Jester, ¡estoy tan enamorada de Jester!

—¿Jester Clane? —tronó Malone.

—Sí, Jester. Es tan guapo.

—Querida, amor mío —dijo Malone—, Jester Clane no te llega ni a la suela de los zapatos.

Como Ellen seguía sollozando, lamentó haber cargado con la verdura para el viejo juez, aunque este no tuviera nada que ver en el asunto. Esforzándose por enmendar las cosas, dijo:

—Y después de todo, corazón, es solo un amor de jovencitos, gracias a Dios.

Pero aunque dijera eso, se dio cuenta que resultaba tan tonto y desafortunado como lo que había dicho su mujer.

—Cariño, cuando esta tarde refresque, ¿por qué no vamos hasta la farmacia y traemos helado de caramelo para la cena?

Ellen todavía lloró un rato más, pero entrada la tarde, que no fue fresca, se dirigieron a la farmacia en el coche de la familia y cogieron

helado de caramelo.

Capítulo 7

J. T. Malone no era el único que se preocupaba por el juez aquellos meses; Jester había empezado a inquietarse por su abuelo. Egoísta, egoísta, egoísta como era, con cien problemas propios, también se preocupaba por su abuelo. El entusiasmo desbordante del juez por su «amanuense» le sacaba de sus casillas. Sherman esto, Sherman lo otro, todo el santo día. Su abuelo dictaba cartas por la mañana, al mediodía tomaban un trago juntos. Luego, cuando él y su abuelo almorzaban en el comedor, Sherman se preparaba un «sándwich ligero» que comía en la biblioteca. Le había dicho al juez que quería pensar en la correspondencia de la mañana y no quería que le distrajeran las conversaciones con Verily en la cocina, y que una comida fuerte al mediodía perjudicaba su trabajo y capacidad de concentración.

El juez había consentido en este arreglo, contento de que su correspondencia fuera tomada tan en serio, contento también en aquellos días de casi todo. Siempre había mimado al servicio, haciéndoles regalos, a menudo bastante peculiares, en Navidades o por su cumpleaños (un complicado vestido que ni se aproximaba a su talla o un sombrero que nadie se hubiera atrevido a ponerse ni vivo ni muerto, o unos zapatos nuevos de número equivocado). Aunque el servicio por lo general lo habían constituido mujeres que no bebían e iban a la iglesia, hubo algunas excepciones. Con todo, fueran abstemias o bebedoras, el juez nunca controlaba las bebidas que guardaba en el estante de encima de su escritorio. De hecho,

Paul, el viejo jardinero (un genio para las rosas y las flores), había muerto de cirrosis hepáticas, tras veinte años de cuidar el jardín y beber en casa del juez.

Aunque Verily sabía que el juez era generoso con la servidumbre, estaba alarmada por las libertades que se tomaba Sherman Pew en la casa.

—No quiere comer en la cocina porque dice que quiere pensar en las cartas —gruñía—. Lo que pasa es que se cree demasiado importante para comer conmigo en la cocina, como debiera hacer. ¡Prepararse sándwiches y comerlos en la biblioteca! ¡Será posible! Va a destrozar la mesa de la biblioteca.

—¿Cómo? —preguntaba el juez.

—¡Comiendo esos sándwiches especiales en las mejores bandejas! —decía Verily con obstinación.

Aunque el juez era muy susceptible con respecto a su dignidad, no tenía ninguna sensibilidad para la dignidad de los demás. Sherman ahogaba sus explosiones de ira en presencia del juez y se vengaba en Gus, el nuevo jornalero, en Verily, y sobre todo en Jester. Pero aunque ahogaba sus accesos de ira, esta persistía y, de hecho, aumentaba. Por ejemplo, odiaba leer a Dickens, porque en Dickens había demasiados huérfanos y Sherman aborrecía los libros sobre huérfanos porque se sentía reflejado en ellos. De modo que cuando el juez sollozaba por los huérfanos, deshollinadores, padrastros y otros horrores, Sherman leía con voz fría, inflexible, y miraba con fría superioridad cuando el viejo tonto se emocionaba. El juez, ciego para los sentimientos de los demás, no se daba cuenta de nada de esto y estaba encantado. Bebiendo, riendo, llorando con Dickens, escribiendo montones de cartas, no se aburría ni un solo instante. Sherman seguía siendo una joya, un tesoro, y no se podía decir ni una palabra en contra suya en toda la casa. Entretanto, en el corazón duro pero dolorido de Sherman las cosas iban de mal en peor, conque a mediados de otoño sus sentidos hacia el juez eran de un odio que, aunque velado, siempre estaba presente.

A pesar de que el trabajo era fácil, limpio e independiente; a pesar de lo divertido que le resultaba burlarse de aquella nenaza, aquel gallina de Jester Clane, aquel otoño fue el más miserable de la vida de Sherman. Día tras día esperaba su existencia suspendida en el vacío de la incertidumbre. Día tras día esperaba la carta, y día tras día, semana tras semana, no obtenía respuesta. Entonces, por casualidad conoció a un músico amigo de Zippo Mullins que conocía de verdad a Marian Anderson; incluso tenía una fotografía firmada por ella, y por aquel horrible desconocido supo la verdad: Marian Anderson no era su madre. No solo estaba plenamente dedicada a su carrera y demasiado ocupada estudiando como para tener tiempo para dedicarse a mantener relaciones amorosas con príncipes (y no digamos para haberle dado a luz a él y dejarle inexplicablemente abandonado en un banco de iglesia), además, jamás había estado en Milan y no existía la menor posibilidad de que tuviera ninguna relación con su vida. De modo que la esperanza que tanto le había animado y que iluminó su corazón, se hizo mil pedazos. ¿Para siempre? Así le pareció entonces. Aquella noche cogió sus discos de Heder alemanes cantados por Marian Anderson y los pisoteó; los pisoteó con furia y desesperación de modo que ni uno de sus surcos quedó intacto. Después, como la esperanza y la música no podían silenciarse por completo, se arrojó con los zapatos llenos de barro encima de la fina colcha de rayón y la estrujó contra su cuerpo mientras sollozaba ruidosamente.

A la mañana siguiente no pudo ir a trabajar porque su ataque de ira le había dejado exhausto y afónico. Pero al mediodía el juez le mandó una bandeja con sopa de verduras, bastoncillos de maíz calientes y un postre de limón, y entonces se sintió lo bastante mejorado para comer despacio y lánguidamente… satisfecho por sentirse enfermo y cogiendo los bastoncillos con el dedo meñique delicadamente doblado. Se quedó en casa una semana y la comida preparada por otros y todo lo demás, le ayudaron a reponerse. Pero su cara suave y redonda se endureció y, aunque conscientemente no

pensaba en aquella estafadora de Marian Anderson, al cabo de cierto tiempo, ansiaba robar como a él le habían robado.

Los comienzos de aquel otoño fueron la época más feliz que Jester había conocido. Exaltada al principio por las alas de la canción, su pasión ahora se había transformado en amistad. Sherman estaba diariamente en su casa, y la seguridad de la presencia constante aplaca la pasión, que se alimenta del riesgo y del temor al cambio y la pérdida. Sherman estaba en su casa todos los días, y no había motivo para creer que aquello no iba a continuar así para siempre. Cierto que Sherman hacía todo lo posible por molestarle y que aquello hería a Jester. Pero a medida que pasaban las semanas, se habituó a que los comentarios hirientes no le afectaran demasiado ni por mucho tiempo; en realidad, estaba aprendiendo a defenderse por sí solo. Por muy duro que le resultara a Jester aprender a soltar frases hirientes y altisonantes, estaba aprendiendo a hacerlo. Es más, iba empezando a entender a Sherman, y la comprensión cuando lucha con la incontenible violencia de la pasión, lleva tanto a la piedad como al amor. Sin embargo, al faltar Sherman aquella semana, Jester se sintió un tanto aliviado; no tenía que mantenerse alerta de modo constante y podía relajarse sin miedo a tener que defender su orgullo en todo momento. Otro elemento de su relación era el vago presentimiento de Jester de que era el elegido; la persona contra la que Sherman descargaba su resentimiento cuando hubiera querido descargarlo contra el mundo entero. Pues Jester sabía vagamente que la furia se descargaba más libremente contra los que están más cerca de nosotros…, tan cerca, que la ira y las malas jugadas terminan por perdonarse. El mismo Jester, de niño, solo se enfadaba con su abuelo…, aquellas rabietas en que la emprendía a cabezazos solo iban dirigidas contra su abuelo, y no contra Verily, Paul o cualquier otro, pues sabía que su abuelo le perdonaría y seguiría queriéndole. Así que los comentarios hirientes de Sherman no eran, desde luego, una bendición, pero intuía que en ellos había una especie de

confianza que agradecía. Había comprado la partitura de *Tristán*, y cuando Sherman no estaba presente, era un alivio ensayar sin miedo a sus comentarios de desprecio y sarcasmo. Con todo, cuando su abuelo vagaba por la casa como un alma en pena y casi no comía, Jester empezó a preocuparse.

—No entiendo lo que ves en Sherman Pew.

—Ese chico es una joya, un auténtico tesoro —dijo el juez plácidamente. Su voz cambió cuando añadió—: Además, no hace poco que lo conozco y me siento responsable de él.

—¿Responsable por qué?

—Es huérfano por culpa mía.

—No lo entiendo —protestó Jester—. No hables haciendo acertijos.

—Es un asunto demasiado penoso para hablar de él, especialmente tú y yo.

—Si hay algo que me moleste es la gente que cuenta las cosas a medias; despierta primero el interés de una persona y luego no continúa.

—Pues olvídalo —dijo su abuelo. Y con la intención, transparente para Jester de camuflar la verdad, añadió—: Después de todo, es el caddy de color que me salvó la vida cuando me ahogaba en el estanque del golf.

—Eso solo es un detalle y no la auténtica verdad.

—No me hagas preguntas y no te diré mentiras —dijo el juez con tono de voz irritado.

Privado de las alegrías y tareas compartidas con Sherman, el juez quería atar corto a Jester, que estaba demasiado preocupado con su propia vida y con la escuela como para dejar que lo hiciera. Jester no quería leerle poesía inmortal, o jugar al póquer, ni siquiera la correspondencia le importaba un pimiento. Conque la tristeza y el tedio volvieron a invadir al juez. Tras los múltiples intereses y actividades de aquellos meses, la soledad le aburría todavía más y había leído, palabra por palabra, todos los números del *Ladies´ Home Journal* y del *McCalls*.

—Dime —dijo Jester súbitamente—, ya que pareces saber tantas cosas de Sherman Pew, ¿llegaste a conocer a su madre?

—Por desgracia, la conocí.

—Entonces, ¿por qué no le dices a Sherman quién es? Naturalmente, él quiere saberlo.

—Es uno de esos casos en los que la ignorancia es una bendición.

—Unas veces dices que el saber da fuerza y otras dices que la ignorancia es una bendición. ¿En qué quedamos? En cualquier caso, no creo ni una palabra de esos viejos dichos.

Distraídamente Jester estaba deshaciendo la pelotita de goma que el juez utilizaba para hacer ejercicios con su mano izquierda.

—Algunas personas creen que es un acto de debilidad… suicidarse… y otras personas creen que se necesitan agallas para hacerlo. Todavía me pregunto por qué lo hizo mi padre. Un deportista completo, licenciado con todos los honores por la Universidad de Georgia, ¿por qué lo hizo?

—Fue una depresión momentánea —dijo el juez, repitiendo las palabras de consuelo de J. T. Malone.

—No me parece en absoluto que fuera el comportamiento lógico de un buen deportista…

Cuando su abuelo dispuso con cuidado las cartas para hacer un solitario, Jester se acercó al piano. Se puso a tocar *Tristán*, con los ojos medio cerrados y moviendo el cuerpo. Ya había puesto en la partitura:

> A mi querido amigo Sherman Pew Siempre tuyo,
> John Jester Clane

La música le puso carne de gallina a Jester; era violenta y a la vez trémula.

Nada complacía tanto a Jester como hacer un delicado regalo a Sherman, a quien quería. Al tercer día de ausencia de Sherman, cortó algunos crisantemos y unas hojas de otoño del jardín y se las llevó orgullosamente a su casa. Puso las flores en una jarra de las de

servir té helado. Estaba pendiente de Sherman como si pensara que se iba a morir, lo que molestó a Sherman.

Sherman estaba lánguidamente tumbado encima de la cama mientras Jester arreglaba las flores y dijo con voz impertinente y lánguida:

—¿Te has parado a pensar alguna vez en lo mucho que se parece tu cara al trasero de un niño?

Jester, demasiado asombrado para saber cómo tomarlo, no supo qué responder.

—¡Inocente! ¡Tontaja! La viva imagen del trasero de un niño.

—No soy inocente —protestó Jester.

—Claro que lo eres. Se te nota en la cara de tonto.

Jester, como todos los jóvenes, era muy bueno ocultando sus atenciones. Escondido en el ramo de flores había un bote de caviar que había comprado aquella mañana en el supermercado; ahora, ante la violencia e insolencia de este nuevo ataque no sabía qué hacer con el caviar oculto que Sherman aseguraba devorar a toneladas. Sus flores no habían sido apreciadas —ni una palabra de agradecimiento, ni una mirada apreciativa—, y Jester se preguntaba qué hacer con el caviar escondido, pues no podría soportar otra humillación. Ocultó el caviar en el bolsillo trasero del pantalón, de modo que tenía que sentarse de lado y con mucho cuidado. Sherman, con bonitas flores en la habitación que apreciaba pero que no se molestaba en agradecer a Jester, bien alimentado con la comida proporcionada por otros, y bien descansado, se sentía lo bastante animado como para tomarle el pelo a Jester. (Poco sabía él que sus tomaduras de pelo ya le habían privado de un bote de auténtico caviar que podría haber exhibido en el estante más visible de su nevera durante meses antes de obsequiar con él a sus invitados más distinguidos.)

—Parece como si padecieras sífilis en tercer grado —dijo Sherman para empezar.

—¿Qué dices?

—Cuando uno se sienta así de lado como tú haces, es una señal segura de sífilis.

—Es que estoy sentado encima de un bote.

Sherman no preguntó por qué estaba sentado encima de un bote y, por supuesto, Jester no se lo explicó. Sherman se limitó a comentar sarcásticamente:

—Sentado encima de un bote…, ¿un bote de agua sucia quizá?

—No seas tan grosero.

—La gente en Francia se sienta muchas veces así cuando tiene sífilis.

—¿Y cómo lo sabes?

—Porque durante mi breve estancia en el servicio, estuve en Francia.

Jester sospechó que era otra de las mentiras de Sherman, pero no dijo nada.

—Cuando estuve en Francia me enamoré de una chica francesa. No tenía sífilis ni nada parecido. Era simplemente una hermosa francesita virgen y blanca como un lirio.

Jester cambió de postura porque resulta difícil permanecer mucho tiempo sentado encima de un bote de caviar. Siempre le impresionaban las historias picantes y hasta la palabra «virgen» le producía un leve estremecimiento; pero impresionado o no estaba fascinado, conque dejó que Sherman continuara y escuchó.

—Estábamos comprometidos, aquella francesita blanca como un lirio y yo. Y me la tiré. Luego, como todas las mujeres, quería casarse conmigo y la boda iba a celebrarse en esa vieja iglesia que se llama Notre Dame.

—Es una catedral —corrigió Jester.

—Bueno, iglesia, catedral… o como la llames, el caso es que nos íbamos a casar allí. Había montones de invitados. Los franceses tienen carretadas de parientes. Me quedé fuera de la iglesia viéndoles entrar. No dejé que nadie me viera. Solo quería ver el espectáculo. Aquella hermosa catedral y todos aquellos franceses vestidos de punta en blanco. Todos estaban muy sic.

—Se pronuncia «chic» —dijo Jester.

—Bueno, pues estaban muy sic y muy chic. Aquellas carretadas de parientes esperando a que yo entrara.

—¿Y por qué no entraste? —preguntó Jester.

—¡Qué tontaja e inocente eres! ¿No comprendes que no tenía ninguna intención de casarme con aquella francesa virgen y blanca como un lirio? Era mi «fiansé», ¿entiendes? Al llegar la noche comprendieron que no iba a aparecer. Mi «fiansé» se desmayó. A su madre le dio un ataque al corazón. El vejestorio de su padre se suicidó allí mismo, en la iglesia.

—Sherman Pew, eres el mentiroso más grande que haya pisado jamás la tierra —dijo Jester.

Sherman, que estaba entusiasmado con su historia, no dijo nada.

—¿Por qué mientes? —preguntó Jester.

—No es exactamente mentir, pero a veces me invento situaciones que muy bien pudieron haber sido ciertas y se las cuento a tontos con cara de culo de recién nacido como tú. Durante gran parte de mi vida he tenido que inventarme mentiras porque la vida real era demasiado aburrida o demasiado dura para soportarla.

—Bueno, pero si pretendes ser mi amigo, ¿por qué intentas aprovecharte de mí?

—Tú eres uno de los que describía el original Barnum. Barnum, el del circo Barnum y Bailey, por si no recuerdas: «Cada minuto nace un mamón sobre la tierra.» —No podía soportar el pensar en Marian Anderson. Quería que Jester se quedara pero no sabía cómo pedírselo. Llevaba su mejor pijama de rayón, azul con galón blanco, de modo que se alegró de poder levantarse de la cama para lucirlo —. ¿Te apetecería un poco de Lord Calvert?

Pero el *whisky* y su mejor pijama estaban lejos de la atención de Jester. La historieta picante le había dejado sorprendido, pero la explicación de Sherman de por qué mentía le emocionó.

—¿No comprendes que soy el único amigo que tienes al que no necesitas mentir?

Pero la melancolía y la rabia se habían apoderado de Sherman.

—¿Qué te hace pensar que eres mi amigo?

Jester tuvo que ignorar esta frase y solo dijo:

—Me voy a casa.

—¿No quieres ver la comida tan fina que la tía de Zippo, Carrie, me ha mandado? —Sherman se dirigió a la cocina y abrió la puerta de la nevera. La nevera olía a ácido. Sherman admiró la complicada comida de la tía Carrie—. Es un *pudding* de tomate con requesón por dentro.

Jester miró escépticamente la comida y dijo:

—¿Les mientes a tía Carrie, a Cinderella Mullins y a Zippo Mullins?

—No —dijo Sherman con sencillez—. Ellos me tienen calado.

—Yo también te tengo calado, y me gustaría que no me mintieras.

—¿Por qué?

—Me molesta insistir en lo evidente, y la razón por la que no me gusta que mientas es demasiado evidente para repetirla.

Jester estaba en cuclillas al lado de la cama y Sherman estaba tumbado con su mejor pijama, apoyado en varias almohadas y fingiendo encontrarse muy cómodo.

—¿Has oído alguna vez la frase de que la realidad resulta más extraña que la ficción?

—Claro que la he oído.

—Cuando míster Stevens me hizo aquella cosa era unos pocos días antes de Halloween y era el mismo día en que cumplía los once años. Mistress Stevens dio una fiesta maravillosa en mi honor. Vinieron muchos invitados, algunos con traje de fiesta, y otros disfrazados. Era mi primera fiesta de cumpleaños y estaba emocionado. Había invitados disfrazados de brujas y de piratas, y otros llevaban su traje de los domingos. Yo abrí la fiesta llevando mis primeros pantalones largos azul marino y una camisa blanca nueva. El estado pagaba mi manutención, pero eso no incluía fiestas de cumpleaños ni ropa nueva. Cuando los invitados me dieron los regalos, recordé lo que me había dicho míster Stevens: no cogí

violentamente los regalos, sino que dije: «Gracias» y los abrí muy despacio. Mistress Stevens siempre decía que yo tenía unos modales agradables y de verdad que los tuve en aquella fiesta de cumpleaños. Jugamos a toda clase de juegos. —La voz de Sherman se iba apagando y por fin dijo—: Resulta raro.

—¿Qué es lo raro?

—Casi no recuerdo lo que pasó en la fiesta desde el principio hasta que terminó por la noche. Porque fue la noche de aquella fiesta maravillosa cuando míster Stevens me folló.

Con un gesto inconsciente Jester medio alzó la mano derecha como si se defendiera de un golpe.

—Aún después de que todo terminara, y cuando el auténtico Halloween pasó, solo recordaba cosas sueltas de mi f-f-fiesta de c-c-cumpleaños.

—Preferiría que no hablaras de ello.

Sherman esperó hasta controlar su tartamudez, luego dijo sin tropiezos:

—Jugamos a toda clase de juegos, luego se sirvió la merienda. Helado y una tarta con once velas. Apagué las velas y corté el pastel de cumpleaños como me había dicho mistress Stevens que hiciera. Pero no probé bocado porque quería demostrar mis buenos modales. Luego, después de la merienda, organizamos varios juegos. Yo me había puesto una sábana como un fantasma y un sombrero de pirata. Cuando míster Stevens me llamó desde la parte de atrás de la carbonera, fui corriendo hacia él, con la sábana de fantasma revoloteando tras de mí. Cuando me cogió, creía que solo estaba jugando y me partía de risa. Seguía partiéndome de risa cuando comprendí que no estaba jugando. Luego, estaba demasiado sorprendido para saber qué hacer, pero dejé de reír.

Sherman se recostó en la almohada como si de repente estuviera cansado.

—Sin embargo, mi vida ha sido encantadora —siguió con un entusiasmo que al principio a Jester le resultó difícil de creer—. Desde entonces no he podido tenerla mejor. Nadie la ha tenido

mejor. Mistress Mullins me adoptó…, no una auténtica adopción, el estado seguía pagando por mí, pero ella me dio su cariño. Yo sabía que no era mi madre, pero me quería. Solía pegar a Zippo y a Cinderella con un cepillo del pelo, pero a mí nunca me puso la mano encima. Así que, como ves, casi tuve una madre. Y también una familia. Y Carrie, la hermana de mistress Mullins me enseñó a cantar.

—¿Dónde está la madre de Zippo?

—Murió —dijo Sherman con amargura—, pasó a mejor vida. Eso fue lo que deshizo el hogar. Cuando el padre de Zippo se volvió a casar, ni a Zippo ni a mí nos gustó nada de nada ella, así que nos fuimos y desde entonces he sido invitado en casa de Zippo. Pero tuve una madre durante algún tiempo —dijo Sherman—. Tuve una madre aunque esa estafadora de mierda de Marian Anderson no sea mi madre.

—¿Por qué la llamas estafadora de mierda?

—Porque prefiero llamarla así. He apartado del todo mi pensamiento de ella. Y he pisoteado todos sus discos —la voz de Sherman se quebró.

Jester, que todavía estaba en cuclillas al lado de la cama, se irguió repentinamente y besó a Sherman en la mejilla.

Sherman se echó hacia atrás en la cama, puso los pies en el suelo para equilibrarse y abofeteó a Jester, usando todo el brazo.

Jester no se sorprendió, aunque nunca le habían abofeteado.

—Solo lo hice porque me dabas pena —dijo.

—Pues guarda tus cacahuetes para el zoo.

—No veo por qué no podemos ser serios y sinceros —dijo Jester.

Sherman, que estaba medio fuera de la cama, le volvió a abofetear en la otra mejilla, tan fuerte que Jester se quedó sentado en el suelo. La voz de Sherman sonó ahogada por la rabia:

—Creía que eras un amigo y resulta que eres igual que míster Stevens.

La bofetada y sus propias emociones habían dejado aturdido a Jester, pero en seguida se puso de pie y, con los puños apretados, le

propinó a Sherman un directo en la mandíbula, que sorprendió a Sherman de tal modo que cayó tendido encima de la cama.

—Le pegas a uno cuando está tumbado —murmuró.

—No estabas tumbado, estabas sentado en la cama para poder abofetearme con más fuerza. Te he aguantado muchas cosas, Sherman Pew, pero esto no te lo aguanto. Además tú me pegaste cuando estaba agachado.

Y así continuaron discutiendo sobre lo de estar sentado y agachado y cuál era la posición más deportiva para abofetear o dar un puñetazo a alguien. La discusión duró tanto que olvidaron del todo las palabras que habían antecedido a los golpes.

Pero cuando Jester volvía a casa seguía pensando: «No sé por qué no podemos ser serios y sinceros.»

Abrió el bote de caviar, pero olía a pescado, que no le gustaba. Tampoco le gustaba a su abuelo, y Verily solo dijo:

—¡Puaff! —al olerlo.

El jornalero, Gus, que se comía todo lo que fuera, se lo llevó a casa.

Capítulo 8

EN noviembre Malone sufrió una recaída y se le admitió por segunda vez en el hospital de la ciudad. Se alegró de encontrarse allí. Aunque había cambiado de médicos, el diagnóstico no varió. Había cambiado del doctor Hayden al doctor Calloway y cambió de nuevo al doctor Milton. Pero aunque los dos médicos eran cristianos (miembros de la Primera Iglesia Baptista y de la Episcopal, respectivamente), su veredicto fue el mismo. Como ya había preguntado al doctor Hayden cuánto viviría, y recibió aquella inesperada y aterradora respuesta, tuvo cuidado de no volver a preguntarlo. De hecho, cuando cambió al doctor Milton, insistió en que era un hombre sano y que solo buscaba un chequeo rutinario, aunque un médico había dicho que existían ligeros indicios de leucemia. El doctor Milton confirmó el diagnóstico y Malone no hizo preguntas. El doctor Milton sugirió que ingresara en el hospital de la ciudad durante unos cuantos días. De modo, que Malone nuevamente contempló la sangre brillante caer gota a gota, y le alegró que hicieran algo por él, y las transfusiones le fortalecieron.

Los lunes y jueves una enfermera traía en un carrito de ruedas unos cuantos libros, y el primer libro que escogió Malone fue uno de misterio. Pero el misterio le aburría y no era capaz de seguir la línea argumental. La siguiente vez que apareció la enfermera con los libros, Malone devolvió el de misterio y echó una ojeada a los demás títulos; sus ojos cayeron sobre un libro titulado *De la enfermedad a la muerte*. Extendió la mano hacia el libro y la enfermera dijo:

—¿Está seguro de que quiere ese? No parece demasiado alegre.

Su tono de voz le recordó al de su mujer, de modo que inmediatamente adoptó un aire de determinación y enfado.

—Es el libro que quiero y no estoy alegre ni quiero estarlo.

Después de leer durante media hora, Malone, se preguntó, por qué habría armado tanto lío por aquel libro y dormitó un rato. Cuando se despertó abrió el libro al azar y se puso a leer solo por leer. De la selva de líneas impresas, unas palabras llamaron su atención de modo que despertó instantáneamente. Leyó las frases una y otra vez:

El mayor peligro, el de perderse a sí mismo, puede pasar calladamente, como si nada; cualquier otra pérdida, la de un brazo, una pierna, cinco dólares, la esposa, etc., no pasará inadvertida.

Si Malone no hubiera padecido una enfermedad incurable aquellas palabras no habrían dejado de ser solo palabras y, para empezar, no hubiera elegido el libro. Pero ahora la idea le dejó frío y empezó a leer el libro a partir de la primera página. Pero el libro volvió a aburrirle, con que cerró los ojos y pensó en el único pasaje que había aprendido de memoria.

Incapaz de pensar en la realidad de su propia muerte, volvió una vez más al tedioso laberinto de su vida. Se había perdido a sí mismo…, de esto se daba perfecta cuenta. ¿Pero cómo? ¿Cuándo? Su padre había sido un droguero mayorista de Macon. Tenía ambiciones con respecto a su hijo mayor J. T. Aquellos años de juventud le resultaban agradables de recordar ahora que tenía ya cuarenta años. Entonces no estaba perdido. Pero su padre abrigaba ambiciones con respecto a él, demasiadas ambiciones pensaría más tarde Malone. Había decidido que su hijo sería médico pues esa había sido su ambición de joven. Conque Malone a los dieciocho años se matriculó en la Universidad de Columbia, y en noviembre vio nieve por primera vez. Por esa época se compró unos patines y trató de patinar en Central Park. Lo había pasado bien en Columbia, comió chow mein, que jamás había probado hasta entonces, aprendió a patinar sobre hielo, y admiró la ciudad. No se dio cuenta de que

estaba fallando en los estudios hasta que ya había suspendido. Trató de ponerse al día —estudiando hasta las dos de la madrugada las noches previas a los exámenes—, pero había demasiados empollones judíos en la clase y el nivel subía sin parar. Malone aprobó el primer curso por los pelos y descansó en casa, siendo ya un auténtico estudiante de Medicina. Cuando volvió el otoño, la nieve, el hielo, la ciudad ya no le sorprendieron. Cuando suspendió al terminar el segundo curso en Columbia, sintió que no servía para nada. Su orgullo de joven no le permitió quedarse en Macon, así que se trasladó a Milan y consiguió un empleo como ayudante de míster Greenlove, en el *drugstore* Greenlove. ¿Habría sido aquella primera humillación la que le hizo tropezar en el mismo comienzo de su vida?

Martha era la hija de míster Greenlove y era natural, o parecía natural, que la invitara a bailar. El se puso su mejor traje azul y ella llevaba un vestido de gasa. Era un baile del Elk's Club. Acababa de hacerse miembro de los Elk. ¿Qué había sentido al tocar su cuerpo y por qué la había invitado a bailar? Después del baile salió con ella unas cuantas veces porque conocía pocas chicas en Milan y su padre era su jefe. Pero aun así no había pensado nunca en enamorarse, y menos en casarse, con Martha Greenlove. Entonces, de repente el anciano míster Greenlove (no era viejo, solo tenía cuarenta y cinco años, pero el joven Malone le consideraba un anciano) murió de un ataque al corazón. El *drugstore* se puso a la venta. Malone pidió mil quinientos dólares prestados a su madre y lo compró con una hipoteca de quince años. De modo que se vio atado a una hipoteca, y antes de darse cuenta, también a una mujer. No fue que Martha le pidiera que se casara con ella, pero parecía suponerlo, de manera que Malone se habría considerado un hombre irresponsable si no hubiera hablado. De modo que habló con su hermano, que ahora era el cabeza de familia, y se dieron la mano y tomaron un trago de Blind Mule juntos. Y todo ocurrió de modo tan natural que parecía sobrenatural; sin embargo, le fascinaba Martha que llevaba vestidos de tarde muy femeninos y un vestido de gasa para los bailes y que, sobre todo, le habría devuelto el orgullo que había perdido cuando

suspendió en Columbia. Pero cuando se casaron en el salón de los Greenlove en presencia de su madre y la de Martha, de los hermanos Greenlove y de una o dos tías, la madre de ella lloró y Malone tuvo ganas de llorar. No lo hizo, pero asistió aturdido a la ceremonia. Después de que les tiraran el arroz fueron en tren a pasar la luna de miel en Blowing Rock, Carolina del Norte. Y posteriormente nunca hubo un momento concreto en que lamentara haberse casado con Martha, pero el pesar, o la desilusión estaban ciertamente allí. No hubo un momento concreto en que se preguntara: «¿Es esto todo lo que ofrece la vida?», pero a medida que se hacía mayor se lo preguntaba sin llegar a formularlo. No, no había perdido un brazo, o una pierna, o unos determinados cinco dólares, pero poco a poco se había ido perdiendo a sí mismo.

Si Malone no hubiera padecido una enfermedad fatal no habría pensado en esto. Pero, al acercarse la muerte, la vida se había agudizado en él mientras yacía en la cama del hospital, viendo caer la brillante sangre roja, gota a gota. Se dijo que no le preocupaban los gastos del hospital, pero mientras estuvo allí le inquietaron los veinte dólares diarios que costaba.

—Querido —dijo Martha durante una de sus visitas diarias al hospital—, ¿por qué no hacemos un buen viaje para descansar?

Malone se puso rígido en la sudada cama.

—Incluso descansando aquí en el hospital siempre pareces tenso y preocupado. Podríamos ir a Blowing Rock y respirar el aire puro de la montaña.

—No me apetece —dijo Malone.

—… O al mar. Solo he visto el mar una vez en toda mi vida, cuando visité a mi prima, Sarah Greenlove, en Savannah. He oído decir que hay muy buen clima en Sea Island Beach. Ni demasiado calor, ni demasiado frío. Y un pequeño cambio puede hacer que te sientas mejor.

—Siempre he considerado que viajar es agotador.

No le habló a su mujer del viaje que planeaba para más adelante, a Vermont o Maine, donde vería la nieve. Malone había

escondido cuidadosamente *De la enfermedad a la muerte* debajo de la almohada porque no deseaba compartir ninguna cosa íntima con su mujer. Dijo de mala gana:

—Estoy harto de este hospital.

—De una cosa estoy segura —dijo mistress Malone—, y es de que deberías acostumbrarte a dejar la farmacia en manos de míster Harris todas las tardes. Tanto trabajo y ninguna diversión acabarán por convertirte en una momia.

De vuelta a casa con todas las tardes libres, Malone pasaba atolondrado el día entero. Pensaba en las montañas del norte, en el mar…, pensó toda la vida que había malgastado. Se preguntaba cómo iba a morir si todavía no había vivido.

Tomaba sus baños calientes a mediodía después del trabajo de la mañana y hasta dejaba a oscuras el dormitorio para tratar de echar una siesta; pero no tenía costumbre de dormir durante el día y no conseguía conciliar el sueño. En lugar de despertarse a las cuatro o las cinco de la mañana y moverse asustado e inquieto por la casa, las ráfagas de terror amainaron por aquella época, dejando solo aburrimiento y un miedo que no llegaba a formular. Aborrecía las tardes vacías en que míster Harris se ocupaba de la farmacia. Siempre tenía miedo de que algo fuera mal, pero ¿qué podía ir mal? ¿La pérdida de otra venta de compresas higiénicas? ¿Una opinión errónea al diagnosticar un malestar? En realidad no tenía derecho a dar ningún consejo puesto que no había terminado la carrera de Medicina. Otros dilemas le acosaban. Ahora estaba tan delgado que sus trajes colgaban en grandes pliegues. ¿Debería acudir a un sastre? Aunque los trajes durarían más que él, fue a un sastre en vez de acudir a Hart, Schaffner & Marx donde había ido siempre, y encargó un traje gris estilo Oxford y un traje azul de franela. Las pruebas resultaron cansadas. Otra cosa; había pagado tantas facturas del dentista de Ellen que había descuidado su propia dentadura, de modo que de pronto tuvo que sacarse muchos dientes de golpe y el dentista le dio a elegir entre arrancarle doce y ponerse una dentadura postiza o arreglarlo con costosos puentes. Malone se

decidió por los puentes, aun sabiendo que no los iba a aprovechar. Así, a punto de morir, Malone cuidó más de sí mismo de lo que había cuidado en toda su vida.

En Milan se abrió un nuevo *drugstore* de una cadena que no tenía la calidad ni estaba tan acreditada como la farmacia de Malone, pero era un competidor que rebajaba precios ya ajustados y esto molestaba inmensamente a Malone. A veces hasta pensaba en vender la farmacia ahora que todavía podía ocuparse de ello. Pero esta idea le resultaba más chocante y asombrosa que el pensar en su propia muerte. De modo que no se detuvo demasiado en ella. Además, se podía confiar en Martha para que dispusiera de la propiedad, incluidas las existencias, salvando la buena reputación de la farmacia, cuando llegara el momento. Malone pasaba días enteros con lápiz y papel anotando lo que poseía. Veinticinco mil (le consolaba que sus cifras fueran tan conservadoras) por la farmacia, veinte mil el seguro de vida, diez mil por la casa, quince mil por las tres casas deterioradas que había heredado Martha…, aunque todo aquello por separado no era una fortuna, sumado era considerable. Malone sumó las cifras varias veces con un lápiz muy afilado y dos veces con la pluma estilográfica. Deliberadamente no había incluido las acciones de la Coca-Cola de su mujer. La hipoteca de la farmacia la había terminado de pagar hacia un par de años y la póliza del seguro era de vida como al principio. No había hipotecas o deudas importantes. Malone sabía que sus asuntos financieros estaban en mejor situación de lo que habían estado nunca, pero eso le consolaba poco. Hubiera sido mejor, tal vez estar agobiado por hipotecas y facturas sin pagar, que sentir esta solvencia total. Pues Malone tenía la sensación de que quedaban asuntos pendientes que los libros y las cifras no revelaban. Aunque no había vuelto a hablar con el juez de su testamento, consideraba que un hombre, que se ganaba su propio pan, no debía morir infestado. ¿Debería apartar cinco mil dólares para la educación de sus hijos y dejar el resto a su mujer? ¿O debería dejárselo todo a Martha, que era una buena madre, si es que era algo? Había oído hablar de viudas que se

compraban Cadillacs cuando sus maridos morían y les dejaban toda la herencia. O de viudas que se habían dejado engañar por negocios de petróleo fraudulentos. Pero sabía que Martha nunca se pasearía en un Cadillac ni compraría acciones más arriesgadas que las de la Coca-Cola o la A. T. & T. El testamento probablemente diría así: «Lego a mi querida esposa, Martha Greenlove Malone, todas las propiedades y todo el dinero que constituyen todas mis posesiones.» Aunque hacía tiempo que había dejado de querer a su mujer, respetaba sus opiniones, y aquel era el testamento más corriente que solía hacerse.

Hasta entonces, pocos de los amigos o parientes de Malone habían muerto. Pero aquel año en que cumplía los cuarenta parecía un año de muertos. Su hermano de Macon murió de cáncer. Solo tenía treinta y ocho años y estaba al frente del Almacén de Drogas Malone. Además Tom Malone se había casado con una mujer hermosa y J. T. le había envidiado a menudo. Pero como la sangre es más fuerte que la envidia, Malone se puso a hacer la maleta cuando la mujer de Tom telefoneó que este estaba agonizando. Martha se opuso al viaje a causa de su salud, y siguió una larga discusión que le hizo perder el tren de Macon. De modo que no consiguió volver a ver a Tom vivo, y el cadáver estaba demasiado maquillado y terriblemente encogido cuando lo vio.

Martha llegó al día siguiente después de encontrar quien se ocupase de los niños. Malone, como hermano mayor, llevó la voz cantante en las cuestiones financieras. Los asuntos del Almacén de Drogas Malone estaban en peor estado de lo que todos imaginaban. Tom había sido un gran bebedor, Lucille era una extravagante, y el Almacén de Drogas Malone estaba al borde de la bancarrota. Malone repasó los libros y estuvo haciendo números durante varios días. Quedaban dos niños en edad de ir al instituto y Lucille, viéndose en la necesidad de ganarse la vida, dijo vagamente que trabajaría en una tienda de antigüedades. Pero no había vacantes en las tiendas de antigüedades de Macon, y además, Lucille no sabía ni una palabra del asunto. Ya no era una mujer hermosa, y lloró menos la

muerte de su marido que el que hubiera llevado tan mal el Almacén de Drogas Malone dejando a su viuda con dos niños en edad de crecer y sin recursos para encontrar trabajo. J. T. y Martha se quedaron cuatro días. Cuando se marcharon después del funeral, Malone entregó a Lucille un cheque de cuatrocientos dólares para mantener a la familia a flote. Un mes más tarde, Lucille consiguió trabajo en unos grandes almacenes.

Murió Cab Bickerstaff, y Malone le había visto y hablado con él aquella misma mañana antes de que se desplomase literalmente sobre su mesa de despacho en la Compañía de Electricidad y Gas de Milan. Malone trataba de recordar cada gesto y cada palabra de Cab Bickerstaff de aquella mañana. Pero eran tan normales y corrientes que hubieran pasado desapercibidos de no haberse desplomado sobre su mesa a las once, muerto instantáneamente de un ataque. Parecía estar perfectamente bien y absolutamente normal cuando Malone le sirvió la Coca-Cola y unas pastas de mantequilla de cacahuete. Malone recordaba que había pedido una aspirina con la Coca-Cola, pero eso no tenía nada de especial. Y había dicho al entrar en la farmacia:

—Hace bastante calor. ¿No cree, J. T.?

También esto era normal. Pero Cab Bickerstaff había muerto una hora después y la Coca-Cola, la aspirina, las pastas de mantequilla de cacahuete y la manoseada fresa estaban fijadas en el misterio compacto que le perseguía. La mujer de Herman Klein había muerto y su tienda permaneció cerrada durante dos días enteros. Herman Klein ya no tenía que esconder la botella en la rebotica, pues podía beber en su propia casa. Míster Beard, el diácono de la Primera Iglesia Baptista también murió aquel verano. Ninguna de estas personas había sido íntima de Malone, y en vida no le habían interesado. Pero muertos, formaban todos parte del mismo extraño misterio que obligaba a prestarles una atención que no habían exigido en vida. Así pues, de este modo transcurrió el último verano de Malone.

Temeroso de hablar con los médicos, incapaz de discutir de cualquier cosa íntima con su mujer, Malone se limitaba a llevar su aturdida existencia en silencio. Todos los domingos iba a la iglesia, pero el doctor Watson era un predicador vulgar que hablaba a los vivos y no a un hombre que iba a morir. Comparaba los santos sacramentos con un coche. Decía que los hombres tenían que llenar el depósito de gasolina de vez en cuando para perseverar en su vida espiritual. Aquel sermón ofendió a Malone, aunque no supo por qué. La Primera Iglesia Baptista era la iglesia más grande de la ciudad, con unas propiedades valoradas en dos millones de dólares. Los diáconos eran hombres importantes. Eran pilares de la iglesia, millonarios, médicos ricos y propietarios de compañías poderosas. Pero aunque Malone iba todos los domingos a la iglesia, y aunque eran hombres santos en su opinión, se sentía extrañamente apartado de ellos. Aunque le daba la mano al doctor Watson al final de cada oficio de la iglesia, no se sentía vinculado con él ni con ninguno de los demás fieles. Sin embargo, había nacido y se había criado dentro de la Primera Iglesia Baptista e ignoraba si existía otro consuelo espiritual fuera de ella, pues le daba demasiada vergüenza y era tímido para hablar de la muerte. Así, que una tarde de noviembre, poco después de su segunda estancia en el hospital, se puso su traje nuevo gris estilo Oxford y fue a la casa rectoral.

El doctor Watson le saludó con cierta sorpresa.

—Tiene usted muy buen aspecto, míster Malone. —El cuerpo de Malone pareció encogerse dentro de su traje nuevo—. Me alegra que haya venido. Siempre me gusta ver a mis feligreses. ¿En qué puedo servirle hoy? ¿Le apetece una Coca-Cola?

—No, gracias, doctor Watson. Quisiera hablar con usted.

—¿Hablarme de qué?

La respuesta de Malone fue apagada y apenas perceptible:

—De la muerte.

—¡Ramona! —voceó el doctor Watson a la criada, que le contestó rápidamente—. Sírvanos a míster Malone y a mí unas Coca-Cola con limón.

Mientras les servían las Coca-Cola, Malone cruzaba, descruzaba y volvía a cruzar sus descarnadas piernas dentro de los pantalones de franela. Un rubor de vergüenza enrojeció su rostro pálido.

—Quiero decir —dijo— que se supone que usted entiende de esas cosas.

—¿De qué cosas? —preguntó el doctor Watson.

Malone era valiente, estaba decidido.

—Del alma y de lo que pasa después de la muerte.

En la iglesia y después de veinte años de experiencia, el doctor Watson hacía largos sermones sobre el alma; pero en su propia casa, con solo un hombre preguntándoselo, su locuacidad se transformó en azoramiento y se limitó a decir:

—No sé a lo que se refiere, míster Malone.

—Mi hermano ha muerto, Cab Bickerstaff murió en esta ciudad, y también míster Beard murió, y todos en los últimos siete meses. ¿Qué les ha pasado después de la muerte?

—Todos tenemos que morir —dijo el regordete y pálido doctor Watson.

—Otras personas nunca saben cuándo van a morir.

—Todos los cristianos deben prepararse para la muerte —el doctor Watson pensaba que el tema se estaba poniendo morboso.

—Pero ¿cómo se prepara uno para la muerte?

—Llevando una vida honrada.

—¿Y qué es una vida honrada? —Malone nunca había robado, mentía poco, y el único episodio de su vida en que sabía que había cometido un pecado mortal había tenido lugar muchos años atrás y solo duró un verano—. Dígame, doctor Watson —preguntó—, ¿qué es la vida eterna?

—Para mí —dijo el doctor Watson— es la prolongación de la vida terrena, pero más intensa. ¿Responde esto a su pregunta?

Malone pensó en su vida gris y se preguntó cómo podría intensificarse. ¿Era la vida del más allá un tedio perenne, y por eso luchaba tanto por agarrarse a la vida? Se estremeció aunque en la casa rectoral hacía calor.

—¿Cree usted en el cielo y en el infierno? —preguntó.

—No soy un dogmático rígido, pero creo que lo que hace un hombre en la tierra determina su vida eterna.

—Pero ¿y si un hombre hace solo cosas normales y corrientes, nada bueno ni nada malo?

—No depende del juicio del hombre decidir lo que es bueno y lo que es malo. Dios ve la verdad, y es nuestro Salvador.

En los últimos días Malone había rezado a menudo, pero no sabía qué estaba rezando. No parda tener sentido continuar con la conversación, pues no recibía respuesta alguna. Malone colocó cuidadosamente el vaso de Coca-Cola sobre el tapetito que tenía al lado y se levantó.

—Bueno, muchas gracias, doctor Watson —dijo con frialdad.

—Me alegro de que se haya dejado caer por aquí para hablar conmigo. Mi casa siempre está abierta para los feligreses que quieren hablar de asuntos espirituales.

Entre una niebla de cansancio y vaciedad, Malone caminó en aquel crepúsculo de noviembre. Un pájaro carpintero de colores vivos picoteaba con un sonido hueco un poste telefónico. La tarde era silenciosa, exceptuando el ruido que hacía el pájaro carpintero.

Resultaba extraño que Malone, a quien gustaba la poesía pegadiza, pudiera recordar aquellas frases aprendidas de memoria:

El mayor peligro, el de perderse a sí mismo, puede pasar calladamente, como si nada; cualquier otra pérdida, la de un brazo, una pierna, cinco dólares, la esposa, etc., no pasará inadvertida.

La incongruencia de estas ideas, funestas y vulgares como su propia vida, sonaba como el repiqueteo metálico del reloj de la ciudad, sin cadencia y triste.

Capítulo 9

AQUEL invierno el juez cometió un grave error con Sherman y Sherman cometió un error aún más grave con el juez. Como ambos errores eran fantasías que florecían con igual fuerza en el cerebro senil del anciano que en el corazón del frustrado muchacho, sus relaciones humanas iban cada vez peor, ahogadas por la voluptuosa exuberancia de sus diferentes sueños. De modo que la relación que se había iniciado con tanta alegría y lucidez, a finales de noviembre, ya había empezado a marchitarse.

Fue el anciano juez quien primero habló de su sueño. Un día, con aire de secreto y complacencia, abrió su caja fuerte y le tendió a Sherman un montón de cuartillas.

—Léelas con cuidado, muchacho, pues esta puede ser mi última contribución al Sur como estadista.

Sherman las leyó y se sintió aturdido, menos por la recargada y mala caligrafía del escrito, que por el contenido de lo que leía.

—No te fijes en la caligrafía ni en la ortografía —decía animadamente el juez—. Es la fuerza de las ideas lo que importa.

Sherman leía lo del dinero confederado mientras el juez le observaba, resplandeciente de orgullo y preparado para recibir los plácemes.

Los delicados orificios nasales de Sherman se dilataron y sus labios temblaron, pero no dijo nada.

El juez se puso a hablar apasionadamente. Describió la historia de las devaluaciones de las monedas extranjeras y los derechos de

las naciones vencidas a la rehabilitación de sus propias monedas.

—En todas las naciones civilizadas se volvió a cotizar la moneda de las naciones vencidas…, devaluada, naturalmente, pero se puso de nuevo en circulación. Fíjate en el franco, el marco, la lira, y sobre todo fíjate, por Dios, en el yen. —Esto último enfurecía de modo especial al anciano.

Los fríos ojos azules de Sherman miraron fijamente los ojos azules y más profundos del viejo juez. Al principio, aturdido por el parloteo sobre la moneda extranjera, se preguntaba si el juez estaría borracho. Pero todavía no eran las doce y el juez hablaba apasionadamente, borracho con su sueño, y Sherman lo notó. Como no entendía nada de lo que exponía el juez, Sherman fue sensible a la retórica, la repetición y el ritmo, al lenguaje de la apasionada demagogia, sin sentido y altisonante, en la que el juez era viejo maestro. Conque los delicados orificios nasales de Sherman se dilataron y no dijo nada. El juez, a quien había herido la indiferencia distraída de su nieto con respecto a su sueño, sabía reconocer a un oyente interesado cuando lo tenía delante y continuó triunfalmente. Y Sherman, que pocas veces creía en lo que decía Jester, escuchaba las parrafadas del juez, cauteloso y asombrado.

Sucedía que algún tiempo atrás el juez había recibido una carta del senador Tip Thomas en respuesta a la primera suya, la escrita por Sherman, referente a una recomendación para que Jester fuera admitido en West Point. El senador había respondido con empalagosa cortesía que recomendaría encantado al nieto a otro amigo estadista a la primera oportunidad. Así que el juez y Sherman se encontraron ante el problema de escribir otra carta al senador Tip Thomas. Esta vez, con la misma empalagosa cortesía, el anciano juez mencionó a la finada mistress Thomas, y también a la actual mistress Thomas. A Sherman siempre le parecía un milagro que el juez hubiera sido de verdad miembro de la Cámara de Representantes, en Washington, D. C. La gloria se reflejaba en Sherman, el genuino amanuense que comía en una bandeja en la mesa de la biblioteca. Cuando el senador Thomas respondió,

refiriéndose a anteriores favores que el juez había hecho y prometiéndole que Jester sería admitido en West Point —dándole jabón al juez—, le pareció cosa de magia. Tan mágico que incluso ahogó los rebeldes celos que sentía porque su propia carta a Washington no hubiera sido respondida.

El juez, a pesar de su elocuencia, se las arreglaba perfectamente para meter la pataza, y esta vez, se las arregló para meterla hasta la rodilla. Se puso a hablar de indemnizaciones por las casas incendiadas, por el algodón, y ante el horror y vergüenza de Sherman, de indemnizaciones por los esclavos.

—Esclavos —dijo Sherman en una voz casi inaudible debido a la sorpresa.

—Por supuesto —continuó el anciano juez con toda tranquilidad —. La institución de la esclavitud era la piedra fundamental y el pilar de la riqueza algodonera.

—Pues Abe Lincoln liberó a los esclavos y otro Sherman quemó el algodón.

El juez, arrebatado por sus sueños, había olvidado que su amanuense era de color.

—Tiempos tristes, desde luego.

El juez se preguntaba inútilmente por qué ya no tenía a un oyente hipnotizado, pues Sherman, lejos de estarlo, ahora temblaba de ira e indignación. Deliberadamente, cogió una de las plumas y la partió en dos. El juez ni siquiera lo notó.

—Llevará mucho trabajo estadístico, montones de números; muchísimo trabajo a decir verdad. Pero mi lema en la campaña electoral es «rectificar», y la justicia está de mi parte. Solo tengo que echar la pelota a rodar, se podría decir. Y yo soy un político nato, sé cómo tratar a las personas y cómo manejar situaciones delicadas.

El sueño del juez se había aclarado para Sherman, de modo que podía verlo en todos sus detalles. El primer impulso de entusiasmo con que había respondido al sueño del juez se disipó por completo.

—Llevaría mucho trabajo —dijo con una voz sin inflexiones.

—Lo que me sorprende es la simplicidad de la idea en su conjunto.

—Simplicidad —replicó Sherman con la misma voz sin inflexiones.

—Sí, la simplicidad del genio. Quizá no pude inventar eso de «Ser o no ser», pero mis ideas de restauración del Sur son producto del puro genio. —La vieja voz tembló buscando apoyo—. ¿No lo crees así, Sherman?

Sherman que miraba a su alrededor para asegurarse una huida rápida en caso de que el juez cometiera alguna locura repentina, dijo simplemente:

—No, no creo que sea genial, ni siquiera que tenga sentido común.

—Lo genial y lo que es de sentido común se polarizan en dos modos distintos de pensar.

Sherman apuntó la palabra «polarizar», la buscaría más tarde; se beneficiaría del vocabulario del juez y de algo sacaría provecho.

—Todo lo que puedo decir es que su plan atrasaría cien años el reloj.

—Nada me gustaría más —dijo aquel viejo loco y temerario—. Y además, creo poder hacerlo. Tengo amigos en puestos importantes que están hasta las narices del llamado liberalismo y que solo están esperando que alguien empiece. Después de todo, soy uno de los estadistas más antiguos del Sur y mi voz será oída; tal vez algunos hermanos débiles duden debido a los detalles estadísticos y contables que implica. Pero, por Dios, si el Gobierno Federal puede chuparme hasta el último centavo mediante los impuestos, realizar mi plan será un juego de niños.

El juez bajó la voz:

—Nunca he pagado los impuestos del Estado y nunca los pagaré. No comentaría esto por ahí, Sherman, te lo digo a ti en la más estricta confianza. Y pago los impuestos del Gobierno Federal absolutamente coaccionado y contra mi voluntad. Como yo digo, muchos sureños que ocupan puestos elevados están en el mismo barco que yo y responderán a mi llamada.

—Pero ¿qué tienen que ver los impuestos federales con todo esto?

—Muchísimo —dijo el anciano—, muchísimo.

—No lo entiendo.

—Naturalmente que los de la Asociación Nacional para el Desarrollo de la Gente de Color lucharán a muerte contra mí. Pero los valientes desean ir a la batalla si esta es justa. He ansiado enfrentarme a esa maldita Asociación, obligarles a poner las cosas en claro, llevarles a la bancarrota.

Sherman se limitaba a mirar los ojos azules y apasionados del juez.

—Todos los patriotas sureños piensan lo mismo de ese insolente grupo de presión que intenta destruir los principios fundamentales del Sur.

Los labios y la nariz de Sherman temblaron de emoción cuando dijo:

—Habla usted como si aún creyera en la esclavitud.

—Claro que soy partidario de la esclavitud. La civilización se basa en la esclavitud.

El anciano juez, que aún pensaba que Sherman era una joya, un tesoro, había olvidado, arrebatado por sus prejuicios, que Sherman era de color. Y cuando vio a su joya tan agitada, intentó arreglar la situación.

—Si no exactamente en la esclavitud, por lo menos en un peonaje feliz.

—¿Feliz para quién?

—Para todos. ¿Crees, ni siquiera por un momento, que los esclavos querían ser liberados? No, Sherman, muchos esclavos permanecieron fieles a sus viejos amos, no deseaban ser libres hasta el día de su muerte.

—Eso es una mentira de mierda.

—¿Cómo dices? —a veces el juez se hacía el sordo cuando le convenía—. Ahora bien, me han dicho que la situación de los negros

en el Norte es aterradora. Matrimonios mixtos, sin sitio donde vivir ni caerse muertos. En definitiva, la más espantosa miseria.

—Pero un negro prefiere ser farol en Harlem que gobernador en Georgia.

El juez atendió con su oído bueno.

—No te he oído bien —dijo suavemente.

Durante toda su vida Sherman había creído que todos los blancos estaban locos, y que cuanto más importantes eran, más lunáticas eran sus palabras y su conducta. En este asunto, Sherman consideraba que la fría y pura verdad estaba de su parte. Los políticos, desde los gobernadores y los congresistas, a los *sheriffs* y policías, eran iguales en su fanatismo y violencia. Sherman pensó en todos los linchamientos, voladuras e indignidades que había sufrido su raza. En esto Sherman tenía la vulnerabilidad y sensibilidad de un adolescente. Aficionado a pensar en estas atrocidades, sentía que todos los males le estaban reservados a él personalmente. De modo que vivía en un estado de temor y sobresalto constantes. Esta actitud la apoyaban los hechos. Ningún negro del condado de Peach había votado jamás. Un maestro de escuela se había inscrito y le rechazaron a la hora de votar. Dos graduados universitarios fueron rechazados igualmente. La enmienda Quince de la Constitución Americana garantizaba el derecho de voto a la raza negra, y sin embargo, Sherman no conocía ni había oído hablar de ningún negro que hubiera votado. Sí, la propia Constitución Americana era un fraude. Y si la historia que le había contado a Jester de los Nigerianos Dorados y los ataúdes de cartón no era verdad, la había oído contar como cierta de un club de otro condado; y si en realidad no les había ocurrido a los Nigerianos Dorados de Milan, sabía que les había ocurrido a otros en otro sitio. Como su imaginación englobaba todos los desastres, creía que cualquier mal que leía u oía contar podría perfectamente ocurrirle a él mismo.

Este estado de ansiedad hizo que Sherman tomara al anciano juez más en serio de lo que hubiera hecho en circunstancias más tranquilas. ¡Esclavitud! ¿Es que el juez planeaba esclavizar a su raza?

No tenía sentido. ¿Pero qué hostias tenía sentido en la relación entre las razas? La Enmienda Quince no tenía validez, la Constitución Americana era un fraude en opinión de Sherman. ¡Y la justicia! Sherman tenía noticia de cada linchamiento, cada violencia que había tenido lugar en su tiempo, y antes de nacer él, y sentía cada abuso en su propio cuerpo, y en consecuencia vivía en un estado de tensión y miedo. De no haber sido así, habría tomado los planes del anciano juez como producto de una mente senil. Pero como negro residente en el Sur, y además huérfano, se había visto expuesto a tales horrores auténticos y a tantas degradaciones que las más alocadas fantasías del juez le parecían no solo posibles, sino casi inevitables en la tierra sin ley de Sherman. Los hechos se ponían de acuerdo para apoyar sus fantasías y temores. Sherman estaba convencido de que todos los blancos del Sur estaban locos. ¡Lincharon a un muchacho negro porque una mujer blanca dijo que le había silbado al pasar! ¡Un juez condenó a un negro porque una mujer blanca dijo que no le gustaba el modo en que la miraba! ¡Silbar! ¡Mirar! Su mente llena de prejuicios estaba inflamada y temblorosa como las atmósferas tropicales que producen espejismos.

Al mediodía, Sherman preparó las bebidas y ni él ni el juez hablaron. Luego, a la hora de comer, una hora después, Sherman estaba cogiendo una lata de langosta cuando Verily dijo:

—No necesitas eso, Sherman.

—¿Y por qué no, vieja?

—Ayer abriste una lata de atún y te preparaste un sándwich de atún grandísimo. Hay atún de sobra para el sándwich de hoy.

Sherman siguió abriendo la lata de langosta.

—Además —siguió Verily—, deberías comer coles y tortas de maíz en la cocina como todos los demás.

—Eso son cosas de negros.

—Pero ¿quién te crees que eres? ¿La reina de Saba?

Sherman deshacía la langosta mezclándola con grandes cucharadas de mayonesa y pepinillos picados.

—En cualquier caso, no soy un negro puro como tú —dijo a Verily que era muy oscura—. Fíjate en mis ojos.

—Ya los he visto.

Sherman estaba muy ocupado preparando su sándwich de langosta.

—Esa langosta estaba pensada para la cena del domingo, cuando yo salgo. Me dan muchas ganas de contárselo al juez.

Pero como Sherman era aún la joya, el tesoro, la amenaza carecía de valor, y ambos lo sabían.

—Vete a decírselo —dijo Sherman mientras colocaba la langosta en el pan.

—El hecho de que tengas esos ojos azules no es razón suficiente para comportarte con ese orgullo y prepotencia. Eres tan negro como lo somos los demás. Simplemente tuviste un papaíto blanco que te pasó esos ojos azules, y eso no es motivo para darte tantos aires. Eres tan negro como todos los demás.

Sherman cogió su bandeja y echó a andar majestuosamente por el vestíbulo hacia la biblioteca. Pero, a pesar de su sándwich de lujo no pudo comer. Pensaba en lo que le había dicho el juez y sus ojos miraban fijos y fríos en su negra cara. Su mente le decía que la mayor parte de las palabras del juez solo eran locuras, pero Sherman, fuera de sí por la ansiedad, no podía pensar racionalmente; solo podía sentir. Recordaba los discursos de las campañas electorales de ciertos sureños, astutos, violentos, amenazadores. Para Sherman el juez no decía más locuras que muchos otros políticos del Sur. ¡Locos, locos, locos! ¡Todos ellos locos!

Sherman no olvidaba que el juez había sido en un tiempo congresista, y había ocupado, por tanto uno de los puestos más elevados de los Estados Unidos. Y conocía a las personas que ocupaban los puestos elevados. Solo había que fijarse en la respuesta del senador Tip Thomas. El juez era listo —un zorro—, sabía dorar la píldora. Al considerar el poder del anciano juez, olvidó su enfermedad; ni siquiera se le ocurrió que el cerebro del anciano

se había deteriorado con los años. Zippo Mullins tenía un abuelo que había perdido la cabeza con la vejez. Comía con una toalla atada alrededor del cuello; no era capaz de quitar las pepitas de las sandías y se las tragaba; no tenía dientes y masticaba el pollo con las encías; al final tuvieron que meterlo en un asilo. Por su parte, el anciano juez siempre desdoblaba cuidadosamente su servilleta al ponerse a comer y tenía modales refinados en la mesa, y les pedía a Jester o a Verily que le cortaran la comida cuando no podía hacerlo. Eran los únicos ancianos de verdad que había conocido Sherman, y había un abismo entre ellos. Conque Sherman nunca consideró la posibilidad de que el juez chocheara.

Sherman miró durante largo rato el apetitoso sándwich de langosta, pero la ansiedad no le dejaba comer. Se comió un pepinillo antes de volver a la cocina. Quería un trago. Un poco de ginebra y tónica, mitad y mitad, le calmaría el ánimo de modo que podría comer. Sabía que se exponía a otra discusión con Verily, pero se dirigió directamente a la cocina y agarró la botella de ginebra.

—Mirad —dijo Verily—, fijaos lo que se propone ahora la reina de Saba.

Sherman se sirvió ginebra sin dudarlo y añadió agua tónica helada.

—Intenté ser amable y agradable contigo, Sherman, pero desde el principio comprendí que no sería posible. ¿Por qué eres tan frío y altivo? ¿Es por esos ojos azules que te dejó tu papaíto?

Sherman salió de la cocina con paso rígido, la bebida en la mano, y se instaló de nuevo en la biblioteca. Según iba bebiendo la ginebra su turbulencia interior se acrecentaba. En la búsqueda de su auténtica madre, Sherman raras veces pensó en su padre. Solo pensaba que era blanco; se imaginaba a un blanco desconocido que había violado a su madre. Pues las madres de todos los chicos son virtuosas, especialmente si son imaginarias. Por tanto, aborrecía a su padre, incluso le molestaba pensar en él. Su padre era un blanco lodo que había violado a su madre y había dejado la prueba de su ilegitimidad en aquellos ojos azules y extraños. Nunca había buscado

a su padre, como había buscado a su madre; los sueños sobre ella le habían arrullado y consolado, pero pensar en su padre le hacía sentir puro odio.

Después de la comida, mientras el juez dormía su siesta de costumbre, Jester entró en la biblioteca. Sherman todavía estaba sentado a la mesa, con los sándwiches sin tocar en la bandeja.

—¿Qué te pasa, Sherman? —Jester notó la somnolencia de la borrachera de ginebra en sus ojos abstraídos y se sintió inquieto.

—¡Vete a tomar por el culo! —dijo brutalmente Sherman, pues Jester era la única persona blanca con la que podía usar ese tipo de palabras. Pero se encontraba en tal estado que las palabras no le aliviaban. «Odio, odio, odio», pensó, y aquellos ojos que miraban fijamente sin ver, abstraídos y borrachos, se clavaron en la ventana abierta.

—He pensado muchas veces que si yo hubiera nacido nigeriano o de color, no lo habría soportado. Te admiro, Sherman, por tu modo de soportarlo. Te admiro más de lo que puedo expresar.

—Guarda tus cacahuetes para el zoo.

—He pensado muchas veces —siguió Jester que había leído la idea en alguna parte—, que si Cristo hubiera nacido en estos tiempos, habría sido negro.

—Bueno, pero no lo fue.

—Temo… —Jester empezó y no supo cómo seguir.

—¿Qué es lo que temes, gallina, nenaza?

—Temo que si fuera nigeriano o de color sería un neurótico. Terriblemente neurótico.

—No, no lo serías. —Hizo un gesto rápido con su dedo índice, como si le cortaran el cuello—. Un negro neurótico es un negro muerto.

Jester se preguntaba por qué sería tan difícil mantener una amistad con Sherman. Su abuelo decía con frecuencia:

—Los negros son negros y los blancos son blancos, y nunca se mezclarán si yo puedo evitarlo.

Y el *Atlanta Constitution* hablaba de sureños de buena voluntad. ¿Cómo podría expresarle a Sherman que él no era como su abuelo, sino un sureño de buena voluntad?

—Yo respeto a las personas de color tanto como a los blancos.

—Estás rematadamente loco, desde luego.

—Yo respeto a los negros hasta incluso más que a los blancos por todo lo que han tenido que pasar.

—Hay muchos negros malos sueltos por ahí —dijo Sherman mientras terminaba su ginebra.

—¿Por qué me dices eso?

—Simplemente porque quiero poner en guardia al niño de ojos ingenuos.

—Estoy tratando de sincerarme contigo acerca de lo que siento moralmente con respecto a la cuestión racial. Pero no me prestas atención.

Su depresión y rabia, acentuadas por el alcohol, hicieron que Sherman dijera con voz amenazadora:

—Hay negros malos con ficha policíaca y otros sin ficha, como yo.

—¿Por qué es tan difícil ser amigo tuyo?

—Porque no quiero tener amigos —mintió Sherman, pues, después de su madre, lo que más deseaba era un amigo. Admiraba y temía a Zippo que siempre le estaba insultando, que jamás lavaba ni un plato aunque Sherman cocinara, y que lo trataba tan mal como él trataba a Jester.

—Bueno, me voy al aeropuerto. ¿Quieres venir?

—Cuando yo vuelo, vuelo en mis propios aviones. Y no en esos aviones malos de alquiler en los que tú vuelas.

De modo que Jester tuvo que dejar correr el asunto; y Sherman le contempló, pensativo y celoso, mientras se alejaba por el camino del jardín.

El juez se despertó de su siesta a las dos, se lavó la cara arrugada, y se sentó alegre y refrescado. No recordaba las tensiones de la mañana y mientras bajaba las escaleras iba canturreando.

Sherman, al oír los pesados pasos y la voz desafinada, dio media vuelta hacia la puerta del vestíbulo.

—Muchacho —dijo el juez—. ¿Sabes por qué prefiero ser Fox Clane a Shakespeare o Julio César?

Los labios de Sherman apenas se movieron para responder:

—No.

—¿O Mark Twain o Abraham Lincoln o Babe Ruth?

Sherman se limitaba a mover la cabeza sin decir ni una palabra, preguntándose lo que pasarla a continuación.

—Prefiero ser Fox Clane a ser todos esos hombres grandes y famosos. ¿No adivinas por qué?

Esta vez Sherman se limitó a mirarle.

—Porque estoy vivo. Y cuando uno piensa en los trillones y trillones de hombres muertos, uno se da cuenta de que estar vivo es un auténtico privilegio.

—Algunas personas están muertas del cuello para arriba.

El juez ignoró esto y dijo:

—Para mí simplemente es maravilloso estar vivo. ¿Para ti no, Sherman?

—No especialmente —dijo, pues tenía muchas ganas de irse a su casa a dormir la borrachera de ginebra.

—Piensa en el amanecer. En la luna, las estrellas y el firmamento celeste —siguió el juez. Piensa en los pasteles y en el alcohol.

Los fríos ojos de Sherman consideraron el universo y las comodidades de la vida diaria con desdén y no respondió nada.

—Cuando tuve aquel pequeño ataque, el doctor Tatum me dijo sinceramente que si el ataque me hubiera afectado la parte izquierda del cerebro, en vez de la derecha, hubiera quedado mentalmente tarado para siempre. —La voz del juez bajó de tono, temeroso y horrorizado—. ¿Puedes imaginarte lo que sería vivir en esa situación?

Sherman podía imaginarlo, y dijo:

—Conocí a un hombre que tuvo un ataque que lo dejó ciego y con la mente de un niño de dos años. En el asilo no lo querían

aceptar. No sé lo que habrá sido de él. Probablemente murió.

—Pues nada parecido me pasó a mí. Solo me quedé con un ligero impedimento de tipo motor…, solamente la mano izquierda y la pierna levemente dañadas…, pero la mente intacta. Así que razoné del siguiente modo: Fox Clane, ¿tienes derecho a maldecir a Dios, a los elementos celestes y al destino, solo por ese impedimento leve y de poca importancia que no te molesta tanto a fin de cuentas? ¿O debes dar gracias a Dios, a los elementos, a la naturaleza y al destino porque no tienes nada malo y conservas la mente funcionando? Pues, después de todo, ¿qué es un brazo o una pierna, si la mente está en perfecto estado y el espíritu alegre? Así que me dije: Fox Clane, será mejor que des las gracias y sigas dándolas.

Sherman miró el brazo izquierdo raquítico y la mano permanentemente agarrotada. Sintió compasión por el viejo juez y se odió a sí mismo por sentir compasión.

—Conocí a un niño pequeño que tuvo la polio y que necesitaba llevar unos hierros muy pesados en las piernas, además de utilizar muletas metálicas…, inválido para el resto de su vida —dijo Sherman que había visto una fotografía del chico en un periódico.

El juez creía que Sherman conocía toda una constelación de casos desgraciados y las lágrimas asomaron a sus ojos cuando murmuró:

—Pobre niño.

El juez no sentía odio hacia sí mismo por sentir compasión por los demás; no sentía compasión por sí mismo porque en gran medida era completamente feliz. Claro que le encantaría comerse cuarenta tartas heladas todos los días, pero en general estaba contento.

—Prefiero seguir un régimen que tener que palear carbón en las calderas del infierno o tocar el arpa con los serafines. Nunca me las arreglé ni para encender mi propia caldera y carezco de todo sentido musical.

—Sí, hay gente que no es capaz de seguir una melodía aunque los maten.

El juez ignoró esto, puesto que siempre estaba cantando y las melodías le sonaban perfectamente.

—Sigamos con la correspondencia.

—¿Qué cartas quiere que le escriba ahora?

—Montones de cartas, a todos los congresistas y senadores que conozco personalmente y a cualquier político que pueda adherirse a mis ideas.

—¿Qué tipo de cartas desea que les escriba?

—Siguiendo la línea general de lo que te dije esta mañana. Sobre el dinero confederado y la restauración del Sur.

La energía de la ginebra se convirtió en ira inflexible. Sherman bostezó y siguió bostezando solo para ser mal educado. Reflexionaba sobre su trabajo limpio. Tranquilo, ordenado, independiente, y sobre la sorpresa que le produjo la conversación de aquella mañana. Cuando Sherman amaba, amaba, cuando admiraba, admiraba, y desconocía los estados emocionales intermedios. Hasta ahora había amado y admirado al juez. ¿Qué otra persona había sido congresista, juez? ¿Quién le había proporcionado un trabajo fino y elegante como amanuense y le había permitido comer sándwiches especialmente en la mesa de la biblioteca? De modo que Sherman estaba perplejo y sus expresivas facciones temblaron cuando dijo:

—¿Se refiere también a lo de la esclavitud?

El juez se dio cuenta de que algo iba mal.

—Nada de esclavitud, hijo, sino la restitución y las indemnizaciones por los esclavos que liberaron los yanquis. Restitución económica.

Las narices y labios de Sherman temblaban como alas de mariposa.

—No quiero hacerlo, juez.

El juez pocas veces había recibido un «no» como respuesta, pues sus peticiones solían ser razonables. Ahora que su tesoro, su joya, le

daba una negativa, suspiró.

—No me comprendes, hijo.

Y Sherman, al que siempre agradaba cualquier muestra de afecto, en especial porque se las dirigían muy pocas veces, casi sonrió.

—¿Así que te niegas a escribir esa serie de cartas?

—Eso es —dijo Sherman, pues el poder negarse a algo también le gustaba—. No formaré parte de los que atrasan el reloj de los tiempos casi un siglo.

—El reloj no se atrasará, se adelantará casi un siglo, hijo.

Era la tercera vez que le llamaba así, y la desconfianza latente siempre dentro de él, se agitó sin palabras, empecinada.

—Los grandes cambios siempre adelantan el reloj. En especial las guerras. Si no hubiera sido por la Primera Guerra Mundial las mujeres todavía llevarían la falda por los tobillos. Ahora las jóvenes andan por ahí vestidas como carpinteros, con monos, incluso las más bonitas, las de las mejores familias.

El juez había visto a Ellen Malone vestida con un mono, camino de la farmacia de su padre. Se había sentido molesto y violento en nombre de Malone.

—Pobre J. T. Malone.

—¿Por qué dices eso? —preguntó Sherman al que sorprendió el tono de compasión y de misterio de la voz del juez.

—Temo, muchacho, que míster Malone no pasará mucho más tiempo en este mundo.

Sherman, a quien le importaba un comino lo que le pasara a míster Malone y que no estaba de humor para fingir sentimientos que no sentía de verdad, solo dijo:

—¿Se va a morir? Qué pena.

—La muerte es algo peor que una pena. De hecho, nadie sobre la tierra sabe lo que es la muerte.

—¿Es usted muy religioso?

—No, no soy nada religioso, pero temo…

—¿Por qué anda siempre hablando de palear carbón y de tocar el arpa?

—Bueno, es solo un modo de hablar. Si eso fuera todo lo que temo y me mandaran al sitio malo, palearía carbón al lado de los demás pecadores, a muchos de los cuales ya conozco de antemano. Y en caso de que me mandaran al cielo, por Dios que aprendería a ser tan musical como Blind Tom o Caruso. No es eso lo que temo.

—¿Qué es lo que teme? —preguntó Sherman que nunca había pensado mucho en la muerte.

—El vacío —dijo el anciano—. Un vacío infinito, y la nada donde me encontraría completamente solo. Sin amar, sin comer, sin nada. Solo permanecer en ese infinito vacío y en esa infinita oscuridad.

—A mí tampoco me gustaría —dijo Sherman sin darle importancia.

El juez recordó su ataque, y sus pensamientos eran nítidos y claros. Aunque minimizaba su enfermedad ante los demás llamándola «pequeño ataque» o «caso leve de polio», era sincero consigo mismo; había sido un ataque fulminante y estuvo a punto de morir. Recordó la conmoción de la caída. Su mano derecha había tocado la izquierda paralizada y esta no tenía sensibilidad, solo una pesadez jugosa sin movimiento ni sensación. La pierna izquierda estaba igual de pesada y de insensible, así que en la histeria de aquellas largas horas había creído que la mitad de su cuerpo había muerto de modo misterioso. Incapaz de despertar a Jester, suplicó a miss Missy, a su padre difunto, a su hermano Beau…, no porque quisiera unirse a ellos, sino buscando consuelo en su desgracia. Lo encontraron a la mañana siguiente muy temprano y lo mandaron al hospital de la ciudad, donde empezó a volver a la vida. Día a día, sus miembros paralizados despertaban, pero la conmoción le había atontado, y se vio obligado a dejar el alcohol y el tabaco, lo que contribuyó a su desgracia. Incapaz de andar e incluso de levantar la mano izquierda, se entretenía haciendo crucigramas y solitarios y leyendo novelas de misterio. No tenía otra cosa que hacer que esperar las comidas, y las del hospital le resultaban monótonas,

aunque comía todo lo que le traían en la bandeja. Entonces, de repente, se le ocurrió la idea del dinero confederado. Se le ocurrió sin más ni más; como una canción que se inventara un niño y se pusiera a cantar de repente. Era octubre y un dulce frescor caía sobre la ciudad de madrugada y al atardecer. La luz del sol era pura y clara como la miel después del calor y el sol cegador del verano de Milan. La energía de pensar traía como consecuencia otros pensamientos. El juez le explicó al médico cómo se hacía un café decente, fuera en el hospital o no, y pronto pudo arrastrarse de la cama al vestidor y de allí a una butaca sin ayuda de la enfermera. Sus habituales compañeros de póquer venían a jugar con él, pero la energía de su nueva vida procedía de sus pensamientos, de sus sueños. Guardaba cuidadosamente sus ideas, sin contárselas a nadie. ¿Qué podían saber Poke Tatum o Bennie Weems de sus sueños de gran estadista? Cuando volvió a casa, ya andaba, usaba un poco la mano izquierda, y daba la lata casi igual que antes. Su sueño permaneció oculto, porque, ¿a quién se lo podía contar? Además, la vejez y el golpe habían deteriorado su caligrafía.

—Probablemente nunca se me hubieran ocurrido estas ideas a no ser por el ataque que me paralizó de tal modo que estuve medio muerto en el hospital de la ciudad cerca de dos meses.

Sherman se hurgaba la nariz con un *kleenex*, pero no dijo nada.

—Y paradójicamente, si yo no hubiera atravesado las sombras de la muerte, nunca habría visto la luz. ¿No comprendes por qué estas ideas me son queridas más allá de toda lógica?

Sherman miró el *kleenex* y luego se lo metió lentamente en el bolsillo. Después taladró al juez con la mirada, apoyando la barbilla en la mano derecha y fijando en sus límpidos ojos azules una lúgubre mirada.

—¿No ves por qué es importante para ti escribir esas cartas que te voy a dictar?

Sherman seguía sin responder y su silencio irritó al anciano juez.

—¿Vas a escribir esas cartas, o no?

—Ya le he dicho que no una vez, y se lo repito otra vez: «no» ¿Quiere que me tatúe un «no» en el pecho?

—Al principio eras un amanuense tan dócil… —pensó el juez en voz alta—. Pero ahora eres tan entusiasta como una lápida.

—Sí —respondió Sherman.

—Eres tan testarudo y reservado… —se quejó el juez—. Tan reservado que no me dirías la hora aunque estuvieras delante del reloj de la ciudad.

—Yo no soy un bocazas. No cuento todo lo que sé, me guardo las cosas para mí.

—Vosotros los jóvenes sois reservados…, demasiado complicados para una mente madura.

Sherman estaba pensando en las realidades y los sueños que abrigaba secretamente. No había contado nada de lo que míster Stevens le había hecho, hasta que empezó a tartamudear tanto que sus palabras carecían de sentido. A nadie le había hablado de la búsqueda de su madre, a nadie de sus sueños referentes a Marian Anderson. Nadie, nadie conocía su mundo secreto.

—No soy un bocazas ni ando contando por ahí mis ideas. Tú eres la única persona con quien las he discutido —dijo el juez—, excepto de pasada con mi nieto.

Secretamente, Sherman consideraba a Jester un tipo listo, aunque nunca lo hubiera admitido.

—¿Y cuál fue su opinión?

—El también es demasiado egoísta e introvertido y tampoco diría la hora aunque estuviera delante del reloj de la ciudad. Pero esperaba algo más de ti.

Sherman estaba sopesando por un lado su trabajo tranquilo e independiente y por otro las cartas que le pedían que escribiera.

—Le escribiré otras cartas. Cartas aceptando una invitación, invitando a otros, y cosas así.

—Esas son insignificantes —dijo el juez, que nunca iba a ninguna parte—. Meras bagatelas.

—No escribiré otras cartas.

—Pues son las únicas que me interesan.

—Si está usted tan entusiasmado con la idea puede escribirlas por sí mismo —dijo Sherman que conocía bien el estado de la caligrafía del juez.

—Sherman —suplicó el anciano—. Te he tratado como a un hijo y «más afilado que el colmillo de una serpiente es un hijo desagradecido».

El juez le citaba con frecuencia esta frase a Jester, pero sin ningún resultado. Cuando Jester era pequeño, se tapaba los oídos con los dedos, y cuando se hizo mayor hacía cualquier impertinencia para demostrarle a su abuelo que no le importaba. Pero Sherman estaba profundamente afectado; sus ojos azul grisáceo se clavaron inquisitivos en los ojos azules que tenían delante. Le había llamado «hijo» tres veces, y ahora el juez le hablaba como si fuera su propio hijo. Como nunca había tenido padres, Sherman no había oído nunca aquella frase que es un reproche habitual en los padres. Jamás buscó a su padre, y ahora, como siempre, mantenía la odiada imagen a distancia: un sureño de ojos azules, uno más entre todos los del Sur que tenían ojos azules. El juez tenía los ojos azules y también míster Malone. Y también, por no mencionar a otros, los tenía así míster Breedlove, el del banco, y míster Taylor; y había docenas de hombres con ojos azules en Milan, cientos en el condado, y miles en el Sur. Sin embargo, el juez era el único hombre blanco que había escogido a Sherman y se había mostrado generoso con él. Y Sherman, que desconfiaba de la generosidad, se preguntaba: ¿Por qué le había regalado un reloj con palabras en una lengua extranjera, con su nombre grabado, cuando le sacó de aquel estanque años atrás? ¿Por qué le había contratado para aquel trabajo descansado, con aquellos complicados arreglos para comer? Esto obsesionaba a Sherman, aunque alejaba sus sospechas manteniéndolas a una distancia prudencial.

Preocupado como estaba, solo podía escabullirse con otras preocupaciones, así que dijo:

—Yo escribía las cartas de amor de Zippo. El sabe escribir, claro, pero sus cartas no tenían intensidad, jamás entusiasmaron a Vivían Clay. Pero yo escribí: «El amanecer del amor me embarga» y «Te amaré tanto como ahora en el ocaso de nuestra pasión». Las cartas eran largas y tenían palabras como «amanecer» y «ocaso» y bonitos colores. De vez en cuando soltaba un «Te adoro» y Vivían en seguida se entusiasmó tanto que estaba fuera de sus casillas.

—Entonces, ¿por qué no escribes mis cartas sobre el Sur?

Porque la idea es muy rara y atrasaría el reloj de los tiempos.

—No me importa que me llamen raro o reaccionario.

—Por mis cartas me quedé sin casa, pues después de esas cartas de amor, la propia Vivian le hizo proposiciones a Zippo y él aceptó encantado. Eso significa que tendré que encontrar otra casa, cada palabra me costó una tabla de mi casa.

—Simplemente, que te tendrás que buscar otra casa.

—Es difícil.

—Yo creo que no podría soportar un cambio. Y eso que mi nieto y yo andamos por este viejo caserón como dos guisantes en una caja de zapatos.

El juez suspiró al pensar en su recargada casa victoriana, con las vidrieras de colores y los viejos muebles. Era un suspiro de orgullo, aunque la gente de Milan al referirse a la casa la llamaba con frecuencia «El elefante blanco del juez».

—Creo que preferiría trasladarme al cementerio de Milan antes que tener que cambiarme a otra casa —el juez meditó lo que acababa de decir y se corrigió inmediatamente, con vehemencia—. Bueno, no quería decir eso, hijo. ¡Qué cosas tan tontas dice un viejo idiota! Pero me parece que me resultaría muy difícil vivir en otro sitio a causa de mis recuerdos.

La voz del juez vacilaba, y Sherman dijo en tono duro:

—No tiene por qué lamentarse, a *usted* nadie le obliga a cambiarse.

—Desde luego que soy un sentimental con respecto a esta casa. Algunas personas no aprecian su estilo. Pero a mí me gusta, a miss

Missy le gustaba, y mi hijo Johnny se crio en ella. Mi nieto también. Hay noches en que, acostado en la cama, recuerdo. ¿También te pones a recordar tú cuando estás en la cama?

—No.

—Recuerdo cosas que han pasado de verdad y cosas que podrían haber sucedido. Recuerdo historias que me contaba mi madre de la guerra entre los Estados. Recuerdo los años de la facultad de Derecho, y mi juventud, y mi matrimonio con miss Missy. Cosas raras. Cosas tristes. Las recuerdo todas. De hecho, recuerdo mejor los tiempos pasados que lo que pasó ayer.

—He oído decir que a los viejos les pasa eso. Y supongo que es verdad.

—No todos pueden recordar con tanta exactitud y claridad como si se tratara de una película.

—Bla, bla, bla —dijo Sherman entre dientes. Pero aunque hablaba en dirección al lado del oído sordo, el anciano juez le oyó y se sintió herido en sus sentimientos.

—Quizá sea demasiado charlatán cuando hablo del pasado, pero a mí me resulta tan real como el *Milan Courier*. Y más interesante porque me pasó a mí, o a mis parientes y amigos. Sé todo lo que ha pasado en la ciudad de Milan desde mucho antes de que tú nacieras.

—¿Sabe usted cómo nací yo?

El juez dudó, tentado a negar lo que sabía, pero como le era difícil mentir, guardó silencio.

—¿Conoció usted a mi madre? ¿Conoció a mi padre? ¿Sabe dónde están?

Pero el anciano, perdido en sus recuerdos del pasado, se negó a responder.

—Creerás que soy un anciano que lo cuenta todo, pero como jurista soy tan discreto sobre algunos temas como una tumba.

Conque Sherman suplicó y suplicó, pero el anciano juez encendió un puro y fumó en silencio.

—Tengo derecho a saberlo.

Como el juez seguía fumando en silencio, Sherman se puso de nuevo a taladrarle con la mirada. Estaban sentados como mortales enemigos.

Después de un largo rato, el juez dijo:

—Pero ¿qué te pasa, Sherman? Tienes un aspecto casi siniestro.

—Me siento siniestro.

—Bueno, pues deja de mirarme de ese modo tan raro.

Sherman siguió taladrándole con la mirada.

—Hay algo más —dijo—, se me ocurre que voy a dejar el trabajo. ¿Cómo le sentaría eso?

Y tras esas palabras, a media tarde, se alejó a grandes zancadas, contento de haber castigado al juez y descartando la idea de que también se había castigado a sí mismo.

Capítulo 10

AUNQUE el juez hablaba raras veces de su hijo, soñaba frecuentemente con él. Solo en sueños podía revivir en su memoria a aquel fénix del recuerdo y del deseo. Y cuando despertaba siempre tenía un terrible mal humor.

Como vivía por completo en el aquí y ahora, exceptuadas las fantasías agradables que abrigaba antes de dormirse, el juez pensaba muy pocas veces en el pasado en que, siendo juez, tenía un poder casi ilimitado…, incluso sobre vida y muerte. Sus decisiones siempre estuvieron precedidas de largas reflexiones; nunca meditaba sobre una sentencia de muerte sin la ayuda de una oración. No es que fuera muy religioso, pero en cierto modo libraba de la responsabilidad a Fox Clane y la compartía con Dios. Aun así, a veces había cometido errores. Había condenado a muerte a un negro de veinte años por violación, y después de su ejecución, otro negro se confesó culpable. Pero ¿cómo iba él, en cuanto juez, a ser responsable? El jurado, tras la debida deliberación, le había encontrado culpable y no había recomendado que se tuviera ninguna piedad; su decisión se había limitado a seguir la ley y los usos del Estado. ¿Cómo iba a saber que cuando el muchacho repetía: «Yo no he sido», estaba diciendo la absoluta verdad? Había sido un error que hubiera cometido cualquier magistrado consciente; pero aunque el juez lo lamentaba profundamente, se repetía constantemente que el chico había sido juzgado por doce hombres buenos y sinceros y que él solo era un instrumento de la ley. De modo que, por muy

grave que fuera el error, no podía consumirse eternamente pensando en él.

El negro Jones entraba en otra categoría. Había matado a un hombre blanco y alegaba defensa propia. El testigo del asesinato era la esposa del hombre blanco: mistress Ossie Little. Había ocurrido más o menos así: Jones y Ossie Little tenían tierras arrendadas a Gentry, cerca de Sereno. Ossie Little era veinte años mayor que su mujer, predicador ocasional capaz de hacer hablar en extraños idiomas a los miembros de su congregación de Holly Rollers, cuando el espíritu descendía sobre ellos. Además de esto, era un arrendatario que se llevaba mal con todo el mundo y no atendía su granja. El problema empezó cuando se casó con una joven cuya familia procedía de Jessup donde habían tenido una granja en una zona polvorienta. Viajaban a través de Georgia en un viejo coche, camino de la esperanza y de California, cuando encontraron al predicador Little y obligaron a su hija, Joy, a casarse con él. Era una historia simple, sin interés, propia de aquellos años de depresión económica y no podía esperarse nada bueno de todo aquel desgraciado asunto. La novia, de doce años, tenía un carácter fuerte, que raramente se encuentra en una muchacha tan joven. El juez la recordaba como una niña guapa que, al principio, jugaba con sus muñecas y guardaba su ropita en una caja de puros, y que luego tuvo un niño de verdad al que debía cuidar cuando solo contaba trece años de edad. Entonces, cuando empezaron los líos, se amontonaron unos sobre otros como suele suceder. Primero se rumoreó que la joven mistress Little se veía con el arrendatario de color de la granja vecina más de lo que era adecuado y decoroso. Luego, Bill Gentry, ante la desidia de Little, le amenazó con echarle de la granja y dársela a Jones.

El juez se tapó la cabeza con la manta pues la noche era muy fría. ¿Y cómo se había mezclado su rubio y querido hijo con negros asesinos, predicadores vagos, y novias casi niñas? ¿Cómo? ¡Y en aquellas feroces fauces fue a perder a su hijo!

Defensa propia o no, el negro estaba destinado a morir y Johnny lo sabía mejor que cualquier otro. Entonces, ¿por qué insistió en ocuparse del caso, que era una causa perdida desde el principio? El juez discutió con él para disuadirle. ¿Qué podía ganar? Nada excepto el fracaso. Sin embargo, poco se imaginaba el juez que aquel caso terminaría en algo peor que en el fracaso de un abogado principiante, en algo peor que el orgullo herido de un joven… que llevaría a un profundo desengaño y a la muerte. Pero ¿cómo? ¿Cómo? El juez se lamentó en voz alta.

Excepto cuando tuvo que dictar sentencia, se había mantenido al margen del caso todo lo posible. Sabía que Johnny estaba totalmente implicado en él, que se quemaba las pestañas hasta el amanecer estudiando las leyes, como si estuviera defendiendo en Jones a su propio hermano de sangre. Durante los seis meses que Johnny trabajó en el caso, el juez tenía que haberse enterado. Pero ¿cómo iba a saberlo si no era adivino? En el juicio Johnny estuvo tan nervioso como cualquier otro abogado principiante en su primera causa criminal. Al juez le disgustó mucho que Johnny aceptara ocuparse del caso, y desde un principio le asombró el modo en que lo llevaba…, era un asunto para pillarse los dedos. Johnny estuvo elocuente, y expuso la verdad tal y como la veía. Pero ¿cómo convencer a doce hombres buenos y sinceros de ese modo? No alzaba y bajaba la voz como hacen la mayoría de los abogados de causas criminales. No gritaba para luego caer en un murmullo en el punto culminante. Johnny se limitaba a hablar tranquilamente como si no estuviera ante un tribunal…, ¿cómo iba a convencer así a doce hombres buenos y sinceros? Hablaba de la justicia con voz quebrada. Era su canto del cisne.

El juez quería pensar en otra cosa…, soñar despierto con miss Missy y quedarse dormido así, pero más que nada lo que quería era ver a Jester. En la vejez, o cuando uno está inválido, las historias, una vez recordadas, embrujan la mente. Inútil pensar en aquella vez que tuvo un palco en la ópera; era la inauguración del teatro de la ópera de Atlanta. Había invitado también a su hermano y a su

cuñada, y a miss Missy, y a su padre a aquella función de gala. La primera representación fue *La niña de las ocas*, y recordaba perfectamente a Geraldine Farrar cruzando el escenario con un par de ocas vivas sujetas con una especie de bridas. Las ocas hicieron «cua, cua», y el viejo míster Brown, el padre de miss Missy, había dicho:

—Es la primera jodida cosa que entiendo en toda la noche.

¡Qué vergüenza había sentido miss Missy y qué complacido quedó él! Había escuchado a los alemanes berrear incansables en alemán, y a las ocas haciendo cua, allí sentado con pinta de experto. Inútil pensar en todas esas cosas. Su mente volvía a Ossie Little, a su mujer, y a Jones…, no le dejaban descansar. Trató de sobreponerse.

¿Cuándo volvería Jester a casa? Nunca había sido duro con el chico. Cierto que habla una vara de melocotonero en un florero de la repisa de la chimenea del comedor, pero nunca la había usado con Jester. Una vez, cuando Johnny había estado molestando y tirando pan a los criados y a sus padres, habla perdido la paciencia; cogió la vara de melocotonero y arrastró a su hijo hasta la biblioteca donde, entre los lamentos de todos los de la casa, le pegó dos o tres veces en las piernas haciéndole saltar. Después de eso, la vara había permanecido tiesa en el florero de la repisa de la chimenea como una amenaza, pero nunca se volvió a usar. Sin embargo, las mismas escrituras decían: «Si olvidas el látigo, estropeas al niño.» ¿Si hubiera usado la vara con mayor frecuencia? Viviría todavía Johnny. Lo dudaba, pero con todo pensaba en ello. Johnny era demasiado apasionado, aunque la suya no fuera una pasión fácilmente reconocible —como la pasión de los que persiguen a un delincuente o la pasión de un sureño que defiende a sus mujeres del invasor negro y extraño—; aunque, con todo, era pasión, por muy extraña que le hubiera parecido a él y a otros ciudadanos de Milan.

Como una cancioncilla tediosa que martillea en un cerebro febril, le acosaba aquella historia. El juez dio la vuelta a toda su montaña de carne en la cama. ¿Cuándo volvería a casa Jester? Era tan tarde.

Sin embargo, cuando encendió la luz vio que todavía no eran las nueve. Así que, después de todo Jester no tardaba tanto. En la repisa, a la izquierda del reloj, había una foto de Johnny. El vigor del joven rostro parecía florecer a la luz de la lámpara. En la barbilla de Johnny, a la izquierda, había una pequeña señal de nacimiento. Esa imperfección solo servía para que resaltara más la belleza del rostro de Johnny, y al fijarse en ella, el juez sintió que se le partía el corazón.

Sin embargo, a pesar del espasmo de angustia que siempre le sobrecogía al mirar la pequeña marca de nacimiento, el juez no podía llorar por su hijo. Pues por debajo de sus emociones quedaba siempre el resentimiento…, un resentimiento que había amainado al nacer Jester y se suavizó con el paso del tiempo, pero que estaba siempre y eternamente allí. Era como si su hijo le hubiera estafado al privarle de su querida presencia. Como si aquel dulce y traicionero ladrón le hubiera saqueado el corazón. Si Johnny hubiera muerto de cualquier otro modo, de cáncer o leucemia —el juez sabía más de la enfermedad de Malone de lo que parecía—, él habría podido sufrir con el corazón limpio, habría podido llorar. Pero el suicidio parecía un acto deliberado de despecho y el juez se resentía. En la fotografía, Johnny sonreía débilmente y aquella marca de nacimiento contribuía a hacer más radiante su rostro. El juez apartó la sábana arrugada y se levantó pesadamente de la cama, manteniendo el equilibrio con la mano derecha al cruzar la habitación. Cogió el retrato de Johnny y lo guardó en un cajón de la cómoda. Luego volvió a la cama.

Se oyó el repiqueteo de las campanas de Navidad. Para él, la Navidad era la época más triste. Las campanas, la alegría…, se sentía tan solo, tan triste, tan abandonado. Un relámpago encendió el cielo oscuro. ¿Se aproximaba una tormenta? ¡Si al menos Johnny hubiera muerto alcanzado por un rayo! Pero uno no puede escoger. Ni el nacimiento ni la muerte se pueden escoger. Solo los suicidas pueden escoger, desdeñando la ardiente plenitud de la vida por la nada de la tumba. Otro relámpago fue seguido por un trueno.

Cierto, casi nunca había utilizado la vara de melocotonero, pero cuando Johnny era joven le había dado consejos. Le había preocupado la admiración de Johnny hacia los bolcheviques, hacia Samuel Liebowitz, y los extremismos en general. Siempre se había consolado pensando en que Johnny era joven y jugaba en el equipo de *rugby* de la Universidad de Georgia, y en que las manías y caprichos de los jóvenes se desvanecen rápidamente cuando tienen que enfrentarse a la realidad. Cierto, la juventud de Johnny había sido diferente a la de su padre que había bailado el vals y cantado cuando era el don Juan de Flowering Branch y cortejó y conquistó a miss Missy. Lo único que el juez se decía a sí mismo era: «Ese Cassius tiene una mirada aviesa y hambrienta; piensa demasiado; esos hombres son peligrosos»; pero tampoco pensaba demasiado en ello, porque ni en sus terribles sueños asociaba a Johnny con el peligro.

Una vez, el primer año que Johnny formó parte de la sociedad, había dicho en voz alta:

—He notado a menudo, Johnny, que cuando uno se junta demasiado con los débiles, es muy fácil que se hunda con ellos.

Johnny se había limitado a encogerse de hombros.

—Cuando empecé a ejercer, era un muchacho pobre. No el hijo de un hombre rico como tú —dijo, y aunque había notado el embarazo que se reflejaba en el rostro de Johnny, había continuado —: Rechazaba los casos de caridad que al principio le tocan sin parar a un abogado pobre. Luego mi clientela aumentó y en seguida fui capaz de ocuparme de casos que me proporcionaban importantes ingresos. Las remuneraciones económicas o el prestigio político son, y siempre lo han sido, una de las primeras cosas a tener en cuenta.

—Yo no soy de esa clase de abogados —dijo Johnny.

—No trato de convencerte para que me imites —mintió el juez—. Pero nunca he aceptado un caso dudoso. Conozco bien cuando un cliente no dice la verdad y no hurgaría en el asunto ni con un palo de cinco metros. Tengo un sexto sentido para esos asuntos. ¿Recuerdas al hombre que asesinó a su mujer en el club de campo

con un palo de golf? Los honorarios hubieran sido considerables, pero me negué.

—Si no recuerdo mal, había testigos.

—Johnny, un abogado genial sabe confundir a los testigos y convencer al jurado de que los testigos no estaban donde juran que estuvieron y que, por lo tanto, es imposible que hayan visto lo que vieron. Con todo, me negué a aceptar ese caso y muchos otros semejantes. Nunca me he mezclado en casos deshonrosos, aunque me ofrecieran una bonita suma.

La sonrisa de Johnny fue tan irónica como la de la fotografía.

—Muy honrado por tu parte.

—Claro que cuando los casos además de ser lucrativos son justos, Fox Clane se encuentra en la gloria. ¿Recuerdas cómo defendí a la Compañía de Gas y Electricidad de Milan? Gloria pura y unos bonitos honorarios.

—Subieron las tarifas.

—Uno no puede vender la primogenitura por un poco de electricidad y gas. De niño no conocí esas cosas. Tenía que llenar la lámpara de petróleo y atizar la cocina. Pero era libre.

Johnny no dijo nada.

A veces el juez escondía el retrato cuando la pequeña señal de nacimiento le provocaba paroxismos emocionales o cuando la sonrisa le parecía burlona como una mueca. La fotografía seguiría dentro de la cómoda hasta que su humor cambiara o hasta que ya no pudiera soportar la ausencia de su hijo. Entonces la sacaría en su marco de plata y contemplaría la pequeña mancha y hasta soportaría la remota y encantadora sonrisa.

—No me malinterpretes —le había aconsejado todos aquellos años—, acepto los casos lucrativos pero no lo hago por mi propio interés.

El maduro abogado y ex congresista hubiera querido oír alguna palabra de alabanza en boca de su joven hijo. ¿Le habría parecido cinismo su honestidad al decirle aquellas verdades íntimas?

Después de unos momentos, Johnny había dicho:

—Durante el año pasado me he preguntado a menudo hasta qué punto eres responsable.

—¡Responsable! —el juez se puso rojo de indignación—. ¡Soy el ciudadano más responsable de Milan, de Georgia, de todo el Sur!

Con la música de «Dios salve a la reina», Johnny cantó «Dios proteja al Sur».

—Si no fuera por mí, ¿dónde crees que estarías?

—Sería un trapito tendido con la gran colada de los cielos. —La voz de Johnny cambió—. Nunca he querido ser hijo tuyo.

El juez, todavía rojo de emoción, hubiera querido murmurar: «Pero yo siempre he querido que fueras hijo mío.» En lugar de ello, preguntó:

—¿Qué clase de hijo crees que le correspondería a este anciano?

—¿Qué te parecería…? —la mente de Johnny daba vueltas a hijos imaginarios—. ¿Qué te parecería Alec Sisroe?

La clara risa de Johnny se mezcló con las graves carcajadas de su padre.

—¡Madre mía, oh, madre mía! —citó el juez ahogado por la saliva y por su risa salvaje. Pues Alec Sisroe recitaba aquella poesía en la Primera Iglesia Baptista el Día de la Madre. Era un remilgado, un niño de mamá, y Johnny solía imitar su manera de recitar para deleite de su padre y desaprobación de su madre.

El súbito y desternillante ataque de risa terminó tan bruscamente como había empezado. Con frecuencia padre e hijo respondían al ridículo de la misma manera y eran presas de una risa semejante. Este rasgo en común había llevado al juez a suponer que había otros, fallo bastante habitual en los padres.

—Johnny y yo somos más dos hermanos que padre e hijo. La misma afición por la caza y la pesca, el mismo sentido sano de los valores. Que yo sepa mi hijo nunca ha dicho una mentira. Los mismos gustos, las mismas diversiones.

Así insistía el juez en esas semejanzas fraternales ante su auditorio de la farmacia de Malone, en el juzgado, en el reservado del Café Nueva York, y en la barbería. Sus oyentes, que veían poca

relación entre el tímido joven Clane y su padre, uno de los personajes de la ciudad, no hacían comentarios. Cuando el propio juez comprendió que existía una creciente distancia entre él y su hijo, insistió más que nunca en la relación padre-hijo, como si las palabras pudieran hacer realidad sus deseos.

Aquellas risas a propósito del «niño de mamá» tal vez habían sido el último chiste que rieran juntos. Y ofendido por el comentario de Johnny sobre su responsabilidad, el juez había interrumpido la risa en seco y había dicho:

—Pareces criticarme por haber aceptado el caso de la Compañía de Gas y Electricidad de Milan. ¿Estoy en lo cierto, hijo?

—Sí, señor. Las tarifas subieron.

—A veces es un doloroso dilema para una mente madura tener que escoger el mal menor. Y se trataba de un caso en que estaba implicada la política. Y no es que tenga preferencias por Harry Breeze o por la Compañía de Gas y Electricidad de Milan, pero el Gobierno Federal ya estaba abriendo sus terribles fauces. Imagínate que la TVA y otras compañías parecidas controlaran la nación entera. Ya olía la peste de la parálisis progresiva.

—La parálisis progresiva no apesta.

—No, pero el socialismo sí huele mal. Y cuando el socialismo anula la iniciativa privada y… —la voz del juez se apagó hasta que encontró la imagen adecuada— mete a las personas en moldes de galletas, estandarización —dijo el juez apasionadamente—. Puede que quieras saber, hijo, que en cierta ocasión tuve un interés científico por el socialismo e incluso por el comunismo. Puramente científico, recuérdalo, y durante breve tiempo. Entonces, un día vi una fotografía de docenas de jóvenes bolcheviques con idénticos trajes de gimnasia, todas haciendo el mismo ejercicio, todas agachadas. Docenas y docenas de chicas haciendo la misma gimnasia, los pechos idénticos, los muslos idénticos, cada postura, cada costilla, cada trasero, igual, igual. Y aunque no siento ninguna aversión por la carne de las mujeres sanas, sean bolcheviques o americanas, agachadas o de pie, cuanto más miraba la fotografía

más me sublevaba. Fíjate bien, podría haberme enamorado de una de aquellas mujeres de carnes exuberantes…, pero verlas a una tras otra, idénticas, me repugnó. Y todo mi interés, por muy científico que fuera, desapareció. No me hables de estandarización.

—Las últimas noticias que me llegaron fueron que la Compañía de Gas y Electricidad estaba subiendo las tarifas —había dicho Johnny.

—¿Qué importan unos cuantos centavos a cambio de preservar nuestra libertad y escapar a la parálisis creciente del socialismo y del Gobierno Federal? ¿Debemos vender nuestra primogenitura por un plato de lentejas?

La vejez y la soledad no habían conseguido amansar la hostilidad del juez hacia el Gobierno Federal. Había hecho patentes sus ataques de cólera a su familia, cuando aún tenía una familia, o a sus colegas, pues entonces todavía era un jurista capacitado, trabajador, que podía corregir en los juicios a los abogados principiantes cuando citaban erróneamente a Bartlett, Shakespeare o la Biblia y sus palabras tenían peso y eran escuchadas aunque no estuviera en el tribunal. En aquella época su mayor preocupación era la separación cada vez más grande que existía entre Johnny y él, pero el problema no era todavía demasiado grave, y de hecho se equivocó al pensar que se trataba de locuras de juventud por parte del muchacho. No se preocupó cuando Johnny se casó después de un baile, tampoco le preocupó que el padre de ella fuera un conocido traficante de ron —en su interior prefería que fuera un conocido traficante de ron a un predicador que pudiera echar a perder la alegría familiar o tratar de dejarle en segundo plano a él—. Miss Missy había sido valiente en todo el asunto, regalándole a Mirabelle uno de sus collares de perlas, solo tenía otro mejor que aquel, y un broche de granates.

Miss Missy se consoló pensando que Mirabelle había ido dos años al Hollins College, donde estudió música. De hecho, las dos practicaron juntas, y aprendieron de memoria «La marcha turca».

Las preocupaciones del juez no fueron importantes hasta que, al cabo de poco más de un año de práctica, Johnny se hizo cargo del

caso Jones versus el Pueblo. ¿De qué le habría servido graduarse *summa cum laude* en la universidad si carecía del menor sentido común? ¿De qué le habrían servido sus conocimientos legales y su educación si se dedicó a pisarles los juanetes y los callos a cada uno de los miembros del jurado, a cada uno de aquellos doce hombres buenos y sinceros?

Evitó discutir el caso con su hijo, pues ya le había advertido de la sensibilidad que un abogado debía tener con los jurados. Le dijo:

—Háblales a su altura, y ¡por el amor de Dios!, no intentes elevarte sobre su nivel.

¿Pero le hizo caso Johnny? Argumentó el caso como si aquellos paletos, obreros y campesinos de Georgia fueran experimentados miembros de un jurado del Tribunal Supremo. Mucho talento, desde luego, pero ni pizca de sentido común.

Eran las nueve y media cuando Jester entró en la habitación del juez. Iba comiendo un sándwich doble que el anciano, tras las horas de ansiedad y dolor que había pasado recordando, contempló hambriento.

—Te esperaba para cenar.

—He ido al cine y al volver me he preparado un sándwich.

El juez se puso las gafas y miró el grueso sándwich.

—¿Qué hay dentro?

—Mantequilla de cacahuete, tomates, tocino y cebolla.

Jester dio un gran mordisco al sándwich y un trozo de cebolla cayó sobre la alfombra. Para calmar su apetito, el juez pasó su mirada ansiosa del delicioso sándwich a la cebolla que se había pegado a la alfombra debido a la mayonesa. Su apetito persistía, así que dijo:

—La mantequilla de cacahuete está llena de calorías. —Abrió el armario de los licores y se sirvió *whisky*—. Exactamente ochenta calorías por onza. Más de lo que puedo tomar, en cualquier caso.

—¿Dónde está el retrato de mi padre?

—En ese cajón de ahí.

Jester, que conocía perfectamente la manía de su abuelo de esconder la fotografía cuando estaba trastornado, preguntó:

—¿Qué es lo que pasa?

—Inquieto. Triste. Estafado. Cuando pienso en mi hijo, a menudo me siento así.

Cierta ansiedad se apoderó del corazón de Jester, como pasaba siempre que se mencionaba a su padre. Las campanas de Navidad sonaron argentinas en el aire helado. Dejó de comer y silenciosamente colocó el sándwich en el borde de la mesilla de noche.

—Nunca me hablas de mi padre —dijo.

—Éramos como hermanos, más que padre e hijo. Hermanos gemelos.

—Lo dudo. Solo los introvertidos se suicidan. Y tú no eres nada introvertido.

—Mi hijo no era introvertido, deberías saberlo —la voz del juez era aguda debido a la ira—. Mi mismo sentido del humor, mi mismo calibre mental. Tu padre hubiera sido un genio si hubiera vivido, y no es esa una palabra que yo utilice a la ligera. —Esto era más cierto de lo que se podría imaginar, pues el juez solo utilizaba la palabra cuando la aplicaba a Fox Clane y a William Shakespeare—. Como hermanos gemelos éramos, hasta que se mezcló en el caso Jones.

—¿Es el caso del que siempre hablas diciendo que mi padre trataba de trasgredir un axioma?

—Leyes, derechos de la sangre, axiomas, ¡desde luego que sí!

Taladró con la mirada el sándwich mordisqueado, lo agarró y se lo comió con voracidad; pero como su vacío no radicaba en el estómago, continuó desconsolado.

Como el juez raramente hablaba a Jester de su hijo, o satisfacía la curiosidad natural de su nieto, Jester estaba acostumbrado a formular preguntas con segundas intenciones, conque preguntó:

—¿De qué se trataba el caso?

El juez respondió dando tantos rodeos que la pregunta y la respuesta no se correspondían.

—La adolescencia de Johnny transcurrió cuando el comunismo era una gran atracción y estaba en pleno apogeo. Porquerías altisonantes invadían la misma Casa Blanca; la época del TVA, FHA y FDR, y todas esas asquerosas siglas. Y una cosa lleva a la otra; una negra llegó a cantar en el monumento a Lincoln, ¡y mi hijo…! —la voz del juez subió de tono, airada—, y mi hijo defendiendo a un negro en un caso de asesinato. Johnny intentó… —la histeria dominó al anciano, la histeria de las incongruencias fantásticas que abaten y mortifican el corazón. No podía terminar la frase a causa de las dolorosas carcajadas nerviosas y de la saliva que escupía.

—No hagas eso —dijo Jester.

Las sordas carcajadas y la saliva continuaron mientras Jester le contemplaba muy serio, con la cara pálida.

—No me estoy… —consiguió articular el juez hasta que la histeria se volvió a intensificar— …riendo.

Jester se sentó tieso en la silla, muy pálido. Alarmado, empezó a pensar si su abuelo no sufriría un ataque de apoplejía. Jester sabía que los ataques de apoplejía eran raros y repentinos. Se preguntaba si las personas se pondrían rojas como el fuego y reirían así en los ataques de apoplejía. También sabía que la gente moría de ataques de apoplejía. ¿Estaría su abuelo, rojo como el fuego y ahogándose, muriéndose de risa? Jester intentó enderezar al anciano para darle unas palmadas en la espalda, pero era demasiado pesado para él, y la risa se fue aplacando hasta que finalmente cesó.

Aturdido, Jester pensó en su abuelo. Sabía que la esquizofrenia era un desdoblamiento de la personalidad. ¿Por eso su abuelo actuaba en la vejez tan enrevesadamente, riéndose cuando debería llorar? Sabía perfectamente que su abuelo quería a su padre. Una buena parte del desván estaba reservada para él; diez cuchillos y un puñal indio, un disfraz de payaso, la colección de Rover Boy, la colección de Tom Swift, y montones de libros infantiles, un cráneo de vaca, patines, aparejos de pesca, trajes de *rugby*, guantes de béisbol, baúles y baúles de cosas útiles y de trastos. Pero Jester había aprendido que no debía jugar con las cosas de los baúles,

útiles o trastos, pues una vez en que colocó el cráneo de vaca en la pared de su propia habitación, su abuelo se puso furioso y le amenazó con pegarle con la vara de melocotonero. Su abuelo había amado a su único hijo, entonces, ¿por qué se reía tan histéricamente?

El juez, que leía esa pregunta en los ojos de Jester, dijo tranquilamente:

—La histeria no es risa, hijo. Es una reacción de pánico ante la confusión cuando uno no puede llorar. Estuve histérico cuatro días y cuatro noches después de la muerte de mi hijo. El doctor Tatum ayudaba a Paul a que me metiera en una bañera de agua caliente y me daba sedantes y yo seguía riendo…, bueno, no riendo, histérico. El médico probó con duchas frías y más sedantes. Y yo seguía allí, histérico, y el cadáver de mi hijo tendido en la sala. El funeral tuvo que retrasarse un día y yo estaba tan débil que se necesitaron dos hombres muy fuertes para que me sostuvieran al avanzar por el pasillo de la iglesia. Debíamos pasar muy justos —añadió con seriedad.

Jester preguntó con la misma voz tranquila:

—Pero ¿por qué te pones histérico ahora? Hace más de diecisiete años que murió mi padre.

—Y en todos estos años no ha pasado ni un solo día en que no pensara en mi hijo. A veces fugazmente, otras durante largo rato. Pocas veces me atrevo a hablar de él, pero hoy, la mayor parte de esta tarde y de esta noche interminable, he estado recordando… y no solamente los tiempos agradables en que éramos jóvenes, sino los graves acontecimientos de la madurez que nos distanciaron y terminaron con nosotros. Veía a mi hijo tan claramente como te veo a ti ahora…, de hecho, con más claridad. Y oía su voz.

Jester se agarraba a los brazos de la butaca con tanta fuerza que los nudillos se le pusieron blancos.

—Su defensa fue magistral, exceptuando un fallo fatal. El fallo fatal fue que los del jurado no captaron en absoluto la intención. Mi hijo argumentó el caso como si estuviera hablando a una reunión de

abogados judíos de Nueva York en lugar de a doce hombres buenos y sinceros del condado de Peach. Incultos del primero al último. Teniendo en cuenta estas circunstancias, la primera jugada de mi hijo fue genial.

Jester abrió la boca y respiró trabajosamente, tan tenso era el silencio.

—La primera jugada de mi hijo fue exigir a los del jurado que se levantaran y juraran fidelidad a la bandera americana. Los jurados se levantaron pesadamente y Johnny les leyó todos los términos del juramento. Tanto a Nat Weber como a mí nos cogió en pelotas. Cuando Nat objetó, yo golpeé con el mazo y ordené que se tacharan las palabras de las actas. Pero ya no importaba. Mi hijo había conseguido lo que se proponía.

—¿Qué se proponía?

—De repente, mi hijo había unido a aquellos doce hombres y les había obligado a considerar su función al más alto nivel. Habían aprendido en la escuela el juramento a la bandera y, al repetirlo, participaban de un rito sagrado. Yo llamé al orden con el mazo —el juez gruñó.

—¿Por qué lo tachaste de las actas?

—Por irreverente. Pero mi hijo, como abogado de la defensa, había conseguido lo que se proponía y puso un caso de asesinato, más claro que el agua, al nivel de la constitución. Mi hijo continuó: «Señores del jurado, Usía…» Mi hijo miraba fijamente a cada uno de los miembros del jurado mientras hablaba, y a mí. «Cada uno de ustedes doce, señores del jurado, ha sido convocado para una cuestión de enorme responsabilidad. No hay nada más importante ahora que ustedes y su función.»

Jester escuchaba con la barbilla apoyada en la mano, con los ojos color de vino dorado muy abiertos e inquisitivos en su atento rostro.

—Desde el principio, Rice Little mantuvo que mistress Little había sido violada por Jones, y que su hermano estaba en su pleno derecho al intentar matarlo. Rice Little estaba allí de pie como un

perrillo faldero defendiendo los derechos de su hermano y nada le alteró. Cuando Johnny llamó a mistress Little, ella juró que no había sido así y que su marido había intentado matar a Jones con malicia deliberada… y que en la lucha por apoderarse del arma, su marido resultó muerto. Declaración muy extraña en una esposa. Johnny le preguntó si Jones la había tratado alguna vez de un modo que no fuera adecuado o decoroso y ella dijo: «Nunca», y que siempre la había tratado como a una señora.

El juez añadió:

—Debí ver algo raro en aquello. Pero entonces yo tenía ojos, pero no veía.

»Oigo sus palabras y veo sus caras como si hubiera sido ayer. El acusado tenía ese color peculiar de los negros que están muertos de miedo. Rice Little llevaba su ajustado traje de los domingos y su cara era dura y amarillenta como un queso. Mistress Little estaba allí sentada, con sus ojos azules, azules y descarados. Mi hijo temblaba. Al cabo de una hora mi hijo pasó de lo particular a lo general. "Si dos personas blancas o dos personas negras fueran juzgadas por este mismo accidente, no habría caso, pues se consideraría un accidente que el arma se hubiera disparado cuando Ossie Little trataba de matar al acusado."

»Johnny siguió: "El hecho es que el caso implica a un hombre blanco y a un negro y la desigualdad que supone un caso semejante. Es más, señores del jurado, en casos como este, la propia Constitución es la juzgada." Johnny citó el preámbulo y las enmiendas que liberaban a los esclavos y les otorgaban la ciudadanía y la igualdad de derechos. "Esas palabras que cito ahora fueron escritas hace siglo y medio, y repetidas por millones de voces. Esas palabras son la ley de nuestro país. Yo, como ciudadano y abogado, no puedo quitar ni añadir nada. Mi función en este tribunal es destacarlas e intentar ponerlas en vigor." Luego, entusiasmado, Johnny siguió: «Hace ochenta y siete años…» Yo le interrumpí con el mazo.

—¿Por qué?

—Eran las palabras que pronunció Lincoln, palabras que todos los estudiantes de derecho aprenden de memoria, pero que yo no estaba obligado a oír citadas en la sala.

Jester dijo:

—Mi padre quería citarlas. Déjame oírlas ahora.

Jester no sabía claramente de qué trataba la cita, pero se sentía más cerca de su padre de lo que había estado nunca, y el misterioso entramado del suicidio y los baúles de viejas glorias iban tomando cuerpo en una imagen viva. En su excitación, Jester se levantó y se quedó de pie con una mano en la cama y una pierna pegada a la otra, en actitud de espera. Como el juez nunca necesitaba que lo invitaran dos veces a cantad o recitar o a ejercitar la voz en público, citó gravemente el discurso de Gettysburg mientras Jester lo escuchaba con lágrimas de emoción en los ojos, un pie levantado y la boca abierta.

Al terminar, el juez parecía preguntarse por qué había citado aquello. Dijo:

—Una de las piezas de oratoria más grandes que jamás se haya pronunciado, pero terrible para encender los ánimos del populacho. Cierra la boca, muchacho.

—Considero terrible que tacharas aquello de las actas —dijo Jester—. ¿Qué más dijo mi padre?

—Sus palabras finales, que debían haber sido las más elocuentes, le salieron a trompicones tras los altisonantes términos de la Constitución y el Discurso de Gettysburg. Sus propias palabras caían sin vida como una bandera en un día sin viento. Señaló que las enmiendas introducidas después de la Guerra Civil no habían sido puestas en vigor. Pero cuando habló de los derechos civiles, estaba tan excitado, que pronunció «sivil» lo que causó mala impresión y, naturalmente, disminuyó su confianza en sí mismo. Señaló que la población del condado de Peach se repartía casi por igual entre la raza negra y la blanca. Comentó que no había ningún negro presente en el jurado y los miembros del jurado se miraron fugazmente unos a otros, confusos y recelosos.

»Johnny preguntó: "¿Se acusa a mi defendido de asesinato o de violación? El fiscal ha intentado manchar el honor del acusado y el de mistress Little con maliciosas observaciones. Pero yo solo lo defiendo de la acusación de asesinato."

»Johnny trataba de llegar a un clímax. Su mano derecha se crispaba como si quisiera atrapar alguna palabra. "Durante más de un siglo estas palabras de la Constitución han sido la ley de nuestro país, pero las palabras no tienen poder a menos que estén reforzadas por la ley, y después de un largo siglo nuestros tribunales son mansiones señoriales llenas de prejuicios y persecución legalizada en lo que se refiere a los negros. Las palabras se han pronunciado. Las ideas tienen forma. ¿Durante cuánto tiempo persistirá esta brecha entre las palabras y la idea y la justicia?".

»Johnny se sentó —añadió amargamente el juez—, y yo relajé el trasero.

—¿Qué hiciste? —dijo Jester.

—Mi trasero, que había estado en tensión desde aquella equivocación de «sivil» en vez de civil. Respiré tranquilo cuando terminó la intervención de Johnny.

—Yo pienso que fue una defensa brillante.

—No funcionó. Me retiré a esperar el veredicto. Solo estuvieron fuera veinte minutos. El tiempo justo para bajar al sótano del juzgado y verificar sus decisiones. Yo ya sabía cuál sería el veredicto.

—¿Cómo lo podías saber?

—Cuando ni siquiera se oye un rumor en la votación, el veredicto es siempre culpable. Y cuando mistress Little habló tan interesada en favor del asesino de su marido, la cosa resultó realmente extraña. Entretanto, yo era tan inocente como un recién nacido, y lo mismo mi hijo. Pero el jurado se olió que había gato encerrado y volvió con el veredicto de culpable.

—Pero eso es un fraude —dijo Jester enfadado.

—No. El jurado tenía que decidir quién estaba diciendo la verdad, y en este caso decidió bien, aunque poco lo sospechaba yo entonces. Cuando se pronunció el veredicto, en la sala se oyó un

gran sollozo de la madre de Jones. Johnny se puso pálido como un muerto, y mistress Little se dobló en su asiento. Solo Sherman Jones parecía aceptarlo como un hombre.

—¿Sherman? —Jester palideció para ponerse rojo en rápida sucesión—. ¿Se llamaba Sherman el negro? —preguntó Jester con voz inexpresiva.

—Sí, Sherman Jones.

Jester parecía aturdido y su próxima pregunta fue de evidente tanteo:

—Sherman no es un nombre corriente.

—Después de que el general Sherman atravesara Georgia muchos niños de color se llaman así. Yo he conocido a media docena a lo largo de mi vida.

Jester pensaba en el único Sherman al que conocía, pero guardó silencio. Solo dijo:

—No lo entiendo.

—Tampoco yo lo entendí entonces. Tenía ojos para ver y no veía. Oídos para oír y no oía. ¡Si hubiera utilizado mi sentido común en aquella sala, o si mi hijo me lo hubiera confiado!

—¿Confiado el qué?

—Que estaba enamorado de aquella mujer, o creía estarlo.

Los ojos de Jester se abrieron de pronto asombrados.

—¡Pero no podía estarlo! ¡Estaba casado con mi madre!

—Parecemos hermanos gemelos, hijo, en vez de abuelo y nieto. Somos dos medias naranjas. La misma inocencia, el mismo sentido del honor.

—No me lo creo.

—Yo tampoco lo creí, cuando él me lo dijo.

Jester había oído hablar con frecuencia de su madre, así que su curiosidad con respecto a ella estaba satisfecha. Sabía que le gustaban los helados, especialmente las tartas heladas, que tocaba el piano y que había estudiado música en el Hollins College. Estas cosas poco importantes se las habían dicho directamente, de un

modo casual, cuando era niño, y su madre no había suscitado la admiración y el misterio que el muchacho sentía por su padre.

—¿Cómo era mistress Little? —preguntó al fin Jester.

—Una caradura. Muy pálida, muy embarazada, muy orgullosa.

—¿Embarazada? —preguntó Jester impresionado.

—Mucho. Cuando andaba por la calle parecía esperar que las multitudes se abrieran ante ella y su hijo como se abrió el mar Rojo ante los israelitas.

—Entonces, ¿cómo pudo enamorarse de ella mi padre?

—Enamorarse es la cosa más fácil del mundo. Persistir en el amor es lo que cuenta. No era un amor de verdad. Era como el amor por una causa. Además, tu padre nunca hizo el amor con ella. Llámalo obsesión. Mi hijo era un puritano y los puritanos tienen más ilusiones que quienes hacen el amor con la primera que pasa, a cada impulso que sienten.

—¡Qué terrible para mi padre estar enamorado de otra mujer y casado al tiempo con mi madre! —Jester estaba conmovido ante el drama planteado por la situación y no sentía ninguna lealtad hacia aquella madre de las tartas heladas—. ¿Lo supo mi madre?

—Naturalmente que no. Mi hijo solo me lo contó la semana anterior a que se matara, estaba tan trastornado, tan impresionado. En caso contrario, nunca me lo hubiera dicho.

—¿Trastornado? ¿Por qué?

—Terminemos con la historia. Después del veredicto y de la ejecución, mistress Little llamó a Johnny. Había dado a luz y estaba muriéndose.

Las orejas de Jester se habían puesto muy rojas.

—¿Le dijo ella a mi padre que le amaba? Apasionadamente, quiero decir.

—Le odiaba y así se lo dijo. Le maldijo por ser un abogado tan malo, por airear sus propias ideas acerca de la justicia a expensas de su cliente. Maldijo y acusó de mal abogado a Johnny, manteniendo que si hubiera llevado el caso como un asunto evidente de defensa propia, Sherman Jones estaría en libertad. ¡Una mujer moribunda,

delirando, gimiendo, lamentándose, maldiciendo! Dijo que Sherman Jones era el hombre más limpio, más decente que había conocido nunca, y que le amaba. Le enseñó a Johnny al recién nacido, de piel oscura y con sus mismos ojos azules. Cuando Johnny volvió a casa parecía un hombre que hubiera bajado las cataratas del Niágara en un barril.

»Dejé que Johnny hablara, luego le dije: "Hijo, espero que habrás aprendido la lección. Esa mujer no podía amar de verdad a Sherman Jones. El es negro y ella blanca."

—Abuelo, hablas como si amar a un negro fuera como amar a una jirafa o algo así.

—Está claro que no se trataba de amor. Era lujuria. La lujuria se siente fascinada por lo extraño, lo perverso y peligroso. Eso es lo que yo le dije a Johnny. Luego le pregunté por qué se lo tomaba tan a pecho. Johnny dijo: «Porque yo amo a mistress Little, ¿o prefieres que lo llame lujuria?»

»"Lujuria o locura, hijo", le respondí.

—¿Qué pasó con el niño? —preguntó Jester.

—Es evidente que Rice Little cogió al niño tras la muerte de mistress Little y lo dejó en un banco de la Iglesia de la Sagrada Ascensión, de Milan. Tuvo que haber sido Rice Little, es el único que lo pudo hacer.

—¿Se trata de nuestro Sherman?

—Sí, pero no le cuentes nada de esto —le advirtió el juez.

—¿Se mató mi padre el día en que mistress Little le enseñó el niño y le maldijo y lo acusó?

—Esperó hasta la tarde del día de Navidad, una semana después. Cuando yo creía que le había metido algo de sentido común en la cabeza y que todo se había terminado. Aquella Navidad empezó como cualquier otra Navidad, se abrieron los regalos por la mañana, y dejamos un montón de papeles de envolver al pie del árbol. Su madre le regaló un alfiler de corbata con una perla y yo le regalé una caja de puros y un reloj sumergible y antichoque. Recuerdo a Johnny probando el reloj, golpeándolo y metiéndolo dentro de una

taza de agua. Una y otra vez me reprocho el no haber notado nada especial aquel día; éramos como hermanos gemelos y debí darme cuenta de que estaba desesperado. ¿Era normal hacer el tonto con un reloj resistente a los golpes y al agua? Dímelo, Jester.

—No lo sé, pero no llores, abuelo.

Pues el juez, que no había llorado en todos aquellos años, por fin estaba sollozando por su hijo. El viaje al pasado que había hecho con su nieto había desatado misteriosamente su obstinado corazón de modo que sollozaba en voz alta. Voluptuoso en todo, ahora se abandonaba a su llanto y hallaba placer en él.

—No llores, abuelo —dijo Jester—. Abuelito, no llores.

Tras horas de recuerdos, el juez volvió de nuevo al presente.

—Está muerto —dijo—. Mi querido hijo está muerto pero yo sigo vivo. La vida está tan llena de cosas. De barcos, de coles y rosas. No es así. De barcos y…, y…

—Y lacre —exclamó Jester.

—Eso es. La vida está llena de tantas cosas, de barcos y lacre y coles y rosas. Eso me recuerda, hijo, que tengo que comprar una lupa nueva. La letra impresa del *Milan Courier* me baila más cada día. Y el mes pasado tuve una escalera de color delante y no la vi…, tomé un siete por un nueve. Me enfadé tanto conmigo mismo que estuve a punto de echarme a llorar en el reservado del Café Nueva York.

»Y además, voy a comprar un aparato para oír aunque siempre he mantenido que eran cosas de viejos y que no funcionan. Además, uno de estos años tendré segundos sentidos. La vista mejorada, el oído mejorado, una gran mejoría de todos los sentidos.

Cómo lograría todo esto, el juez no lo explicó, pero viviendo en el presente y soñando en un futuro más viejo, se sintió contento. Tras las emociones de la tarde durmió en paz toda aquella noche de invierno y no se despertó hasta las seis de la mañana siguiente.

Capítulo 1§1

¿QUIÉN soy? ¿Qué soy? ¿Adónde voy? Estas preguntas, fantasmas que persiguen el corazón de los adolescentes, encontraron al fin respuesta para Jester. Los sueños intranquilos acerca de Grown Boy, que le hacían sentirse culpable y confuso, ya no le molestaban. Y desaparecieron sus sueños de salvar a Sherman de una multitud perdiendo su propia vida mientras Sherman le miraba, deshecho por la pena. Desaparecieron también los sueños de que salvaba a Marilyn Monroe de una avalancha en Suiza y que se paseaba en medio de un gran desfile como un héroe por Nueva York. Había sido una fantasía interesante, pero después de todo, salvar a Marilyn Monroe no era una carrera. ¡Había salvado a tantas personas y había sufrido tantas muertes de héroe! Sus sueños casi siempre sucedían en países extranjeros. Nunca en Milan, nunca en Georgia, siempre en Suiza, o Bali o en cualquier otro sitio. Pero ahora sus sueños habían cambiado de un modo extraño. Tanto sus sueños nocturnos como sus fantasías diurnas. Noche tras noche soñaba con su padre. Y al encontrar a su padre, fue capaz de encontrarse a sí mismo. Era hijo de su padre y sería abogado. Una vez desaparecida la confusión que producía el tener demasiadas cosas que escoger, Jester se sintió feliz y libre.

Se alegró cuando empezó el nuevo curso en el colegio. Estrenaba la ropa que le habían regalado en Navidad (zapatos nuevos, camisa blanca, pantalones de franela, todo nuevo), era libre, tenía confianza en sí mismo ahora que al fin tenía respuesta para «¿Quién soy?»,

«¿Qué soy?», «¿Adónde voy?». Estudiaría mucho aquel curso, especialmente inglés e historia; leería la Constitución y aprendería de memoria los grandes discursos, tanto si se lo exigían como si no.

Ahora que el misterio de su padre se había esclarecido, su abuelo le hablaba ocasionalmente de él; no muy a menudo, no llorando, sino como si Jester hubiera sido iniciado como un masón, un Elk, o algo parecido. De modo que Jester pudo hablarle a su abuelo de sus planes, decirle que iba a estudiar Derecho.

—El Señor sabe que nunca te he animado a ello. Pero si eso es lo que quieres, hijo, te ayudaré lo mejor que pueda. —Secretamente el juez estaba entusiasmado. No podía evitar demostrarlo—. ¿De modo que quieres emular a tu abuelo?

—Quiero ser como mi padre —dijo Jester.

—Tu padre, tu abuelo…, éramos como hermanos gemelos. Eres otro Clane que sale del mismo tronco.

—¡Oh, me siento tan aliviado! —exclamó Jester—. Había pensado en tantas cosas que podía hacer en la vida. Tocar el piano, pilotar un avión. Pero ninguna acababa de encajar. Era como encontrarme en un callejón sin salida.

A comienzos del nuevo año el tono monótono de la vida del juez se interrumpió inesperadamente. Una mañana cuando Verily entró a trabajar, colgó su sombrero en la percha del porche trasero, pero no se dirigió a la parte delantera de la casa para iniciar la limpieza como de costumbre. Se quedó plantada en la cocina, sombría, obstinada, implacable.

—Juez —dijo—, quiero los papeles.

—¿Qué papeles?

—Los papeles del gobierno.

Para su asombro y amargándole el primer puro del día, Verily se puso a hablar de la seguridad social.

—Una parte de mi sueldo va al gobierno y usted paga la otra parte.

—¿Quién te ha estado calentando la cabeza? —El anciano juez pensó que seguramente se trataba de otra Reconstrucción, pero

estaba asustado y lo dejó pasar.

—La gente habla de eso.

—Vamos a ver, Verily, sé razonable. ¿Por qué quieres dar tu dinero al gobierno?

—Porque es la ley y el gobierno está atrapando a la gente. A gente que yo conozco. Es eso del impuesto sobre la renta.

—¡Por Dios! ¡No querrás pagar impuestos!

—Sí quiero.

El juez presumía de entender perfectamente a los negros y dijo con suave firmeza:

—Te haces un lío, olvida todo eso —y añadió con tono de desamparo—: ¡Pero, Verily, si llevas con nosotros cerca de quince años!

—Quiero estar dentro de la ley.

—Pues es una ley que se mete donde no le importa.

La verdad de lo que quería Verily surgió al fin:

—Quiero mi pensión de vejez cuando llegue la hora.

—¿Y para qué necesitas una pensión de vejez? Yo me ocuparé de ti cuando seas demasiado vieja para trabajar.

—Juez, usted ya pasa de los años que la Biblia dice que vivirá un hombre.

Aquella referencia a su mortalidad enfureció al juez. De hecho, aquella situación le ponía fuera de sí. Además, se sentía confuso. Siempre había creído que entendía a los negros perfectamente. Nunca se había dado cuenta de que cada domingo, a la hora de comer, cuando decía: «Ah, Verily, en verdad te digo: morarás en la casa del Señor para siempre», no se había dado cuenta de cómo, domingo tras domingo, eso irritaba a Verily. Tampoco había notado lo muy afectada que estaba después de la muerte de Grown Boy. Creía entender a los negros, pero no era observador.

Verily no daba su brazo a torcer.

—Hay una señora que me arreglará los papeles del gobierno, y me pagará cuarenta dólares a la semana, con sábados y domingos libres.

—¡Bueno, pues vete con ella!

—Puedo encontrar a alguien que trabaje para usted, juez. Ellie Carpenter ocupará mi puesto.

—¡Ellie Carpenter! Sabes perfectamente que tiene menos seso que un mosquito.

—Bueno, ¿y qué piensa de ese inútil de Sherman Pew?

—Sherman no es un criado.

—Bueno, ¿pues entonces qué cree usted que es?

—No es un criado profesional.

—Hay una señora que me arreglará los papeles del gobierno, me pagará cuarenta dólares a la semana, y me dejará los sábados y los domingos libres.

El juez se ponía cada vez más furioso. En los viejos tiempos se pagaba a un criado tres dólares a la semana y el criado se consideraba bien pagado. Pero, año tras año, el sueldo de los criados subía de tal modo que el juez ya pagaba a Verily treinta dólares a la semana, y había oído que a los criados bien preparados les pagaban treinta y cinco y hasta cuarenta. Y escaseaban demasiado en aquellos tiempos. Siempre había mimado al servicio; de hecho, siempre opinó que había que tratarlos con humanidad, ¿tendría que aceptar también aquellos sueldos elevados? Pero, deseando paz y comodidad, el juez trató de dar marcha atrás.

—Pagaré yo mismo tu seguridad social.

—No me fío de usted —dijo Verily.

El juez se dio cuenta por primera vez de que Verily era una mujer agresiva. Su tono de voz ya no era humilde, sino agresivo.

—Esa mujer me arreglará los papeles del gobierno y me pagará cuarenta dólares a la semana.

—¡Pues vete con ella!

—¿Ahora mismo?

Aunque el juez pocas veces levantaba la voz a un criado, gritó:

—¡Ahora mismo, condenada! ¡Me alegrará librarme de ti!

Aunque Verily tenía mal genio, se controló y no dijo nada. Solo sus labios, púrpura y arrugados, hicieron un gesto de ira. Fue al

porche trasero y se puso cuidadosamente su sombrero con flores de color rosa. Ni tan siquiera volvió la vista a la cocina donde había trabajado durante cerca de quince años. Tampoco le dijo adiós al juez al atravesar con paso firme la puerta.

La casa quedó en absoluto silencio, y el juez tuvo miedo. Tenía miedo de que si se quedaba solo allí, en su propia casa, podría sufrir un ataque. Jester no volvería del colegio hasta la tarde, y él no podía quedarse solo. Recordó que Jester cuando era niño gritaba en la oscuridad:

—¿Hay alguien? ¡Quien sea!

El juez sintió ganas de chillar eso ahora. Hasta que la casa había quedado en silencio, el juez nunca había sabido cuánto necesitaba que hubiera voces. Fue a la plaza del juzgado para contratar a una nueva criada, pero los tiempos habían cambiado. Uno ya no podía encontrar un negro en la plaza del juzgado. Preguntó a tres negros, pero todos tenían empleo, y le miraron como si el juez estuviera loco. Conque fue a la barbería. Se cortó y lavó el pelo con champú, se afeitó y, para matar el tiempo, se hizo la manicura. Después de hacerse todo lo posible en la barbería, se dirigió al Salón Verde del hotel Taylor para pasar otro rato. Se pasó otras dos horas comiendo en el Salón de té *Cricket* y luego se dio una vuelta por la farmacia para ver a J. T. Malone.

Desarraigado y triste, el juez pasó tres días en este plan. Le daba miedo quedarse solo en casa, y se pasaba el tiempo en las calles de Milan o en el Salón Verde del hotel Taylor, o en la barbería, o sentado en uno de los bancos para blancos de la plaza del juzgado. A la hora de cenar, freía unos filetes para él y Jester, y Jester lavaba los platos.

Como siempre había encontrado criados cuando los necesitaba, no se le ocurrió acudir a una agencia. La casa estaba sucia. Es difícil decir cuánto habría durado este estado de cosas. Un día fue a la farmacia y le preguntó a J. T. Malone si mistress Malone podría ayudarle a encontrar una criada. J. T. Malone prometió hablarle a mistress Malone.

Los días de enero tenían brillos azules y dorados y hacía calor. De hecho, era una falsa primavera. J. T. Malone, mejorado por el cambio de tiempo, pensó que estaba mejor y planeó un viaje. Solo y en secreto iba a ir al Johns Hopkins. En aquella primera fatal visita al doctor Hayden, este había calculado que le quedaba de un año a quince meses de vida, y ya habían pasado diez meses. Se encontraba mucho mejor y se preguntaba si los médicos de Milan no se habrían equivocado. Le dijo a su mujer que iba a Atlanta a asistir a un congreso farmacéutico, y el secreto y el engaño le gustaron tanto que casi estaba alegre cuando emprendió su viaje al Norte. Con un sentimiento de culpa e inquietud, viajó en coche-cama, mató el tiempo en el bar, pidió dos *whiskys* antes de comer y comió mariscos, aunque el plato especial del día era hígado.

A la mañana siguiente llovía en Baltimore y Malone tenía frío y estaba mojado cuando explicaba a la recepcionista de la sala de espera lo que quería.

—Quiero ver al mejor médico de este hospital porque los médicos de mi pueblo están poco al día y no me fío de ellos.

Siguieron los reconocimientos que ya le eran familiares, la espera por el resultado de los análisis, y finalmente llegó el veredicto de siempre. Enfermo de rabia, Malone regresó en autobús a Milan.

Al día siguiente fue a ver a Herman Klein y puso su reloj encima del mostrador.

—Este reloj atrasa aproximadamente dos minutos a la semana —dijo impertinente al relojero—. Exijo que mi reloj señale la hora exacta lo mismo que los de las estaciones del ferrocarril. —Pues en el limbo en que vivía, a la espera de la muerte, Malone estaba obsesionado con el tiempo. Siempre atosigaba al relojero, quejándose de que su reloj marchaba con dos minutos de retraso o tres de adelanto.

—Ya repasé este reloj hace un par de semanas.

—¿Adónde vas para tener que llevar la hora tan exacta como la de los trenes?

La rabia hizo que Malone apretara los puños hasta que los nudillos se le pusieron blancos y juró como un niño enfadado:

—¡Qué demonios te importa adónde voy! ¡Qué coño te importa!

El relojero le miraba, asombrado ante aquella ira sin sentido.

—Si no puedes proporcionarme el servicio adecuado, iré a otro sitio.

Cogiendo su reloj, Malone salió de la relojería. Dejó a Herman Klein mirándole asombrado. Habían sido leales clientes uno del otro durante cerca de veinte años.

Malone pasaba por una época en la que se veía sujeto con bastante frecuencia a ataques súbitos de rabia. No podía pensar directamente en su propia muerte porque le resultaba irreal. Pero esta ira, irreflexiva, que le sorprendía incluso a él mismo, se apoderaba frecuentemente de él en los momentos más tranquilos. Una vez estaba cascando nueces con Martha para adornar una tarta o algo así, cuando arrojó el cascanueces al suelo y se pinchó con una pelota que Tommy había dejado en la escalera, y la arrojó con tal fuerza que rompió uno de los cristales de la puerta principal. Pero aquellos ataques de ira no le calmaban. Cuando cedían, Malone quedaba con la sensación de que algo terrible e incomprensible iba a suceder y no podía evitarlo.

Mistress Malone le encontró una criada al juez, así que este se vio salvado de las calles de Milan. Era casi india pura y muy silenciosa. Pero el juez ya no tenía miedo de estar solo en casa. Ya no deseaba gritar: —¿Hay alguien? ¡Quien sea!

La presencia de otro ser humano le consolaba tanto, que la casa con la vidriera de colores, la consola con el espejo, la biblioteca familiar y el comedor y la sala, ya no estaban en silencio. La cocinera se llamaba Lee y las comidas eran pésimas, estaban mal hechas y mal servidas. Cuando servía la sopa al comienzo de todas las comidas, sus pulgares estaban metidos medio centímetro dentro de la sopera. Pero no había oído hablar de la seguridad social y

tampoco sabía leer ni escribir, lo que le proporcionaba al juez una cierta satisfacción. No se preguntaba por qué.

Sherman no cumplió del todo su amenaza de dejar al juez, pero sus relaciones se habían deteriorado mucho. Venía todos los días y le ponía las inyecciones. Luego, hosco y con aspecto enfadado, se paseaba por la biblioteca, sacaba punta a los lápices, leía poesía inmortal al juez, preparaba los ponches del mediodía y cosas así. Se negó a escribir cartas acerca del dinero confederado. Aunque el juez sabía que se comportaba deliberadamente mal y que no conseguía que trabajara nada, dejó que se quedara, esperando que las cosas cambiarían a mejor. Ni siquiera permitía que el anciano juez presumiera de su nieto y de su decisión de estudiar Derecho. Cuando mencionaba el tema, Sherman canturreaba o bostezaba como un cocodrilo. El juez repetía con frecuencia:

—La ociosidad es la madre de todos los vicios.

Cuando el juez decía esto, miraba directamente a Sherman, pero Sherman se limitaba a devolverle la mirada.

Un día el juez dijo:

—Quiero que vayas a mi despacho del juzgado y busques en el archivo metálico la entrada «Recortes». Quiero leer los recortes de periódico que hablan de mí. Aunque no lo sepas, soy un hombre importante.

—En el archivo metálico, en la letra «R», «Recortes» —repitió Sherman, pues le encantaba el encargo. Nunca había estado en el despacho del juez y le apetecía mucho.

—No metas la nariz en mis papeles importantes. Limítate a coger los recortes.

—Yo no meto las narices en ninguna parte —dijo Sherman.

—Prepárame un ponche antes de irte. Ya son las doce.

Sherman no compartió el ponche del mediodía, sino que se dirigió directamente al juzgado. En la puerta de la oficina, sobre el cristal esmerilado se leía: CLANE E HIJO, ABOGADOS. Con un escalofrío de placer, Sherman abrió la puerta y entró en la soleada habitación.

Después de encontrar la entrada «Recortes» se puso a revolver los demás papeles del archivo metálico. No buscaba nada especial, era simplemente un metomentodo nato, y estaba enfadado porque el juez hubiera dicho: «No metas las narices.» Pero a la una, mientras el juez estaba comiendo, Sherman encontró la carpeta que contenía los documentos del sumario de Johnny. Vio el nombre de Sherman. ¿Sherman? ¿Sherman? Aparte de este Sherman, soy el único que conozco con ese mismo nombre. ¿Cuántos Sherman habrá en la ciudad? Cuando leyó los papeles, la cabeza se le fue. A la una de aquella tarde se enteró de que existió un hombre de su propia raza al que el juez había mandado ejecutar, y que su nombre era Sherman. Y había una mujer blanca a quien se acusaba de joder con el negro. No lo podía creer. ¿Nunca iba a estar seguro? Pero una mujer blanca, de ojos azules, todo resultaba distinto a como lo había soñado. Era como un extraño y angustioso crucigrama. Y él, Sherman… ¿Quién soy? ¿Qué soy? Todo lo que sabía en aquel momento era que se encontraba mal. En sus oídos resonaban torrentes de palabras de desgracia y vergüenza. No, Marian Anderson no había sido su madre, ni Lena Horne, ni Bessie Smith, ni ninguna de las dulces damas de su infancia. Le habían engañado. Le habían estafado. Quería morir como había muerto aquel negro. Pero nunca se enredaría con una blanca, de eso estaba seguro. ¡Como Otelo, aquel moro idiota! Lentamente volvió a poner la carpeta en su sitio, y cuando regresó a casa del juez caminaba como un enfermo.

El juez acababa de despertar de su siesta; ya era tarde cuando volvió Sherman. Al no ser observador, el juez no se fijó en su rostro agitado ni en sus manos temblorosas. Le pidió que le leyera en voz alta los recortes y Sherman estaba demasiado hundido para no obedecer.

El juez repetía las frases que leía Sherman, como:

Una estrella fija en la galaxia de los estadistas sureños. Un hombre de aguda visión, cumplidor y honorable. Una gloria de este Estado y del Sur.

—¿Lo ves? —decía el anciano juez a Sherman.

Sherman, todavía afectado, dijo con voz temblorosa:

—¡Tiene usted unos jamones como los de un cerdo!

El juez, aún absorto en su propia grandeza, creyó que se trataba de un cumplido y dijo:

—¿Qué dices, muchacho?

Pues aunque el juez se había comprado un aparato para oír y una nueva lupa, su vista y oído disminuían rápidamente y no contaba con un segundo sentido de la vista ni con una mejora de todos sus sentidos.

Sherman no respondió, porque tener unos jamones de cerdo era una cosa, pero no era suficiente insulto teniendo en cuenta su propia vida y los jodidos ojos azules y de quien procedían. Iba a *hacer algo, hacer algo, hacer algo*. Pero cuando quiso tirar violentamente sobre la mesa el montón de papeles, estaba tan débil que los dejó tranquilamente encima.

Cuando Sherman se marchó, el juez quedó solo. Acercó su lupa a los recortes y se los leyó en voz alta a sí mismo, todavía absorto en su grandeza.

Capítulo 12

EL verde dorado del comienzo de la primavera se había oscurecido transformándose en el follaje denso, azulado, de primeros de mayo, y el calor del verano volvió a abatirse sobre la ciudad. Con el calor llegó la violencia y Milan apareció en los periódicos: *The Flowering Branch Ledger, The Atlanta Journal, The Atlanta Constitution* y hasta en la revista *Time*. Una familia negra se trasladó a una casa de un barrio de blancos y les pusieron una bomba. No murió nadie, pero tres niños resultaron heridos y sentimientos agresivos surgieron por toda la ciudad.

Cuando lo de la bomba, Sherman tenía problemas. Quería *hacer algo, hacer algo, hacer algo*, pero no sabía qué hacer. Lo de la bomba quedó apartado en su lista negra. Y poco a poco empezó a pasarse de la raya. Primero bebió agua en la fuente de los blancos de la plaza del juzgado. Nadie pareció darse cuenta. Fue al retrete de los blancos de la estación de autobuses. Pero lo hizo rápidamente y de modo tan furtivo que tampoco se dio cuenta nadie. Se sentó en uno de los bancos de atrás de la Iglesia Baptista. Tampoco se dio cuenta nadie excepto un ujier que, al final del servicio, le indicó donde estaba la iglesia para los de color. Se sentó en el *drugstore* Whelan. Un empleado le dijo:

—Fuera de aquí, negro de mierda, y no vuelvas nunca más.

Todos estos actos aislados que se pasaban de la raya le aterraban. Le sudaban las manos y el corazón le latía con fuerza. Pero aunque estaba aterrado, lo que más le molestaba era que nadie

se hubiera fijado en él excepto el empleado de Whelan. Atormentado y dolorido, aquel *tengo que hacer algo, hacer algo, hacer algo*, sonaba como un tambor dentro de su cabeza.

Por fin hizo algo. Al ponerle las inyecciones al juez aquella mañana, sustituyó la insulina por agua. Durante tres días hizo lo mismo y esperó. Y una vez más, y de un modo extraño, no parecía ocurrir nada. El juez seguía tan inquieto como siempre y no tenía el más mínimo aspecto de estar enfermo. Pero aunque odiaba al juez y pensaba que debía ser eliminado de la faz de la tierra, sabía desde el principio que tendría que ser con un asesinato político. No podía matarlo así como así. Si se trataba de un asesinato político, quizá pudiera hacerlo con un puñal o con una pistola, pero no disimuladamente, sustituyendo la insulina por agua. Eso ni siquiera se notaría. Al cuarto día volvió a la insulina. Apremiante, incesante, el tambor sonaba dentro de su cabeza.

Entretanto, el juez, nada observador, se mostraba agradable y especialmente amable. Esto enfurecía a Sherman. Llegó un momento en que ni con el juez, ni con otros blancos, encontraba motivo para su odio, solo resentimiento. Quería pasarse de la raya y tenía miedo, quería llamar la atención y tenía miedo de que se fijaran en él. Sherman estaba obsesionado aquellos primeros días de mayo. *Tengo que hacer algo, hacer algo, hacer algo*.

Pero cuando hizo algo, fue una cosa tan extraña y estúpida que ni siquiera él logró entenderla. Un atardecer, a última hora, cuando atravesaba el jardín trasero del juez, Tige, el perro de Jester, le saltó a los hombros y le lamió la cara. Sherman nunca llegaría a entender por qué hizo lo que hizo. Pero, deliberadamente, cogió una cuerda de tender la ropa, hizo un nudo corredizo, y colgó al perro de la rama de un olmo. El perro se agitó solo unos pocos minutos. El anciano y sordo juez no oyó sus ahogados ladridos y Jester estaba fuera.

Sin embargo, y aunque era muy temprano, Sherman se durmió como un tronco sin cenar y solo despertó cuando Jester aporreó su puerta a las nueve de la mañana.

—¡Sherman! —gritaba Jester con voz estridente debido a la impresión.

Mientras Sherman se vestía sin ninguna prisa, y se echaba agua a la cara, Jester seguía aporreando la puerta y gritando. Cuando Sherman abrió, Jester medio lo arrastró hasta el jardín trasero de la casa del juez. El perro, con la rigidez de la muerte, colgaba sobre un fondo de cielo azul de mayo. Ahora Jester lloraba.

—Tige, Tige. ¿Cómo? ¿Por qué?

Después se volvió hacia Sherman que tenía la mirada clavada en el suelo. Una sospecha de pesadilla invadió a Jester, y súbitamente se confirmó al ver a Sherman con los ojos bajos.

—¿Por qué, Sherman? ¿Por qué has hecho esta locura?

Miraba a Sherman, aturdido, sin hacerse cargo de la realidad. Quería decir algo acertado, hacer algo acertado, y no quería vomitar. No vomitó, sino que fue al cobertizo en busca de una pala para cavar la sepultura. Pero cuando descolgó el cuerpo, cortó el nudo corredizo y colocó a Tige en la sepultura, sintió que iba a desmayarse.

—¿Cómo has sabido tan pronto que he sido yo?

—Por tu cara, en seguida lo supe.

—Te veía pasear ese perro de blanco, vestido con esos pantalones de carapijo, yendo a un colegio de blancos. ¿Por qué nadie se fija en mí? Hago cosas, y nadie se da cuenta. Buenas o malas, nadie se da cuenta. La gente hacía más caso a ese maldito perro que a mí. Y solo se trataba de un perro.

—Pero yo le quería. Y Tige también te quería a ti —dijo Jester.

—Yo no quiero al perro de ningún blanco, no quiero a nadie.

—Pero la impresión. No consigo recobrarme.

Sherman pensó en el sol de mayo iluminando los documentos del juzgado.

—Tú has recibido una impresión, pero no eres el único al que le ha sucedido eso.

—Una cosa como esta me lleva a pensar que deberías estar en el manicomio.

—¡Manicomio! —se burló Sherman. Sus manos fláccidas se movieron como imitando a un idiota—. Soy demasiado listo, niño, para estar en el manicomio.

Nadie creería lo que he hecho con el perro. Ni siquiera un médico de locos. Si piensas que es una locura, espera y verás lo que voy a hacer ahora.

Impresionado por el tono amenazador de su voz, Jester no pudo evitar la pregunta:

—¿Qué?

—Voy a hacer la mayor locura que haya hecho en toda mi vida, yo o cualquier otro negro.

Pero Sherman no quiso decirle a Jester lo que planeaba hacer, ni Jester consiguió que Sherman se sintiera culpable por la muerte de Tige, ni tampoco que se diera cuenta que estaba comportándose como un insensato. Demasiado trastornado para ir al colegio aquel día, demasiado nervioso para quedarse en casa, le contó a su abuelo que Tige había muerto, que había muerto mientras dormía y que lo había enterrado, y el anciano juez no hizo más preguntas. Luego, y por primera vez en su vida, Jester hizo novillos y fue al aeropuerto.

El anciano juez esperó en vano a Sherman, pero Sherman estaba escribiendo una carta con una «caligrafía de ángel». Escribía a una agencia de Atlanta para alquilar una casa en la zona de los blancos de Milan. Cuando el juez lo llamó, Sherman dijo que ya no volvería a trabajar y que Su Señoría podía ir buscándose a otro que le pusiera las inyecciones.

—¿Quieres decir que me dejas plantado?

—Eso es, lo dejo plantado, juez.

El juez estaba otra vez solo, sin Sherman. Mientras leía el *Milan Courier* con su nueva lupa, con aquella silenciosa criada medio india que jamás cantaba y Jester en el colegio, el juez se sentía cansado y aburrido. Fue una bendición que se celebrara una convención de veterinarios en la ciudad. Poke Tatum asistía a la convención y él y otra media docena de participantes se hospedaron en casa del juez. Eran médicos de mulas, médicos de cerdos, médicos de perros,

bebieron sin parar y bajaban la escalera deslizándose por el pasamanos. El juez consideraba que aquello de deslizarse por el pasamanos era ir demasiado lejos, y echó de menos las delicadas reuniones eclesiásticas de su mujer, cuando los predicadores y los delegados de las iglesias cantaban himnos y cuidaban sus modales. Cuando la convención de veterinarios terminó y Poke se hubo ido, la casa resultó más solitaria que nunca y el vacío que invadió al juez más triste que nunca. Maldijo a Sherman por haberle dejado. Recordó los tiempos en que no solo había una criada en la casa, sino dos o tres, de modo que las voces de la casa se mezclaban como torrentes.

Entretanto, Sherman había recibido respuesta de la agencia y envió un giro postal para pagar el alquiler. No le hicieron preguntas sobre su raza. Se trasladó dos días más tarde.

La casa estaba a la vuelta de la esquina de la casa de Malone, junto a las tres casitas que había heredado mistress Malone. Había una tienda más allá de la casa que había alquilado Sherman, y luego el barrio era enteramente de negros. Pero deteriorada y estropeada como estaba, su casa se encontraba en el barrio de los blancos. Sammy Lank y su numerosa familia vivían en la puerta de al lado. Sherman compró a plazos un piano de media cola y preciosos muebles de estilo más o menos antiguo e hizo que se los llevaran a la nueva casa.

Se mudó a mediados de mayo y por fin se fijaron en él. La noticia se extendió como un reguero de pólvora por la ciudad. Sammy Lank fue a quejarse a Malone y Malone fue a ver al juez.

—Me ha dejado plantado. Estoy demasiado furioso para ocuparme de él.

Sammy Lank, Bennie Weems y Max Gerhardt, el químico, rondaban la casa del juez. El juez empezó a trabajarse a Malone.

—Yo no estoy de acuerdo con la violencia más que tú, J. T., pero cuando sucede una cosa así considero que tengo el deber de actuar.

En secreto el juez estaba excitado. En los viejos tiempos, el juez había pertenecido al Ku Klux Klan y lo echó en falta cuando el Klan

fue suprimido y ya no pudo asistir a aquellas reuniones de Pine Mountain vestido con una sábana blanca y sintiéndose poseído de un secreto poder invisible.

Malone, que no había sido del Ku Klux Klan, se sentía especialmente cansado aquellos días. La casa no era propiedad de su mujer, a Dios gracias, y además era una casa desvencijada y con las paredes abombadas.

—A personas como tú o yo, J. T., no nos pueden afectar cosas de ese tipo —dijo el juez—. Yo tengo mi casa aquí y tú tienes la casa en una calle muy buena. No nos afecta. No es probable que los negros nos invadan. Pero hablo como el ciudadano más importante de esta ciudad. Hablo por los pobres, los necesitados. Nosotros, los ciudadanos importantes, debemos servir de portavoz a los más humildes. ¿Te fijaste en Sammy Lank cuando vino a casa? Creí que iba a sufrir un ataque de apoplejía. Muy excitado, como es natural, dado que su casa es la casa de al lado. ¿Qué te parecería a ti si vivieras al lado de un negro?

—No me gustaría.

—Tu propiedad se depreciaría, la propiedad que la anciana mistress Greenlove dejó a tu mujer se depreciaría.

—Llevo años diciéndole a mi mujer que venda esas tres casas —dijo Malone—. Se han convertido en una especie de barrio bajo.

—Tú y yo, como importantes ciudadanos de Milan…

Malone se sintió vagamente orgulloso al verse comparado con el juez.

—Otra cosa —siguió el juez—. Tú y yo contamos con nuestras propiedades y nuestra posición y se nos respeta. Pero ¿qué tiene Sammy Lank aparte de montones de hijos? Sammy Lank y otros blancos pobres no tienen más que el color de su piel. No tienen propiedades, ni posibles, ni a nadie por debajo de ellos…, esa es la clave de todo el asunto. Es triste admitirlo, pero la naturaleza humana, todos y cada uno de los hombres, tienen que tener a alguien por debajo de ellos. Y Sammy Lank solo tiene a los negros por debajo de él. Ya ves, J. T., es una cuestión de orgullo. Tú y yo

tenemos nuestro orgullo, el orgullo de nuestra sangre, el orgullo de nuestros descendientes. ¿Pero qué tiene Sammy Lank a no ser montones de trillizos y gemelos de rostro blanco, y una mujer, destrozada por tantos embarazos que se sienta en el porche a oler rapé?

Acordaron que se celebraría una reunión en la farmacia de Malone después del cierre y que Jester llevaría en el coche al juez y a Malone a la reunión. Aquella noche de mayo había una luna serena, pero Malone miraba a la luna con una tristeza insondable. ¿Cuántas noches de mayo había contemplado la luna? ¿Y cuántas le quedarían de ver una luna igual?

¿Sería aquella la última?

Mientras Malone permanecía sentado en el coche preguntándose estas cosas, Jester también se preguntaba de qué iría a tratarse en aquella reunión. Presentía que tenía algo que ver con el traslado de Sherman al barrio de los blancos.

Cuando Malone abrió la puerta lateral que daba a la rebotica, él y el juez se dispusieron a entrar.

—Vete a casa, hijo —dijo el juez a Jester—. Cualquiera de los muchachos nos llevará de vuelta.

Jester aparcó el coche a la vuelta de la esquina mientras Malone y el juez entraban en la farmacia. Malone enchufó el ventilador para que el aire caliente y cargado se convirtiera en brisa. No encendió todas las luces de la farmacia y la media luz daba un ambiente de conspiración.

Suponiendo que los que llegaran entrarían por la puerta lateral, le sorprendió oír una fuerte llamada en la puerta principal. Era el *sheriff* McCall, un hombre de delicadas manos amoratadas y con la nariz rota.

Entretanto, Jester había vuelto al *drugstore*. La puerta lateral estaba cerrada, pero no con llave, así que entró silenciosamente. Al mismo tiempo, un grupo de recién llegados llamó a la puerta principal y se les abrió. La presencia de Jester pasó inadvertida mientras permanecía muy silencioso en la oscuridad de la rebotica,

temiendo que le descubrieran y le echaran. ¿Qué hacían a aquellas horas cuando el *drugstore* ya estaba cerrado?

Malone no sabía cómo se desarrollaría la reunión. Había esperado que asistiera un grupo de ciudadanos importantes, pero exceptuados Hamilton Breedlove, el cajero del Banco de Milan, y Max Gerhardt, el químico, no había nadie importante. Estaban los compinches de póquer del juez, y estaban Bennie Weems y *Sport* Lewis y Sammy Lank. A algunos de los otros que iban llegando Malone solo los conocía de vista, pero no sabía cómo se llamaban. Llegó un grupo de muchachos vestidos con mono de trabajo. No, no eran ciudadanos importantes, sino chusma y gentuza en su mayor parte. Y encima, llegaron medio borrachos y la atmósfera era de carnaval. Se hizo poner una botella y luego se puso encima del mostrador. Antes del comienzo de la reunión, Malone ya lamentaba haber prestado su farmacia para aquello.

Quizá fuera culpa de su estado de ánimo, pero Malone recordaba algo desagradable de cada uno de los hombres que se reunían aquella noche. El *sheriff* McCall siempre le había hecho la pelota al anciano juez de un modo tan obvio que a Malone le ofendía. Además, una vez había visto al *sheriff* pegar a una chica negra con su porra en la esquina de la calle Mayor y la Doce. Tenía muy mala opinión de *Sport* Lewis. *Sport* se había divorciado de su mujer porque esta alegó crueldad mental. Malone, que era un buen padre de familia, se preguntaba qué sería aquello de crueldad mental. Mistress Lewis había conseguido un divorcio mexicano y más tarde se volvió a casar. Pero ¿qué era aquello de crueldad mental? Sabía que él no era un santo y que en una ocasión había cometido adulterio. Pero nadie fue herido y Martha jamás llegó a saberlo. ¿Crueldad mental? Bennie Weems era un holgazán y su hija estaba enferma así que siempre estaba en deuda con Malone y las facturas no se pagaban. Y se decía que Max Gerhardt era tan listo que podía calcular cuánto tardaría en llegar a la luna un ruido. Pero era alemán, y Malone nunca se fiaba de los alemanes.

Todos los reunidos en el *drugstore* eran personas vulgares, tan vulgares que habitualmente Malone jamás pensaba en ellos en ningún sentido. Pero aquella noche veía la debilidad de aquellas personas vulgares, sus defectos. No, ninguno de ellos eran personas importantes.

La redonda luna amarilla hizo que Malone se sintiera triste y con frío aunque la noche era caliente. El olor a *whisky* era fuerte y le mareaba un poco. Ya había más de una docena cuando le preguntó al juez:

—¿Ya están todos los que tienen que venir?

El propio juez parecía un poco desilusionado cuando respondió:

—Ya son las diez; supongo que sí.

El juez empezó a hablar con su anticuado y grandilocuente tono de orador:

—Conciudadanos, nos hemos reunido aquí como ciudadanos destacados de nuestra comunidad, como propietarios y como defensores de nuestra raza. —Se hizo el silencio en la habitación—. Poco a poco, a nosotros, ciudadanos blancos, se nos molesta, incluso se abusa de nosotros. Los criados son más difíciles de encontrar que una aguja en un pajar y a uno le cuesta un ojo de la cara mantenerlos. —El juez se escuchó a sí mismo, y al mirar a los reunidos comprendió que había elegido un camino equivocado. Pues era evidente que no se trataba de personas que tuvieran criados.

Empezó de nuevo:

—Conciudadanos, ¿no existen leyes de zonificación en esta ciudad? ¿Queréis que los que son más negros que el carbón se instalen en la puerta de al lado de vuestras casas? ¿Queréis ver a vuestros hijos amontonados en la parte de atrás de un autobús mientras los negros van sentados en la parte delantera? ¿Queréis ver a vuestras mujeres hablando con paletos negros por encima de la cerca de vuestros patios? —el juez planteó todas estas preguntas retóricas. El grupo murmuraba entre sí y de vez en cuando se oían gritos de:

—No, maldita sea, claro que no.

—¿Vamos a dejar que la zonificación de esta ciudad la decidan los negros? Os lo pregunto. ¿Vamos a dejar que sea así o no? —Manteniendo cuidadosamente el equilibrio, el juez golpeó con el puño el mostrador—. Esta es la hora decisiva. ¿Quién manda en esta ciudad, nosotros o los negros?

Se sirvió *whisky* en abundancia y en la habitación surgió una fraternidad en el odio.

Malone miró la luna a través del cristal de la ventana. La visión de la luna le hacía sentirse mal, pero había olvidado por qué. Deseaba estar cascando nueces con Martha, o en casa con los pies en la barandilla del porche bebiendo cerveza.

—¿Quién va a ponerle una bomba a ese hijoputa? —gritó una voz ronca.

Malone se dio cuenta de que pocos de los reunidos conocían de verdad a Sherman Pew, pero que una fraternidad en el odio les impulsaba a actuar juntos.

—¿Lo echamos a suertes, juez?

Bennie Weems, que ya había hecho este tipo de cosas anteriormente, le pidió lápiz y papel a Malone y se puso a romper el papel en tiras. Luego, puso una X en una de las tiras.

—Al que le toque la X: ese lo hará.

Frío, confuso por el jaleo, Malone todavía miraba la luna. Habló con voz seca:

—¿No podríamos hablar simplemente con el negro? Nunca me gustó, ni siquiera cuando era criado del juez. No es más que un negro engreído, irrespetuoso y despreciable. Pero no estoy a favor de la violencia y las bombas.

—Tampoco yo lo estoy, J. T. Y soy plenamente consciente de que nosotros, como miembros de este comité de ciudadanos, nos estamos tomando la justicia por nuestra propia mano. Pero si la ley no protege nuestros intereses y los intereses de nuestro hijos y descendientes, estoy dispuesto a prescindir de la ley si la causa es justa y si la situación amenaza los principios de nuestra comunidad.

—¿Todos preparados? —preguntó Bennie Weems—. Al que le toque la X, ese será.

En aquel momento Malone sintió una repugnancia especial por Bennie Weems. Era solo el empleado de un garaje con cara de comadreja, y un auténtico borrachuzo.

En la rebotica, Jester se mantenía tan pegado a la pared que tenía la cara apretada contra un frasco de medicinas. Iban a echar a suertes quién pondría la bomba en casa de Sherman. Tenía que avisar a Sherman, pero no sabía cómo salir de la farmacia, conque siguió escuchando.

—Podéis usar mi sombrero —dijo el *sheriff* McCall, alargando su Stetson.

El juez fue el primero y los otros le siguieron. Cuando Malone cogió su papel le temblaban las manos. Deseaba estar en casa, que era donde debía estar. Apretaba el labio superior contra el inferior. Todos desenrollaron sus papeles a la débil luz. Malone los contemplaba y veía, en uno tras otro, una expresión de alivio. Malone, atemorizado y lleno de miedo, no se sorprendió cuando al desenrollar su papel encontró la X.

—Supongo que me ha tocado a mí —dijo con voz apagada. Todos le miraron. Su voz se elevó de tono—. Pero si se trata de bombas o violencia, no lo haré.

»Caballeros —dijo mirando a su alrededor, y Malone comprendió que allí había muy pocos caballeros. Pero siguió—: Caballeros, estoy demasiado cerca de la muerte para pecar, para asesinar. —Sentía muchísima vergüenza al tener que hablar de la muerte delante de todas aquellas personas. Siguió con voz más segura—: No quiero poner en peligro mi alma. —Todos le miraban como si fuera un loco furioso.

Alguien dijo en voz baja:

—Gallina.

—Entonces, vamos a ver —dijo Max Gerhardt—, ¿por qué viniste a la reunión?

Malone tenía miedo de echarse a llorar allí en público, en el *drugstore*.

—Hace un año el médico me dijo que me quedaba un año o dieciséis meses de vida, y no quiero poner en peligro mi alma.

—¿A qué viene todo eso del alma? —preguntó Bennie Weems con voz aguda.

Agarrotado por la vergüenza, Malone repitió:

—Mi alma inmortal. —Le latían las sienes y tenía las manos fláccidas y temblorosas.

—¿Qué coño es eso de un alma inmortal? —preguntó Bennie Weems.

—No lo sé —dijo Malone—. Pero si poseo una, no quiero perderla.

El juez, viendo los apuros de su amigo, también se avergonzó.

—Anímate, hijo —dijo en voz baja. Luego, en voz alta se dirigió a los hombres—: Aquí, J. T., no cree que lo debamos hacer. Pero si lo hacemos, yo considero que debemos hacerlo todos juntos, pues *entonces* ya no es lo mismo.

Después de haber hecho el ridículo en público, Malone ya no tenía cara que salvar, así que dijo en voz muy alta:

—Sí que es lo mismo. Sea una persona o una docena de personas, se trata de la misma cosa, de un asesinato.

Acurrucado en la rebotica, Jester estaba pensando en que jamás hubiera creído que míster Malone fuera capaz de comportarse así.

Sammy Lank escupió en el suelo y volvió a decir:

—Gallina —luego añadió—: Yo lo haré. Me encantará. Se trata de la casa que está pegada a la mía.

Todos los ojos se volvieron hacia Sammy Lank que, de repente, se había convertido en un héroe.

Capítulo 13

JESTER fue inmediatamente a casa de Sherman para prevenirle. Cuando le contó lo de la reunión de la farmacia, la cara de Sherman se puso grisácea, con la palidez de las pieles oscuras cuando sufren un susto mortal.

«Le está bien —pensó Jester—. Por matar a mi perro.» Pero cuando vio temblar a Sherman, de pronto olvidó lo del perro y era como si estuviera viendo a Sherman por primera vez, tal y como lo había visto en aquel atardecer de verano hacía casi un año. El también se puso a temblar, y no por la pasión esta vez, sino por el miedo que sentía por Sherman, y por la tensión.

De pronto, Sherman se echó a reír.

—No te pongas así, Sherman. Tienes que salir de aquí. Tienes que marcharte de esta casa.

Cuando Sherman contempló la habitación con los muebles nuevos, el piano de media cola comprado a plazos, el sofá y las dos butacas de auténtico estilo antiguo, comprados a plazos también, se echó a llorar. Había fuego en la chimenea, pues aunque la noche era cálida, Sherman sentía frío y consideraba que el fuego daba una atmósfera íntima y hogareña. Al resplandor del fuego, las lágrimas eran púrpura y oro en su cara grisácea.

Jester insistió:

—Tienes que salir de aquí.

—¿Y abandonar mis muebles?

Con uno de sus violentos cambios de humor que Jester conocía tan bien, Sherman se puso a hablar de los muebles:

—Y ni siquiera has visto los muebles del dormitorio, con las sábanas color rosa y las almohadas tan mullidas. Ni mis trajes nuevos —abrió la puerta del armario—. Cuatro trajes totalmente nuevos de Hart, Schaffner & Marx.

Volviéndose violentamente hacia la cocina, dijo:

—Y la cocina, con todas sus modernas instalaciones. Y todo es mío. —En un éxtasis de propiedad, Sherman parecía haber olvidado por completo su miedo.

—Pero ¿no sabías que iba a ocurrir esto? —dijo Jester.

—Lo sabía y no lo sabía. ¡Pero no va a ocurrir! He mandado invitaciones porque doy una fiesta para inaugurar la casa. He comprado una caja de Lord Calvert, seis botellas de ginebra, seis botellas de champaña. Tomaremos caviar en tostadas recién hechas, pollo frito, remolacha a la Harvard, y verduras —Sherman contemplaba la habitación—. No va a ocurrir, muchacho, porque, ¿sabes cuánto han costado estos muebles? Me llevará más de tres años pagarlos y las bebidas y la ropa… —Sherman se acercó al piano y lo acarició cariñosamente—. Toda mi vida he deseado un elegante piano de cola.

—Deja de decir tonterías de pianos de cola y fiestas. ¿No comprendes que se trata de algo muy serio?

—¿Serio? ¿Por qué iban a ponerme una bomba? Nadie se ha fijado nunca en mí. Fui a unos grandes almacenes y me senté en uno de esos taburetes. Esto es verdad —(Sherman *había* ido a unos grandes almacenes y se sentó en uno de los taburetes. Pero cuando la dependienta se le acercó amenazadora, Sherman había dicho: «Estoy enfermo. ¿Podría darme un vaso de agua, señorita?»).

—Pero ahora ya se han fijado en ti —dijo Jester—. ¿Por qué no te olvidas de toda esa manía de los blancos y los negros y te vas al Norte donde a la gente no le importan demasiado estas cosas?

—Pero no puedo —respondió Sherman—. He alquilado esta casa con mi buen dinero y he comprado unos muebles preciosos. Estos

dos últimos días lo he estado arreglando todo. Y aunque está mal que lo diga yo mismo, resulta elegante.

La casa, de pronto, había pasado a ser todo su mundo. No había vuelto a pensar conscientemente en su origen desde su descubrimiento en el despacho del juez. Solo le quedaba una sensación de tinieblas y desolación. Tenía que ocuparse de los muebles, de otras muchas cosas, y siempre persistía una sensación de peligro y de que nunca se volvería atrás. Su corazón le decía: *He hecho algo, hecho algo, hecho algo*. Y el miedo solo avivaba su júbilo.

—¿Quieres ver mi traje verde nuevo? —Sherman, alocado por la tensión y la excitación, fue al dormitorio y se puso su nuevo traje de seda verde Nilo. Jester, que trataba desesperadamente de manejar al variable Sherman, le contemplaba pasearse por la habitación con su traje verde nuevo.

Jester solo logró decir:

—No me importan todos estos muebles y trajes, me importas tú. ¿No comprendes que se trata de algo muy serio?

—¿Serio, muchacho? —Sherman se puso a aporrear el Do en el piano—. Yo que he llevado una lista negra durante toda mi vida, y tú me dices que es algo muy serio. ¿No te conté lo de las vibraciones? ¡Yo vibro, vibro, vibro!

—Deja de aporrear el piano como un lunático y escúchame.

—He tomado una decisión. Así que me voy a quedar aquí. Precisamente aquí. Con bomba o sin ella. Además, ¿por qué coño te importa a ti todo esto?

—No sé por qué me importa tanto, pero me importa. —Una y otra vez Jester se había preguntado por' qué se preocupaba por Sherman. Cuando estaba con él, experimentaba una sensación que alternaba entre la zona del estómago y la del corazón. No todo el tiempo, sino espasmódicamente. Incapaz de explicárselo a sí mismo dijo—: Supongo que se trata de un asunto de entretelas.

—¿Entretelas? ¿Qué son entretelas?

—¿Nunca has oído la expresión entretelas del corazón?

—Mierda para las entretelas. No sé nada de entretelas. Lo único que sé es que he alquilado esta casa, que he pagado mi buen dinero, y que voy a quedarme. Lo siento.

—Pues ya puedes hacer algo mejor que sentirlo. Tienes que irte.

—Lo siento —dijo Sherman—, siento lo de tu perro.

Cuando Sherman habló, el pequeño y dulce espasmo de Jester se localizó en la región del corazón.

—Olvídate del perro. El perro está muerto. Y yo quiero que vivas para siempre.

—Nadie vive para siempre, pero mientras viva viviré sin frenos. — Y Sherman se echó a reír. Jester recordó otra risa. La risa de su abuelo cuando le habló de su hijo muerto. El inconsciente aporrear del piano, la insensata risa, agudizaron su pena.

Sí, Jester trataba de advertir a Sherman, pero él se negaba a aceptar la advertencia. Así que Jester tendría que actuar ahora. Pero ¿a quién acudir? ¿Qué podía hacer? Tenía que dejar a Sherman allí sentado, riéndose y aporreando el Do de su piano de media cola.

Sammy Lank no tenía ni idea de cómo fabricar una bomba, así que recurrió al listo de Max Gerhardt, que le hizo dos. Los sentimientos explosivos de los últimos días, la vergüenza, el ultraje, el insulto, el orgullo herido casi habían desaparecido, y cuando Sammy Lank se quedó allí de pie con la bomba en la mano aquella suave tarde de mayo mirando a Sherman a través de la ventana abierta, su pasión casi se había apagado del todo. Carecía de cualquier tipo de sentimientos excepto de una débil sensación de orgullo hueco porque estaba haciendo lo que tenía que hacer. Sherman estaba tocando el piano y Sammy le miró con curiosidad, preguntándose cómo un negro habría podido aprender a tocar el piano. Entonces Sherman se puso a cantar. Echó hacia atrás su fuerte cuello negro, y fue a aquella garganta adonde Sammy apuntó la bomba. Como estaba a una distancia de pocos metros, la bomba dio en el blanco. Tras tirar la primera bomba un sentimiento salvaje

y dulce volvió a apoderarse de Sammy Lank. Tiró la segunda bomba y la casa se puso a arder.

Una multitud se había reunido ya en la calle y el jardín. Vecinos, clientes de míster Peak, y hasta el propio Malone. Los coches de bomberos aullaban.

Sammy Lank sabía que había alcanzado al negro, pero esperó hasta que llegó la ambulancia y se quedó mirando cómo cubrían su cuerpo destrozado.

La multitud se quedó esperando frente a la casa. Los bomberos apagaron el fuego y la multitud se acercó. Sacaron el piano de media cola al jardín. No sabían por qué. Pronto se puso a llover suavemente. Míster Peak, que tenía una tienda de comestibles al lado de la casa, hizo un buen negocio aquella noche. El reportero del *Milan Courier* preparó un reportaje sobre las bombas para la primera edición del periódico.

Como la casa del juez estaba en otra zona de la ciudad, Jester ni siquiera oyó el ruido de las bombas, y no se enteró de lo sucedido hasta la mañana siguiente. El juez, que se había vuelto sensiblero con los años, recibió emocionado la noticia. Inquieto y nostálgico, el juez, blando de corazón y de mente, visitó el depósito de cadáveres del hospital. No vio el cuerpo, pero hizo que lo llevaran a una funeraria donde entregó quinientos dólares en billetes verdes de los Estados Unidos para el entierro.

Jester no lloró. Cuidadosa, maquinalmente, envolvió la partitura de *Tristán* que había dedicado a Sherman y la guardó en uno de los baúles de su padre que había en el ático y luego lo cerró con llave.

Había llovido toda la noche pero ahora había parado, y el cielo tenía ese azul fresco y tierno que sigue a una lluvia prolongada. Cuando Jester llegó a la casa donde habían tirado las bombas, cuatro de los hijos de los Lank estaban tocando «Chopsticks» en el piano, que ahora estaba destrozado y desafinado. Jester se quedó al sol oyendo las monótonas y desafinadas notas y su odio se mezcló con su pena.

—¿Está tu padre? —preguntó a uno de los pequeños Lank.

—No, no está —respondió el niño.

Jester volvió a casa. Cogió la pistola, la misma que había usado su padre para matarse, y la puso en la guantera del coche. Luego, conduciendo lentamente por la ciudad, fue primero a la fábrica y preguntó por Sammy Lank. No estaba allí.

A la sensación de pesadilla provocada por el desafinado «Chopsticks» de los pequeños Lank, se unió la sensación de frustración por no haber podido encontrar a Sammy Lank, lo que le hizo golpear el volante con los puños.

Había tenido miedo por Sherman, pero en realidad nunca pensó que pudiera pasar aquello. No era un acontecimiento real. Solo se trataba de una pesadilla. El desafinado «Chopsticks», el piano destrozado y la determinación de encontrar a Sammy Lank. Entonces, cuando ponía de nuevo el coche en marcha, vio a Sammy Lank delante del *drugstore* de míster Malone. Abrió la portezuela y le llamó.

—Sammy. ¿Quieres venir al aeropuerto conmigo? Te llevaré a dar una vuelta en avión.

Sammy, tímido y sorprendido, hizo una mueca de orgullo. Pensaba: «Ya soy un personaje tan famoso en la ciudad, que Jester Clane me lleva a dar una vuelta en avión.» Y subió alegremente al coche.

En la Moth de entrenamiento, Jester sentó primero a Sammy, luego él se sentó al otro lado. Llevaba la pistola en el bolsillo. Antes de despegar le preguntó:

—¿Has montado antes en avión?

—No, señor —dijo Sammy—. Pero no tengo miedo.

Jester hizo un despegue perfecto. El cielo azul, la atmósfera ventosa y fresca, animaron su entumecida alma. El avión subió.

—¿Fuiste tú el que mató a Sherman Pew?

Sammy solo hizo una mueca y asintió con la cabeza.

Ante el sonido del nombre de Sherman sintió de nuevo aquel espasmo en las entretelas.

—¿Tienes seguro de vida?

—No. Solo a los pequeños.

—¿Cuántos tienes?

—Catorce —respondió Sammy—. Cinco de ellos ya mayores.

Sammy que estaba aterrorizado al verse en el avión, se puso a decir tonterías con nerviosismo.

—Yo y mi mujer casi tenemos quintillizos. Nacieron tres pequeños y dos gemelos. Fue justo después de los quintillizos del Canadá y eran nuestros primeros hijos. Cada vez que mi mujer y yo pensábamos en los quintillizos del Canadá…, ricos, famosos, y su madre y su padre ricos y famosos también…, sentíamos un escozor de envidia. Casi dimos en el blanco, y cada vez que lo hacíamos pensábamos que estábamos haciendo quintillizos. Pero solo tuvimos trillizos y gemelos y los demás uno a uno. Una vez yo y mi mujer llevamos a todos nuestros pequeños a Canadá a ver a los quintillizos con su casita de juguete de cristal. Todos los pequeños cogieron sarampión.

—Así que por eso tuviste tantos hijos.

—Claro. Queríamos dar en el blanco. Y a mí y a mi mujer se nos daba perfectamente eso de tener gemelos y trillizos y todo eso. Pero nunca lo conseguimos. Sin embargo, hubo un artículo en el *Milan Courier* sobre nuestros trillizos de Milan. Lo tenemos enmarcado en la pared del cuarto de estar. Lo pasamos mal criando a nuestros hijos pero nunca nos desesperamos. Y ahora que mi mujer ha hecho el cambio de edad, todo se ha terminado. Nunca seré más que Sammy Lank.

Lo grotesco y lastimero de la historia hizo que Jester riera con la risa de la desesperación. Y una vez que se hubo reído y hubo sentido desesperación y pena, comprendió que no usaría la pistola. Pues en aquel momento, la semilla de la compasión, abonada por la tristeza, había empezado a florecer. Jester se sacó la pistola del bolsillo y la arrojó fuera del avión.

—¿Qué es eso? —dijo Sammy aterrorizado.

—Nada —respondió Jester. Miró a Sammy que se había puesto verde—. ¿Quieres que bajemos?

—No —dijo Sammy—. No estoy asustado.
Así que Jester siguió haciendo círculos.

Mirando hacia abajo desde una altura de cien metros, la tierra se ordena. Una ciudad, incluso Milan, resulta simétrica, exacta como una pequeña colmena gris, acabada. El terreno circundante parece trazado según una ley más justa y matemática que las leyes de la propiedad y el capricho: un oscuro paralelogramo de bosques de pinos, rectángulos de césped, campos cuadrados. En este día sin nubes, el cielo que rodea por todas partes y por encima al avión es de un monótono azul, impenetrable al ojo y a la imaginación. Pero allá abajo, la tierra es redonda. La tierra es finita. Desde esa altura uno no ve a los hombres ni los detalles de su humillación. La tierra, desde una gran distancia, es perfecta e íntegra.

Pero se trata de un orden extraño al corazón, y para amar la tierra hay que acercarse más a ella. Planeando hacia abajo, muy bajo, por encima de la ciudad y el campo, la integridad se rompe en una multiplicidad de impresiones. La ciudad resulta muy parecida en todas las estaciones, pero la tierra cambia. A principios de la primavera los campos son igual que remiendos de descolorida pana gris, todos iguales entre sí. Ahora ya se distinguían los cultivos: el verde grisáceo del algodón, la densa y trepadora planta del tabaco, el verde intenso del maíz. Cuando uno se acerca describiendo círculos, la propia ciudad se convierte en algo loco y complejo. Se ven todos los secretos rincones de todos los tristes patios traseros. Cercas grises, fábricas, la lisa calle principal. Desde el aire los hombres parecen como encogidos y tienen aspecto de autómatas, lo mismo que muñecos de cuerda. Parecen moverse mecánicamente entre sus fortuitas miserias. No se les ven los ojos. Y, finalmente, esto resulta intolerable. La tierra entera, a gran distancia, significa menos que una prolongada mirada a unos ojos humanos. Incluso a los ojos de un enemigo.

Jester miró los ojos de Sammy, saltones por el terror.

Su odisea de pasión, amistad, amor y venganza había terminado. Jester aterrizó suavemente y dejó salir a Sammy, para que fuera a presumir ante su familia de que era ya un hombre tan conocido que hasta Jester Clane le había llevado a dar una vuelta en avión.

Capítulo 14

AL principio Malone se inquietó. Cuando vio que Bennie Weems se trasladaba al Whelan y que el *sheriff* McCall no acudía a tomar sus habituales Coca-Cola a la farmacia, se inquietó. Superficialmente se decía:

«Al diablo con Bennie Weems; al diablo con el *sheriff*.»

Pero íntimamente estaba preocupado. ¿Habría dañado aquella noche el crédito de la farmacia y sus posibilidades de venta? ¿Habría merecido la pena hacer lo que hizo en la reunión? Malone se lo preguntaba muy preocupado y no sabía la respuesta. La preocupación afectó su salud. Cometía errores…, errores en las cuentas que eran inusuales en un buen tenedor de libros como Malone. Enviaba facturas equivocadas y los clientes protestaban. No tenía fuerzas para realizar adecuadamente las ventas. El mismo se daba cuenta de que fallaba. Quería el amparo de su casa, y a menudo se quedaba días enteros en la cama de matrimonio.

Malone, cerca de la muerte, era sensible al amanecer. Tras la larga y negra noche, acechaba el falso amanecer y los primeros tonos marfileños, dorados y naranjas del cielo al Oriente. Si el día era bueno y templado, se sentaba apoyado en las almohadas y esperaba inquieto el desayuno. Pero si el día era triste con cielos amenazantes o lluvia, su propio estado de ánimo se reflejaba en el tiempo de modo que encendía la luz y se quejaba con mal humor.

Martha trataba de consolarlo.

—Es solo la primera oleada de calor. Cuando te acostumbres al tiempo te sentirás mejor.

Pero no, no era el tiempo. Ya no confundía el final de su vida con el comienzo de una nueva estación. La enredadera, como una cascada de lavanda, había florecido y se había marchitado. No tenía fuerzas para plantar la huerta. Y los sauces dorados y verdes se habían vuelto más oscuros. Curioso, pero siempre había relacionado los sauces con el agua. Pero sus sauces no tenían agua, aunque había un arroyo al otro lado de la calle. Sí, la tierra había cambiado de estación, y era primavera de nuevo. Pero ya no abrigaba ningún sentimiento de rechazo contra la naturaleza, contra las cosas. Una extraña ligereza había invadido su alma y se sentía exaltado. Ahora contemplaba la naturaleza y esta era parte de sí mismo. Ya no era un hombre que mira un reloj sin manecillas. No estaba solo, no se rebelaba, no sufría. Ni siquiera pensaba en la muerte en aquellos días. No era un hombre que se moría…, nadie moría, todo el mundo moría.

Martha se quedaba en la habitación tejiendo. Le había dado por hacer punto y a él le confortaba verla allí. Ya no pensaba en aquellas regiones de soledad que tanto le habían aturdido. Su vida estaba extrañamente limitada. Allí tenía la cama, la ventana, el vaso de agua. Martha le traía la comida en una bandeja y casi siempre había un jarrón de flores en la mesilla de noche…, rosas, margaritas, dientes de dragón.

El amor hacia su mujer, que había disminuido tanto, renació. Cuando Martha se esforzaba en preparar cosas sabrosas para tentar su apetito y se quedaba tejiendo en la habitación, Malone apreciaba más el valor de su amor. Le emocionó que hubiera comprado en los Almacenes Groody un almohadón rosa para que pudiera sentarse en la cama sin tener que apoyarse únicamente en las húmedas y escurridizas almohadas.

Desde aquella reunión en la farmacia, el viejo juez le trataba como a un inválido. Los papeles habían cambiado; ahora era el juez

quien le traía sacas de harina molida y nabos tiernos y fruta, tal y como se hace con un enfermo.

Un quince de mayo el médico vino dos veces, una por la mañana y de nuevo por la tarde. El médico actual era el doctor Wesley. Aquel quince de mayo el doctor Wesley habló con Martha a solas en el cuarto de estar. A Malone no le importaba que estuvieran hablando de él en la otra habitación. No le preocupaba, no hizo preguntas. Esa misma noche, Martha le lavó con una esponja, bañó su rostro febril y le puso colonia detrás de las orejas y vertió más colonia en la palangana. Después le lavó el peludo pecho y los sobacos con el agua perfumada, las piernas y los callosos pies. Y, por último, muy suavemente, le lavó sus marchitos genitales.

Malone dijo:

—Querida, ningún hombre ha tenido una esposa como tú. —Era la primera vez que la llamaba querida desde el primer año de matrimonio.

Mistress Malone fue a la cocina. Cuando volvió, tras haber llorado un poco, traía una botella de agua caliente.

—Las noches y las madrugadas son frescas. —Cuando colocó la botella de agua caliente en la cama, preguntó—: ¿Estás cómodo, cariño?

Malone se escurrió del almohadón y tocó la botella de agua caliente con los pies.

—Querida —volvió a decir—, ¿podrías traerme un poco de agua helada?

Pero cuando Martha trajo el agua helada, los cubos de hielo chocaron contra la punta de su nariz y dijo:

—El hielo me hace cosquillas en la nariz. Solo quería agua fría.

Y después de sacar el hielo del agua, mistress Malone se retiró a la cocina y volvió a llorar.

Malone no sufría. Pero le parecía que le pesaban los huesos y se quejó.

—Cariño, ¿cómo pueden pesarte los huesos? —dijo Martha.

El dijo que le apetecía sandía, y Martha compró sandía importada en Pizzalatti, la frutería y pastelería más importante de la ciudad. Pero cuando la rosada y fresca porción de sandía estuvo en su plato, no le supo como esperaba.

—Tienes que comer para conservar las fuerzas, J. T.

—¿Y para qué necesito las fuerzas? —dijo.

Martha le hacía batidos y subrepticiamente le ponía un huevo. Incluso dos. Le consolaba ver que se lo bebía.

Ellen y Tommy entraban y salían de la habitación del enfermo y a este sus voces le resultaban chillonas, aunque ellos trataban de hablar bajito.

—No molestéis a vuestro padre —decía Martha—. Ahora se encuentra muy cansado.

El dieciséis Malone se sintió mejor e incluso sugirió que se afeitaría él mismo y tomaría un baño decente. Así que insistió en ir al cuarto de baño, pero cuando llegó al lavabo se agarró con las dos manos a él y Martha tuvo que volverle a la cama.

Sin embargo sentía un último impulso de vida. Su espíritu estaba extrañamente sensible aquel día. En el *Milan Courier* leyó que un hombre había salvado a un niño en un incendio y había perdido la vida. Aunque Malone no conocía ni al niño ni al hombre, se echó a llorar. Sensible a todo lo que leía, sensible al cielo, sensible al mundo de más allá de su ventana —era un día agradable, un día sin nubes —, se sentía presa de una extraña euforia. Si sus huesos no le hubieran pesado tanto, se habría acercado hasta la farmacia.

El diecisiete no vio el amanecer de mayo porque estaba dormido. Poco a poco el impulso de vida que había sentido el día anterior le abandonaba. Las voces parecían llegar desde muy lejos. No pudo tomar la cena, así que Martha le preparó un batido en la cocina. Le puso cuatro huevos y él se quejó del sabor. Las ideas del pasado y de aquel día se entremezclaban.

Después de negarse a tomar el pollo de la cena, hubo una visita inesperada. El juez Clane irrumpió violentamente en la habitación del enfermo. Venas de rabia latían en sus sienes.

—Vengo de visitar el barrio de la fábrica, J. T. ¿Has oído las noticias en la radio? —Luego miró a Malone y se quedó sorprendido ante su repentino decaimiento. La pena luchaba contra la ira del viejo juez—. Perdóname, querido J. T. —dijo con una voz que de pronto era amable. Luego volvió a alzar la voz—. Pero ¿lo has oído?

—Bueno, ¿de qué se trata, juez? ¿Si hemos oído qué? —preguntó Martha.

Escupiendo, incoherente debido a la rabia, el juez habló de la decisión del Tribunal Supremo sobre la integración en las escuelas. Martha, boquiabierta y asombrada, solo consiguió decir:

—¡Pues bueno! ¡Vaya por Dios! —pues no lo había entendido del todo.

—Hay maneras de evitarlo —gritaba el juez—. Nunca ocurrirá. Lucharemos. Todos los del Sur lucharemos hasta el último metro. Hasta la muerte. Dictar las leyes es una cosa, pero ponerlas en práctica otra. Tengo el coche esperándome; voy a la emisora de radio a pronunciar un discurso. Arengaré a la gente. Quiero decir algo fuerte y simple. Dramático. Digno e iracundo, ya sabes lo que quiero decir. Algo como: «Hace ochenta y siete años…» Lo prepararé camino de la emisora. No dejes de oírme. Será un discurso histórico y te hará bien oírlo, querido J. T.

Al principio Malone apenas se daba cuenta de que el anciano juez estaba allí. Solo notaba su voz, su enorme y sudorosa presencia. Luego, las palabras, los sonidos, resonaban en sus oídos que no entendían; integración… Tribunal Supremo. Ideas y pensamientos iban aclarándose en su mente, pero débilmente. Por fin, el cariño y amistad de Malone hacia el anciano juez le hicieron volver de su agonía. Miró la radio y Martha la encendió, pero como se oía música de baile, la puso muy bajo. Un noticiario en el que se volvió a anunciar la decisión del Tribunal Supremo precedió al discurso del juez.

En el estudio a prueba de ruidos de la emisora de radio, el juez había agarrado el micrófono como un profesional. Pero aunque camino de la emisora había tratado de preparar un discurso, no

había sido capaz de hacerlo. Las ideas eran tan caóticas, tan inconcebibles que no conseguía formular su protesta. Estaba demasiado excitado. Y así, iracundo, desafiante —temiendo un ataque en cualquier momento, o algo peor— el juez permaneció con el micrófono en la mano y sin ningún discurso preparado. Palabras —tacos, juramentos inadecuados para la radio— brotaban rabiosas en su mente. Pero no un discurso histórico. Lo único que se le ocurría era el primer discurso que se había aprendido de memoria en la facultad de Derecho. Presintiendo vagamente que lo que iba a decir no era lo que quería, se lanzó:

—Hace ochenta y siete años —dijo—, nuestros padres trajeron a este continente una nación nueva, concebida en la libertad, y consagrada al principio de que todos los hombres fueron creados iguales. Ahora nos encontramos en una gran guerra civil, que pone a prueba si esa nación, o cualquier otra nación así concebida y dedicada a ese principio, puede perdurar.

Hubo ruido de pasos en el estudio y el juez dijo con voz indignada:

—¿Por qué me está dando codazos?

Pero una vez que uno se dispara en un discurso monumental, resulta difícil dar marcha atrás. Continuó todavía más alto:

—Nos encontramos en el gran campo de batalla de aquella guerra. Hemos venido a dedicar una parte de este campo como última morada a los que dieron sus vidas porque aquella nación pudiera vivir. Es digno y justo que así lo hagamos.

—He dicho que deje de darme codazos —volvió a gritar el juez.

—Pero, en un sentido más amplio, no podemos dedicar, no podemos reverenciar esta tierra. Los hombres valientes, vivos y muertos, que lucharon aquí, lo han consagrado mucho más de lo que son capaces de engrandecer o rebajar nuestros pobres poderes. El mundo no prestará demasiada atención, y no recordará por mucho tiempo lo que decimos aquí…

—¡Por el amor de Dios! —gritó alguien—. ¡Cortadlo!

El anciano juez se quedó delante del micrófono con el eco de sus propias palabras resonando en sus oídos y con el recuerdo del sonido de su propio mazo llamando al orden en la sala del juzgado. La sorpresa del reconocimiento hizo que se desmoronara, pero gritó de inmediato:

—¡Es todo lo contrario! ¡Quiero decir precisamente todo lo contrario! ¡No me corten! —suplicó el juez en tono apremiante—. ¡Por favor, no me corten!

Pero ya hablaba otro locutor y Martha apagó la radio.

—No sé de qué hablaba —dijo—. ¿Qué ha sucedido?

—Nada, querida —respondió Malone—. Nada que no se viera venir desde hace tiempo.

Pero la vida le abandonaba, y agonizando, la vida adquirió un orden y una simplicidad que Malone no había conocido antes. No le quedaba pulso, ni vigor, ni los deseaba. Solo quedaba el destino. ¿Qué le importaba ya que el Tribunal Supremo decretara la integración de las escuelas? Nada le importaba ya. Si Martha hubiera extendido todas sus acciones de la Coca-Cola a los pies de su cama para contarlas, ni siquiera habría levantado la cabeza. Pero había algo que deseaba y dijo:

—Quiero un poco de agua helada, sin hielo.

Pero antes de que Martha pudiera volver con el agua, lenta, suavemente, sin luchas ni miedos, la vida salió de J. T. Malone. Su vitalidad había desaparecido. Y a mistress Malone, que se había quedado de pie con el vaso lleno de agua en la mano, le pareció un suspiro.



CARSON McCULLERS nació en Columbia, Georgia, en 1917. De origen irlandés, su verdadero nombre era Lila Carson Smith. Desde pequeña se apasionó por la música y su mayor deseo era convertirse en concertista de piano. A los 17 años abandonó el sur, estableciéndose en Nueva York. Trabajó como recepcionista, redactora en un periódico y pianista en orquestas de segunda categoría. Tenía 24 años cuando apareció su primera novela, *El corazón es un cazador solitario*, que obtuvo un resonante éxito de crítica y permitió a su autora obtener una beca Guggenheim. Terminada la guerra se trasladó a Francia donde se casó con un oficial americano. Sus frecuentes depresiones la condujeron al alcoholismo y, de regreso a América, se instaló, aislada del mundo, en un gran caserón del pueblo de Nyack, en el estado de Nueva York. Allí murió en 1968, tras pasar casi diez años inmovilizada por una parálisis progresiva.

NOTAS

[1] Verily es también «en verdad». (N. del T.). **<<**